Richard Holloway

Una pequeña historia de la religión



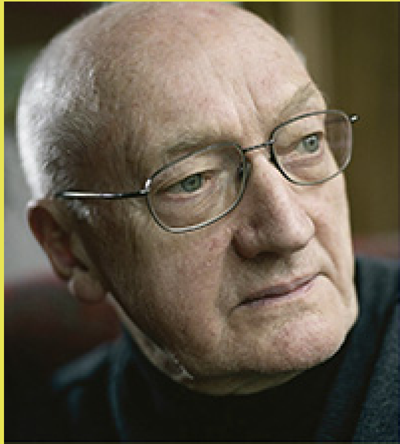
Galaxia Gutenberg

Richard Holloway

Una pequeña historia de la religión



Galaxia Gutenberg



Richard Holloway fue obispo de Edimburgo y jefe de la Iglesia episcopal escocesa. Es un escritor y comunicador muy popular internacionalmente. Ha escrito más de veinte libros, entre los que destacan *Una moral sin dios* (2002) y *Leaving Alexandria: A Memoir of Faith and Doubt* (2012). Vive en Edimburgo, Reino Unido.

Escrita para lectores de todas las edades, esta es una rica, equilibrada, respetuosa e iluminadora historia de la religión desde los primeros tiempos de la humanidad hasta nuestro conflictivo presente. En una era de radicalización de las actitudes religiosas acompañada de una violencia destructiva, este libro ofrece un antídoto muy necesario. Al escribir tanto para los que tienen fe como para los que no creen, Holloway alienta la curiosidad y la tolerancia. No sólo se adentra en las grandes religiones del mundo, el judaísmo, el islam, el cristianismo, el budismo y el hinduismo, sino que va mucho más allá. Examina también de dónde provienen las creencias religiosas, la búsqueda de esperanza y de un sentido a la vida y a la muerte a través de los distintos credos, la fascinación de hoy con la cienciología y el creacionismo, y la violencia de motivación religiosa.

Richard Holloway

Una pequeña historia de la religión

Traducción de
Ana Bustelo Tortella

Galaxia Gutenberg

Edición al cuidado de María Cifuentes

Título de la edición original: *A Little History of Religion*
Traducción del italiano: Ana Bustelo Tortella

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: octubre 2017

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-17088-67-5

A Nick y Alice, con amor

CAPÍTULO 1



¿Hay alguien ahí?

¿Qué es la religión? ¿De dónde procede? La religión surge de la mente del animal humano, de modo que viene de nosotros. No parece que el resto de los animales de nuestro planeta necesiten una religión, y, por lo que sabemos, no han creado ninguna. Esto se debe a que están más en armonía con sus vidas que nosotros. Actúan por instinto. Se dejan llevar por los vaivenes de la existencia sin pensar en ello todo el tiempo. El animal humano ha perdido esa capacidad. Nuestros cerebros se han desarrollado de una manera que nos hace conscientes de nuestra existencia. Nos interesamos por nosotros mismos. No podemos dejar de preguntarnos por todo. No podemos dejar de pensar.

La cosa más grande en la que pensamos es el propio universo y de dónde surgió. ¿Lo creó alguien? La palabra que utilizamos para hablar de este posible alguien o algo es «dios», *theos* en griego. Alguien que cree que existe un dios se llama «teísta». Los que creen que no hay nadie y estamos solos en el universo se llaman «ateos». El estudio de dios y de lo que él quiere de nosotros se llama «teología». La otra gran pregunta que no podemos evitar hacernos es qué pasa después de la muerte. Cuando morimos, ¿se acabó? ¿O hay algo más? Si hay algo más, ¿cómo es?

Lo que llamamos religión fue nuestro primer intento de contestar a estas preguntas. La respuesta a la primera fue sencilla. El universo lo creó una fuerza superior que algunos llaman dios, y se sigue interesando por su creación, sigue tomando parte. Todas las religiones ofrecen versiones diferentes de lo que es el poder de dios y de lo que dios quiere de nosotros, pero todas creen en su existencia de una forma u otra. Creen que no estamos solos en el universo. Más allá de nosotros hay otras realidades, otras dimensiones, que llamamos «sobrenaturales» porque están fuera del mundo natural, del mundo inmediatamente accesible para nuestros sentidos.

Si la creencia más importante de la religión es la existencia de esa realidad que llamamos dios y que está más allá de este mundo, ¿qué fue lo que la originó y cuándo? Fue hace siglos. De hecho, no parece que haya habido ninguna época en la que los seres humanos no creyeran en la existencia de un mundo sobrenatural más allá de este. Es posible que todo empezara cuando el hombre se preguntó qué le pasaría después de morir. Todos los animales mueren, pero a diferencia de los demás, los humanos no dejan que sus congéneres se descompongan en el sitio en el que han muerto. Hasta donde hemos podido estudiar, los hombres siempre han hecho funerales para sus muertos. Y la forma en que los llevan a cabo nos da información sobre sus creencias más tempranas.

Esto no quiere decir que otros animales no se aflijan por la muerte de sus compañeros. Hay muchas pruebas de que también se ponen tristes. En Edimburgo hay una estatua famosa de un pequeño perro llamado Bobby Greyfriars que da testimonio de la pena que puede sentir un animal cuando pierde a alguien. Bobby pasó los últimos catorce años de su vida sobre la tumba de su amo muerto, John Gray, y finalmente murió en 1872. No hay duda de que Bobby echaba de menos a su amigo, pero fue la familia humana de John Gray quien le hizo un funeral y lo enterró en el Cementerio Greyfriars para que encontrara el descanso. Es el enterramiento, precisamente, uno de los actos más característicos del ser humano. Entonces, ¿qué es lo que impulsó a los hombres a enterrar a sus muertos?

Lo primero que percibimos cuando alguien muere es que algo que le pasaba antes, ya no le pasa.

No respira. Descubrir eso fue un pequeño paso para asociar el hecho de respirar a la idea de que hay algo que mora en nuestro interior, separado del cuerpo físico, que le da la vida. En griego esto se llama *psyche* y en latín *spiritus*. Ambas palabras vienen de verbos que significan respirar o soplar. Un espíritu o un alma era lo que hacía que un cuerpo viviera y respirara. Habitaba el cuerpo durante un tiempo. Y cuando el cuerpo moría el alma partía. Pero, ¿adónde? Una explicación es que regresaba al mundo del más allá, al mundo de los espíritus, al otro lado del mundo que habitamos en la Tierra.

Lo que descubrimos de los primeros ritos funerarios apoya esta idea, a pesar de que nuestros antepasados no nos dejaron más que vestigios silenciosos de lo que podían haber estado pensando. No se había inventado la escritura, así que no podían dejar sus pensamientos o describir sus creencias de forma que lo podamos leer hoy. Pero nos dejaron algunas pistas y vamos a empezar a examinarlas. Para encontrarlas tenemos que ir al pasado, miles de años antes de la era cristiana, un concepto que necesita una explicación antes de seguir adelante.

Es lógico tener un calendario global o algún modo de fechar acontecimientos que ocurrieron en el pasado. El que manejamos actualmente lo inventó el cristianismo en el siglo VI de la era cristiana, lo cual es una muestra de la inmensa influencia que la religión ha tenido en nuestra historia. Durante miles de años la Iglesia católica ha sido uno de los grandes poderes del planeta; tanto es así, que fijó el calendario que casi el mundo entero sigue utilizando hoy. El hecho en torno al que organizó este calendario fue el nacimiento de su fundador, Jesucristo. Su nacimiento marca el año uno. Hasta hace poco, para hablar de lo que ocurrió antes se utilizaba a.C. o antes de Cristo. Todo lo que ocurrió después se decía que ocurría en el *anno Domini* (el año del Señor) o d.C., después de Cristo.

En la actualidad a.C. y d.C. se han reemplazado por AEC (o a.e.c.) y EC (o e.c.), que se pueden traducir con o sin un toque religioso: antes de la era cristiana o antes de la era común, y la era de Cristo (o cristiana) o la era común. (También se puede encontrar, aunque es menos habitual, *e.v.*, *era vulgaris*, que significa «era común» en latín). Así que hay donde elegir. En

este libro voy a utilizar a.e.c. cuando me refiera a hechos que ocurrieron antes de Cristo o antes de la era común. Sin embargo, para evitar hacer el texto más farragoso, voy a ser más eficiente en el uso de e.c. y solo lo utilizaré cuando crea que es necesario. De modo que cuando aparece una fecha sin más, se entiende que ocurrió en la era cristiana o era común.

En cualquier caso, desde aproximadamente 130.000 a.e.c. en adelante encontramos evidencias de algún tipo de creencia religiosa por la forma en que nuestros antepasados enterraban a sus muertos. En las tumbas que se han excavado se ve que colocaban alimentos, herramientas y adornos, lo que sugiere que existía la creencia de que los muertos viajaban a algún tipo de vida después de esta y necesitaban estar preparados para el viaje. Otra práctica era pintar los cuerpos de los muertos con ocre rojo, tal vez para simbolizar la idea de que la vida continúa. Esto se descubrió en la tumba de una madre y su hijo en Qafzeh, Israel, que es uno de los enterramientos más antiguos que se conocen, del año 100.000 a.e.c. En la otra punta del mundo, en Australia, encontramos la misma costumbre en el lago Mungo, donde el cuerpo enterrado también está cubierto de ocre rojo y es del año 42.000 a.e.c. Pintar a los muertos es una de las ideas más inteligentes de la humanidad, el pensamiento simbólico. Hay mucho pensamiento simbólico en la religión, por lo que merece la pena intentar comprenderlo.

Como ocurre con muchas palabras útiles, la palabra «símbolo» procede del griego. Quería decir reunir cosas que se habían separado, del mismo modo que se recomponen con pegamento los pedazos de un plato roto. Después su significado cambió y pasó a describir un objeto que representaba algo diferente. Todavía contenía el concepto de unir cosas, pero se había vuelto algo más complejo que pegar trozos de cerámica. Un buen ejemplo de símbolo es una bandera nacional, como la de las barras y las estrellas. Cuando vemos barras y estrellas nos viene Estados Unidos a la cabeza. Es el símbolo del país, a veces lo representa.

Los símbolos se convierten en algo sagrado para los pueblos porque representan lealtades más profundas de lo que las palabras pueden expresar. Por eso la gente odia que se violen sus símbolos. No hay nada malo en la quema de una tela vieja, pero si es el símbolo de nuestra nación nos puede

llegar a enfurecer. Cuando los símbolos son religiosos, cuando son sagrados para una comunidad concreta, se convierten en algo todavía más potente; e insultarlos puede provocar una furia asesina. Mantengamos el concepto de símbolo en la cabeza, porque aparecerá una y otra vez en este libro. La idea que queríamos transmitir es que algo como el ocre rojo representa algo diferente, como la creencia de que los muertos van a vivir una nueva vida en otro lugar.

Otro ejemplo de pensamiento simbólico es la importancia que adquirió marcar el lugar donde descansan los muertos, especialmente si eran personajes poderosos y destacados. A veces se los instalaba bajo rocas gigantescas, a veces en cámaras de piedra construidas con sumo cuidado, que se llaman dólmenes y que consistían en dos piedras verticales que soportan una gran cubierta. Los monumentos a los muertos más espectaculares de la humanidad son las pirámides de Guiza en Egipto. Además de ser tumbas, las pirámides se pueden ver como plataformas de lanzamiento desde donde las almas de sus ocupantes reales se proyectaban hacia la inmortalidad.

Con el tiempo, los ritos funerarios no solo se fueron haciendo más elaborados, sino que en algunos lugares se convirtieron en algo aterradoramente cruel, que conllevaba el sacrificio de esposas y sirvientes con el fin de que los difuntos disfrutaran de la misma comodidad y estatus en la otra vida. Es importante destacar que desde los inicios la religión tuvo una vertiente implacable con escasa consideración por la vida de los individuos.

Una buena interpretación de estas pistas es que nuestros antepasados entendían la muerte como la entrada a otra fase de la existencia, que ellos imaginaban como una versión de ésta. Y vislumbramos su creencia en un mundo más allá de éste, pero conectado con él, y la muerte como la puerta entre los dos.

Hasta aquí, se podría decir que las creencias religiosas se han adquirido por una serie de especulaciones bastante inspiradas. Nuestros antepasados se preguntaron por el origen del mundo y concluyeron que probablemente lo creó un poder superior. Observaron a los muertos y decidieron que sus

espíritus habrían dejado los cuerpos que habitaban y se habrían marchado a otro lugar.

Pero hay un grupo importante en la historia de la religión que no adivina la existencia del mundo más allá o el destino de las almas que han partido. Nos dicen que lo han visitado o que han recibido una visita de allí. Han escuchado lo que la religión espera de nosotros. Han recibido la orden de contar a los demás lo que han visto y oído. Así que difunden el mensaje que han recibido. Atraen a los seguidores que creen en su palabra y que empiezan a vivir según sus enseñanzas. Los llamamos profetas o sabios. A través de ellos nacen las nuevas religiones.

Entonces pasa algo más. Sus seguidores se aprenden de memoria esa historia que cuentan. En un primer momento se comparte por medio del boca a boca. Pero con el tiempo se escribe sobre el papel. Entonces se convierte en lo que llamamos las Sagradas Escrituras. ¡La Biblia! ¡El libro! Y se convierte en el símbolo más potente de la religión. Es un libro físico, obviamente. Lo han escrito los hombres. Podemos rastrear su historia. Pero a través de sus palabras llega a nuestro mundo un mensaje del más allá. El libro se convierte en un puente que une la eternidad con el tiempo. Conecta lo humano con lo divino. Es por eso que se ve con un temor reverencial y se estudia con pasión; y por lo que los creyentes odian que se ridiculice o se destruya.

La historia de la religión es la historia de estos profetas y sabios, de los movimientos que ellos iniciaron y de las escrituras que se redactaron sobre ellos. Es un tema siempre cargado de polémica y desacuerdos. Los escépticos se preguntan si los profetas existieron realmente y dudan de las afirmaciones que hacen de las visiones que tienen y las voces que oyen. De acuerdo, es una duda razonable, pero no es ese el quid de la cuestión. Lo que es indiscutible es que los profetas existen en las historias que se cuentan de ellos, historias que todavía son significativas para miles de millones de personas hoy en día.

En este libro vamos a leer las historias que las religiones nos cuentan sobre sí mismas sin preguntar constantemente si los hechos ocurrieron así realmente. Pero como sería un error ignorar del todo esa pregunta, vamos a

dedicar el siguiente capítulo a pensar en lo que estaba pasando cuando esos profetas y sabios tuvieron aquellas visiones y oyeron esas voces. Uno de esos profetas se llamaba Moisés.

CAPÍTULO 2



Las puertas

Supongamos que estás en el desierto del Sinaí en Egipto una mañana del año 1300 a.e.c. Es posible que te encuentres con un hombre descalzo y barbudo, arrodillado ante una zarza. Ves cómo él escucha atentamente a la zarza. Luego le habla. Después la escucha de nuevo. Finalmente, se levanta y se marcha a grandes zancadas, con un gesto decidido. Se llama Moisés, es uno de los profetas más famosos de la historia de la religión y el fundador de la religión judía. La historia que se escribirá sobre él más adelante dirá que un dios le habló desde una zarza en llamas y le ordenó que llevara a un grupo de esclavos que vivían Egipto hacia la libertad en la Tierra Prometida de Palestina.

Para ti, el observador, la zarzamora no está ardiendo, está resplandeciente con sus bayas de color rojo. Mientras observas la atención con la que escucha Moisés, no puedes oír lo que le dicen, pero sí alcanzas a distinguir las respuestas de él. Pero no te quedas especialmente sorprendido por nada de esto. Tu hermana pequeña mantiene animadas conversaciones con sus muñecas. Tienes un primo que habla con su amigo imaginario, que es tan real para él como lo son sus propios padres. También puede que hayas oído a discapacitados psíquicos que tienen intensas conversaciones

con interlocutores invisibles. De modo que estás acostumbrado a la idea de que hay personas que oyen voces que nadie más puede percibir. Pero olvidemos a Moisés un momento y pensemos en quién le habla, que es invisible. Tu piensa en una realidad invisible fuera del tiempo y del espacio que puede comunicarse directamente con los seres humanos. Interioriza ese pensamiento y habrás captado la idea central de la religión. Hay un poder en el universo, más allá de la comprensión para nuestros sentidos físicos, y *se ha dado a conocer a personas especiales que proclaman su mensaje a los demás*. Por el momento, no estamos de acuerdo ni en desacuerdo con esta afirmación. Solo estamos intentando precisarla. *Hay una fuerza invisible ahí fuera a la que llamamos dios y ¡ha establecido contacto!* Esa es la afirmación. A medida que avancemos en esta historia, veremos que las diferentes religiones tienen diferentes versiones de esta misma afirmación y de lo que ha estado queriendo decirnos. Pero la mayoría dan por sentado que está ahí y que su manera de creer es la mejor respuesta a su existencia.

Volvamos a Moisés y pensemos en su lado de aquel encuentro en el desierto. Para ti la zarza no se estaba quemando, ni podías oír la voz de dios a todo volumen. Entonces ¿cómo pudo Moisés sentir el calor de las llamas? ¿Por qué escuchaba con tanta atención lo que la voz le ordenaba hacer y lo hizo? ¿Estaba todo en su cabeza, y por eso tú no podías ver lo que pasaba? ¿O es posible que su mente estuviera en contacto con otra mente fuera de nuestro alcance y comprensión? Si las religiones comienzan con experiencias en la mente de sus profetas y sabios, y si queremos darles una oportunidad y no descartarlos como fantasía, vamos a tener que pensar si puede haber personas abiertas a realidades para las que el resto de nosotros estamos ciegos y sordos.

Una explicación factible es que nuestra mente opere en dos niveles diferentes, como un apartamento en la planta baja con un sótano o bodega. Experimentamos la diferencia cuando soñamos. Durante el día, la mente consciente está despierta en la planta baja, y vive su vida planificada y ordenada. Pero cuando apaga la luz por la noche y se va a dormir, la puerta de la bodega se abre y llena nuestra mente soñadora con fragmentos desordenados de deseos no confesados y temores olvidados. Así que si

podemos dejar a un lado por el momento la cuestión de si el universo es algo más de lo que parece, podremos reconocer al menos que nosotros somos algo más que nuestra vida habitual y consciente. Hay un sótano en la mente humana llamado subconsciente y cuando dormimos se abre su puerta y se inunda de las imágenes y voces que llamamos sueños.

En la historia de la religión nos encontraremos con personas que en sus horas de vigilia tienen el tipo de encuentros que los demás tenemos solo en sueños. Los llamamos profetas y soñadores, pero también podríamos verlos como artistas creativos que, en lugar de verter sus visiones en pinturas o novelas, sienten el impulso de convertirlos en mensajes que llevan a millones de personas a creer en lo que ellos han visto y oído. Moisés es un ejemplo muy conocido de esta actividad misteriosa. Algo se puso en contacto con él desde algún lugar y debido a ese encuentro la historia del pueblo judío cambió para siempre. Pero ¿qué era ese algo y de dónde venía? ¿Lo tenía él en su interior? ¿Era algo externo? ¿O podría ser ambas cosas?

Tomando lo que le pasó a Moisés en el Sinaí como ejemplo y usando la metáfora de la puerta entre nuestra mente consciente y nuestro subconsciente para ayudarnos, voy a sugerir un acercamiento al tema que ofrece tres maneras diferentes de reflexionar sobre la experiencia religiosa.

En un hecho como este la puerta entre el subconsciente y la mente consciente se abre. Lo que sigue es como un sueño. Los profetas creen que es algo que les llega de fuera, pero en realidad surge de su propio subconsciente. La voz que oyen es real. Les habla. Pero es su propia voz, procedente del interior de su mente. Por eso nadie más la puede oír.

O puede que en una experiencia profética se abran dos puertas. Es posible que la mente subconsciente o soñadora tenga acceso al mundo sobrenatural más allá. Si hay otra realidad ahí fuera, o una mente más allá de la nuestra, no sería extraño que intentara ponerse en contacto con nosotros. Lo que sucede a los profetas en una revelación es que se encuentran con esa otra realidad y la mente de esta habla a la mente de los profetas. Después ellos cuentan al mundo lo que han oído.

Hay una postura intermedia entre la teoría de una puerta y la teoría de dos puertas. Sí, es posible que haya dos puertas en el subconsciente humano. La mente humana puede tener encuentros genuinos con lo que hay ahí fuera. Pero sabemos lo poco fiables que son los seres humanos a la hora de comprender otras mentes humanas, así que deberíamos ser cautelosos con las afirmaciones que hacen sobre sus encuentros con la mente divina. Puede muy bien haber dos puertas en el subconsciente humano, pero no parece probable que la que da al otro mundo esté siempre completamente abierta, de modo que no podemos estar seguros de lo que los profetas afirman que han visto y oído.

Vamos a utilizar mi metáfora de las puertas para volver a examinar lo que le sucedió a Moisés en el desierto y los tres planteamientos religiosos que sugiere. Si tomamos el planteamiento de una puerta, Moisés tuvo un sueño que le dio la fuerza y el propósito para convertirse en el libertador de su pueblo de la esclavitud en Egipto, una historia que veremos más a fondo en un capítulo posterior. La experiencia fue real. Sucedió. Pero procedía enteramente de su mente subconsciente. Encontramos una buena analogía para este acercamiento a la religión en las antiguas salas de cine que me entusiasmaban de niño. En esa época, las películas se revelaban en rollos de celuloide. En la parte trasera del cine, por encima del balcón había una cabina desde la que se proyectaban las imágenes en una pantalla en la pared opuesta. Lo que veíamos desde las butacas estaba delante de nosotros, pero realmente procedía de la máquina que teníamos detrás. Una manera de pensar en la religión es como si fuera una proyección de los miedos y anhelos de nuestro subconsciente sobre la pantalla de la vida. La religión parece estar ahí y tener una vida propia. Pero en realidad proviene de lo más profundo de nuestra propia imaginación. Es una producción enteramente humana.

Podemos detenernos y dejarlo así, o podemos aceptar casi toda esta descripción y también la idea de la segunda puerta. Sin cambiar un detalle del lado humano de la experiencia religiosa, es posible creer que también viene de dios. No podíamos oír la voz que oía Moisés porque era un ejemplo de la mente de dios comunicándose directamente con la mente de

Moisés. Fue un verdadero encuentro con otra realidad, invisible e inaudible para nosotros. No podemos comprender plenamente el suceso, pero sí vemos sus resultados.

Se puede añadir un giro más a la idea de la segunda puerta. Como sabemos que los malentendidos son frecuentes en un simple encuentro entre seres humanos, estos deben ser precavidos al hablar de sus encuentros con dios, deben tratarlos con escepticismo y humildad. Esto significa que deberíamos aplicar nuestras facultades críticas a las afirmaciones religiosas y no aceptar sin más su propia autoevaluación.

De modo que se puede ser no creyente, un verdadero creyente o un creyente crítico. Al reflexionar sobre todo esto, incluso es posible que uno cambie de una postura a otra a lo largo de los años; es algo habitual. Voy a dejar que usted tome su propia decisión sobre la mejor manera de interpretar las historias que va a leer en este libro. O puede dejarlo en el aire hasta la última página. Incluso puede decidir no decidir, una posición conocida como agnosticismo, que procede de una palabra griega que significa «incognoscible».

Hasta ahora hemos estado hablando de la religión en términos generales. Ahora ha llegado el momento de adentrarnos en las religiones individuales. Pero es interesante preguntar por dónde empezar, y también lo es el orden en que deberíamos hacerlo. A diferencia de la historia de la ciencia o la filosofía, un enfoque estrictamente cronológico no funciona con la religión. Estaban ocurriendo cosas diferentes en lugares diferentes al mismo tiempo, de modo que no podemos seguir una línea continua. Vamos a tener que zigzaguear entre la cronología y la geografía.

La ventaja de este método es que nos mostrará lo variadas que fueron las respuestas que las diferentes religiones dieron a las grandes preguntas que la humanidad se ha estado haciendo desde el principio de los tiempos. Las preguntas pueden haber sido las mismas: ¿Hay alguien ahí fuera? ¿Qué nos sucede después de la muerte? Pero las respuestas han sido muy diferentes. Eso es lo que hace que la historia de la religión sea tan fascinante.

Afortunadamente, parece que hay un punto de partida obvio para nuestro viaje. Tiene que ser con la más antigua y, en muchos sentidos, la más complicada de las religiones vivas, el hinduismo. Así que vamos a empezar en la India.

CAPÍTULO 3



La rueda

Un argumento muy habitual en ciencia ficción es que el héroe viaja en el tiempo para alterar eventos del pasado que tuvieron un efecto catastrófico en la historia de la humanidad. Una de las historias empieza con un terrorista a bordo de un tren que corre por las vías a toda velocidad. El terrorista hace que el tren salte por los aires en el momento en que está pasando por una presa gigante, provocando una inundación que se traga una ciudad entera. Por suerte, un departamento secreto del Gobierno ha perfeccionado un sistema para enviar a la gente al pasado. Gracias a este nuevo dispositivo, consiguen subir a un agente al tren antes de que salga de la estación, y tendrá dos horas para encontrar al hombre que lleva la bomba y desactivarla. Lo consigue justo a tiempo y la ciudad se salva. Casi todos hemos deseado poder volver atrás en el tiempo para borrar un mensaje o evitar un impulso que hizo daño a otros y nos trajo infelicidad. Pero la ley de las consecuencias (una cosa lleva a otra) manda y tenemos que apechugar con lo que hicimos.

En la religión hindú esto se llama *karma* o la ley de causa y efecto. Pero su alcance no es solo la vida que cada uno está viviendo ahora. Según las enseñanzas hindús, nuestra alma o espíritu ha tenido muchas vidas en el

pasado antes de llegar a la que estamos viviendo ahora. Y viviremos muchas más vidas en el futuro cuando ésta haya terminado. Cada una de estas vidas está condicionada por la forma en que actuamos en la anterior y la anterior y la anterior, hasta las nieblas de la antigüedad. De modo que la forma en que nos comportemos ahora influirá en el tipo de vida que tendremos la próxima vez que gire la rueda.

Cuando los profetas y sabios de la India miraron a lo lejos y se preguntaron qué les pasaba a los seres humanos al morir, recibieron una respuesta sorprendente. No morían en el sentido de que cesaran de existir por completo, ni en el sentido de que siguieran en algún otro tipo de vida más allá de la muerte. No. Volvían a la Tierra con otra forma de vida, dictada por su karma; y podía no ser en forma de ser humano. Toda la existencia era una gran fábrica de reciclaje en la que la calidad de la vida que pasaba por la puerta en la que ponía Muerte afectaba el estado de lo que emergía por la puerta al otro lado, donde decía Renacimiento. El nombre de la fábrica era *samsara* (que significa vagar por), porque se hacía que las almas pasaran por allí hacia su siguiente forma y la siguiente. Para bien o para mal, cada acción que realizaran en una vida afectaba a la calidad de su siguiente aparición. Y no eran solo los humanos los que estaban atrapados en el samsara. El propio mundo estaba sujeto a la misma ley de muerte y renacimiento. Al final de su ciclo actual de existencia, caería en un estado de reposo, del cual sería llamado de nuevo cuando llegara el momento adecuado. Así giraba, giraba y giraba la rueda de la existencia.

Pero no pensaban en el karma como un castigo ideado por algún inspector sobrenatural de almas. El karma era una ley impersonal como la gravedad, en la que una cosa procedía de otra, del mismo modo que el efecto sigue a la causa, como golpear una pieza de dominó y ver caer a todas las demás. En sus peregrinaciones a través del samsara, el alma podía pasar por ocho millones de apariciones antes de alcanzar finalmente *moksha*, o la liberación de la existencia, y perderse en la eternidad como una gota de lluvia que cae en el océano. Encontrar la forma de escapar del giro interminable de la rueda de la existencia y lograr la salvación era el propósito último de la religión hindú.

El término técnico para esta descripción de lo que nos sucede después de la muerte es «reencarnación». Comunidades de todo el mundo creen en ella, pero en ninguna parte ha alcanzado la misma intensidad que en la religión india. Todas las palabras que he utilizado para definirlo –karma, la ley de causa y efecto, samsara, el vagar del alma en busca de moksha o liberación– provienen de una lengua antigua llamada sánscrito. La llevó a la India una banda de invasores salvajes del norte. En el momento de su irrupción en la India, en torno al año 2000 a.e.c., podemos fechar los inicios del hinduismo.

En el norte lejano sobre la India había una larga extensión de tierra, que se conoce como las estepas de Asia central. Era un país de praderas desoladas, ideal para el tipo de vaqueros duros que guiaban a su ganado en una búsqueda constante de mejores pastos. Por razones que no conocemos bien, alrededor del inicio del segundo milenio antes de nuestra era, estas personas comenzaron a emigrar de las estepas en busca de una vida mejor. Muchos de ellos se dirigieron al sur, hacia la India. Se llamaban a sí mismos compatriotas, o «arios» en su propio idioma. Era un pueblo guerrero que conducía carros rápidos. Y fueron en oleadas hacia el valle del Indo, en la esquina noroccidental del subcontinente.

Allí ya existía una civilización avanzada. Tenía complejos sistemas de arte, arquitectura y religión. Probablemente poseía también los vicios y las virtudes de todas las sociedades desarrolladas. Fue en esta escena en la que entraron al galope los invasores arios, y lo que les faltaba de refinamiento, lo suplían con energía y coraje. Otro factor que distinguía a los invasores de los nativos era su tez más pálida, y esa diferencia del color de la piel se interpretaría de una forma que se reflejaría a través de los siglos hasta nuestro tiempo, dando un significado negativo a la palabra ario. Pero los invasores traían algo más que su piel blanca a la India. Traían a sus dioses y los comienzos de una notable literatura religiosa llamada Vedas.

En su forma escrita, los Vedas se compusieron entre 1200 y 1000 a.e.c., ya que los arios se atrincheraron en la India y dominaron su vida. Conocidos como *Shruti* u «oído», los Vedas se interpretaban en dos sentidos distintos pero relacionados. Su esencia la habían escuchado originalmente

los sabios del pasado que habían esperado que el significado de la existencia les fuera revelado desde el más allá. Eran los oyentes originales, aquellos a quienes las voces habían hablado. Y lo que habían escuchado lo oyeron una y otra vez sus discípulos, repetido por sus maestros. Así se fue transmitiendo el contenido de los Vedas a lo largo de los siglos. Leerlos en voz alta sigue siendo el método preferido para aprender las escrituras hindúes. En un templo hindú no se encontrará una Biblia o un Corán, pero se podrá oír su equivalente en las ceremonias que allí se celebran.

Veda significa «conocimiento». La palabra tiene la misma raíz que las palabras inglesas *wit* (ingenio) y *wisdom* (sabiduría). Hay cuatro Vedas: el Rigveda, el Yajurveda, el Samaveda y el Atharvaveda, cada uno de ellos con cuatro partes: los Samjitas, los Bráhmanas, los Araniakas y los Upanishads. Aquí va una explicación rápida sobre ellos. El Rigveda-samjita es el más antiguo de los cuatro. Contiene más de mil himnos alabando a los dioses. En la religión esto se conoce como «adoración» y, para hacernos una idea, podría ser el tipo de adulación del que gozan los poderosos gobernantes, como la obligación de llamar «Su Majestad» a la reina de Inglaterra y hacer una reverencia si nos encontramos ante ella. He aquí un ejemplo del Rigveda:

> Creador de Todo, sumamente sabio, sumamente fuerte,
> Creador, Ordenante, el más elevado Ejemplar…

Ya entiendes la idea. ¡No escatimemos efusión! Y del mismo modo que disfrutan los monarcas terrenales al recibir presentes y halagos excesivos, se deleitaban los dioses. Si los himnos son la adulación que ofrecemos a los dioses, entonces los sacrificios son las ofrendas que la acompañan y que deben presentarse en ceremonias cuidadosas que requieren de profesionales cualificados para dirigirlas. En la tradición hindú los sacerdotes que llevaron a cabo los sacrificios se llamaron brahmanes, y los libros de instrucción que recopilaron para ayudarlos fueron llamados Bráhmanas.

Los manuales de este tipo resultan aburridos para la mayoría de la gente, pero pueden ser obsesivamente interesantes para cierto tipo de mente

religiosa. Cuando yo era joven y estudiaba para ser sacerdote, me fascinaban las guías de los ritos y ceremonias de las diferentes tradiciones cristianas.

Había un tomo gigantesco que se titulaba *The Ceremonies of the Roman Rite Described* (Descripción de las ceremonias del rito romano), y una versión de la Iglesia de Inglaterra, más deslucida, titulada *Ritual Notes* (Apuntes rituales). Consultaba los dos, y me emocionaba al imaginar regimientos de obispos entrando lentamente en procesión en inmensas catedrales inundadas del humo del incienso. Esos libros eran los Bráhmanas de la cristiandad católica. Pero las autoridades religiosas no son las únicas personas a las que les gusta vestirse y celebrar rituales elaborados. Muchos clubes privados y fraternidades estudiantiles tienen sus propias tradiciones secretas, que nos recuerdan la necesidad que tiene el ser humano de utilizar símbolos y hacer ceremonias.

Si usted, igual que yo, está más interesado en las creencias profundas de una religión que en sus rituales externos, entonces la etapa final de la evolución védica le llamará la atención. Está en los Upanishads, que se escribieron a lo largo de un período de unos tres siglos y se completaron hacia el 300 a.e.c. Los Upanishads –o «reuniones cerca de un maestro»– se alejan de las ceremonias y los rituales del hinduismo y centran el interés en su aspecto más filosófico y teológico. En los Upanishads nos encontramos por primera vez con la doctrina del karma y el samsara de la que hablamos al principio de este capítulo.

En el próximo capítulo exploraremos el surgimiento de algunas de estas enseñanzas hindúes y cómo se transmitieron. Pero quiero terminar éste con la respuesta hindú a la otra gran pregunta de la religión. Ya hemos visto cómo respondieron a la pregunta de qué nos sucede después de la muerte. La respuesta de los Upanishads fue la singular doctrina de la reencarnación. La otra pregunta que se hace siempre la religión es qué hay –si es que hay algo– en la oscuridad más allá del universo. Las otras religiones suelen mencionar a los profetas que respondieron a estas preguntas y toman su nombre como propio. No fue así en el hinduismo. No había ningún fundador de quien la religión tomara el nombre, ni una sola figura a la que

recurrir en busca de inspiración. Vino de soñadores sin nombre en el pasado profundo de la India. Pero, aunque la religión no conserve los nombres de esos primeros soñadores, recuerda lo que dijeron.

En el Rigveda se comienza a responder a la pregunta de la religión sobre lo que hay ahí fuera. Para oírlo, tenemos que imaginarnos que estamos junto a una fogata de campamento bajo el cielo estrellado del norte de la India, mientras uno de sus sabios desconocidos perfora el tiempo para llegar a los orígenes del mundo y más allá. No habla, sino que entona un cántico, mientras mira la noche extasiado.

> Por entonces no había existencia ni no existencia: no había aire, ni un cielo más allá.
> Esa Cosa Única, sin aliento, respiraba por su propia naturaleza: fuera de ella no había absolutamente nada.
> Los dioses son posteriores a la creación de este mundo. ¿Quién sabe entonces de dónde surgió por primera vez?
> Él, el primero de esta creación, tanto si dio forma a todo o no.
> Cuyo ojo controla este mundo en el Cielo más alto, él realmente lo sabe, o tal vez no.

Hay sorpresas en los cánticos que le oímos cantar. Nos dice que hay «dioses», pero «son posteriores a la creación de este mundo». Eso significa que ellos, como nosotros, son una creación y también están sujetos a las revoluciones de la rueda del tiempo. Van y vienen como el resto de nosotros. Pero el soñador sugiere que detrás de todos los cambios de forma hay algo que no cambia, «esa Cosa Única» lo llama. Se diría que la historia y sus criaturas son como las neblinas que mantienen y distorsionan la presencia de una gran montaña: ¡esa Cosa Única! ¿Pero, qué es? ¿Y quiénes los dioses que son sus agentes?

CAPÍTULO 4



Una entre muchas

Un día te enteras de que tu autora favorita viene a la ciudad para hablar de sus libros. Te acercas a la librería donde va a hacer una lectura de su nueva obra, que está llena de las últimas aventuras de personajes que para ti ya son conocidos. Le preguntas de dónde vienen. ¿Son reales? ¿Existen en algún lugar? Ella se ríe.

–Solo existen en mi imaginación –responde.

Los inventó todos. Vienen de su cabeza. Así que ella puede hacer lo que quiera con ellos.

¿Qué ocurriría si de camino a casa cayeras en la cuenta de que es posible que tú tampoco seas real, que quizá seas la creación de alguien, un personaje en una historia que alguien ha inventado? Sería como si el personaje de un libro se percatara de que no tiene una vida independiente, que no es más que el producto de la imaginación de un escritor.

Esa era la idea que tuvieron los sabios de la India con la fuerza de una revelación. ¡Ellos mismos no eran reales! En última instancia tan solo había una cosa real: el alma o el espíritu universal que llamaban *Brahman*, que se expresaba o escribía en muchas formas. La dura realidad era que todo lo que había en el mundo que parecía existir era, de hecho, un aspecto del

Brahman en sus muchos disfraces y formas. Estaba, como dicen los Upanishads, «escondido en todos los seres… era el yo dentro de todos los seres, velaba por todas las obras, habitaba en todos los seres, era el testigo, el perceptor, el único». ¡Estaban en el brahman y Brahman estaba en ellos!

Una historia de los Upanishads capta la cercanía de esta identidad en una famosa frase. Un padre le dijo a su hijo: «Eso que es la esencia más fina, este mundo entero lo posee como su alma. Eso es la Realidad… Y… Eso eres tú, Svetaketu». La gente puede pensar que tiene una existencia separada, individual, pero es una ilusión. Son personajes que aparecen una y otra vez en la historia de Brahman, su papel en el próximo episodio escrito por su karma.

Y no eran solo los individuos cuyos papeles ya estaban escritos. La forma en que se organizaba la sociedad en clases, o castas, también estaba trazada. Cada vez que renacía un alma humana, se encontraba en uno de estos grupos y tenía que vivir su tiempo allí hasta su siguiente muerte y reencarnación. Como había un vínculo evidente entre las diferentes castas y su color, debemos recordar que los invasores arios que trajeron su idioma y su religión al valle del Indo eran de piel clara y probablemente miraron con superioridad a las razas de piel más oscura con las que se encontraron al llegar. Es posible que existiera en la India algún tipo de división en castas antes de que aparecieran los arios, pero lo justificaron como un arreglo cuya orden procedía de la Realidad Suprema. Y había una escritura que describía su origen.

Brahman había delegado la tarea de erigir este mundo a un dios creador que se llama *Brahma*, para añadir un poco de confusión. Brahma creó al primer hombre, *Manu*, y a la primera mujer, *Shatarupa*. De ellos se originó la humanidad. Pero los seres humanos no fueron creados iguales. Había cuatro castas en orden descendente según su importancia. En la parte superior estaban los brahmanes, los sacerdotes y los maestros. Después los *kshatriyas* o chatrias, los reyes, aristócratas y guerreros. A estos les siguen los *vaisyas* o vaisias, los comerciantes y los artesanos. Al final del todo estaban los *shudrás*, los sirvientes y los trabajadores agrícolas. Los brahmanes eran de piel clara. Los chatrias eran de un tono rojizo. Los

vaisias tenían un color amarillento. Los shudrás eran negros. Y por debajo de ellos había una clase que se dedicaba a labores como limpiar letrinas y otros trabajos sucios, que les hacía permanentemente impuros. Eran los «intocables» cuya simple sombra contaminaba el lugar en el que caía. Era un sistema duro y rígido, pero la creencia en el karma y el samsara aliviaba un poco la desesperación. Al pasear por las vidas que el karma había determinado para ellos, la gente siempre podía esperar que al portarse bien podrían mejorar su posición en la siguiente.

Pero el mundo con sus castas y divisiones y miles de formas de vida no era la única forma en que se expresaba Brahman. También creó dioses, millones de ellos. Eran otra manera más en que el Uno-Sin-Forma adoptaba diferentes formas. Pero debemos ser cuidadosos al interpretar estos dioses. En la superficie el hinduismo es lo que llamamos politeísta, que quiere decir que cree en muchos dioses. Pero también sería correcto describir esta religión como monoteísta, porque todos sus dioses se consideran aspectos o expresiones del único dios. Pero ni siquiera la idea de «un dios» es exacta. En la creencia hindú, detrás de todos los personajes ilusorios y cambiantes que revolotean por la vida –incluidos los «dioses»– hay una realidad suprema, «esa Cosa Única», como lo expresaron los Upanishads. Si le gusta aprender los términos técnicos de las cosas, esta creencia se conoce como *monismo*, que significa «una-cosa-*ismo*» en lugar de «un-dios-*ismo*».

Puesto que no todo el mundo tiene el tipo de mente que se siente cómoda con una idea tan grande como esa, las imágenes de los dioses como símbolos de «esa Cosa Única» se realizaron para que la gente tuviera algo a lo que mirar y en lo que concentrarse. Recuerde: un símbolo es un objeto que representa una gran idea y nos conecta con ella. En el hinduismo hay miles de dioses y miles de imágenes para elegir, todos diseñados para atraer los pensamientos del adorador hacia Aquel a través del cual todo lo que existe llegó a ser.

Para ver cómo son los dioses hindúes el lugar ideal es uno de sus templos, así que vamos a buscar el más cercano. Subimos las escaleras hacia un porche donde nos quitamos los zapatos y entramos descalzos. Llegamos a la sala central y al final, tras subir algunos peldaños más,

descubrimos el altar del dios o dioses que viven allí. Los grandes templos de la India están llenos de dioses. El que hemos elegido solo alberga a tres, pero son muy populares e importantes.

Aquí hay una estatua de un hombre bailando; tiene tres ojos y cuatro brazos, y de su cabeza fluye el río más famoso de la India, el Ganges. Hay una gran figura humana con una barriga protuberante y cabeza de elefante. Pero nuestro descubrimiento más desconcertante probablemente es esta pintura de una mujer con la lengua fuera, todo lo larga que es. Tiene cuatro brazos; con uno sostiene una espada afilada y con otro una cabeza cortada que chorrea sangre.

La figura bailarina con tres ojos y cuatro brazos es Shiva el Destructor. El dios con cabeza de elefante es Ganesh, uno de los hijos de Shiva nacido de la diosa Parvati. La mujer de cuatro brazos que sostiene la cabeza cortada es Kali, otra de las esposas de Shiva. Ganesh tiene cabeza de elefante porque un día su padre no lo reconoció y le cortó la cabeza. Al darse cuenta de su error, le prometió un trasplante de la primera criatura que encontrara, que resultó ser un elefante. Como corresponde a alguien que ha soportado semejante prueba, Ganesh es una deidad popular y accesible que ayuda a sus seguidores a enfrentarse a los desafíos que la vida les pone delante.

La historia de Kali es menos reconfortante. Los dioses del hinduismo cambian a menudo de forma, y Kali es una de las muchas formas que adopta la diosa madre, es el aspecto femenino de dios. En una de sus batallas contra el mal, Kali se dejó llevar de tal manera por el placer de la destrucción que acabó con todo lo que se le puso por delante. Para detenerla, Shiva se arrojó a sus pies. Kali se quedó sobrecogida por este acto y sacó la lengua en señal de sorpresa. Kali y Ganesh son figuras muy vistosas, pero Shiva es más importante. Es el más memorable de una tríada de dioses superiores en el panteón hindú; los otros dos son Brahma el creador, a quien ya hemos conocido, y Vishnú el preservador.

Para comprender el lugar que ocupan los tres dioses superiores en la religión hindú tenemos que entender dos formas diferentes de concebir el tiempo. En el pensamiento occidental, el tiempo pasa como una flecha

disparada contra un objetivo, por lo que su mejor imagen es una línea recta como esta: ⟶ En el pensamiento indio, el tiempo gira como una rueda, por lo que su mejor imagen es un círculo como este: ○ Del mismo modo que su karma impulsa a los individuos a pasar ciclo tras ciclo de renacimiento, el universo está sujeto a una ley similar. Al final de su período actual se desvanece en la falla del vacío, hasta que el Uno comienza a girar la rueda del tiempo de nuevo y Brahma hace surgir otro universo.

Como ha cumplido con su deber hasta el siguiente giro de la rueda, Brahma se relaja y Vishnú pasa a hacerse cargo. Vishnú, que generalmente se representa con un mazo en la mano derecha como símbolo de autoridad, es el dios que cuida del mundo como un padre cariñoso y trabaja duro para hacer que sea un lugar seguro. Vishnú es sereno y tranquilizador, hasta puede ser un poco aburrido. Shiva es lo opuesto de aburrido. Representa el lado guerrero de la naturaleza humana. Él es el terminador que pone fin a lo que Brahma comenzó y Vishnú sostuvo. Su acción más dramática es la Danza de la Muerte, cuando pisotea el tiempo y el mundo regresa al olvido hasta que la rueda vuelve a girar.

Mientras los devotos hindúes contemplan las imágenes de los dioses y reflexionan sobre lo que representan, son conscientes de la gran rueda del tiempo que los hace girar y girar en una vida tras otra. Es un escenario giratorio en el que todos van y vienen, aparecen y desaparecen, hacen sus entradas y salidas, un espectáculo brillante pero agotador. ¿Hay manera de abandonar el escenario y retirarse? ¿Existe una salida final de estas idas y venidas del samsara?

Hay disciplinas que el alma puede practicar y que le ayudarán a escapar de la etapa giratoria del tiempo, pero para entenderlas tenemos que recordar la situación en la que se encuentran los humanos. Ellos mismos no son reales, pero están atrapados en la ilusión de que lo son. La salvación es liberarse de esa ilusión y dejar que el yo finalmente desaparezca. Para simplificar, podemos dividir las disciplinas con las que se alcanza la liberación en dos tipos diferentes de práctica espiritual. Podríamos decir que son el camino externo y el camino interno; la forma de concentrarse en algo y la manera de no concentrarse en nada.

Al seguir el camino externo, también conocido como el camino de la devoción amorosa, los fieles usan la forma o la imagen de un dios para lograr la comunión con el Uno-Sin-Forma. Llevan presentes a su dios en el templo y lo cuidan con cariño. Al realizar estos rituales salen de sí mismos en el Uno. Promueve una especie de olvido de uno mismo que poco a poco los libera de las garras de la naturaleza humana que los ha atrapado en la ilusión. Pero es un trabajo lento; se puede tardar innumerables vidas en conseguir la escapada final de la rueda del eterno retorno.

El otro camino a la salvación es el enfoque contrario. No utiliza imágenes para alcanzar lo que está más allá de la apariencia. Intenta vaciarse de la ilusión del yo mediante la práctica de la meditación. Al aprender a permanecer quietos e ignorar la incomodidad de sus cuerpos y las distracciones que corren por sus mentes, quienes la practican buscan vaciarse de la ilusión del yo y lograr la unión con lo Real. Pero la meditación tampoco es una solución rápida. El sentido de unión que se logra con ella es fugaz. La mente vacía no tarda en llenarse de nuevo con todos sus deseos y distracciones habituales. Por eso, en la búsqueda de un estado permanente de olvido y unión con el Uno, algunos abandonan cualquier apego terrenal y se convierten en mendigos errantes que viven una vida de completa abnegación. Suprimen las necesidades del cuerpo que les ata a esta vida para perderse en Aquel que es el único real.

El hinduismo sí mantiene la promesa de liberación final de la rueda del tiempo, pero la sola idea de la infinidad de vidas que pueden ser necesarias para alcanzar la salvación aturde el corazón. En torno al año 500 a.e.c., algunos se preguntaron si no habría una manera más rápida de llegar esa deseada liberación. Debemos ver la respuesta que dio uno de los genios más atractivos de la historia de la religión. Su nombre era Sidarta Gautama y era un príncipe. Se le conoce más como Buda.

CAPÍTULO 5



De príncipe a Buda

Quince siglos después de que esos jinetes arios invadieran la India y empezara la evolución de la compleja y colorida religión que conocemos como hinduismo, un hombre se fijó con consternación en la doctrina de reencarnaciones interminables. Se preguntó qué era aquello de las almas encadenadas a la rueda del samsara y de su respuesta surgió un nuevo movimiento espiritual. Él había nacido alrededor del año 580 a.e.c. en las faldas del Himalaya en el noreste de la India. Se llamaba Sidarta Gautama y esta es su historia.

Sidarta pertenecía a la casta de los *kshatriya* o chatrias, que eran gobernantes y guerreros. Su padre, Sudodana, rey de los sakias, tenía cincuenta años cuando su esposa, la reina Maya, dio a luz a su hijo. Sidarta, un niño devoto, estudió los Vedas, los libros sagrados del hinduismo. Aunque era un príncipe y vivía una vida privilegiada, sus maestros le recordaban que, como todos los demás, estaba haciendo un largo viaje a través de muchas vidas. A los dieciséis años se casó con la princesa Yasodara y tuvieron un hijo, Rajula. Hasta que cumplió veintinueve, Sidarta disfrutó de una vida privilegiada y protegida; estaba servido por un ejército de sirvientes, que atendían cada una de sus necesidades. Pero una serie de

acontecimientos, que ocurrieron en tan solo unos días, cambiarían su vida para siempre. Se conocería como la historia de los cuatro encuentros.

El primer día, al volver de una jornada de caza, Sidarta vio a un hombre demacrado que se retorcía de dolor en el suelo. Preguntó a su cochero, Chana, qué le pasaba a aquel desdichado.

–Está enfermo –fue la respuesta.

–¿Por qué está enfermo? –preguntó el príncipe.

–Eso, mi príncipe, es la vida. Todas las personas enferman.

El príncipe se quedó pensativo, pero no dijo nada.

Al día siguiente se encontró con un anciano que tenía la espalda doblada como un arco, la cabeza inclinada y las manos temblorosas. Apenas podía caminar, a pesar de que se ayudaba con dos bastones.

–¿Este hombre también está enfermo? –preguntó el príncipe a Chana.

–No –respondió el cochero–. Es mayor. Eso es lo que sucede en la vejez.

De nuevo Sidarta se quedó en silencio.

El tercer encuentro fue una procesión fúnebre. Llevaban a un muerto al cementerio para incinerarle, como dicta la costumbre hindú, y su viuda y sus hijos iban detrás, llorando. Sidarta preguntó a Chana qué estaba pasando.

–Este es el camino de toda carne –explicó–. Sea príncipe o indigente, la muerte nos llega a todos.

Una vez más, Sidarta se quedó callado.

Había presenciado el dolor de la enfermedad, la vejez y la muerte. «¿Cuál es la causa de todo este sufrimiento?», se preguntó. Había estudiado los Vedas, pero tan solo le decían que era ley de vida, que era el karma. Mientras estaba en su palacio pensando en estos misterios, una música se deslizó por su ventana. Pero solo consiguió ponerle más triste. Se dio cuenta de que el placer era algo efímero. Daba cierto alivio, pero no había nada que pudiera hacer para frenar la llegada de la muerte.

El cuarto día fue al mercado con Chana a su lado, como de costumbre. Entre los compradores y los comerciantes que abastecían las necesidades de su familia, Sidarta vio a un monje vestido con túnicas gruesas, que

mendigaba; estaba pidiendo comida. Era viejo y pobre, obviamente, pero parecía feliz y sereno.

–¿Qué clase de hombre es este? –preguntó.

Chana explicó que era uno de los que había abandonado su hogar para vivir sin posesiones y sin los cuidados que éstas necesitan.

Sidarta regresó a las comodidades de su palacio meditabundo. Esa noche, preocupado y sin poder dormir, comprendió de golpe que era el *deseo* lo que motivaba el sufrimiento humano. Los hombres y las mujeres nunca estaban contentos con su suerte, nunca estaban en paz. Anhelaban lo que no poseían. Pero tan pronto como conseguían el objeto deseado, otro anhelo tomaba su lugar. Cuanto más pensaba en esto Sidarta, más repulsa le producía el deseo. Era una enfermedad que afligía a todo el que hubiera nacido en este mundo y no había modo de escapar de sus compulsiones. Sin embargo, a pesar de la repugnancia que le invadía, Sidarta también se sintió lleno de compasión por los que estaban atormentados por el deseo. Fue entonces cuando decidió que iba ayudarlos. Encontraría la manera de liberarlos de las garras del deseo para que nunca más volvieran a nacer en este mundo de dolor. Buscaría la iluminación que lo liberaría de los giros de la rueda del renacimiento. Luego guiaría a otros por el sendero que él había encontrado.

Una vez que hubo tomado esta decisión, Sidarta se levantó de la cama. Después de susurrar una despedida a su esposa e hijo, convocó a Chana y salieron cabalgando hacia la noche en su carro tirado por el semental Kantaka. Cuando llegaron al borde del bosque, Sidarta bajó del carro y con una espada se cortó la larga y negra melena. Le dio el pelo a Chana y le pidió que regresara al palacio y lo mostrara como prueba de la nueva vida que había emprendido. Luego cambió su cara túnica por la de un vagabundo y se puso en marcha como un peregrino sin hogar. El príncipe Sidarta Gautama tenía veintinueve años cuando se convirtió en un mendigo. Este momento de su historia es conocido como la Gran Renuncia.

Durante seis años vagó en busca de la mejor manera de purgar el dolor del deseo y alcanzar la iluminación. Los sabios que conoció le mostraron dos caminos. Uno era una forma intensa de ejercicio mental diseñado para

disciplinar la mente y calmar los antojos. Sidarta dominó las técnicas y las encontró útiles. Pero no le trajeron la liberación final ni la iluminación que buscaba. Así que dejó a los meditadores y continuó su viaje hasta que conoció a una comunidad de monjes que practicaban una austeridad feroz. Cuanto más intensamente niegues tu cuerpo, le dijeron, más clara será tu mente. Si quieres liberar tu alma debes hacer pasar hambre a tu cuerpo. Sidarta se embarcó en un programa de abnegación que a punto estuvo de llevarle a la muerte. Entonces dijo de sí mismo:

> Cuando yo vivía de una sola fruta al día, mi cuerpo estaba extenuado… mis miembros parecían las articulaciones anudadas de unas enredaderas marchitas… mis costillas esqueléticas eran como las vigas de un techo caído… si me tocaba el vientre, me encontraba con la columna vertebral.

Se dijo a sí mismo: no hay duda de que, si esta teoría de la renuncia corporal fuese verdad, ya habría alcanzado la iluminación porque he llegado al borde mismo de la muerte. Ahora, tan débil que no podía seguir arrastrando su cuerpo, Sidarta se desmayó. Sus amigos pensaron que iba a morir, pero se recuperó. Cuando volvió en sí, dijo a los monjes que había tomado una decisión. Seis años de intensa meditación y renuncia no le habían acercado a la iluminación que buscaba. Así que iba a dejar de privarse de comida y de torturarse a sí mismo. Triste por este anuncio, los monjes le abandonaron, y Sidarta continuó su camino en solitario.

Llegó a una higuera silvestre y, mientras descansaba bajo sus ramas, tomó una decisión. Aunque mi piel, mis nervios y mis huesos se agoten y me deje de circular la sangre, se dijo, me quedaré aquí hasta alcanzar la iluminación. ¡Siete días después se dio cuenta de que su deseo de deshacerse del deseo era un deseo en sí mismo! Vio claro que su deseo de liberarse del deseo había sido el obstáculo para su propia iluminación. Cuando interiorizó el significado de esta percepción, se dio cuenta de que ya estaba vacío de deseo. Pasó a un estado de éxtasis en el que «se destruyó la ignorancia, había surgido el conocimiento; se destruyó la oscuridad, había surgido la luz». Inmediatamente fue consciente de que «ya no hay un renacer; he vivido la vida más elevada; he cumplido con mi tarea; y ahora

para mí no hay más de lo que he sido». Para él se había detenido el giro de la rueda del samsara y el renacimiento. Entonces se convirtió en el Buda, el iluminado. Se conoce ese momento como la Noche Sagrada.

Luego fue en busca de los monjes a los que había decepcionado al desviarse de su camino hacia la iluminación. Los encontró en el parque de los ciervos en Benarés, una ciudad a orillas del Ganges en el norte de la India. A pesar de su deserción, lo recibieron con cortesía. Los monjes le acusaron suavemente de que al dejar la vida de mortificación había perdido la posibilidad de encontrar la iluminación y Buda les respondió con lo que se conoce como el Sermón de la Rueda del *darma* o Rueda de la Ley. En este discurso volvió a plantear la pregunta que le había perseguido desde que dejó su hogar en busca de la iluminación. ¿Qué pondrá fin al giro de la rueda del samsara a la que nuestros anhelos nos han encadenado? La respuesta que dio fue que la salida era el camino de la moderación entre los extremos. Lo llamó el Camino Medio.

–Hay dos extremos, oh monjes, que hay que evitar. Uno es la vida de placer y sus deseos; es degradante… y carece de beneficio alguno. El otro es una vida de tortura autoimpuesta; es doloroso… y carece de beneficio alguno. Si evitamos estos dos extremos alcanzaremos el Camino Medio que conduce a la iluminación.

Los pilares del Camino Medio fueron las Cuatro Nobles Verdades. Toda la vida está impregnada de sufrimiento. La causa del sufrimiento es el deseo. El deseo se puede eliminar y la manera de eliminarlo es seguir el Camino Óctuple.

El Buda era un hombre práctico, un hombre de acción. Una característica destacada de las personas prácticas es su amor por las listas, cosas que hacer, cosas que recordar, cosas que recoger en el mercado. Aquí está la lista óctuple de Buda de lo que se necesita para eliminar el anhelo que causa el sufrimiento: la creencia correcta, la resolución correcta, el discurso correcto, el comportamiento correcto, la ocupación correcta, el esfuerzo correcto, la contemplación correcta, la concentración correcta. La correcta creencia y la correcta resolución son encontrar el Camino Medio y seguirlo. La siguiente es la decisión de nunca calumniar a los demás ni usar

lenguaje grosero. Aún más importante es el rechazo a robar, matar o hacer algo vergonzoso, y evitar las actividades que causan daño a los demás.

El budismo es una práctica, no un credo. Es algo que se hace, no algo en lo que se cree. La clave de su efectividad es controlar la inquieta mente llena de anhelos a través de la meditación. Al sentarse y controlar la respiración, mientras se centran en una palabra o una flor, los practicantes se mueven entre diferentes niveles de conciencia para alcanzar la calma que disminuye el deseo. Buda habría estado de acuerdo con una visión del contemplativo francés del siglo XVII, Blaise Pascal: «Todos los problemas de la humanidad provienen de una sola causa, la incapacidad del hombre para permanecer sentado y en silencio, en una habitación».

Después de que el Buda les convenciera con su discurso sobre el Camino Medio, los monjes se convirtieron en sus seguidores y nació el Sangha, o la orden de monjes y monjas budistas. Aunque las enseñanzas del Buda no imponían ningún credo, se sustentaban en las dos suposiciones de la religión, el karma y el samsara: la ley de causa y efecto que lleva a millones de renacimientos. Él enseñaba que la manera más rápida de detener la rueda del renacimiento era convertirse en un monje y practicar las disciplinas que llevaban a la iluminación. Pero si la situación de uno lo hacía imposible, la siguiente mejor opción era vivir una vida ética con la esperanza de que en la próxima pudiera alcanzar un estado en el que fuera posible vestir la túnica ocre del monje o la monja.

Después del Sermón de Benarés y durante cuarenta y cinco años, el Buda viajó y trabajó para fortalecer su comunidad de monjes y monjas, la Sangha. A medida que se acercaba a la muerte dijo a sus seguidores que no sería un problema dejarlos porque sus enseñanzas permanecerían, y era la enseñanza lo que importaba. El príncipe que se convirtió en el Buda hizo su último viaje a una ciudad al noreste de Benarés. En un momento se sintió enfermo, se acostó entre dos árboles y murió. Tenía ochenta años. La religión que fundó Sidarta Gautama se extendió a través de Asia y con el tiempo se convirtió en una religión mundial. Sin embargo, apenas está presente hoy en la tierra de su nacimiento, a diferencia del jainismo, que no

se encuentra prácticamente en ningún otro lugar, y que vamos a investigar a continuación.

CAPÍTULO 6



No hacer el mal

El jainismo, igual que el budismo, es una respuesta a la pregunta que se hizo el hinduismo respecto a la humanidad. Si nuestra existencia actual es solo la última de las muchas vidas que llevaremos porque nuestro karma nos ha encerrado en la rueda del renacimiento, ¿cómo podemos liberarnos y escapar hacia un estado llamado *nirvana*? Nirvana es una palabra del sánscrito que significa un fuego apagado. Se logra cuando el alma finalmente escapa del samsara. La respuesta que dio el Buda fue que debíamos encontrar el Camino Medio entre los extremos. El jainismo, en cambio, fue en dirección contraria. Escogió la forma más extrema imaginable, el camino de la más rigurosa abnegación. Su máximo ideal era que sus seguidores se entregaran al *salekana*, la muerte voluntaria por ayuno.

La palabra «jainismo» procede de un verbo del sánscrito que significa conquistar. Se refiere a la batalla que libran los jainas contra su propia naturaleza para alcanzar la iluminación que trae la salvación. En la tradición jaina ha habido veinticuatro *yinas* o conquistadores que han logrado dominar sus deseos hasta obtener la iluminación. Se conocen como *tirthankaras*, que significaba constructores de vados, debido a su habilidad

para guiar almas por el río del renacimiento hasta la salvación que se encontraba al otro lado. Se dice que el último de estos tirthankaras es el «fundador» del jainismo. Se llamaba Vardamana, pero era más conocido como Mahavira, o gran héroe. La tradición nos dice que nació alrededor del año 599 a.e.c. en la cuenca del río Ganges de la India oriental, la región que también vio nacer a Sidarta Gautama, que se convirtió en el Buda.

El Mahavira y el Buda no solo tenían en común la región y la cronología. El Mahavira también era un príncipe. También estaba obsesionado con el problema del sufrimiento y sus causas. También renunció a una vida privilegiada para ir en busca de la iluminación. Y estaba de acuerdo con Buda en que el deseo era lo que motivaba el sufrimiento. Las personas son infelices porque anhelan lo que no tienen; pero en el momento que lo consiguen, quieren poseer algo diferente. De esto se deduce que, puesto que el deseo es la causa del sufrimiento, la extinción de ese deseo es lo único que puede salvarnos. El modo en que Mahavira se propuso acabar con el deseo demostraba lo radical que era. Dijo que la única forma de liberarse de la rueda del renacimiento era evitando hacer el mal y haciendo el bien. Igual que el Buda, era muy aficionado a las listas. Consiguió destilar su método hasta llegar a cinco mandamientos. No matar ni dañar a un ser vivo. No robar. No mentir. No vivir una vida impura o indisciplinada. No codiciar o anhelar nada.

A primera vista, no hay nada nuevo en estas reglas. Muchos otros sistemas tienen una lista como esta. Lo que diferencia al jainismo de los demás es la profundidad que da al primer mandamiento de Mahavira, el de no matar ni dañar a otras criaturas. La *ahimsa*, o no violencia, es la característica principal de su enseñanza. Y él la concibe como absoluta y universal. Quienes buscan la salvación solo podrán cambiar el karma que los tiene amarrados a la rueda del renacimiento mediante la no violencia absoluta.

¡Los monjes jainistas no deben herir ni matar nada! No deben matar animales para comer. No deben cazar ni pescar. Ni deben tampoco dar un manotazo al mosquito que les pica en la mejilla o la abeja que les pica en el cuello. Si encuentran una araña o cualquier otro insecto no deseado en su

casa, no deben pisotearlo. Si no lo quieren tener allí, deben capturarlo con cuidado, asegurándose de que no lo dañan, y liberarlo con reverencia en la naturaleza. Como la propia tierra en la que viven está llena de diminutas criaturas, deben caminar con cuidado para no dañarlas. Para asegurarse de que el peso de su cuerpo al pisar no aplastará la vida bajo sus pies, los jainistas llevan una escoba de plumas suaves con la que se abren camino barriendo suavemente el sendero por el que van a pasar. Algunos llevan máscaras sobre la boca para evitar inhalar algún insecto y dañarlo. Su reverencia y respeto por todas las formas de vida se aplica incluso a los tubérculos. No se deben arrancar de la tierra para comerlos, pues también son criaturas cuya vida es tan valiosa como la de los humanos.

Si no comían carne, pescado ni verduras, ¿cómo sobrevivían los jainistas? Algunos de ellos decidieron no sobrevivir. El salekana, o suicidio por inanición, era el más alto ideal jaina. Era lo que llevaba a la extinción total del deseo en el alma y su liberación final del karma. Pero basta con pensar un minuto para darse cuenta de que era improbable que el suicidio se convirtiera en una práctica universal, incluso entre los jainistas. Todas las religiones tienen sus diferentes niveles de intensidad, desde el rojo vivo del fanático hasta la participación ocasional en los ritos de los seguidores más tibios. El jainismo, aunque es una de las religiones más calientes de la historia, también tenía diferentes niveles de temperatura entre sus practicantes. La mayoría no se moría de hambre. Pero lo que hacían era bastante extremo. Sobrevivían a base de fruta, pero solamente podía ser fruta que había caído al suelo. Los jainistas eran radicales de la fruta. Al limitarse a lo que obtenían de forma inesperada, se mantenían sin hacer daño a ninguna forma de vida.

Aparte de su creencia en el carácter sagrado de todas las formas de vida, el jainismo no se cargó con demasiada teoría religiosa. En su organización no había lugar para un dios supremo o un creador. Rechazaba las crueldades del sistema de castas. Pero su camino hacia la salvación dependía de un mapa preciso del universo. Los jainas creían que el universo consistía en dos gigantescas esferas unidas por una pequeña cintura. Imaginemos un cordón atado en mitad de un globo inflado, que lo divide en dos partes

conectadas por ese nudo. En el jainismo el nudo era nuestro mundo, donde las almas cumplían su tiempo en la rueda del renacimiento. Y del mismo modo que creían que demasiada comida convertía sus cuerpos en algo pesado y difícil de arrastrar, los jainas estaban convencidos de que el mal comportamiento añadía peso al alma y hacía que fuera más complicado salir de la rueda del renacimiento. Las almas que habían vivido malas vidas volvían para la siguiente en una forma inferior. Tal vez como una serpiente o una rana. Incluso como una zanahoria o una cebolla. Las almas que vivían vidas verdaderamente malvadas se volvían tan pesadas que su peso tiraba de ellas hacia los siete infiernos en la esfera inferior del universo, donde en cada infierno los tormentos eran más terribles que en el anterior.

Por la misma ley, las almas que se purgaban de pecado se hacían más ligeras cuanto más luchaban. Los jainas realmente entregados practicaban lo que se llama «ascetismo» extremo, una palabra que procede del atletismo griego y significa hacer un entrenamiento tan increíblemente severo que el que lo hace supera a todos los demás en el campo. Los jinas, los mejores atletas del jainismo, trabajaron tan duro que sus almas se volvieron lo suficientemente ligeras como para flotar más y más alto a través de los cielos de la esfera superior. Cuando llegaron al vigésimo sexto cielo alcanzaron el nirvana y el fin de su lucha. Ahora estarían para siempre en un estado de felicidad inmóvil. ¡La salvación al fin!

Otro aspecto interesante del jainismo es la forma en que amplió su lucha por la ingravidez hasta el ámbito de las ideas. Al igual que los actos erróneos, las ideas equivocadas podrían hacer que el alma pesara más. La historia desde luego demuestra que el desacuerdo sobre las ideas, incluidas las religiosas, es uno de los principales motivos de violencia entre los seres humanos. Para los jainistas, la doctrina de la ahimsa –la no violencia– se aplicaba tanto a las ideas de las personas como a sus cuerpos. Incluso en la vida de la mente los jainistas no debían hacer daño, debían actuar sin violencia. Respetaban las diferentes maneras en que los seres humanos veían y experimentaban la realidad, y reconocían que nadie conseguía ver de verdad la realidad total.

Llamaron a esta doctrina del respeto *anekantavada* y para explicarla contaban una historia de seis ciegos a quienes habían pedido que describieran un elefante tras tocar diferentes partes del cuerpo del animal. El hombre que tocó una de sus patas dijo que era una columna. El que le acarició la cola dijo que era una cuerda. El que le puso la mano en el tronco dijo que el elefante era como la rama de un árbol. El hombre que investigó cómo era la oreja dijo que parecía un abanico. El que palpó el vientre dijo que era como una pared. El que tocó el colmillo dijo que era como una pipa. El maestro les dijo que todas sus descripciones eran correctas, pero que cada uno había captado tan solo una parte y no el todo. La moraleja era que los humanos son limitados en su comprensión de la realidad. Puede que no sean totalmente ciegos, pero solo la ven desde un ángulo. Eso estaba bien siempre y cuando no proclamaran que su visión era el cuadro completo y forzaran a otros a ver las cosas de la misma manera.

El Mahavira viajó por la India predicando su mensaje y atrayendo discípulos. En el momento de su muerte por ayuno autoimpuesto en el año 427 a.e.c., tenía setenta años y una comunidad de seguidores de 14.000 monjes y 36.000 monjas. Estos monjes y monjas eran los auténticos atletas del jainismo. Se entrenaron duro para hacerse lo suficientemente ligeros y alcanzar el nirvana en su vida presente, y reunieron los sermones de Mahavira sobre la no violencia y la reverencia para toda la vida en su libro sagrado, llamado los Ágamas.

Para los jainistas, la limitación de nuestro conocimiento era consecuencia de la irrealidad en que estábamos atrapados en nuestra existencia. Solo los iluminados lograban un conocimiento perfecto. Independientemente de la opinión que tengamos de otros aspectos del jainismo, no cabe duda de que el fomento de la modestia espiritual no es corriente en la religión. A las religiones les gusta pensar que tienen la última palabra sobre las cosas. Rechazan la idea de que son todos mendigos ciegos discutiendo sobre la forma del cuerpo de un elefante.

Una vez que están bien establecidas, la mayoría de las religiones se dividen en diferentes sectas y cada una afirma ser la verdadera versión del profeta o el maestro original. El jainismo no fue una excepción. Se dividió

en dos, pero sus diferencias eran mínimas e incluso entrañables. Un grupo, que se llamaba a sí mismo los Digambaras (que significa vestido de cielo), insistía en que los monjes y monjas no debían usar ropa alguna. Mientras, el otro grupo, los Svetambaras (vestido de blanco), les permitían llevar batas blancas.

Además de sus monjes y monjas, el jainismo sigue teniendo millones de seguidores laicos en la India. Aunque sus monjes y monjas son los verdaderos atletas, los miembros laicos viven una vida tan sencilla como les permite su lugar en la sociedad. No esperan alcanzar el vigésimo sexto cielo en una sola vida de lucha. Pero esperan que su actual vida de mansedumbre no violenta les garantice un lugar como monje o monja en la próxima y, después de esa vida, llegar finalmente al nirvana.

Dada la naturaleza del jainismo, nunca se iba a convertir en una religión de masas, pero ha sido influyente y presenta una interesante distinción. Mientras que las prácticas extremas solo pueden tener una apelación minoritaria, pueden tener un efecto sobre la opinión de la mayoría y suavizar algunas actitudes. La creencia jainista de que toda forma de vida es sagrada ha contribuido al movimiento vegetariano en sus diversas formas. Su doctrina de la no violencia ha tenido un impacto significativo en la política. Influyó en Mahatma Gandhi, el abogado que dirigió la campaña por la independencia del Gobierno británico en la India en la primera mitad del siglo XX. Influyó en Martin Luther King, el predicador cristiano que dirigió la campaña por los derechos civiles de los afroamericanos en Estados Unidos en la segunda mitad del mismo siglo.

El jainismo continúa recordándonos que es cierto que el deseo es la causa de mucho sufrimiento humano y que solo si aprendemos a controlarlo encontraremos la felicidad y el bienestar. Pocos de nosotros querremos ir desnudos o morirnos de hambre, pero pensar en los que sí lo hacen puede instarnos a vivir de una forma un poco más simple.

Mencioné al principio de este libro que sería imposible seguir un orden estrictamente cronológico en el rastreo de la aparición de las diferentes religiones. Y es que en esta historia el espacio es tan importante como el tiempo. Sucedieron diferentes cosas al mismo tiempo en lugares diferentes.

Así que vamos a tener que zigzaguear en nuestro camino a través de la historia. Por eso en el próximo capítulo vamos a ir atrás en el tiempo, hasta unos cientos de años después de que los arios invadieran la India, y hacia el este en el espacio, para ver a una de las figuras más importantes de la historia de la religión, un misterioso personaje llamado Abraham.

CAPÍTULO 7



El nómada

Ur. Es una palabra corta de dos letras. En español es fácil de pronunciar. Es el lugar en el que, en torno al año 1800 a.e.c., nació una de las figuras más importantes de la historia de la religión: el patriarca Abraham. Judíos, cristianos y musulmanes aseguran que es su padre fundador. Imagina un pequeño arroyo que brota de una montaña lejana y se bifurca en tres poderosos ríos a miles de kilómetros de distancia en una vasta llanura, y te harás una idea. Ur estaba al sureste de Mesopotamia, un nombre griego que significa «entre dos ríos». Esos ríos son el Tigris y el Éufrates. Ur estaba en lo que hoy es Irak.

Según la historia que ha llegado hasta nosotros, Abraham era el hijo de Taré o Tareh. Tenía dos hermanos, Najor y Jarán. En la Biblia encontramos su historia en el libro del Génesis. Pero una vieja guía de enseñanza de la Biblia hebrea tiene más historias sobre ellos. Nos dice que eran pastores, que llevaban ovejas por los exuberantes prados del valle del Éufrates. También nos cuenta que Taré ganaba un dinero extra haciendo estatuas o ídolos de los dioses que adoraban las gentes de la región.

Los mesopotámicos tenían cuatro dioses superiores. Anu era el dios del cielo, Ki la diosa de la tierra, Enlil el dios del aire y Eki el dios del agua. Al

sol y a la luna también se les rendía culto como dioses. Vale la pena señalar que en la antigua religión las fuerzas de la naturaleza se consideraban divinas de forma casi automática.

Igual que los habitantes de la India, los de Mesopotamia querían tener una imagen que mirar cuando rendían culto a los dioses, y Taré estaba feliz de poder ayudar desde su taller de escultura. Un día que Taré no estaba y Abraham quedó a cargo del negocio, vino un anciano a comprar un ídolo.

–¿Cuántos años tienes? –preguntó Abraham–.

–Setenta –dijo el anciano.

–Entonces eres un idiota –respondió Abraham–. Has nacido hace siete décadas, ¡pero vas a adorar a un ídolo que se fabricó en la parte de atrás de esta tienda ayer!

El viejo reflexionó un momento, abandonó la compra, se guardó el dinero y se fue de la tienda.

Los hermanos de Abraham se pusieron furiosos cuando se enteraron de lo que había sucedido. Advirtieron a su padre de que Abraham estaba poniendo en peligro el negocio familiar con sus ideas. Así que Taré le prohibió que atendiera la parte delantera de la tienda y le ordenó, en cambio, que estuviera en la parte donde se exhibían las imágenes de los dioses para recibir las ofrendas que traían los clientes a sus deidades favoritas. Un día llegó una mujer con comida para uno de los dioses. En lugar de ofrecer el presente al ídolo, como se solía hacer, Abraham se burló de ella.

–Seguro que tiene boca –dijo–. Pero no puede comer lo que usted ha preparado ni dar las gracias después. Tiene manos, pero no puede agarrar un solo pedazo de lo que ha dejado ante ella. Y aunque tiene unos pies bellamente tallados, no podría dar un solo paso hacia ti. Por lo que a mí respecta, los que la hicieron y los que la adoran son tan estúpidos e inútiles como la propia estatua.

Era una conversación peligrosa por dos razones. Desafiar a la religión establecida de una comunidad nunca es algo con lo que ganar popularidad. Pero es peor aún si la crítica además amenaza la economía local. Era una sociedad que creía en muchos dioses y la fabricación de imágenes que

representaban a esos dioses era muy rentable. Abraham se había metido en un buen lío. Lo más seguro era marcharse. A partir de ese momento se convirtió en un nómada que recorrió grandes distancias con su familia y sus rebaños. Pero sería su viaje espiritual lo que haría historia.

La historia de Abraham marca el comienzo de la transición del politeísmo al monoteísmo, de la relajada adoración a muchos dioses a la estricta adhesión a uno. ¿Qué impulsó este cambio? ¿Por qué estaba Abraham tan enfadado con aquellas estatuillas inofensivas de la tienda de su padre? Tenemos que usar la imaginación para meternos en la cabeza de Abraham, pero es fácil entender algo de lo que estaba ocurriendo. Había visto a su padre tallar estas pequeñas imágenes. Él sabía cómo se fabricaban. Entonces, ¿cómo podía considerarlos algo más que juguetes? ¿Por qué no se limitaba a encogerse de hombros ante lo crédulos que eran todos y seguir adelante? ¿Por qué se enfadó tanto?

Fue porque él era un profeta que oía la voz de dios dirigirse a él. La voz le advirtió de que la adoración a estos dioses no era un simple juego que mantenía a la gente entretenida y a los fabricantes de ídolos en buena situación económica. Estaba basada en una terrible y peligrosa mentira. ¡Solo había un dios! Y este no solo despreciaba esos ídolos e imágenes de los dioses; los odiaba porque impedían que sus hijos conocieran a su propio padre. Igual que haría un padre a quien le han arrebatado los hijos, dios quería que regresaran a él y quería castigar a quienes los habían secuestrado.

Este es un punto de inflexión fundamental en la historia de la humanidad y vale la pena profundizar un poco. Es obvio, si vemos nuestra historia, que a los humanos se les da bien odiarse. Los que se convierten en objeto de nuestra ira suelen ser los que son diferentes a nosotros. La raza, la clase, el color de la piel, el sexo, la política, incluso el color del pelo puede provocar que tengamos un comportamiento terrible. También lo puede provocar la religión. De hecho, el odio religioso es probablemente la forma más mortífera de esta enfermedad humana, porque da una justificación divina a ese odio. Una cosa es odiar a alguien porque no estamos de acuerdo con sus opiniones; otra muy distinta es decir que dios también le

odia y quiere exterminarle. Por lo tanto, vale la pena destacar que una convicción religiosa profunda puede agregar un elemento peligroso a las relaciones humanas, como ilustra otro incidente de la historia de Abraham.

Además de decirle que tenía que odiar los ídolos, la voz ordenó a Abraham que saliera del país de su padre y emigrara a otra tierra que, con el tiempo, él convertiría en una gran nación. Así que el Génesis nos dice que Abraham partió con su familia, sus rebaños y sus manadas, y viajó al oeste cruzando el Éufrates hasta la tierra de Canaán. Esta tierra, que hoy se conoce como Israel o Palestina, estaba en la orilla oriental del Gran Mar, que hoy llamamos el Mediterráneo. Abraham no se estableció en la costa, sino en el interior, a lo largo de la cordillera de piedra caliza que forma la columna vertebral del país. Allí prosperó la familia con sus animales.

Hasta que un día la voz que Abraham oía en la cabeza le habló de nuevo. Le dijo que tenía que llevar a su hijo Isaac a una montaña y ofrecerlo como sacrificio a dios. Abraham estaba acostumbrado a matar animales y quemarlos como ofrendas para dios, pero nunca le habían ordenado matar a uno de sus propios hijos. Sin embargo, no se atrevió a cuestionar la orden. Se levantó temprano a la mañana siguiente, ató una pila de leña sobre su asno y se puso en marcha con su hijo y dos jóvenes. Cuando llegó al pie de la montaña, pidió a los jóvenes que se quedaran atrás vigilando al asno. Ató la leña a la espalda de Isaac, encendió una antorcha, metió un cuchillo afilado en su cinturón y los dos emprendieron la ascensión a la cima. Mientras iban por el camino, Isaac habló a su padre.

–Tienes fuego y cuchillo para el sacrificio, padre, pero ¿dónde está el animal que vas a matar?

–No te preocupes, hijo mío –respondió Abraham–. Dios proveerá.

Cuando llegaron al lugar de la montaña donde se hacían los sacrificios, Abraham colocó algunas piedras en un altar improvisado y colocó la leña encima. Entonces tomó a su hijo tembloroso y lo ató boca abajo sobre la leña. Agarró el pelo largo de Isaac y tiró de su cabeza hacia atrás para exponer su garganta. Luego sacó el cuchillo de su cinturón y estaba a punto de cortarle la garganta cuando la voz lo llamó de nuevo.

–Abraham, no mates a tu hijo –dijo–. Tu voluntad de matarlo siguiendo mis instrucciones prueba que tu lealtad hacia mí es más fuerte que tus afectos humanos. Así que voy a salvar a tu hijo.

Abraham, que temblaba de manera incontrolable, bajó el cuchillo. Entonces vio un carnero que se había enredado en un arbusto con los cuernos. En el frenesí del alivio que sentía, lo degolló y ofreció el animal a dios en el altar en lugar de su hijo. Nunca se cuenta lo que pensó Isaac de esta aterradora escena en el monte Moriá, pero no es difícil de imaginar.

Sabemos que en algunas religiones primitivas se realizaban sacrificios humanos. Y no es difícil suponer cómo empezó. Si se cree que los dioses son gobernantes impredecibles a los que hay que tener contentos, es fácil ver cómo una mente primitiva puede llegar a pensar que si, además de darles los mejores animales, se hace un sacrificio humano de vez en cuando, se podrá conseguir algún favor. Es posible que eso sea lo que ocurrió en esta triste historia de Abraham e Isaac. Pero no es así como lo han interpretado el judaísmo tradicional, el cristianismo ni el islam, para los cuales es un texto clave. Lo que ejemplifica para ellos es el sometimiento absoluto a la voluntad de dios por encima de cualquier lazo terrenal. Ahora nos parecería que un hombre que asegura que dios le ha ordenado que mate a su hijo está loco, incluso aunque se echara atrás en el último minuto. Esto no significa que tengamos que pensar que toda la religión es una locura. Pero sería sabio hacerse algunas preguntas sobre ciertas afirmaciones a medida que estudiamos sus historias a través del tiempo. El peligro que hemos visto aquí es la tendencia a dar demasiada autoridad a la voz de dios que habla en la mente de los hombres. El odio de Abraham a los ídolos es una buena guía.

Hemos seguido su pensamiento en su desprecio de los ídolos como creaciones humanas que era absurdo tratar como divinas. Pero, ¿nuestras ideas sobre dios no son también invenciones humanas? Es posible que no las hayamos hecho a mano con madera y piedra, pero las hemos creado en la mente con palabras e ideas. Eso debería obligarnos a ir con cautela cuando se habla de ellas. Ya hemos visto lo peligrosas que pueden ser. La idea de que los dioses pueden querer que les ofrezcamos a nuestros hijos

como sacrificio demuestra que la religión puede ser enemiga de la comunidad humana. La prueba a la que dios sometió a Abraham demuestra que los seres humanos pueden convencerse de hacer casi cualquier cosa si piensan que la orden ha venido de «lo alto». Y casi todo se ha hecho en nombre de la religión en una época u otra.

He dicho que la historia de Abraham fue un punto de inflexión en la historia de la religión. Llevó a hombres y mujeres desde el politeísmo hacia el monoteísmo y la idea de un solo dios. También puso de relieve que las religiones nunca han sido estáticas. Evolucionaban y cambiaban constantemente. La religión era un cuadro en movimiento. Por eso Abraham es una figura tan atractiva. Él vagó de un lado a otro y cambió de dirección no solo sobre la tierra sino en su propia mente. Esa habilidad para dar la vuelta y cambiar de dirección es una de las características de todas las personalidades interesantes, y es una de las claves para comprender la religión.

Abraham era un nómada y, después de su muerte, los pueblos que él fundó siguieron emigrando, como ha hecho siempre la gente, en busca de una vida mejor. La historia dice que algunas generaciones después de la muerte de Abraham una gran hambruna azotó la tierra de Canaán y llevó a sus descendientes a emprender la huida otra vez. Esta vez fueron hacia el sur cruzando otro gran río hacia Egipto, donde se abrió el siguiente capítulo de su historia. Aquí nos volveremos a encontrar con Moisés.

CAPÍTULO 8



Entre los juncos

Isaac, el hijo que Abraham estuvo a punto de matar por seguir la orden que le dio la voz en su cabeza, sobrevivió y se convirtió en padre. Su hijo Jacob, igual que su abuelo, oyó la voz de dios que se dirigió a él y le dijo que ya no debía llamarse Jacob. Su nuevo nombre debía ser Israel, que significa «dios gobierna». Así que a sus doce hijos se les conoce como los hijos de Israel o Israelitas. Jacob, ahora llamado Israel, era un pastor nómada, como lo había sido antes su abuelo. Llevaba a sus rebaños de un lugar a otro en busca de agua y buenos pastos. Con el tiempo, los israelitas aumentaron y se convirtieron en una tribu capaz de defenderse de otras tribus en la lucha por los mejores pastos y los pozos más abundantes.

Pero llegó el día en que una gran hambruna se apoderó de la tierra de Canaán. Se marchitaron las plantas y se secaron los pozos, de modo que los israelitas decidieron –como ha hecho la humanidad desde el inicio de los tiempos– probar suerte en otro lugar. Emigraron hacia el sur, a Egipto, donde el río Nilo regaba tierras exuberantes perfectas para alimentar a sus animales. En un primer momento los egipcios los recibieron con amabilidad y les permitieron asentarse en la provincia de Gosén, en el noreste del país, cerca del Nilo, no muy lejos del mar. Aquí los israelitas prosperaron y la

comunidad creció. Pero no se mezclaron. Recordando el desprecio que sentía Abraham por los ídolos, se mantuvieron alejados de la religión local, una forma alegre de politeísmo en la que se adoraban imágenes de los dioses en forma de perros, gatos, cocodrilos y otros animales.

Como sucede a menudo con quienes se niegan a relacionarse con la mayoría, los israelitas se volvieron cada vez menos populares entre los egipcios. A medida que crecían en número y sus negocios prosperaban, la aversión se convirtió en odio. Entonces el odio se convirtió en persecución y trabajos forzados. Cuando ni siquiera con esta dura represión consiguieron acabar con ellos, las autoridades egipcias decidieron llevar a cabo una política de destrucción planificada. Para obligar a las hijas de Israel a emparejarse con hombres egipcios e integrarse con la población, el rey decretó que había que matar a todos los varones israelitas nada más nacer. Una madre decidió que preferiría regalar a su hijo a alguien antes que verlo asesinado. Así que lo puso en una cesta cuidadosamente impermeabilizada y lo dejó entre los juncos a las orillas del Nilo, en un lugar donde sabía que la hija del Faraón, el rey egipcio, solía ir a bañarse. La treta funcionó. Cuando la hija del rey se encontró con el bebé flotando en los junquillos, lo adoptó como si fuera suyo y le dio el nombre egipcio de Moisés.

Aunque llevó una vida privilegiada en el palacio real de los faraones, Moisés se dio cuenta de que era un israelita y no un egipcio. Tenía una creciente sensación de que su destino estaba con los esclavos y no con los opresores que lo habían adoptado. Tenía mucha curiosidad por ver qué les ocurría a los israelitas. Un día, la curiosidad lo llevó a observar a un grupo de trabajadores. Cuando vio cómo uno de los jefes egipcios golpeaba a un israelita, se puso tan furioso que lo mató y lo enterró en la arena. El interés hizo que saliera de nuevo al día siguiente. Esta vez se indignó al ver a dos israelitas peleando. El que había empezado la trifulca se burló de él cuando trató de interferir.

–Supongo que me vas a matar como hiciste con el egipcio ayer, ¡y también ocultarás mi cuerpo en la arena!

Al darse cuenta de que le habían descubierto, que la noticia pronto llegaría al palacio y le pondría en peligro, Moisés huyó al desierto, donde encontró refugio con una familia de pastores.

Aquí es donde lo encontramos por primera vez, arrodillado ante una zarza, escuchando una voz que le decía cosas que no quería oír y que le llamaba a un peligroso deber que no quería emprender. Era la misma voz que había exigido a Abraham que arriesgara su vida al denunciar a los dioses que adoraban los mesopotámicos. La misma que había ordenado a Abraham que sacrificara a su hijo Isaac. La misma que había mandado cambiar de nombre a Jacob para llamarse Israel o «dios gobierna».

Era una nueva manera de pensar sobre los dioses. Se aceptaba que cada tribu y pueblo tenía sus propios dioses. La idea de que un solo dios controlaba el destino humano, e incluso la historia, era nueva y aterradora. Cuando Moisés preguntó cómo se llamaba el que le había hablado, la respuesta fue aún más desconcertante. «Yo soy», fue la respuesta. Era difícil entender qué significaba eso exactamente, pero sugería que la voz era la fuente de la vida, la energía y el significado de todo lo que existía. Aquellos a quienes hablaba sentían que relacionarse con ella les pondría en peligro.

Aunque no es que les hubiera dejado opinar al respecto. Había surgido de la nada y había entrado como un trueno en sus mentes, para convertirse en una idea de la que no podían escapar. Les había dicho que solo había un dios, que solo podía haber un dios. Todos los demás dioses eran creaciones humanas, formadas por la imaginación o fabricadas literalmente por la mano del hombre. Estos supuestos dioses eran mentiras, y las mentiras dañaban el espíritu y debían dejarse a un lado. Era el único dios verdadero que había escogido a los hijos de Israel para proclamar esa verdad al mundo. No es de extrañar que aquellos a quienes llegó este mensaje tuvieran miedo. El mundo estaba lleno de dioses que tenían hordas de adoradores entusiastas y habían fundado múltiples negocios para servirles. Denigrar las creencias de la gente no era buena idea, pero amenazar la forma en que se ganaban la vida era mucho peor.

Por eso Moisés intentó resistirse a las demandas de la voz. Acababa de huir de Egipto y de sus gobernantes. ¡Y ahora la voz en su cabeza le decía

que regresara para liderar una rebelión! Tenía que guiar a los israelitas, que sabía que eran una turba ingrata e indisciplinada, desde Egipto hasta otro país. ¿Quién sabía qué se encontrarían en la tierra que les habían prometido, suponiendo que consiguieran llegar? Pero la voz era insistente y Moisés obedeció a regañadientes. Volvió a Egipto para enfrentarse a dos pruebas. El mayor desafío era convencer a los israelitas de que el dios de Abraham, Isaac y Jacob le había ordenado que los llevara desde Egipto hacia una nueva tierra, de donde habían venido generaciones atrás. No muy convencidos, accedieron a seguirle si conseguía persuadir a Faraón para que los liberara. ¿Y cómo pretendía hacer eso?

Lo primero que intentó Moisés fue pedir a los egipcios que dieran unos días libres a los israelitas para adorar a su dios en el desierto al norte de Gosén. Los egipcios, que ya despreciaban la orgullosa y exclusiva religión de los israelitas, se negaron a dejarles pasar unas vacaciones para servir a su celoso dios. La historia cuenta que entonces comenzó una prolongada campaña orquestada por Moisés en la que el dios de los israelitas golpeó a los egipcios con un desastre tras otro. Esto culminó en una horrorosa repetición de aquella matanza de los hijos de Israel que había catapultado a Moisés a la casa de Faraón.

La voz le dijo a Moisés que ordenara a los israelitas que se quedaran encerrados en casa una noche concreta que la voz había elegido. Todas las familias debían sacrificar un cordero y marcar las jambas de su puerta con la sangre, para indicar que era una casa israelita y no egipcia. Esa medianoche dios pasó por la Tierra matando al primogénito de cada familia y al primogénito de su ganado, evitando siempre las casas marcadas con sangre, cuyas familias quedaron ilesas. A la mañana siguiente unos gritos terribles atravesaron el día. No había una sola casa egipcia en la que no hubiera muerto alguien durante la noche. Entonces Faraón convocó a Moisés y le dijo:

–Tú ganas, lleva a tu pueblo al desierto por unos días para que puedan servir a tu dios. Y deja que lloremos a nuestros muertos.

La gran huida había comenzado.

Moisés guio a los israelitas en una larga y desordenada fila de personas y animales sobre un peligroso estuario conocido como el mar Rojo, cerca de la orilla del Mediterráneo. La marea estaba baja y cruzaron sin problemas hasta el otro lado. Pero para entonces, los egipcios se habían dado cuenta de que les habían engañado. Los israelitas no se habían marchado unos días para hacer una breve peregrinación religiosa. Si fuera así, no se habrían llevado a todos sus animales. Se estaban escapando para siempre y ya les llevaban un día de ventaja. Los egipcios subieron a sus carros para perseguirlos. Llegaron al estuario del mar Rojo justo cuando la marea ya había subido. Los cogió la fuerza del agua y se ahogaron todos. Los israelitas celebraron esto como un acto de dios. Por fin habían logrado escapar y eran libres.

Este fue el acontecimiento decisivo de la historia de los judíos y desde entonces este pueblo lo celebra solemnemente. Se llama la fiesta de la Pascua y la festividad anual se remonta a la noche en que el divino destructor pasó por delante de las casas de los hijos de Israel y los salvó para que pudieran escapar de la esclavitud en Egipto e ir a la Tierra Prometida. En la víspera de la fiesta los niños judíos preguntan a sus padres por qué la Pascua difiere de todas las otras comidas que disfrutan.

¿Por qué comen matzá –un pan plano, sin levadura– en lugar del pan normal en esa noche? Se les dice que es para rememorar que en la víspera de su huida de Egipto no hubo tiempo para esperar a que el pan con levadura subiera como cuando se hornea el tiempo necesario. Tuvieron que sacarlo del horno tal como estaba. Cuando preguntan por qué esa noche deben acompañar la comida con hierbas amargas en lugar de una variedad de verduras, se les explica que es para recordar la amargura de sus años de esclavitud en Egipto. Al mojar estas hierbas una vez en agua salada y otra en una pasta dulce recuerdan que sus lágrimas se convirtieron en alegría y su dolor en placer. Cuando quieren saber por qué esa noche se reclinan en la mesa, la respuesta es que en Egipto únicamente el hombre libre podría reclinarse, mientras que los esclavos debían permanecer de pie. ¡Ahora eran libres así que ellos también podían hacerlo!

Los niños judíos han hecho estas preguntas en Pascua durante más de 3.300 años. Se hacían las mismas preguntas y recibían las mismas respuestas. ¡Son libres, así que ahora pueden reclinarse cuando comen! Lo tremendo de esta historia es que, innumerables veces en su historia, cuando los niños judíos hacían estas preguntas y escuchaban estas respuestas que anunciaban su libertad, estaban en cautiverio. Es la nube que ha ensombrecido esta historia a lo largo del tiempo. Se celebraba un gran acto de liberación como momento decisivo de un pueblo cuya historia ha sido de encierro y persecución.

Pero nos da una importante lección sobre cómo funciona la religión. Las historias religiosas pueden mirar hacia el pasado, pero en realidad están destinadas a dar esperanza para el futuro. Así fue como el pueblo judío interpretó esta historia. Ellos miraron hacia atrás al Éxodo como la fecha de nacimiento de su pueblo. Pero lo que vino después no fue una celebración del día de la Independencia con fuegos artificiales y fiesta. Fue una larga y penosa caminata por el desierto en busca de un futuro mejor.

CAPÍTULO 9



Los Diez Mandamientos

Los hijos de Israel habían escapado de la esclavitud en Egipto, pero sus problemas no habían hecho más que empezar. Que el ejército egipcio se ahogara en el mar Rojo les había dado ánimo y Moisés los había convencido de que le siguieran al desierto. Pero nunca entendieron realmente de qué hablaba cuando se trataba de dios. La visión general de la época era que –igual que ocurre hoy con los equipos de fútbol– había dioses a patadas. Evidentemente, uno apoyaba al dios de casa, pero eso no significaba que despreciara a todos los demás. Todo el mundo sabía que en la liga de dios había muchos jugadores. Los israelitas sabían que había algo especial en el dios que había hablado con Moisés, pero no quería decir que dejara de haber otros dioses en la liga. Significaba que el suyo era el mejor, ¡precisamente porque era suyo!

No tardaron mucho en descubrir que Moisés no veía las cosas de la misma manera. Les había dicho que les llevaba a la tierra de la abundancia, pero no parecía tener prisa. Años después de salir de Egipto llegaron al pie de una montaña. Esperad aquí –dijo– mientras subo a la cima para recibir las siguientes instrucciones de la voz de dios. Tardaba tanto en volver que los israelitas se empezaron a aburrir y a sentirse inquietos. Entonces los

hombres que estaban al mando decidieron entretener al grupo con una fiesta religiosa. Pusieron a los artesanos a fabricar un enorme becerro de oro, uno de los símbolos de dios en la religión en Egipto. Lo colocaron sobre una plataforma y congregaron a los israelitas para adorarlo. Tal vez sentían nostalgia de Egipto. O tal vez solo necesitaban un descanso después de su largo camino por el desierto. La adoración del becerro de oro se convirtió en un delirio. Sonaban los tambores y los israelitas bailaban animadamente alrededor de la imagen gritando enloquecidos, tan extasiados como los fans en un concierto de rock.

De repente, Moisés volvió en mitad de la celebración y se enfureció. Puso fin a la fiesta y pidió silencio. ¡La voz que le había hablado en la montaña le había ordenado que regresara con una lista de Diez Mandamientos que los israelitas tenían que empezar a cumplir a partir de ahora!

La mayoría de los mandamientos tenían sentido para cualquier comunidad que quisiera mantenerse unida. No matar. No robar. No engañar a tu cónyuge. No mentir. Un día libre para los trabajadores. Cosas sensatas de este tipo. El Primer Mandamiento también tenía sentido: el dios que los había sacado de Egipto sería su único dios y no tendrían otro. No tenían ningún problema con eso. Había que apoyar al equipo de casa.

Lo que les sorprendió fue el Segundo Mandamiento. Les prohibía crear imágenes, no solo de dios, sino de cualquier cosa. ¡No hay imágenes! ¡No hay arte! Eso los desconcertó. Para los seres humanos pintar los animales que cazaban o los dioses que adoraban era tan natural como respirar, como puede probar cualquier niño con un pedazo de tiza. La voz que hablaba a Moisés era tremendamente recelosa de cualquier tipo de arte, pero se puso furiosa cuando los seres humanos trataron de usarla para capturar el misterio de su propio ser. Entonces, ¿qué había detrás de la furia de dios?

Para comprenderlo, nos ayudará volver a lo que hablamos sobre los símbolos. Nos dimos cuenta de cómo conectaban a la gente con realidades más grandes: vimos que un trozo de tela de color puede representar a toda una nación. Los símbolos son una de las invenciones más útiles de la humanidad, una forma rápida de capturar grandes temas abstractos como la

idea de una nación. Cuando se inventó la escritura, los símbolos se convirtieron en algo todavía más útil. Cualquier cosa se podía trasladar a palabras en un libro que se podía transportar en las manos. El error fue confundir las palabras con lo que representaban y tratarlas como si fueran lo mismo. Las cosas nunca son lo que decimos que son. No se puede beber la palabra «agua». Es el símbolo con el que representamos el agua, no el agua en sí.

El problema es que a menudo los creyentes tratan las palabras religiosas como si esa norma no fuera con ellos. Era como si las palabras que utilizaban para dirigirse a dios fueran el propio dios. Sus libros no eran marcas de tinta sobre papel, sino dios mismo comprimido entre las cubiertas. No es de extrañar que terminaran luchando para dirimir quién tenía las mejores palabras y los mejores símbolos para representar a dios. Ninguno de esos símbolos y palabras se acerca siquiera, tronó el dios del Segundo Mandamiento. Ningún arte humano de ninguna clase, ya sean cuadros en una pared o palabras en un libro, es capaz de transmitir el misterio de dios.

El Segundo Mandamiento era la percepción más importante de dios jamás descubierta por los humanos. Su objetivo real era la religión, no solo el tipo que hizo que la gente bailara alrededor de un becerro de oro. Advertía de que ningún sistema religioso podía capturar ni contener el misterio de dios. Sin embargo, en la historia, como veremos, eso es exactamente lo que muchos de ellos van a reclamar. El Segundo Mandamiento era una temprana llamada de atención al hecho de que las organizaciones que decían hablar en nombre de dios se convertirían en los mayores rivales de dios, los ídolos más peligrosos de todos. Pero los israelitas tardarían mucho tiempo en comprenderlo.

Después del desvarío en el desierto alrededor del becerro de oro había llegado el momento de seguir adelante. Había una tierra prometida que conquistar. Moisés los llevó hasta un punto en que ya se podía atisbar esa tierra. La voz de dios le dijo que subiera una montaña para verla desde lejos. Y allí murió Moisés. Así que fue su general, Josué, quien dirigió la invasión. Pero no fue sencillo. Incluso después de haberse plantado en la

tierra, tuvieron que librar batalla tras batalla contra todas las tribus locales para mantener su dominio. Así que los israelitas decidieron que necesitaban un rey para guiarlos en esta guerra continua. Las otras tribus tenían reyes, así que, ¿por qué no podían tener ellos uno? Su primer rey fue Saúl y pasó la mayor parte de su reinado luchando para asegurar el lugar de Israel en Canaán.

Una de las tribus contra las que se enfrentaron fue la de los filisteos, y entre sus fieros soldados había un gigante que se llamaba Goliat. Un día, cuando los dos ejércitos estaban alineados para la batalla, Goliat se adelantó para retar a cualquier persona del ejército de Saúl a un combate cuerpo a cuerpo. Al principio, nadie se ofreció en el lado de Israel, hasta que un joven pastor se adelantó para aceptar el desafío. Todos se burlaron de él. ¿Cómo podía un muchacho enfrentarse a un asesino entrenado como Goliat? «De la misma manera que he protegido las ovejas de mi padre de los lobos», respondió el muchacho. «Con mi honda». Salió al encuentro del gigante, que avanzó con un rugido. Cuando Goliat echó su brazo hacia atrás para lanzar su arpón, el pastor puso tranquilamente una piedra en su honda, la giró una vez y la dejó volar. Golpeó a Goliat en la sien y lo derribó. El muchacho entonces utilizó la espada del gigante para decapitarlo. El ejército de Saúl había ganado y los israelitas tenían un nuevo héroe. Su nombre era David.

Cuando, más adelante, Saúl murió en la batalla, David le sucedió y se convirtió en el rey que Israel estudiaría después como su ideal. Reinó durante treinta años, y gran parte de ellos los pasó batallando. Su hijo, Salomón, fue quien construyó el primer templo de Israel, donde la gente ofrecía a dios sus mejores animales y sus cosechas como sacrificio, y le abrumaban tras halagadoras nubes de incienso. Habían recorrido un largo camino desde sus días de esclavitud en Egipto. Ya no eran una débil alianza de tribus errantes. Ahora eran una nación con todo lo que eso supone. Tenían su propio rey. Tenían un templo digno. Finalmente lo habían conseguido. ¡Lo único que pasaba era que su dios no estaba de acuerdo!

Así que la voz que había hablado a Moisés comenzó a hablar de nuevo. Había estado en silencio durante generaciones, pero ahora entró de lleno en

las mentes de una nueva generación de profetas. Les dijo que odiaba lo que los israelitas habían hecho con él. El libertador de este pueblo se había convertido en un ídolo codicioso, como uno de los dioses de la gente contra la que habían luchado para quedarse en esta tierra. Eso no era lo que él quería. Quería justicia para los pobres. Quería que las viudas y los huérfanos recibieran cuidados, no que se les engañara y se les privara de sus posesiones. Sobre todo, quería que los israelitas recuperaran la sencillez de la vida que habían conocido en el desierto cuando cuidaban unos de los otros. Pero sería necesario otro período de esclavitud en una tierra extranjera para que los israelitas finalmente entendieran lo que dios había querido decirles desde el principio.

De todas formas, como reino independiente nunca habían estado muy seguros. Incluso después de haber ganado sus batallas contra las tribus locales y de haber hecho suya la tierra de Canaán, habían estado en constante peligro. Su Tierra Prometida era un corredor entre grandes poderes al norte y al sur. Al sur, Egipto, que ya conocían. Parte de su historia había transcurrido allí. Pero era el Imperio asirio al norte de Mesopotamia quien tenía el mayor impacto sobre su libertad. Cientos de años después de que el Éxodo los hubiese liberado de Egipto, los israelitas volvían a ser esclavos. Les invadieron los asirios y pusieron fin a su reino. Deportaron a más de 10.000 personas y las enviaron al exilio en Babilonia. De modo que su idea de dios, que había cambiado por sus triunfos en Canaán, cambió de nuevo por sus sufrimientos en Babilonia.

Al principio pensaron que habían perdido a su dios para siempre. Estaba en el templo que Salomón había construido para él en Jerusalén. Lloraron a orillas de los ríos de Babilonia al recordarlo. ¿Cómo podían cantar el canto del Señor en una tierra extraña? Pero su dolor les dio una nueva visión de dios. No era un ídolo metido en un templo. Ni siquiera se había quedado en Canaán. ¡Dios estaba en todas partes! Estaba con ellos en Babilonia, y había estado con ellos en Jerusalén. ¡Y en Egipto! De hecho, dios había estado con ellos en todo momento y en todos los lugares, tal como habían dicho los profetas. Ahora lo entendían todo. ¡Si hubieran comprendido lo que decían los profetas antes! Pero lo compensarían ahora.

Comenzaron a recoger las historias que les habían llegado acerca de las acciones de dios en el pasado: historias sobre la voz que había hablado a Abraham, Isaac, Jacob y Moisés; historias sobre la huida de Egipto y el asentamiento en la tierra de Canaán; historias acerca de cómo habían sido convocados a un pacto, o matrimonio, con el único dios verdadero que estaría siempre con ellos, ya fuera en la esclavitud o en la libertad, ya fuera en su propia tierra con sus amados ríos y colinas, o en esta donde los ríos y la lengua les eran extraños. Estos fueron los pensamientos que tuvieron en el exilio en Babilonia, cuando se empezaron a preguntar por el significado de su propia historia. Dios comenzó a hablarles de nuevo a través de los profetas que envió. Y esta vez escucharon.

CAPÍTULO 10



Los profetas

Los profetas no son visionarios que ven lo que va a ocurrir, no predicen el futuro, sino que proclaman o anuncian las revelaciones que escuchan de dios. Abraham oyó la voz de dios burlándose de los ídolos de los mesopotámicos. La voz que oyó Moisés le convocó a ser el liberador de los israelitas de Egipto y el que les llevara a la Tierra Prometida. Cuando los hijos de Israel se establecieron en Canaán y los reyes gobernaron sobre ellos, la voz de dios no se calló. La escucharon los hombres sencillos que salieron de la oscuridad y desafiaron a los poderosos por no respetar la ley que dios había entregado a Moisés en la Montaña Santa. Los profetas eran oradores convincentes que usaban historias para transmitir su mensaje, que querían hacer llegar incluso a los reyes. A continuación, hay una historia de cómo un profeta desafió al rey más grande de Israel, David, a quien vimos por última vez matando al gigante Goliat con una honda y una piedra.

David llegó al trono de Israel hacia el año 1000 a.e.c. Eligió una colina fortificada que se llamaba el monte de Sion para construir su capital, Jerusalén o la Ciudad de la Paz, una hermosa ciudad que todavía hoy es sagrada para millones de personas. Aunque David era un gran guerrero y un líder carismático, estaba lejos de ser perfecto. Un día, un profeta que se

llamaba Natán vino a verle indignado. Le contó que había un hombre rico en el campo que poseía miles de ovejas y cabezas de ganado, y no necesitaba nada. Uno de sus trabajadores era un pobre hombre cuya única posesión era una pequeña oveja a la que quería como una hija. Cuando un día apareció un huésped inesperado en la casa del rico, en lugar de matar a una de sus propias ovejas, tomó el cordero de ese pobre hombre y lo cocinó para su invitado.

Cuando el rey David oyó la historia, se puso en pie de un salto y preguntó:

–¿Quién es este monstruo?

–Eres tú –respondió Natán.

Natán sabía que David había dormido con Betsabé, esposa de Urías, un soldado leal de su ejército, que en ese momento estaba fuera, en una campaña militar. Para mantener su ofensa en secreto, David dispuso que Urías muriera en la batalla. Después se casó con Betsabé sin mucha fanfarria. Debido al desafío de Natán, David admitió su crimen e intentó redimirse. Los profetas conocían el poder de las historias para hacer que la gente cambiara la dirección de sus vidas. Pero no todas sus historias estaban pensadas para hacer frente al disgusto de dios. A veces, además de una regañina, ofrecían consuelo y esperanza para el futuro. A continuación, vamos a ver una de esas historias.

Unos 400 años después de la muerte de David, cuando los israelitas se habían exiliado en Babilonia y recordaban su amada Jerusalén con desesperación, uno de ellos trajo un mensaje que había recibido de dios. Era Ezequiel. Al principio los regañó por su pasado. Dios no les había sacado de su cautiverio en Egipto para que terminaran como todas las demás naciones. Las otras naciones querían ser ricas y exitosas, y alardear en el escenario mundial. Y utilizaron a sus dioses para conseguirlo. La religión para ellos no era más que una rama de la política.

Pero el dios de Israel no era un ídolo que se iba a dejar explotar por los políticos en sus luchas por tener el mando. Tampoco debían ser una nación como las demás. Habrían de ser una nación santa, cuyo único propósito en la Tierra era servir a su dios. Pero se habían dejado llevar por los juegos de

poder de la región. Así que dios los había castigado enviándolos al exilio en Babilonia.

Al echar la culpa del exilio a los pecados de Israel, Ezequiel introdujo otra idea interesante en la historia de la religión. Cada vez que el pueblo de Israel era víctima de las luchas de poder que había en la región en la que vivían, los profetas achacaban el dolor que sentían a la infidelidad que habían cometido con dios, no a los ejércitos que les pisoteaban. Así surgió la idea de que las cosas malas sucedían no por una cuestión de mala suerte, sino como castigo por sus pecados. Y como seguían ocurriendo cosas negativas a Israel, los profetas les reprendían constantemente por ser unos pecadores. Pero hubo momentos en que dios dejó de castigar y comenzó a reconfortar a Israel. Uno de los más emotivos mensajes de consuelo llegó a ellos a través de Ezequiel.

Ezequiel no solo oía voces, también tenía visiones. Una de estas visiones contenía un mensaje de esperanza para el Israel cautivo. En su visión él se encontraba en lo alto de un gran valle lleno de huesos secos. La voz le dijo que hablara a los huesos y vaticinara que se les devolvería el aliento, que la carne los vestiría de nuevo y que volverían a vivir. Así que hizo lo que le habían ordenado e inmediatamente se oyó un traqueteo cuando los huesos se unieron y el valle se llenó de esqueletos humanos. Luego, crecieron los tendones, la carne y la piel sobre los huesos, y el valle se llenó de cadáveres. Finalmente, el aliento entró en los cuerpos y se pusieron de pie. Fue como si un gran ejército de guerreros enérgicos invadiera el valle. Estos huesos, dijo la voz a Ezequiel, son los israelitas que pensaron que sus vidas habían terminado, que estaban muertos y enterrados en Babilonia. Dios los haría revivir pronto y los traería de regreso a su tierra de Israel.

Es exactamente lo que pasó. En el año 539 a.e.c. los persas derrotaron a los asirios. El rey persa, Ciro, envió a los exiliados a Israel con la orden de que reconstruyeran el templo destruido por los asirios y restauraran sus tradiciones religiosas. Después, durante los siguientes doscientos años se dejó a los israelitas a su suerte en lo que se refiere a la religión. Fue cuando comenzaron a estar, por fin, a la altura del significado de su nombre: dios

gobierna. No se vieron a sí mismos como otra nación dirigida por hombres, sino como una comunidad religiosa gobernada por dios, una teocracia. Así que se afanaron en reconstruir el templo que iba a ser el símbolo de la presencia de dios entre ellos, el centro mismo de su existencia. El templo se terminó en el 515 a.e.c.

Ya no había un rey en Israel, por lo que el sumo sacerdote del templo se convirtió en la persona más importante del mundo. Era el representante de dios en la Tierra. Pero durante este largo proceso de consolidación murió algo que había sido parte de su historia desde Abraham. ¡La profecía desapareció! Ahora, en lugar de profetas vivos que constantemente sorprendían a los israelitas con un nuevo mensaje de dios, se compilaron varios libros que recogían su historia guiada por dios y las leyes que gobernarían sus vidas a partir de entonces.

Los más importantes fueron los primeros cinco libros de la Biblia, que se llamaron Pentateuco. Literalmente, quería decir «cinco rollos», y el rollo de papiro era el material sobre el que escribían los viejos escribas. En este período de paz, tras su regreso del exilio, la historia de la larga relación de Israel con dios por fin quedó por escrito. Así pasaron de ser un pueblo de la Voz a ser gentes del Libro.

En los primeros años se había tenido la sensación de que la religión de los israelitas era algo experimental. Podríamos incluso describirlo como una religión autónoma. Los líderes eran aficionados con unas cualidades únicas, personas que oyeron la voz de dios hablar con ellos directamente; no eran clérigos profesionales. Así empiezan todas las religiones. Comienzan cuando personas con un don especial, esos que llamamos profetas o sabios, comienzan a escuchar voces, tienen visiones y cuentan a los demás lo que han visto y oído. Quienes no han visto las visiones ni escuchado las voces responden creyendo lo que les cuentan, y así empiezan a crecer las estructuras religiosas.

A medida que estas estructuras se van haciendo más elaboradas, se necesita un nuevo tipo de líder y empieza la transición de aficionado a profesional. Se necesitan maestros que sepan interpretar las historias sagradas que se han ido reuniendo. También hacen falta sacerdotes para

presidir las fiestas que celebran los acontecimientos que se han recogido en los libros y los templos son los lugares donde puede concentrarse toda esta actividad. Una vez que este largo proceso está completo, el mundo tiene otra religión de pleno derecho que añadir a su colección.

Pero sigue quedando la sensación de que se ha perdido algo por el camino, razón por la cual las religiones siempre miran hacia atrás, a sus primeros años, con anhelo y pesar. Al igual que las parejas, aburridas de vivir juntos una vez que la pasión inicial ha desaparecido, miran hacia el pasado con el anhelo de los días en que la relación fluía sin esfuerzo. Esta es la razón por la que todas las religiones pasan mucho tiempo estudiando su pasado en un intento de reavivar ese ardiente amor original. Pero es difícil, porque la voz del amante divino se ha quedado en silencio y lo único que queda son sus cartas.

¿O podría ser que quienes se han apoderado de la religión no responden al teléfono cuando llama dios porque no quieren que perturbe el sistema en el que ahora mandan ellos? Esta tensión siempre está latente en la religión organizada, como demostrará esta historia. Israel comenzó a consolidarse después de su regreso del exilio en Babilonia. Sus huesos dispersos se habían vuelto a reunir. Hubo un interludio de doscientos años en el que encontró la paz que había buscado durante mil años. Durante este tiempo Israel fue gobernado por imperios cuyos líderes eligieron no interferir con la religión de sus súbditos. Eso no podía durar.

En el año 333 a.e.c., el emperador griego Alejandro Magno gobernó gran parte del mundo y otro ciclo de cambio comenzó en Israel. Alejandro permitió que Israel mantuviera su propia religión y la dejó tranquila. Pero cuando murió, las zonas de su Imperio que hoy forman Afganistán, Irán, Irak, Siria, Líbano y Palestina fueron tomadas por líderes cuyo estilo era diferente. Decidieron imponer su propia marca religiosa a sus súbditos, así que era solo cuestión de tiempo que se enfrentaran con el dios ferozmente celoso de Israel. El rey que comenzó la lucha fue Antíoco IV. Griego por descendencia y frustrado en su ambición de tener mayor presencia en la región, decidió separar a sus súbditos judíos de su dios posesivo e imponerles la sofisticación de la religión y la cultura griegas.

En el año 167 a.e.c., convirtió el templo de Jerusalén en un santuario dedicado al dios griego Zeus y envió emisarios por todo Israel para obligar a los judíos a hacerle sacrificios. Cuando uno de ellos llegó a Modín, a las afueras de Jerusalén, ordenó al sacerdote –un anciano llamado Matatías– que cumpliera con lo que ordenaba el decreto del rey y que hiciera el sacrificio o moriría. Matatías respondió hundiendo el cuchillo de sacrificio no en el cordero preparado para el efecto, sino en el propio agente, convirtiéndolo en objeto del sacrificio.

Él y sus hijos se lanzaron entonces a una guerra de tres años contra el rey acosador. Ganaron tres batallas contra él y recobraron su templo contaminado. El 14 de diciembre de 164 a.e.c. empezaron a limpiar, restaurar y rededicar el templo. Les llevó ocho días, un período que los judíos ahora observan como la Fiesta de las Luces o Janucá. Cada día durante Janucá encienden una vela en un candelabro de ocho brazos (una menorá) para recordar la restauración del templo en Jerusalén después de la profanación de Antíoco.

Antíoco murió el año 163 a.e.c. y la vida se hizo más fácil para Israel. Se mantuvo en un precario estado de independencia durante otros cien años hasta que Roma asumió el poder en el 63 a.e.c. El juego final comenzó entonces.

CAPÍTULO 11



El fin

A la gente buena le pueden pasar cosas malas. El último libro de la Biblia cristiana dividió las cosas malas en lo que llamó los Cuatro Jinetes del Apocalipsis: guerra, hambre, enfermedad y muerte. Esos cuatro jinetes han galopado por la historia desde el principio y no muestran signos de dejar de hacerlo. Son obstáculos con los que es difícil lidiar para cualquiera, pero suponen un problema particular para personas de fe religiosa. Si no se cree en un dios, si no se cree que hay un significado último de nuestra existencia, entonces el sufrimiento no es más que una realidad desagradable con la que hay que lidiar. Pero si se cree en un dios hay preguntas que son difíciles de responder. ¿Por qué dios permite tanto sufrimiento en el mundo? ¿Por qué a menudo son los buenos los que sufren y los malos los que se salen con la suya? Todas las religiones tienen sus respuestas a estas preguntas. En el judaísmo una respuesta inicial fue que el sufrimiento de Israel era un castigo por sus pecados.

En este capítulo estudiaremos el sufrimiento de Israel como pueblo y no el de un individuo particular, por una razón muy obvia. El único dios verdadero había llamado a Israel para ser su raza elegida, su novia, su amada. Entonces, ¿por qué resultó ser una relación tan costosa? ¿Por qué

les causó tanto sufrimiento? El profeta Ezequiel les dijo que era porque no habían comprendido que ser el pueblo especial de dios significaba separarse de los caminos de otras naciones y sus dioses. Pero ellos habían copiado sus costumbres. Se habían visto envueltos en su política. Incluso adoraban al verdadero dios como si fuera un ídolo que quería halagos y sacrificios en lugar de justicia y santidad. Por eso habían terminado siendo cautivos en Babilonia. Pero después de la liberación y el regreso a Jerusalén habían aprendido la lección.

De nuevo en Israel se establecieron como una nación para quien la pureza religiosa sería el propósito y el significado de sus vidas. Seguirían con atención las instrucciones que recogía el Pentateuco. Cada día estaría marcado por rituales para tener siempre presente a dios. Cada aspecto de sus vidas se dirigiría a darle servicio, desde lo que estaba permitido comer hasta lo que podían tocar y las personas con las que podían asociarse. Israel se convirtió en una teocracia, un estado divino en el cual la religión era el propósito de toda su existencia. Por fin habían aprendido a vivir en paz con su dios y consigo mismos.

Antíoco había destruido aquella paz y su sufrimiento había comenzado de nuevo. Pero esta vez había una diferencia. Ahora era su fidelidad a dios lo que estaba causando su miseria. Así que la antigua explicación de que su sufrimiento era un castigo ya no servía. Había que encontrar una nueva explicación. Durante la persecución a la que les sometió Antíoco surgió otro relato que introdujo un elemento en el judaísmo que tendría consecuencias no solo para su propia historia, sino también para la del cristianismo y la del islam cuando aparecieron.

Ya hemos visto que los profetas, que habían sido los principales protagonistas de la historia de Israel, no predecían el futuro; presentaban la ira que sentía dios por el pasado de Israel. Durante la lucha contra el rey Antíoco surgió un nuevo personaje que afirmaba ver más allá de la muerte, más allá de la propia historia, veía el futuro que dios tenía reservado para sus siervos sufrientes. A diferencia de los antiguos profetas, no tomaba protagonismo para anunciar lo que la voz le había dicho. Se quedaba en las sombras como un espía y ponía por escrito lo que había visto y oído. Igual

que los agentes secretos envían un informe desde territorio enemigo, redactaba su mensaje en clave para que solo pudieran leerlo los que estaban en su bando. Este método de transmitir inteligencia secreta de dios se llama «apocalíptico», una palabra griega con una definición sencilla. Significa descubrir lo que está oculto, como cuando se levanta el telón en el teatro para revelar lo que está sucediendo en el escenario. La mejor manera de entender a los escritores apocalípticos es verlos como agentes que están en los planes de dios para su lucha final contra el enemigo. Eran enviados de dios que debían preparar a su pueblo para la invasión.

El primer agente apocalíptico se llamaba Daniel. Dejó su mensaje escrito en un libro corto que solo sus lectores judíos podían entender. Lo situó en Babilonia durante la época del exilio cientos de años antes, pero en realidad era un relato cifrado sobre las persecuciones de Antíoco que estaban ocurriendo en el momento en que él lo estaba narrando. El libro constaba de seis historias y un par de sueños. La historia más famosa tenía al propio Daniel como protagonista, y con ella quería asegurar a los judíos que sobrevivirían a la furia de su perseguidor.

En la historia Daniel, uno de los judíos exiliados en Babilonia, se había convertido en un oficial del Imperio persa. El rey Darío –hijo de Ciro, el rey que había permitido que los judíos volvieran a Judea– le admiraba, no solo por la fidelidad que profesaba a su dios sino porque era un gestor muy competente. Pero esta preeminencia de Daniel provocó envidias entre otros funcionarios y le tendieron una trampa. Halagaron al rey Darío y le sugirieron que impusiera una ley decretando que durante un mes no se permitiría orar a ningún dios más que al propio Darío. Cualquiera que violara la ley sería arrojado a una cueva llena de leones. Darío aprobó la ley y los conspiradores se frotaron las manos, entusiasmados. Sabían que Daniel seguiría orando al dios de Israel, pasara lo que pasara.

Entraron sigilosamente en su casa, lo encontraron en su momento de oración y lo denunciaron al rey. El rey se molestó al darse cuenta de que había caído en una trampa, pero una vez que había firmado la ley no veía manera de salir airoso de la situación. Con el corazón encogido, envió a Daniel a los leones como castigo. A la mañana siguiente Daniel estaba en

perfecto estado tras su noche con los leones. Los lectores de Daniel sabían que esta historia no había ocurrido hacía trescientos años en Babilonia. Estaba sucediendo en Israel durante la persecución de Antíoco por ser fieles a dios. Daniel les estaba diciendo que, aunque habían sido arrojados a los leones, si se mantenían firmes, dios los salvaría. El libro estaba destinado a fortalecer su resistencia.

Pero ese no era el único mensaje de Daniel. No solo quería consolar a Israel por su sufrimiento. Quería prepararlos para la batalla final de dios contra su enemigo. A diferencia de los sabios indios que veían el tiempo como una rueda que giraba sin fin, de la cual el alma luchaba por escapar hacia una nada llena de dicha, los pensadores judíos veían el tiempo como una flecha disparada por dios que terminaba al alcanzar su objetivo; y según Daniel ya casi había llegado. Al final del tiempo, el sufrimiento de Israel sería reivindicado por fin. Entonces los muertos de los siglos se levantarían de sus tumbas para encontrarse con su creador y someterse a su juicio. De este modo, Daniel llevó a Israel, por primera vez, la creencia en la vida después de la muerte y un ajuste de cuentas que tendría lugar según la ley de dios.

Hasta este momento de su historia, Israel había mostrado poco interés en la vida después de la muerte. Dios existía en el tiempo, pero al morir, el tiempo de las personas se acababa y dejaban la escena. Las almas de los difuntos iban entonces a un sombrío inframundo llamado *Sheol*. El Sheol era un lugar de olvido donde ni siquiera se recordaba a dios. El libro de Daniel cambió todo eso. Les dijo que al final de la historia dios irrumpiría en el tiempo y «muchos de los que duermen en el polvo de la tierra se despertarán, algunos para la vida eterna, y otros para la ignominia y el desprecio eterno».

La resurrección de los muertos era una nueva idea en el judaísmo y siempre sería polémica. Llegaría un momento en que los maestros judíos se dividirían entre los que creían en la resurrección y los que no. Pero fue una idea que se iría asentando con el tiempo. Daniel no creía en la resurrección de los individuos uno por uno después de morir, sino en lo que se llama una resurrección general. Todos dormirían en sus tumbas hasta que dios llevara

la historia a su fin; entonces todos se levantarían al mismo tiempo para enfrentarse a su juicio. Daniel creía que ya no habría que esperar mucho más.

Tuvo otra gran idea. Para mostrarles que el fin estaba cerca, dios enviaría un agente secreto muy especial llamado el Mesías que les prepararía para el asalto final. Mesías significa «ungido». En el pasado, cuando los judíos habían designado un rey para guiarles, ungieron su cabeza con aceite como señal de que era siervo de dios. Daniel le estaba diciendo a Israel que el tiempo y sus tristezas pronto llegarían a su fin. La señal de que el fin estaba cerca sería la llegada del Mesías. Pero no vendría del espacio exterior. No bajaría del Cielo. Sería alguien que vivía como ellos. Sería revelado y se descubriría su identidad. Tal vez ya estaba aquí, ¡así que había que mantener los ojos abiertos! De esta manera Daniel dio la esperanza a Israel de que llegaría el tiempo en que terminarían sus sufrimientos y dios borraría las lágrimas de sus ojos. Así que empezaron a estar atentos mientras esperaban al Mesías. Pero nunca llegó. Y las cosas empeoraron.

La persecución de Antíoco era una pelea de patio de colegio comparado con lo que sucedió cuando los romanos asumieron el control de Palestina en el año 63 a.e.c. Empezó un período de 150 años de conflictos continuos, intercalado con épocas de guerra abierta, antes de que definitivamente llegara el fin. El templo de Jerusalén se convirtió, una vez más, en el pararrayos. Para los judíos el templo era más preciado que sus propias vidas. Ostentaba su símbolo para el dios que los había sacado de Egipto más de mil años antes. Esta pasión feroz de los judíos por su dios desconcertó a los nuevos gobernantes romanos, que tenían dioses a patadas. Las personas sensatas no se los tomaban demasiado en serio. ¿Qué tenía este dios que empujaba a los judíos a una devoción suicida?

Según la leyenda, cuando el general romano Pompeyo conquistó Jerusalén en el año 63 a.e.c. decidió buscar al dios de los judíos en su templo. Este estaba construido como una sucesión de patios cuya santidad aumentaba a medida que se avanzaba hacia el interior. Pompeyo los fue cruzando hasta que llegó al santuario llamado el Sanctasantórum o Sancta

Santórum (que significa Santo de los Santos). Era la parte más sagrada del templo en la que solo podía entrar el sumo sacerdote. Pompeyo entró con gran reverencia en el lugar Santísimo donde creía que iba a poder ver al dios de Israel. Estaba vacío. ¡No había nada!

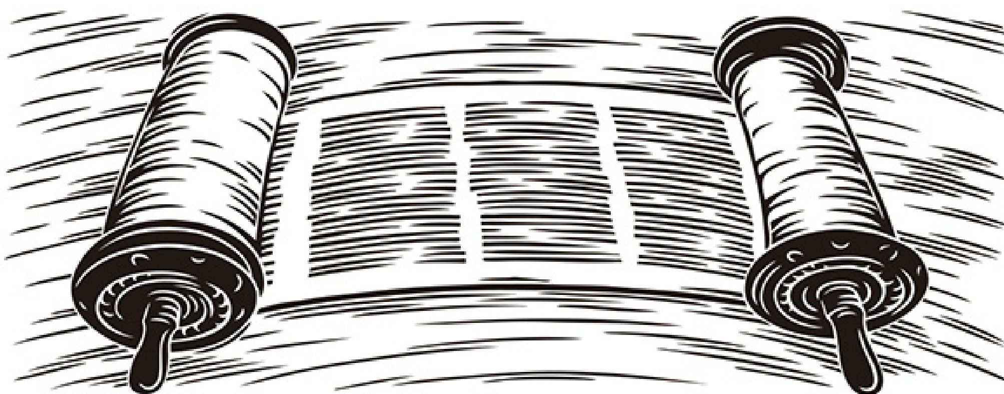
Porque los judíos sabían que no había nada –ninguna cosa– que pudiera representar la voz que los había perseguido durante siglos. Habían interiorizado el Segundo Mandamiento y les había llegado al alma. Habían erigido este magnífico templo con sus piedras cinceladas y su sucesión de bellos patios. Lo habían amado y llorarían su pérdida a lo largo de su historia. Sin embargo, en el corazón del templo ¡no había nada! Pompeyo se dio la vuelta, desconcertado por el enigma de una religión cuyo símbolo de su dios era una habitación vacía.

Durante el siglo siguiente, el desconcierto romano se fue convirtiendo en ira, ya que les resultaba imposible contentar a este pueblo obstinado y a su dios esquivo. Así que decidieron acabar con ellos. En el año 70 e.c., a las órdenes de un general llamado Tito, aplastaron Jerusalén y destruyeron el templo que se había ido ampliando y embelleciendo desde la visita de Pompeyo 140 años antes. Por fin, esto ha terminado, pensó Tito. Los he destruido.

Pero no había acabado con los judíos en absoluto. Estaban dispersos por todos los rincones del mundo en otro largo exilio; lo habían perdido todo, excepto lo que más les importaba: su dios. Sabían que ningún edificio de piedra podía contener a su dios y recelaban de quienes pensaban que podían contener a dios en un edificio de palabras. Mientras aguantaban este nuevo exilio y esperaban a la llegada del Mesías, desarrollaron una disconformidad con cualquier intento de definir a dios en términos humanos, y se acabó convirtiendo en una tradición.

Además, apareció en escena un personaje importante e irritante, el hereje. Los herejes son personas incómodas que hacen preguntas difíciles y desafían el pensamiento mayoritario. Tienen mucho que enseñarnos. Y uno de los más famosos estaba en el centro de la Biblia judía.

CAPÍTULO 12



El hereje

Cuando el presidente estadounidense John F. Kennedy quiso reducir el número de bombas nucleares en el mundo porque creía que lo convertían en un lugar más peligroso, se encontró con mucha oposición. El crítico más activo fue un físico nuclear que creía que cuantas más bombas tuviera su país, más seguro sería. Cuando le preguntaron por esto, el presidente dijo que una persona con una convicción muy fuerte, especialmente si era un experto, podría remover la conciencia de cualquiera que tuviera una mente abierta. Y a continuación dijo: esa es la ventaja de tener una mente cerrada.

Para la mente cerrada la única lucha que queda en la vida es la batalla para imponer sus ideas a todos los demás. El nombre técnico para este tipo de certeza es la «ortodoxia», que viene de la palabra griega que significa creencia verdadera o correcta. Una persona como el presidente Kennedy, que se opuso a la visión ortodoxa sobre las bombas nucleares, era un hereje, y sus opiniones eran una «herejía», palabra que también procede del griego y significa que se opone a la línea de la organización. Existen ortodoxias y herejías en todas partes en la vida humana, pero son especialmente poderosas en la religión. Ver cómo funcionan nos ayudará a entender por

qué las religiones están en constante y a veces violento desacuerdo en su propio seno.

Sin embargo, la mayoría de las religiones comienzan siendo una herejía. Un profeta responde a una voz interior que desafía a la opinión mayoritaria, como Abraham cuando despreció a los dioses en la tienda de su padre. Entonces suele suceder que hay una ruptura, el hereje se va y comienza una nueva religión o establece una rama que compite con la antigua. A veces los herejes ganan el debate y sus ideas se convierten en la nueva ortodoxia. Puede ocurrir que la mente cerrada permanezca cerrada y la nueva inspiración vaya a otra parte, o que se abra la mente lo suficiente para absorber la nueva percepción.

A los judíos se les ha dado mejor vivir este proceso que a los seguidores de otras religiones monoteístas. Desde el principio, el argumento y el desacuerdo han sido una parte central de su vida. En todas las religiones existe el debate, por supuesto, pero la mayoría de ellas lo cierran tan pronto como pueden e imponen una línea que todo el mundo tiene que aceptar o abandonar. Les gusta el orden. La religión judía nunca ha sido así. Sabía que nada en la religión era permanente, todo era debatible. Creía que era mejor seguir discutiendo que encerrar a su mente en una caja de hierro y tirar la llave. En el centro del libro sagrado del judaísmo encontramos a un hereje, que se llama Job, que discute contra la ortodoxia del día.

La historia de Job había circulado mucho tiempo como un cuento popular, pero durante el exilio en Babilonia un poeta desconocido lo estudió y lo utilizó para investigar sobre el problema del sufrimiento. Es probable que los judíos tuvieran una mayor necesidad de abordar el problema que otras razas. Otras naciones y pueblos habían sido borrados de la historia por grandes imperios, pero así habían puesto fin a sus sufrimientos. El sufrimiento parecía no tener fin para los judíos. En el año 70 e.c. los habían derrotado como nación y se habían quedado sin un lugar que pudieran llamar suyo; así que comenzaba una historia errante, en la que encontrarían rechazo por todas partes. Nunca tenían la certeza de estar seguros en ningún lugar por mucho tiempo, de modo que tenían siempre hecho el equipaje, preparado para el siguiente éxodo, el siguiente exilio.

Habían perdido su tierra y su templo, pero conservaban su libro y se había convertido en su hogar espiritual, uno que podían meter en la maleta cuando tuviera lugar la siguiente expulsión. Incluso si les robaban el libro, llevaban su esencia en la memoria en unos pocos versos del Pentateuco que todos conocían de memoria. Lo llamaron el *Shemá*, que es la palabra hebrea que significa «oír» o «escuchar». «Oye, Israel: El Señor nuestro Dios es un solo Señor; y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y toda tu alma y con todas tus fuerzas». Según una antigua tradición judía, Daniel había recitado el Shemá en la guarida de los leones y había salido ileso. La historia de Daniel había dado aliento a Israel en un momento de gran peligro. Pero ¿qué podía alentar al pueblo judío ahora que las mandíbulas del león los había triturado? ¿Por qué se había convertido la vida de Israel en sufrimiento?

Esa fue la pregunta a la que respondió el Libro de Job. Job no tenía una respuesta segura a lo que su gente había estado preguntando durante siglos. Lo que hizo fue destruir la visión ortodoxa de que era un castigo de dios por sus pecados. Es un gran momento en la historia de la religión. Nos presenta a un hombre sencillo que se da cuenta de que es una idea equivocada en cuanto la ve. Sin embargo, su religión asegura que no puede estar mal porque dios dice que es correcta. Así que se pregunta: ¿puede dios hacer que algo incorrecto sea correcto solo diciendo que lo es? No, un mal es un mal, diga lo que diga dios; o lo que digan los sacerdotes que ha dicho dios. Sé que su explicación es incorrecta y lo voy a decir, aunque el cielo caiga sobre mí. Job es el hereje que se levanta en mitad de la Biblia y desafía la enseñanza que hay en ella.

El principio del Libro de Job explica que es un hombre bueno y un hombre justo que, además, resulta que es extraordinariamente rico. Tiene siete hijos y tres hijas a los que adora, posee siete mil ovejas, tres mil camellos, quinientas yuntas de bueyes, quinientas asnas, tantos criados y haciendas que era imposible hacer un recuento. Para su tiempo y lugar, era rico más allá de todo lo imaginable.

Pero en pocos días lo pierde todo. Le roban el ganado, matan a sus siervos y a sus hijos y él contrae una terrible enfermedad de la piel. Se

queda sentado en un vertedero rascándose con un pedazo de cerámica rota. Su sufrimiento es absoluto. Su esposa le dice que debería maldecir a dios y morir. Pero la respuesta de Job a todo su sufrimiento es: «Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré; el Señor me lo dio, y el Señor me lo quitó; bendito sea el nombre del Señor».

En la siguiente escena tres amigos se acercan a Job y le dicen que han venido a consolarle, pero que en realidad han venido a hacerle un interrogatorio. Son de esos creyentes que tienen respuesta para todo, incluso para el tsunami de pérdida y dolor que ha dejado arrasado a Job. Elifaz, el temanita; Bildad, el suhita; y Zofar, el naamatita, se reúnen delante de su amigo herido y comienzan su inquisición. Repiten las mismas cosas una y otra vez con creciente exasperación, pero Elifaz el temanita es el primero que da la explicación oficial de lo que le ocurre a Job.

Los inocentes nunca perecen, dice Elifaz, mientras que los impíos recogen una cosecha de dolor. Tú estás cosechando el dolor así que dinos, ¿qué has estado haciendo que te ha traído toda esta miseria? Job se niega a aceptar la lógica de su acusación. Cualquiera que sea la razón de dios para su ataque contra él, no puede ser que los pecados de Job lo hayan provocado. Job sabe que es un hombre justo que no ha hecho nada para merecer esto.

Los amigos de Job no le ven con una mente abierta. Nunca se les ocurre que la teoría oficial pueda estar equivocada. Si existiera esa posibilidad para ellos, se derrumbaría todo en su ordenado universo religioso. Es mejor atenerse a lo establecido que caer en duda. Pero Job se aferra a su historia. La doctrina tiene que estar equivocada porque sabe que no ha hecho nada para merecer la devastación que ha destruido a su familia y le ha hecho perder su fortuna.

Era un hombre ordinario empujado a una situación extraordinaria y, en lugar de someterse a las acusaciones que formulan contra él, Job encuentra el valor de desafiar una teoría brutal. Incluso aunque le sea imposible demostrar su inocencia en esta vida –probar una negación es siempre imposible–, él cree que después de su muerte dios le resarcirá y reestablecerá su reputación: «Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se

levantará sobre el polvo; y después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a dios; al cual veré por mí mismo, y mis ojos lo verán, y no otro».

Pero Job no tuvo que esperar a morir para que se hiciera justicia con él. El propio dios aparece y denuncia a aquellos que han pretendido acusar a Job de haberle ofendido: «El Señor dijo a Elifaz, el temanita: “Mi ira se ha encendido contra ti y contra tus dos amigos, porque no habéis dicho la verdad sobre mí, como mi servidor Job”». Es el hereje quien recibe la bendición de dios, no los maestros ortodoxos que siguen la línea del partido.

¡Pero ni siquiera a dios se le permitía desafiar la enseñanza ortodoxa en el relato! Un escritor posterior, preocupado porque dios hubiera aprobado la herejía de Job, añadió un final feliz al texto. Dios le da a Job «el doble de lo que tenía antes», restableciendo así la vieja teoría de que los buenos reciben una recompensa y a los malos se los castiga por sus actos en esta vida. Lo que tiene de genial la historia es que nos permite ver la herejía y la ortodoxia en acción. Y permite que decidamos por nosotros mismos.

Al estudiar este relato, vale la pena volver al Segundo Mandamiento y su rechazo a los ídolos. Advirtió a Israel de que olvidara la idea de envolver a dios en pequeños y bonitos paquetes para vender en el mercado religioso. Sin embargo, eso es lo que suele hacer la religión organizada. Empaqueta a dios en sus propias ortodoxias y trata de imponérselas a los demás. Eso hicieron los consoladores de Job. En lugar de sentarse junto a él en su desesperación y compartir su desconcierto ante lo que le había sobrevenido, le contaron con detalle cómo estaba actuando la mano de dios en su caso e insistieron en que aceptara su explicación. A las ortodoxias religiosas muy enraizadas les encanta hacer esto. Decir a la gente exactamente qué tiene pensar, explicarles lo que significan las cosas y cómo encaja dios en la situación. Recibir el torrente de explicaciones de algunas religiones es como estar atrapado en un largo viaje en autobús al lado de un hablador compulsivo que insiste en descargar sus obsesiones durante toda la noche.

Elifaz el temanita, Bildad el suhita y Zofar el naamatita son fanáticos religiosos clásicos que piensan que tienen todo grabado y nada les puede gustar más que poner la grabación a cualquiera que se encuentren. Lo bueno

del Libro de Job es que no teme aburrirnos mortalmente con tal de que entendamos lo que quiere decir. El mensaje es: no estés tan seguro de saber qué es dios o qué está haciendo.

A los judíos se les ha dado mejor vivir con este tipo de incertidumbre que a la mayoría de los creyentes. No tratan de imponer su dios a otras personas. Están demasiado ocupados deliberando con él ellos mismos y no tienen tiempo. Todavía están debatiendo.

Ahora vamos a dejar que continúen su larga discusión con dios mientras nos vamos a estudiar otra religión, el zoroastrismo. Nos llevará de regreso a Persia en la época del Buda, alrededor del año 600 a.e.c. Pero antes tenemos que hacer una escala en la India.

CAPÍTULO 13



La última batalla

Sobre las colinas de Malabar al sur de la ciudad de Bombay en la costa oeste de la India, los turistas pueden ver, con sus prismáticos, una misteriosa torre de piedra que se eleva por encima de los árboles. Está prohibido escalar la colina para visitar la torre, pero si utilizaran un dron para fotografiarlo verían que tiene un tejado plano rodeado por un muro bajo. El tejado se divide en tres círculos concéntricos. La cámara podría captar imágenes de aves carroñeras muy ocupadas, devorando los cuerpos que hay allí instalados, hombres en el primer círculo, mujeres en el segundo y pequeños cuerpos de niños en el tercero.

Lo que revela el dron no es un acto de indiferencia descuidada hacia los muertos, sino una profunda reverencia, el antiguo rito funerario de los parsis, la comunidad religiosa más pequeña de la India. Los parsis creen que los cadáveres son inmundos, de modo que si los enterraran, contaminarían la tierra, y si los quemaran, contaminarían el fuego. También creen que hay que ser amables con los animales que ayudan a mantener limpia la tierra, así que construyen estas torres del silencio en las que exponen a sus muertos al calor abrasador del sol y a los afilados picos de cuervos y buitres. Una vez instalados en la torre, los cadáveres no tardan en

ser despojados de la carne, quedando solo sus esqueletos, que se blanquean y se desintegran, hasta que se reúnen en la cámara de huesos en el centro de la torre, donde lentamente vuelven a ser polvo y se filtran en el suelo hasta llegar al mar. Así que el cuerpo que los humanos pierden al morir se convierte en el regalo de la continuidad de la vida para los animales a los que alimenta. Todo regresa a la naturaleza. Nada se desperdicia.

Aunque los parsis que construyeron estas torres del silencio han estado en la India durante muchos siglos, vinieron originalmente de Persia, como sugiere su nombre. Persia era el nombre que los griegos daban a la región que actualmente es Irán, una tierra al noroeste de la India. Los parsis siguen una religión llamada zoroastrismo que se originó en esa región más o menos en la misma época en que tenía lugar el exilio de Israel a Babilonia, en el siglo VI a.e.c. Aparte de los parsis en la India, hoy no quedan muchos seguidores del zoroastrismo en el mundo, pero su religión ha tenido un profundo efecto sobre otras creencias, incluyendo el judaísmo. Puesto que el judaísmo dio a luz al cristianismo y al islam, dos de las religiones más populosas del mundo, podríamos afirmar que Zoroastro o Zaratustra, el fundador del zoroastrismo, es una de las figuras religiosas más influyentes de la historia. Nunca es posible estar seguro de las fechas de un tiempo en que se guardaban pocos registros, pero es probable que Zoroastro naciera en el año 628 a.e.c. y muriera hacia el 551 a.e.c., asesinado por un sacerdote rival.

El hecho de que Zoroastro, un sacerdote, fuera asesinado por otro sacerdote nos recuerda de nuevo una de las características más destacadas de la religión: su capacidad para generar desacuerdos violentos. Esto es porque la fuente última de la religión es un lugar que no podemos estudiar como si fuera una isla remota que medimos para resolver una disputa. La fuente de la religión está fuera de la Tierra en una realidad más allá de ésta. Los profetas, que dicen que han podido desentrañar sus misterios, nos revelan sus secretos. Ellos anuncian al mundo lo que las voces han dicho y nace una nueva religión. Pero como cada nueva religión se interpreta como un ataque contra una vieja, no es de extrañar que los sacerdotes de la vieja siempre se unan para atacar a los profetas de la nueva. Por eso una de las

figuras más importantes de la historia religiosa dijo que los profetas siempre han tenido que sufrir y morir por sus visiones. Zoroastro fue sacerdote de una antigua religión y se convirtió en el profeta de una nueva, por lo que estaba destinado a tener problemas.

La disputa religiosa más fácil de entender es la que hay entre politeístas y monoteístas, entre los que creen que el universo está lleno de dioses y los que creen que solo hay uno. Abraham fue el primer monoteísta, y Zoroastro tiene derecho a aparecer junto a él. Pero las visiones que tuvo y lo que le dijeron las voces fue mucho más complicado que cualquier cosa que se le revelara a Abraham. Esto se debía a que, como muchos visionarios religiosos, Zoroastro estaba obsesionado con un problema.

El monoteísmo es una manera de eliminar el desorden que suponen millones de dioses compitiendo entre ellos, pero tiene sus propias dificultades. Como hemos visto, el problema de Israel fue el sufrimiento. ¿Por qué ser el pueblo elegido de dios trajo consigo un dolor y una tristeza constante? La dificultad de Zoroastro era más profunda y más universal. Las personas que sufren se preguntan por qué a gente buena le suceden cosas malas. Zoroastro quería indagar más y descubrir, para empezar, cómo llegaron la bondad y la maldad al mundo. Para los seres humanos, la vida era una batalla por la supervivencia no solo contra los elementos, sino contra su propia especie, muchos de cuyos miembros eran crueles e indiferentes al dolor que infligían a sus semejantes. ¿De dónde viene ese mal? ¿Recibirán alguna recompensa los que lo soportan y se castigará a los que lo infligen?

Esas fueron las preguntas que arrancaron a Zoroastro de su tranquila vida como sacerdote de la antigua religión politeísta de Persia. Como muchos buscadores espirituales antes que él, esas preguntas le llevaron a pasar años meditando en solitario para ponderar la naturaleza del mal. Hasta que un día vio la solución. En una serie de visiones se le reveló que la lucha entre el bien y el mal era más antigua que la historia humana. ¡Su origen estaba en el corazón mismo de dios! Había un dios supremo, sin duda, a quien él llamó el Señor Sabio (Ahura Mazda u Ormuz), pero descubrió la complejidad dentro de la vida del único dios. En el principio, el Señor Sabio

engendró gemelos no idénticos, permitiendo que cada uno eligiera su camino. Uno eligió la bondad. El otro eligió el mal. Uno eligió la verdad. El otro escogió la mentira.

Así, el mundo –y cada individuo dentro de él– se convirtió en el escenario de una batalla dramática entre el bien y el mal en la que los hijos lucharon entre sí e intentaron ponernos de su parte. Como los hijos del Señor Sabio, nosotros también tenemos que decidir de qué lado estamos.

Traer la lucha entre el bien y el mal de nuevo a la vida de dios, como hizo Zoroastro, no solucionó el problema que él tenía. Una explicación completa hubiera requerido que el Señor Sabio dijera por qué eligió crear el mal en primer lugar y poner a sus hijos a su merced. Pero lo que hizo Zoroastro con gran fuerza fue dramatizar la situación en la que todos nos encontramos. Igual que si se tratara de un brillante novelista, describió la vida humana como una serie de batallas. Y, qué duda cabe, nuestras luchas morales se prestan al lenguaje de la guerra. Combatimos nuestras adicciones. Luchamos contra las tentaciones. Incluso la idea de un verdadero espíritu de maldad puede tener sentido. Hay ideas que pueden infectar la mente humana como un virus e impulsarla a llevar a cabo acciones terribles. El racismo es el ejemplo más obvio, pero hay muchos más.

Sin embargo, Zoroastro era más que un dramaturgo que ponía un espejo ante la experiencia humana. Como Daniel, él era un apocalíptico que vio más allá de la historia hasta el momento en que dios llevaría la historia del mundo a su conclusión. Los buenos libros necesitan un capítulo final en el que se aten los cabos sueltos y se resuelva la narración de una forma satisfactoria. Este impulso es fuerte en las religiones que ven la historia como una flecha, no como un círculo: es una historia con un principio, un nudo y un desenlace, no una rueda que gira sin fin.

Zoroastro no creía que el bien y el mal quedaran atrapados para siempre. Al final habría un ajuste de cuentas. El Señor Sabio creó el bien y el mal para darnos la libertad de elegir nuestro propio destino y el tiempo suficiente para hacerlo bien, y no se quedaba indiferente ante nuestras elecciones. La tragedia de los que elegían el mal era que no veían más allá

para poder calcular las consecuencias de sus actos. Las elecciones que hacían formaban su carácter y al final se los juzgaría por el tipo de persona en que se habían convertido. Al morir, cada alma cruzaba el Puente de Cinvat o Puente del Juicio, hacia el destino que se había preparado para sí. El puente era tan estrecho como el filo de una cuchilla. Al otro lado estaba el Paraíso, pero bajo él se encontraba el Infierno. Podían ocurrir dos cosas: que el alma se hubiera hecho tan densa por la maldad que su peso la hiciera caer al Infierno o que el bien la hubiera hecho ligera y cruzara fácilmente al lado del Paraíso.

Ni siquiera esto era el elemento más dramático de la visión que tuvo Zoroastro sobre el fin. Había que resolver el problema de la existencia del mal en sí mismo, el mismo mal que empujaba a las almas fuera del puente que llevaba al Paraíso. La solución de Zoroastro llegó a lo que él llamó el «último giro de la creación», cuando el Señor Sabio finalmente destruiría al malvado gemelo, el principio del mal. El mundo se renovaría y prevalecerían, al fin, la bondad y la justicia. Aparecería un salvador, llamado un *saosyant* o uno que trae el beneficio. A través de su trabajo se derrotaría al mal y a continuación vendría la renovación del mundo.

Además de ser vívida y aterradora, la enseñanza de Zoroastro fue muy influyente y aportó nuevos temas a la religión mundial. Es en el zoroastrismo donde encontramos por primera vez la idea de la resurrección individual, ya sea en la alegría del Paraíso o en el tormento del Infierno. También en esta religión descubrimos la idea de una gran batalla al final de los tiempos a la que dios envía a un salvador para destruir el mal y establecer un mundo de rectitud y justicia. Ya vimos que Daniel presentó estas mismas ideas en sus intentos de consolar a Israel de su sufrimiento, ideas que pudieron recoger los judíos durante su exilio en Persia. Nos recuerda que las religiones no viven aisladas, sino que hay mucha interacción y muchas ideas de unas germinan en las otras.

Zoroastro se encontró con oposición, pero también obtuvo aprobación y éxito. Sus enseñanzas se reunieron en un libro de sagradas escrituras que se llama el Avesta. Así comenzó el proceso que transforma la herejía en ortodoxia. Los seguidores del zoroastrismo desconfiaban de las imágenes,

pero sí tenían su propio símbolo para el Señor Sabio: el fuego. Mantenían un fuego sagrado permanentemente encendido en sus templos, por lo que a veces se ha dicho de ellos, erróneamente, que eran adoradores del fuego. Es cierto que el fuego era sagrado para ellos, pero solamente como símbolo de la vida eterna del Señor Sabio.

Proclamaban a sus seguidores que la práctica de buenos pensamientos, buenas palabras y buenas acciones en la vida ayudaba a sus almas a cruzar más rápidamente el Puente de Cinvat una vez que hubieran muerto y sus cadáveres se hubieran colocado sobre el tejado de las torres del silencio como regalo a las aves del cielo. Todavía se pueden ver algunas en las colinas de Irán; recuerdos del pasado de lo que una vez fue la religión principal del país. Pero la misma ley con la que el zoroastrismo pudo reemplazar un credo anterior lo llevaría casi a su fin. Duró siglos en Irán, la tierra de su nacimiento, pero hace 1.300 años fue reemplazada por una nueva religión asertiva que se llama islam. Fue en esta época cuando los zoroastrianos hicieron el largo viaje a la India, donde fueron libres una vez más para encender su fuego sagrado, construir sus torres de silencio, pensar buenos pensamientos, hablar buenas palabras y realizar buenas obras. Allí siguen hoy día, aunque son escasos en número.

Antes de comenzar un nuevo capítulo, quiero repasar parte de lo que hemos cubierto para sacar algunas conclusiones de lo aprendido hasta ahora. Un buen lugar para empezar es la parábola jaina de los ciegos y el elefante. Su mensaje era que debido a su visión limitada los seres humanos eran incapaces de alcanzar el conocimiento perfecto de la realidad última, por lo que deberían ser modestos a la hora de hacer afirmaciones religiosas.

A pesar de esa advertencia, los profetas y los sabios de la religión raramente dudan de sus creencias, porque han «visto» y «oído» lo que hay detrás del velo que cuelga entre los humanos y la realidad última. He insertado comillas cautelosas en los verbos *ver* y *oír* para recordarnos que tenemos que decidir por nosotros mismos cómo responder a las afirmaciones que hicieron sobre sus experiencias. ¡Porque cada uno vio cosas diferentes o vio las mismas cosas de forma diferente!

Los sabios hindúes vieron el giro de la rueda del karma y renacimiento, y el interminable círculo del tiempo; ideas que se convirtieron en las doctrinas centrales de la religión india.

Los profetas judíos vieron al único dios verdadero, quien, cuando llegara el momento, enviaría a su Mesías para llevar la historia a su final, esperanza que siguen manteniendo muchos judíos creyentes hoy.

Zaratustra vio un conflicto final entre el bien y el mal al final de los tiempos, en el cual triunfaría el bien.

Aunque cada uno lo interpretó de distinta manera, los fundadores de estas religiones estaban más interesados por lo que veían al otro lado de la historia que por lo que ocurría en este.

Pero cuando lleguemos a China en nuestra próxima parada descubriremos que sus sabios estaban más interesados en cómo vivir mejor en esta vida que en lo que les esperaba en la siguiente. Así que vamos ahora en dirección este a lo largo de una de las rutas comerciales más antiguas y más largas del mundo –la Ruta de la Seda– para saber más. Nos llevará a China y a una interesante forma de ver la vida, que se llama confucianismo.

CAPÍTULO 14



Una religión mundana

La Ruta de la Seda recorría la frontera norte de la India con China y comenzó su existencia alrededor del 206 a.e.c., cuando un emperador chino envió a los comerciantes al oeste a vender a los pueblos de la India la mercancía más importante de su país: la seda. Con el tiempo, la Ruta de la Seda creció hasta llegar al Mediterráneo, en el extremo de Europa. Caravanas de jinetes a caballo recorrían la ruta, trayendo seda y otras mercancías al oeste y volviendo al este con lana y textiles. Pero no solo se transportaban seda y otras mercancías por este famoso camino. También se intercambiaban ideas y se importaban religiones. Los comerciantes de la India introdujeron el budismo en China y se estableció como una de las tres principales religiones del país.

Pero China tenía su propio modo de interpretar la religión y la mejor palabra para describirla es «pragmática», otra palabra griega con un significado directo. Proviene de una palabra que significa acción o hecho, de la cual viene la palabra «práctico» o «práctica», en oposición a la teoría; es decir, hacer correctamente más que creer correctamente.

Incluso el politeísmo chino temprano era práctico y sin mucha emoción. Los dioses eran representaciones de las fuerzas de la naturaleza o de los

caprichos del tiempo. En las ceremonias los chinos invitaban a sus dioses a bendecirlos con condiciones favorables y a expulsar cualquier cosa que pudiera dañarlos. Su dios superior, el dios de los dioses en el Cielo, envió la lluvia para regar los campos de cultivo que era su medio de vida. Pero donde hay lluvia hay inundaciones. El dios responsable de las inundaciones era Gong Gong. Y donde hay inundaciones a veces hay sequía. Ba era la diosa de la sequía. ¿Y qué era más importante para los humanos que la comida que los mantenía vivos? El dios del mijo, Hou Ji, celebró la importancia de las cosechas de cereales que crecían en sus campos.

Mantener a todas estas fuerzas en equilibrio tenía sentido. Era lo práctico. La religión no consistía en creer cosas, sino en hacer cosas. Era la manera sensata de manejar las fuerzas de la naturaleza para proporcionar cosas buenas a la comunidad.

Además de tratar de controlar a los dioses de la naturaleza, los chinos tenían una galería de espíritus traviesos que trataban de evitar: demonios, duendes, vampiros, gnomos, trasgos y dragones. Para asustarlos inventaron fuegos artificiales y desde entonces hasta hoy los chinos admiran las exhibiciones pirotécnicas espectaculares.

Los chinos podían tener su propia forma práctica de responder a estas fuerzas sobrenaturales, pero su politeísmo no era muy original. Sus dioses eran las imaginaciones comunes del pasado profundo de la raza humana, soñadas por mentes que miraban asombradas al universo en el que se encontraban. Es al llegar al siglo V y VI a.e.c. cuando vemos que el enfoque pragmático de China hacia la vida alcanza una nueva claridad y dirección. Alrededor de la misma época en que los budistas y los jainistas estaban reaccionando contra la religión de la India y los exiliados judíos estaban repensando la naturaleza de su dios en Babilonia, encontramos un estado de ánimo diferente entre los pensadores de China. Los sabios chinos aplican sus mentes creativas a este mundo, no a la vida del más allá, al mundo por venir. Y el sabio más destacado entre ellos era el hombre que llamamos Confucio.

El nombre Confucio es nuestra versión de Kong Fuzi o Kong el Maestro o Filósofo, el nombre que recibió Kong Qiu, un funcionario pensativo de

uno de los estados en los que estaba dividido el país entonces. No nos ha llegado más que un esbozo de su vida, pero en sus escritos descubrimos una mente sabia y generosa que tuvo su mayor impacto mucho después de su muerte. Nació en el año 551 a.e.c., durante una época de caos en China, cuando los líderes de los estados rivales estaban en guerra constante. Del mismo modo que los políticos y los pensadores del siglo XXI luchan por encontrar respuestas a los problemas que afligen a la humanidad, los sabios de su tiempo también ofrecían soluciones a las dificultades de China. Las soluciones que proponían no eran muy diferentes de lo que escuchamos decir a nuestros políticos hoy día. La violencia debe atacarse con violencia, el fuego con fuego. Hay que golpear al enemigo más fuerte de lo que nos golpea a nosotros. Hay que fabricar armas más grandes y más bombas letales. Debemos encontrar líderes más duros para enfrentarnos a los malos. A lo largo de la historia, las estrategias políticas suelen leerse como el guion de la última película más taquillera de Hollywood.

El discurso de Confucio era diferente. Dijo a los señores de la guerra que el bienestar del pueblo debía ser su objetivo y su fin. Para conseguirlo deberían elegir ministros versados en ética y capacitados para manejar el desacuerdo entre hombres sin recurrir a la violencia. Los líderes escucharon y se inclinaron ante la sabiduría de Confucio, murmurando su aprobación. Pero ninguno estaba preparado para poner en práctica sus ideas. Confucio tenía paciencia además de sabiduría. Pasó el resto de su vida explicando sus ideas a sus discípulos, esperando que algún día un gobernante iluminado las llevara a cabo. Murió en el año 479 a.e.c., pero como sus discípulos habían recogido sus enseñanzas en los libros, sus pensamientos pervivieron. Les llegaría su momento. Alrededor del año 100 a.e.c. apareció un emperador que puso en práctica este ideario y se convirtió en la filosofía dominante de China hasta que se derrocó el sistema imperial en 1912. Pero incluso en la China comunista de hoy están presentes los principios de Confucio.

La idea principal de Confucio es todo lo contrario del individualismo exacerbado o el culto a los lobos solitarios que se enfrentan a la sociedad y a sus restricciones. Desde el momento de nuestro nacimiento estamos sujetos por una red de relaciones, según enseñaba Confucio, y no podríamos

sobrevivir sin ella. Lo que es bueno para la comunidad es bueno para el individuo, aunque a veces signifique la negación de los deseos privados del individuo. La vida es relacional. La sociedad es un cuerpo del cual todos somos miembros. Los miembros individuales no pueden sobrevivir si se separan de él.

La compasión es el pegamento con el que se mantiene todo esto unido. Compasión significa sufrir juntos. Las personas compasivas intentan sentir por lo que están pasando los demás para entender su forma de ver las cosas. Una de las primeras expresiones de lo que conocemos como la regla de oro nos llega de Confucio. Existe en una versión positiva y otra negativa: «Trata a los demás como querrías que te trataran a ti». O: «No hagas a los demás lo que no quieras que te hagan a ti».

La palabra que Confucio utilizó para capturar este espíritu de comprensión y simpatía hacia los demás era *ren*. En consonancia con el principio chino del pragmatismo, se entiende mejor en la acción que en la teoría. Si sacrificas tu vida para salvar la de otro, estás practicando ren. Si voy a comprar algo para lo que he estado ahorrando meses y en lugar de comprarlo le doy mi dinero a un refugiado sin hogar, estoy practicando ren. Ren es lo más noble que un ser humano es capaz de hacer. Es poner a los demás antes de uno mismo. Era el espíritu que Confucio quería encontrar en los políticos y líderes. Quería que se concentraran en el bienestar de su pueblo, no en sus propias ambiciones. Esperaba que los ciudadanos ordinarios siguieran el mismo espíritu de generosidad al juzgar a los líderes que luchaban por gobernar bien en tiempos difíciles.

El enfoque confuciano para manejar el desacuerdo humano y el conflicto enseña la paciencia y la consideración hacia los demás, además de la compasión. Por eso, en la práctica, se asocia con una cortesía que parece casi como una formalidad. Cortesía y paciencia son las características de una mente consciente de la complejidad de las relaciones humanas y del cuidado que se requiere para manejarlas. Hasta el día de hoy, la cortesía en las interacciones entre las personas parece estar más presente en la paciente mente oriental que en la precipitada mente occidental.

Pero ¿no se interpreta el confucianismo más como una filosofía que como una religión? Definir la diferencia entre estos términos nos ayudará a responder la pregunta. «Filosofía», otra útil palabra griega, significa amor a la sabiduría en todas sus formas. Y lo que conocemos como filosofía moral es el estudio de la mejor manera de vivir o la más sabia en este mundo. Mientras, la religión está más interesada en lo que hay más allá de este mundo y lo que será de nosotros cuando nuestra vida aquí haya terminado.

Estas no son las preguntas que interesan al confucianismo. Este concentra sus energías en administrar la vida en este mundo para el bien de la comunidad humana, no en ganar méritos o evitar penalidades en la vida que está por llegar. La vida debe vivirse bien por sí misma y no como un preludio de lo que puede suceder después de la muerte.

Sin embargo, hay un lado del confucianismo que lo lleva a la esfera religiosa: su forma de ver la muerte y su veneración por los antepasados. Pero esto también puede entenderse como una extensión de la filosofía que ve a los seres humanos unidos en la sociedad. Ni siquiera la muerte puede romper los lazos entre nosotros. Es por eso que en las sociedades confucianas se llora a los muertos con gran intensidad y su memoria se cultiva constantemente. Los períodos de duelo después de una muerte varían, pero para los hijos de los fallecidos puede ser de más de dos años, durante los cuales no se trabaja, no se tienen relaciones sexuales, se come solamente la comida más sencilla, no se utiliza ropa bonita y no puede uno divertirse.

Pero para Confucio había algo más en la veneración de los antepasados que el luto por su pérdida. Los muertos no habían dejado de existir. Tampoco habíamos perdido el contacto con ellos. Podían haber dejado la escena y haberse marchado al más allá, pero mantenían una presencia continua en nuestras vidas. Que no fuera posible verlos no significaba que estuvieran fuera de la mente. Por eso una de las celebraciones confucianas favoritas era la fiesta de la primavera, la festividad de Qingming. Era cuando las familias visitaban las tumbas de sus antepasados para comunicarse con ellos y disfrutar de nuevo. La cortesía y el respeto por todos –incluso si habían muerto– era el sello distintivo del confucianismo.

Pero nunca consiguió que todo ocurriera a su manera en China. Era una de las tres formas casi intercambiables de ver la vida. Las otros dos eran el taoísmo y el budismo. En el capítulo siguiente examinaremos el taoísmo y veremos el budismo otra vez para averiguar qué le sucedió cuando finalmente llegó a China en el primer siglo de nuestra era.

CAPÍTULO 15



El camino a seguir

El confucianismo puede ser fácil de entender, pero es algo muy serio. No es muy divertido. El taoísmo, otra tradición china, es al revés; es difícil, pero una vez se entiende puede ser divertido. Igual que los sabios de otras religiones, los fundadores del taoísmo descubrieron algo, pero es el lugar donde lo encontraron lo que los hizo diferentes. Los sabios hindúes vieron que el mundo y nuestras vidas dentro de él eran ilusiones que había que disipar para alcanzar la salvación. Los profetas judíos vieron que dios quería poner fin al mundo un día y juzgar lo que sus habitantes habían hecho durante el tiempo de su existencia. Para ambas religiones el mundo y el lugar que ocupaban los humanos en él eran problemas que había que resolver. Así que salieron a buscar las respuestas.

Los taoístas eran diferentes. Tenían la vista puesta sobre el mundo que miraban. Y amaban lo que veían. Se sentían conmovidos por su unidad e interdependencia, por la forma en que todo se mantenía unido, ¡excepto por el lado humano! Los seres humanos no estaban en sincronía con el universo porque sus mentes inseguras se habían divorciado de sus ritmos naturales.

La paz sería posible al recuperar la armonía con la naturaleza y vivir según su ritmo. La forma en la que expresaron esto fue lo que dificultó la

comprensión para algunos. Invitaban a los seres humanos a vivir de acuerdo con el *Tao* del universo, pero no explicaban qué era el Tao. Se hizo aún más complejo cuando dijeron a la gente que no podían aprender el Tao a menos que ya conocieran el Tao. Y más difícil todavía cuando afirmaron que quienes conocían el Tao no hablaban de él y los que hablaban de él no lo conocían. Mientras lees esto, es probable que te estés rompiendo la cabeza intentando descifrar qué es el Tao. Como cualquier persona racional, quieres que te expliquen las cosas. Quieres entender lo que está pasando. Tu mente lo exige. ¡El taoísta no hace más que aumentar su irritación sonriendo amablemente sin decir nada!

Por lo tanto, vale la pena recordar momentos de tu vida en que intentabas conseguir algo de forma obstinada, pero era imposible y en cuanto decidiste relajarte, lo conseguiste. Un buen ejemplo es el momento en que te lanzaste a nadar por primera vez. O la tarde de verano que encontraste el equilibrio y te diste cuenta de que estabas montando en bicicleta. El equilibrio es la clave. Solo aquellos que ya lo tienen saben lo que es. Podríamos llamarlo el Tao del ciclismo. El taoísmo quiere que encontremos el mismo equilibrio en cómo vivimos y nos relacionamos, no solo con otras personas, sino con todo el universo.

El hombre detrás de esta forma de ver la vida era un contemporáneo de Confucio, algo mayor que éste, que se llamaba Lao Tse o Laozi. Nació hacia el año 600 a.e.c., y se dice que trabajó en la biblioteca de uno de los emperadores chinos. Cuando le pidieron que explicara cómo entendía él la vida, produjo uno de los textos más cortos y venerados de la historia de la religión o la filosofía, titulado *Lao Tzu* o *Libro del Camino*. Las ideas más importantes de esta obra eran el «equilibrio» y la «complementariedad». Lao Tse vio que en la naturaleza todo tenía su complementario opuesto. Llamó a estos contrarios el yin y el yang. Cada yin tenía su yang; cada yang, su yin. Para ilustrar la distinción, los taoístas dibujaron un círculo dividido por una línea curva en dos partes iguales, una blanca y otra negra. Cada mitad contenía un punto de su opuesto, un punto negro en la mitad blanca y un punto blanco en la mitad negra. Nos aconseja que nos busquemos en el otro: el blanco en el negro, el negro en el blanco; lo

femenino en lo masculino, lo masculino en lo femenino; el amigo en el enemigo, el enemigo en el amigo; mi religión en la tuya y la tuya en la mía. No es diferente de Confucio cuando nos pide que nos pongamos en el lugar del otro. Pero Lao Tse le da un toque de alegría. No quiere que simplemente toleremos la diversidad. Quiere que nos deleitemos con ella. El mundo es una orquesta de cientos de instrumentos diferentes que trabajan en equipo para crear una música hermosa. El equilibrio, la sincronización y la armonía: son las marcas del Tao.

Lao Tse se dio cuenta de que otra cosa que hace perder el equilibrio a los humanos es su necesidad de controlar a los demás. En lugar de dejar vivir a los demás a su propio ritmo, interfieren constantemente en lo que hacen. El paradigma de esto es la persona que cree que su manera de hacer las cosas es la única, desde cómo meter los platos en el lavajillas hasta cómo llevar las riendas del país. Personas como ésta están en un estado de constante irritación porque la realidad no se ajusta al patrón que quieren imponer. Lao Tse les dijo que se relajaran y aprendieran de la vida de una planta. No le hace falta que le digan cómo tiene que hacer las cosas. Se deja llevar por su naturaleza. ¿Por qué los humanos no pueden hacer lo mismo? ¿Por qué no pueden dejar de enredar y permitir que las cosas fluyan? Lao Tse llamó a esta forma de entender la vida *wu-wei*, que quiere decir hacer sin hacer, dejar que las cosas sean, que discurran. No le gustaban las normas y los reglamentos, ni la forma en que los organizadores compulsivos dirigen a todo el mundo hacia su lugar en el círculo de la vida en lugar de celebrar sus diferencias.

El término con el que describimos a alguien que adopta este modo de vida es «anarquista», otra palabra griega que significa alguien que está en contra del gobierno. Para el taoísta no se trata de oponerse de forma absoluta al gobierno, sino de lograr un equilibrio y una proporción adecuada de gobierno. Se trata de estar alerta ante el papel dominante de los legisladores en la sociedad y no aceptar la forma en que tratan de meter a todos en el mismo molde. Lo contrario de un anarquista es un «legalista», alguien que cree que la ley es la única manera de controlar la naturaleza

humana. ¿Ha surgido un problema en la sociedad? ¡Vamos a ilegalizarlo! ¡Vamos a prohibirlo! Ese es siempre el grito del legalista.

A diferencia de Confucio, que quiere controlar la naturaleza humana para el bien de la sociedad en su conjunto, Lao Tse quiere dar al individuo la mayor libertad posible dentro de la sociedad. Son interpretaciones encontradas, el yin y el yang otra vez, y de cada una se puede decir algo positivo. Pero dado que los legalistas son los grandes organizadores de la historia y rara vez se toman un día libre, suelen llevar la voz cantante tanto en la religión como en la sociedad, y consiguen imponer su voluntad sobre los demás. Llegado el momento, incluso irán a la guerra para conseguir lo que quieren. Lao Tse odiaba la guerra, destructora de la armonía humana. Tal vez si la gente le hubiera escuchado el mundo habría sido más divertido y habría menos guerras.

Se puede aprender mucho del taoísmo sin aceptar sus ideas estrictamente religiosas, pero sería un error ignorar su existencia. El taoísmo continuó desarrollándose después de la muerte de Lao Tse en el año 524 a.e.c. Además de enseñar el Tao tenía muchos dioses. Se creía que sus deidades supremas, conocidas como Venerables Celestes, surgieron espontáneamente cuando se creó el mundo. Estos dioses superiores tenían una corte en el Cielo, que se apoyaba en un personal doméstico de dioses menores. Igual que los dioses que surgieron con el universo, los humanos podían convertirse en dioses o *inmortales*. Para alcanzar el estatus inmortal tenían que purgar sus imperfecciones a través de una rutina de meditación y de la supresión del deseo, como el programa del Buda para lograr liberarse de la rueda del renacimiento. La diferencia era que los taoístas creían en el universo. Para ellos, el triunfo del alma no era desaparecer como una gota de lluvia en el océano del nirvana, sino alcanzar la inmortalidad personal como un dios. Otra característica que distinguía al taoísmo de otras religiones era el lugar que ocupaban las mujeres. Además de dioses femeninos, el taoísmo tenía mujeres sacerdotes y eruditas que desempeñaban un papel importante en su historia. Fiel a su propia filosofía, el taoísmo se guiaba por el principio femenino yin, así como por el principio masculino yang.

El confucianismo y el taoísmo procedían de China, pero su tercera religión, el budismo, era una importación de la India. Después del momento de iluminación que tuvo Buda bajo la higuera silvestre, sus enseñanzas se extendieron por toda la India, el sudeste asiático, China, Corea, Japón y más allá. A medida que se expandía, se dividía en diferentes denominaciones basadas en interpretaciones rivales de las palabras del Buda. El budismo theravada permaneció fiel a la rigurosidad del movimiento original. Para él, el camino más rápido hacia la salvación era convertirse en monje. Esto se conoce como budismo del «pequeño vehículo». Es un coche de carreras hacia la iluminación para el individuo dotado. Mahayana, o «gran vehículo», era un autobús para la gente común que tenía que tomarse su tiempo.

La velocidad no era la única diferencia entre ellos. Ya hemos notado la gran división que existe en la religión entre los que aman las imágenes y los que las detestan. El Buda las rechazó, pero a la religión popular le gusta tener algo que mirar y ¿qué mejor imagen podrían tener los budistas para venerar que el propio Buda? Las estatuas de Buda, que a menudo son asombrosamente bellas, se convirtieron en el objeto dominante en los templos budistas en la tradición mahayana. Este es el budismo que llegó por la Ruta de la Seda hasta China en los siglos I y II e.c. Al asentarse allí cambió la religión china y viceversa.

Los chinos siguieron siendo pragmáticos en su forma de practicar la religión. No les importaba mezclar las mejores partes de diferentes tradiciones, ni tenían una estricta adhesión a una sola fe. Así que cuando el budismo se topó con el taoísmo, ambos cambiaron a causa del encuentro. Un resultado fue el budismo zen, que significa meditación en chino. ¿Recuerda lo difícil que era comprender el Tao? El zen toma prestado su enfoque burlón.

> ¿Cómo puedo encontrar la paz y detener todos estos deseos? Enséñame. Dime cómo explican mi situación los libros sagrados y cómo escapar de ella.
>
> Fuera… dentro… fuera… dentro.

¿Qué?

Estate quieto, muy quieto… controla la respiración… exhala… inspira… exhala… inspira.

¡Vengo aquí con mis problemas y me ponen un ejercicio de respiración! Necesito algo más, algo en lo que pensar.

De acuerdo. Mira fijamente esta margarita…

¿QUÉ?

El zen tiene el aspecto lúdico del taoísmo, y las culturas dominadas por la racionalidad pueden aprender mucho de él.

Una tercera denominación que surgió en el budismo tuvo un profundo efecto en uno de los países más misteriosos del planeta. El budismo tántrico ofreció la ayuda intensiva de un maestro en la búsqueda de la iluminación, y fue esta forma de budismo la que arraigó en el Tíbet. Tíbet está al otro lado del Himalaya, al suroeste de China, y es una de las regiones más inaccesibles de la tierra. Se le llama el Techo del Mundo porque está compuesto de enormes montañas e inmensas mesetas. Su aislamiento fomentó una forma de budismo que convirtió al país entero en un vasto monasterio. Bajo el liderazgo de monjes maestros llamados lamas, el Tíbet se convirtió en una nación centrada en las disciplinas de la espiritualidad budista.

Los lamas tibetanos hicieron un uso distintivo de una de las tradiciones budistas. Cuando un monje alcanzaba la iluminación, podía renunciar a su billete hacia el nirvana y ofrecerse voluntario para volver a la tierra como un «Buda vivo» para ayudar a otros a encontrar la salvación. En la tradición tibetana, a algunos de los lamas superiores se les permitía escoger sus propias reencarnaciones, pero había que buscar la que habían elegido como sucesor. Al morir el lama, la búsqueda de su reemplazo podía llevar varios años. Cuando se identificaba, después de pasar una serie de pruebas era proclamado la reencarnación del lama y se lo instalaba en uno de los monasterios. La más conocida de estas líneas de sucesión hoy es la del

Dalai Lama, cuyo rostro sonriente se hizo muy conocido en Occidente desde que huyó del Tíbet tras la invasión china en los años cincuenta del siglo XX. Es la decimotercera reencarnación del primer Dalai Lama y puede que sea el último. Esto no significa que el budismo se haya acabado en el Tíbet. La religión siempre logra sobrevivir a sus perseguidores. Es un yunque que ha destrozado muchos martillos. Pero el budismo no se detuvo cuando llegó a China. Siguió avanzando hacia el este hasta llegar a Japón donde encontró nuestra siguiente religión, *shinto* o sintoísmo.

CAPÍTULO 16



Remover el barro

Al hablar del Tíbet en el capítulo anterior lo describí como un lugar aislado e inaccesible. No medí bien mis palabras. La parábola de los ciegos y el elefante nos advierte contra el supuesto de que el mundo es como lo vemos. Para mí el Tíbet es remoto. Para un tibetano es su hogar y lo que es remoto es Escocia. He estado a punto de cometer el mismo error con Japón. Estaba al otro lado del mar y lejos de China. Ni siquiera los chinos, sus vecinos más cercanos, lo visitaron hasta el año 600 e.c. Por lo tanto, era tentador pensar en Japón como un lugar desconectado del resto del mundo. Pero ¿por qué no decir que el mundo está desconectado de Japón? Durante mucho tiempo los habitantes de Japón no sabían que había un mundo del que se podía estar desconectado. Pensaban que Japón era el mundo, y no solo eso, ¡lo amaban tanto que también era su religión! Así que para entender la religión de Japón tenemos que tratar de entender lo que sentían los japoneses hacia su tierra.

La palabra Japón es una pista en sí misma. Es el resultado de cómo pronunciaban los europeos la palabra china para ese país. Los nativos lo llamaban Nippon o Tierra del Sol Naciente, una descripción que encajaba. Mirando hacia el este, lo único que veían era el resplandeciente vacío del

océano Pacífico, de donde salía el sol todos los días para derramarse sobre las 6.852 islas del archipiélago japonés. Así que no es de extrañar que en su historia de la creación el sol desempeñara un papel importante. Todas las religiones tienen su versión de los orígenes del mundo. Es hora de ver algunas y sacar conclusiones antes de seguir con Japón.

India tenía muchas historias sobre la creación. Una de ellas afirmaba que antes de que existiera el tiempo y se formara el mundo, había un enorme ser llamado Purusha que explotó y de sus elementos dispersos surgió todo, hasta el fino detalle del sistema de castas hindúes.

El pueblo de Mesopotamia, el lugar de nacimiento de Abraham, decía que en el principio había dos gigantes, Apsu o Agua Dulce y Tiamat o Agua Salada. Se aparearon y dieron a luz otros dioses y monstruos marinos. Como el mar a veces inunda la tierra seca, Tiamat quería tener el control de todo. Pero su propia familia se enfrentó a ella y la derrotaron. Ellos dividieron su cadáver entre el Cielo y la Tierra. En el Cielo todo estaba dispuesto para los dioses. Los humanos fueron inventados para servir a estos dioses y se los instaló abajo, en los aposentos de los siervos, en la Tierra.

En Egipto existían historias similares, con el agua de nuevo como protagonista. En el principio solo estaba el mar. Entonces, como el agua de una inundación que empieza a retroceder, se elevó una colina por encima de la superficie. En un relato el dios del sol, Ra, apareció en escena para crear otros dioses y fundar la Tierra. En otra versión fue el dios de la tierra, Ptah, el que apareció primero y consiguió poner todo en marcha.

Si nos dirigimos hacia el norte, a Escandinavia, encontramos que el agua también es protagonista. Al principio estaba el abismo de la nada, que se llenó de agua. Entonces el agua se congeló. Después empezó a derretirse. Del hielo medio derretido salió un gigante que se llamaba Ymir. De sus axilas surgieron un hombre y una mujer. Mientras pasaba todo esto, una vaca lamía el hielo y lo dejaba lo suficientemente delgado para dejar salir a otro gigante. De este descendió el dios Odín. Y como suele ocurrir en las carreras de estos dioses, entonces empezó el caos. Odín y sus hermanos mataron a Ymir y de su cuerpo crearon la tierra, de su cráneo los cielos y de

su sangre el mar. Sus huesos se convirtieron en montañas y de su cabello crecieron los árboles. Hay otros detalles, pero esto es suficiente para hacerse una idea.

Después de todo este caos, es un alivio recurrir a la historia de la creación que aparece en la Biblia judía, que data del 900 a.e.c. aproximadamente. Hay dos versiones en el Génesis, las dos son decididamente monoteístas y en ambas uno de los protagonistas es el mar. Es la zona abisal del océano en la que se centra dios y desde donde él llama todo a ser. Hace el trabajo en seis días y descansa el séptimo. No hacer nada ese día fue un acto creativo en sí mismo que estableció el sábado como un día libre para todos.

La historia japonesa es aproximadamente de la misma época que el Génesis y el mar es, una vez más, una presencia importante. En el principio solo estaba el mar. Entonces el dios Izanagi y la diosa Izanami usaron una lanza larga para agitar el barro del fondo y de ese lodo se crearon las numerosas islas que forman Japón. La pareja divina entonces dio a luz tres hijos, la diosa del Sol y sus hermanos el dios de la Luna y el dios de la Tormenta. La diosa del Sol tuvo sus propios hijos y su nieto se convirtió en el primer emperador de Nippon.

Es interesante reflexionar sobre estas historias un momento porque dicen mucho de cómo funciona la religión. ¿Son verdaderas o falsas? Eso depende de lo que pensemos que es su propósito. ¿Recuerdas la historia que el profeta Natán le contó al rey David? ¿Era verdad o no? En realidad, era mentira. No había ningún hombre rico que hubiera robado el cordero de un pobre. Pero moralmente era cierto. Fue un invento para que David pensara en lo que había hecho, y funcionó. Tenía la verdad del arte, no la verdad de la ciencia. A la ciencia le interesan los hechos, quiere saber cómo funcionan las cosas. El arte está interesado en revelarnos la verdad de nuestras propias vidas. Por eso una historia puede hacerte gritar cuando te sientes identificado: ¡soy yo! La religión es un arte, no una ciencia. Por lo tanto, la pregunta que debemos hacernos cuando estamos ante una historia que narra la creación no es si es verdadera o falsa, sino qué significa, qué quiere decirnos; es una sutil diferencia que muchas personas religiosas nunca han

logrado entender. Como veremos, algunos de ellos hacen el ridículo intentando probar que la historia de la creación que narra la Biblia es ciencia y no arte.

Ninguna de las historias sobre la creación que hemos visto aquí es verdad si nos atenemos a los hechos, pero todas contienen un significado. La Biblia es la más fácil de entender, incluso aunque no se esté de acuerdo con lo que cuenta: el universo no se creó a sí mismo; lo creó dios. Y las historias de Mesopotamia y Escandinavia sobre un conflicto original reflejan la violencia y la crueldad siempre presentes en el mundo.

Estas historias provienen de la mente humana. La pregunta es si dios tuvo algo que ver o fueron completamente inventadas por nosotros. No importa cómo se responda a esa pregunta, las historias siguen siendo interesantes por sí mismas. Y hay fragmentos que se han podido conservar en la memoria desde hace mucho tiempo: una explosión que dio inicio a cada cambio y un océano que dio a luz a todas las criaturas. La ciencia moderna sitúa el comienzo del universo en el Big Bang, hace unos catorce mil millones de años. Su mejor estimación sobre cómo comenzó la vida en nuestro planeta es que ocurrió hace unos tres mil quinientos millones de años. Los mares que cubrían la tierra joven eran una sopa de productos químicos procedentes de los volcanes en erupción y de la interacción de esos productos emergieron las primeras formas de vida. Miles de millones de años más tarde entramos nosotros en escena. ¿Los recuerdos de la tierra de su propia historia penetraron en las mentes de aquellos artistas que miraron a través del tiempo para encontrar el significado de las cosas? No me parece imposible. Puede ser porque el universo entero parece bastante raro y casi cualquier cosa es imaginable.

Lo más entrañable de la versión nipona del origen de los tiempos es que cuando los dioses agitaron el barro en el fondo del océano no crearon un mundo, ¡crearon Japón! O era un mundo que estaba formado solamente por Japón. Así explicaban el amor que sentían por sus hermosas islas. Las naciones formadas por una o varias islas no pueden evitar mirarse a sí mismas. Son menos abiertas al tráfico que fluye por las fronteras terrestres, así que sus impulsos religiosos rara vez reciben las influencias de los dioses

de los países vecinos. Lo que sabemos de la primera religión japonesa lo confirma. Si tenemos en cuenta que Japón nunca fue conquistado por ningún país hasta 1945, al final de la Segunda Guerra Mundial, no nos sorprenderá descubrir que los japoneses no solo sentían pasión por su nación isleña, sino que estaban convencidos de que era un país único. En el pasado lejano probablemente creían que no existía nada más.

Japón no solo fue creado por los dioses, sino que lo eligieron como su morada, su hogar. Otras religiones creían que, aunque los dioses podían visitar la Tierra, su residencia principal estaba muy por encima de nosotros en un lugar especial llamado Cielo. Para los japoneses ese lugar especial era su hermosa nación isla. El cielo y la tierra eran uno. El cielo estaba sobre la tierra, la tierra estaba en el cielo. Algunas religiones veían el cuerpo humano como el lugar en el que moraba un alma inmortal. Así es como veían los japoneses a su tierra. Las islas de Japón eran la expresión material de espíritus sagrados, que se llamaban *kami*, que estaban por todas partes en la naturaleza. Podían vivir en el cuerpo de los animales; en las montañas de Japón –la más hermosa y sagrada es el monte Fuji–; en las plantas y en los ríos.

He dicho que esta era su religión, pero no es del todo correcto. Sugiere algo separado, una creencia que tenían en la cabeza. Sería igual de erróneo que describir nuestro sentido de nosotros mismos como una religión; no lo que somos, sino lo que creemos o mantenemos sobre nosotros mismos. Los japoneses se veían a sí mismos envueltos en una gran red de existencia, en la que estaban la tierra, ellos mismos y los espíritus que animaban todo. No era que creyeran en esto. Es que ellos eran así.

El nombre técnico de esta actitud ante la vida es el «animismo». No está muy alejada de una teoría moderna que se llama *Gaia* que entiende que nuestro planeta no es algo que está ahí para saquear y explotar, sino que es un organismo vivo que debemos cuidar con el mismo afecto que mostramos hacia nuestra familia y amigos. Significa que la naturaleza está viva, y tiene un espíritu y un propósito, igual que los seres humanos. Los japoneses sentían esto con el corazón. No es que se les dijera que tenían que amar de esta manera como un imperativo religioso. No es que tuvieran que creer que

el mundo era así. No celebraban días especiales para conmemorar el descubrimiento de la naturaleza de la tierra. No tenían creencias al respecto. Solo sentían amor por el espíritu de la tierra, que se expresaba en los santuarios que erigieron en lugares hermosos, que se distinguían por la puerta hecha con dos pilares y dos barras transversales. Hay más de 100.000 santuarios en Japón actualmente y todavía hoy se aprecian especialmente.

Su forma de estar en el mundo ni siquiera tenía un nombre hasta que llegaron los chinos a Japón alrededor del año 600. Los chinos no venían como conquistadores, ni como evangelistas, pero trajeron consigo el confucianismo, el taoísmo y el budismo, y todos se asentaron en Japón. Tal vez fue porque a los chinos les gustaba clasificar las creencias y costumbres con las que se encontraban, o tal vez los japoneses decidieron que necesitaban un nombre que captara el amor que sentían por su tierra espiritual para distinguirla de las nuevas religiones que habían llegado a su país, pero el caso es que lo llamaron *shinto*. *Shin* significa dioses y *to* procede del término taoísta que significa sendero o camino. El Tao de Shin. El camino de los dioses, shinto. La palabra «amor» también hubiera servido.

No hace falta creer que los dioses forjaron las islas de Japón a partir de un lodo prístino para admirar el shinto. El sintoísmo mira más allá del mundo a algo más profundo. A veces expresa lo que ve en pinturas delicadamente obsesivas. Por lo general, todo lo que necesita para celebrar su amor por el mundo son las tres líneas de un poema, que se llama *haiku*.

> ¡Cruzar un veraniego río
> qué agradable
> con las sandalias en la mano!

CAPÍTULO 17



La religión se convierte en algo personal

La religión ha servido a muchos propósitos en la historia de la humanidad. Antes de que la ciencia moderna aportara su versión sobre la creación, las visiones religiosas ofrecían sus narraciones, algunas de las cuales acabamos de atisbar. Pero además de intentar describir cómo se creó el mundo, la religión también quiso explicar por qué se organizaba de esa manera. Si se les preguntaba por qué los humanos eran la especie dominante en el planeta y hacían lo que les daba la gana con él, la Biblia respondía que era porque dios lo había dispuesto así. Dios nos puso a cargo de la Tierra y nos dijo que la conquistáramos y la controláramos. Cuando se le preguntaba por qué la humanidad estaba clasificada en grupos según el color de su piel, las escrituras hindúes respondieron que las cosas las había ordenado así la inteligencia del universo con un propósito. Era el karma.

Estas respuestas no solo afirman que las cosas son así, sino que hay que acostumbrarse a ello. Ponían el sello de la aprobación divina a la forma en que estaba constituido el mundo. Dios lo había planeado así. Por eso la religión ha sido tan eficaz a la hora de convencer a la gente de que aceptara su suerte en la vida, sin importar lo miserable que fuera; sobre todo porque ofrece la esperanza de algo mejor en la otra vida o la próxima vez en esta.

A la religión también se le da bien hacer que la gente acepte las normas y los reglamentos que impone la sociedad. Si quieres que los seres humanos vivan en armonía, necesitan acordar un conjunto de costumbres, una moralidad. No hay que mentir. No hay que robar. No hay que matar. Cualquier comunidad inteligente se protegería con prohibiciones como éstas. Lo que hace la religión es añadir autoridad a las normas al afirmar que no son una invención humana, sino un mandamiento divino. No fueron los israelitas en el desierto los que se inventaron los Diez Mandamientos. Se los impuso dios. Así que otra de las grandes funciones que ha desempeñado la religión a lo largo de la historia ha sido la de guardián de la moralidad.

Ahora vamos a ver cómo la religión empezó a ir por un camino más privado. Además de ser una actividad de grupo, una forma de controlar a la comunidad, la religión comenzó a ofrecer la salvación personal del individuo. La palabra «salvación» proviene de la palabra latina que quiere decir salud, un recordatorio de que los seres humanos a menudo están enfermos y ansiosos. No se sienten bien, ni felices, ni cómodos consigo mismos en esta vida y se preocupan por lo que les espera en la siguiente. Cuando la religión tomó un giro en una dirección más personal, consiguió llevar tal paz a algunas vidas turbulentas que los creyentes describían la experiencia como morir y nacer de nuevo, o ser ciego y volver a ver, o estar paralizado y poder caminar. Lo que impulsó este cambio parece haber sido la confluencia de diferentes religiones por primera vez.

Aunque parezca extraño, fueron los soldados romanos los que le dieron el gran empujón a este fenómeno. Hacia el año 30 a.e.c. los romanos se habían impuesto al Imperio griego y al persa. Políticamente fueron los vencedores, pero absorbieron tanto de la cultura de los países que habían conquistado que a veces era difícil distinguir quiénes eran los verdaderos ganadores. Los romanos admiraban tanto los mitos que descubrieron entre sus súbditos griegos y persas que los adoptaron, y esto tuvo un efecto fundamental sobre el futuro de la religión.

De la misma manera que los chinos adaptaron el budismo a su manera de hacer las cosas, los romanos integraron los mitos griegos en su vida. Los romanos eran eminentemente prácticos, hombres de acción. Así que

tomaron estos viejos mitos y los convirtieron en lo que ahora llamaríamos juegos de rol, y al representar a los personajes de las historias, cambiaron sus propias vidas. No era que creyeran en los mitos de la religión griega que habían hecho suyos, es que los convertían en experiencias emocionales o psicológicas muy importantes para ellos.

Pero es un error pensar que los griegos tenían una religión como los judíos tenían el judaísmo o los persas el zoroastrismo. Se parecían más a los japoneses con su sintoísmo que a cualquiera de los otros. Eran politeístas, sin duda, pero sus dioses formaban parte del paisaje del mismo modo que las montañas, los mares y el sol que brillaba sobre ellos. Los dioses cumplían con su función como el clima cumplía con la suya e, igual que el clima, los dioses podían ser benignos o temibles. Eran así, sencillamente. Había un dios superior llamado Zeus, dios del cielo, que tenía dos hermanos: Poseidón, dios del mar, y Hades, dios del inframundo, el lugar de los muertos. Había cientos de dioses más, algunos de ellos asociados con los ritmos de la naturaleza. Pero una de las historias de su enorme biblioteca de aventuras divinas fue la que se convirtió en la base de un importante culto en el Imperio romano y tuvo una influencia fundamental.

La historia comenzó como un mito de la naturaleza, pero cuando los romanos la hicieron suya la convirtieron en lo que llamamos una «religión mistérica», un conjunto de ritos y prácticas secretas que producen profundas experiencias emocionales en sus seguidores. En la historia griega Hades, el dios del inframundo, estaba desesperado por tener una esposa con la que compartir su sombrío patrimonio. Así que secuestró a Perséfone, la hija de Deméter, diosa de la fruta, las cosechas y la vegetación. Deméter se quedó tan destrozada por la pérdida de su hija y en un duelo tan profundo, que descuidó sus deberes. Como resultado, se arruinaron los cultivos, los árboles dejaron de dar frutos y la humanidad se vio amenazada de muerte por el hambre. Para salvar la situación, intervino Zeus y elaboró un acuerdo que daba a cada parte en la disputa la mitad de lo que querían. Perséfone fue sentenciada a pasar la mitad del año en la tierra y la mitad del año en el inframundo con su aburrido marido. Cuando terminó el verano y ella descendió para estar con Hades y pasar allí el tiempo que le correspondía,

su madre Deméter volvió a llorar su ausencia. El invierno golpeó la tierra y murieron las plantas. Cayeron las hojas. Los árboles quedaron desnudos y los campos estériles.

Pero en la primavera, cuando Perséfone ascendió de nuevo a la tierra, su madre se alegró de su regreso y todo volvió a la vida.

Este es un hermoso ejemplo de cómo un mito elaborado para explicar el funcionamiento de la naturaleza también se puede utilizar para expresar los altibajos de una vida humana. La existencia humana también tiene sus ritmos de pérdida y recuperación, fracaso y éxito, muerte y renacimiento. La idea de un dios moribundo que se recupera vino a satisfacer una profunda necesidad en el alma humana. Esta historia y los rituales diseñados para mostrar su significado se convirtieron en una de las religiones de misterio, o mistéricas, más importantes del Imperio romano. La palabra «misterio» proviene del griego y significaba estar callado o mantener los labios cerrados, porque los miembros del culto juraban mantener el secreto sobre los ritos y ceremonias por los que pasaban.

El culto surgió en Eleusis, cerca de Atenas, alrededor del año 1400 a.e.c. como una festividad para celebrar los dones que ofrecía la diosa Deméter: los frutos de la tierra. Pero en el rito que se creó en el Imperio romano, donde se conocía como el culto de Eleusina, el énfasis se ponía en la experiencia espiritual del individuo, que se adentraba en el misterio del dios que muere y resucita. Cuando se admitía a una persona en el culto tenía una comunión con la diosa y experimentaba el invierno de su muerte y la primavera de su resurrección. Esto se lograba en ceremonias que copiaban la experiencia de bajar a un lugar de tinieblas antes de salir de nuevo a la luz de la nueva vida. El atractivo de los rituales eran las emociones. No era algo que aprendieran. Era algo que sentían. Era una experiencia que los cambiaba. No podemos olvidar que todo esto estaba sucediendo en la mente humana; y ya sabemos lo extraña que es la mente. Contiene el Cielo y el Infierno, la altura y la profundidad, la oscuridad y la luz. Los sacerdotes del culto de Eleusina eran expertos en la mente humana. Sabían cómo guiar a sus seguidores por las curvas y recovecos del camino hacia el prado iluminado de la salvación.

Pero no fueron solo los dioses griegos como Deméter y Perséfone quienes encontraron nuevas carreras en las religiones mistéricas del Imperio romano. Un viejo dios zoroastriano de Persia llamado Mitra se convirtió en el centro de otro culto romano. Nacido en una cueva, Mitra era un dios del sol que mató a un toro sagrado y de su sangre surgieron la tierra y sus criaturas. Los soldados romanos conocieron la historia de Mitra en sus campañas militares en el este. Les gustaba que los protagonistas fueran la sangre y la espada. Admiraban el coraje que hacía falta para enfrentarse a un toro sin ayuda. Les gustaba la idea de que matar y hacer derramar sangre, que era lo que ellos hacían mejor, pudiera llevar a la génesis de una vida nueva y mejor para los demás. Así que adoptaron el mito para sus propios fines y se convirtió en su culto mistérico favorito.

El mitraísmo era un asunto más sangriento que el culto eleusino, pero sus temas no eran tan diferentes. También celebraba la muerte como la puerta de entrada a una nueva vida. Sus ritos también se oficiaban bajo tierra y tenían una poderosa carga emocional. También era una religión que se sentía más que se aprendía. Las cuevas y cavernas eran lugares espeluznantes de todos modos, por lo que adentrarse en una tendría un efecto perturbador sobre los seguidores del culto. Un soldado romano se enfrentaba a la muerte todos los días, por lo que un culto en el que se representaba el sacrificio de la muerte y la vida que surgía tras ella habría sido atractivo para él. El mitraísmo era cosa de hombres. Esta era otra parte de su atractivo en una comunidad tan machista como la del ejército romano. Las sociedades secretas con sus ritos ocultos y sus lenguas privadas hacen que sus miembros se sientan especiales, en un nivel superior al del resto. La idea de pertenecer a un club exclusivo atrae a cierto tipo de hombres. El mitraísmo tenía todo eso y más.

La aparición de estos cultos de misterio en el Imperio romano fue un punto de inflexión en la historia religiosa. Antes, la religión había sido principalmente una actividad grupal unida a una identidad común. Para los judíos su religión significaba lo que eran por nacimiento y porque dios los había elegido como un pueblo especial. Su seriedad moral atraía a menudo a simpatizantes de fuera, pero los gentiles o los extranjeros no podían

cambiar el accidente de su nacimiento. El hinduismo también era algo con lo que se nacía, incluso la casta en la que se estaba atrapado. Hasta ahora el budismo había sido la única excepción a esta regla. Había desafiado el destino del grupo y había ofrecido su versión de la salvación a los individuos. Y para entonces en Asia estaba a punto de convertirse en una religión universal, una religión para cualquier persona, en cualquier lugar, en cualquier momento.

Lo interesante es que es probable que las religiones que ofrecen ayuda a los individuos crezcan y se vuelvan universales, porque el mundo está lleno de individuos en busca de la salvación. Los cultos de misterio mostraron esta tendencia con su forma de hacer las cosas. Los individuos se ofrecían voluntariamente para unirse a ellos. Esto comenzó a cambiar la idea de la religión como una identidad de grupo y la reemplazó con la idea de la conversión personal. Los métodos que utilizaban los cultos para proporcionar a sus seguidores la experiencia emocional de la salvación aportaba un patrón que adoptarían después las religiones que aún estaban por nacer. La idea de un dios que murió y resucitó apeló a algo en la naturaleza humana, especialmente si ofrecía a la gente una manera de resurgir de sus propias tumbas.

Pasarían unos cuantos siglos antes de que estas tendencias alcanzaran su máxima expresión en la historia de la religión. Pero se estaba preparando la escena para la aparición de la que iba a ser la religión dominante en el mundo. Cuando el cristianismo llegó a su apogeo, se llamó «católica». La palabra viene del griego y significa universal. Su creencia primigenia estaba en la muerte y resurrección de su dios. En los próximos capítulos vamos a explorar cómo lo que comenzó como una pequeña secta judía en el primer siglo se transformó en la primera religión verdaderamente universal –la Iglesia católica– y cómo se ganó ese título.

CAPÍTULO 18



El converso

El converso es otro personaje común en el drama de la religión. Conversión significa dar la vuelta y mirar en otra dirección. La mayoría de las personas cambian sus opiniones a lo largo de los años, pero normalmente es un proceso gradual, una deriva lenta. La conversión religiosa rara vez es así. Los conversos pueden cambiar en un abrir y cerrar de ojos. Dan el giro en menos que canta un gallo. Dicen que es tan repentino que después es como haber nacido de nuevo.

La analogía del nacimiento viene al caso porque nos recuerda que hace falta tiempo para que un bebé llegue a término, sin importar lo rápida que sea la entrega. De la misma manera, el momento de la conversión puede ser repentino, pero en realidad a menudo es el clímax de un proceso que se ha ido fraguando durante años. Los conversos son almas divididas que luchan contra algo por lo que no pueden admitir que se sienten atraídos. Si ceden, su vida irá por un camino que no quieren. Así que luchan, a veces literalmente, contra aquello a lo que desean someterse.

De los muchos conversos al cristianismo cuyas vidas fueron sacudidas por lo que les sucedió, el más famoso fue un judío llamado Saulo, que se convirtió en un cristiano llamado Pablo. Su conversión es tan famosa que se

utiliza el lugar donde ocurrió como expresión para definir un repentino cambio de opinión. Cuando queremos describir un momento en la vida en que alguien se da la vuelta para ir en la dirección opuesta, hablamos del «camino de Damasco» porque fue camino de Damasco cuando Saulo finalmente se rindió al cristianismo, la fe contra la que había ido durante años.

No sabemos exactamente cuándo nació Saulo, pero se calcula que fue en el comienzo de la era cristiana, alrededor del año 2. La fecha exacta de su muerte también es incierta, pero la tradición nos dice que fue martirizado por sus creencias en Roma entre el año 62 y el 65. Sabemos que nació en Tarso, en la provincia romana de Cilicia, en lo que ahora es el sudeste de Turquía. Se dice que era judío y que había heredado la ciudadanía romana de su padre. Pablo probablemente era su nombre romano. Tendero de profesión, era un hombre con estudios que hablaba y escribía griego fluidamente. Sus cartas a las iglesias que él fundó son los primeros documentos cristianos que tenemos. Parece haber recibido parte de su educación en Jerusalén de la mano de un importante maestro llamado Gamaliel. Y éste nos dice que era fariseo.

A pesar de que las religiones digan de sí mismas que están muy cohesionadas, todas resultan de la unión de distintos grupos que practican su fe de maneras diferentes, a veces muy diferentes. El judaísmo en la época de Saulo no era una excepción. La división más común en la religión suele ser entre conservadores y progresistas. Al saber que la religión viene de los profetas que oyeron la voz de dios y pasaron sus directrices a la humanidad, los conservadores circunscriben la fe a la primera fase de la revelación original. Sin embargo, los progresistas quieren aceptar nuevas tendencias y las reivindicaciones de revelaciones posteriores. En el judaísmo del primer siglo, estas tendencias contradictorias estaban representadas por los saduceos, el partido conservador, y los fariseos, el partido progresista, al que pertenecía Saulo.

La mayor diferencia entre ellos era la creencia en la vida después de la muerte, un tema que no aparecía en el judaísmo temprano. El descubrimiento de Abraham fue que había un solo dios. El descubrimiento

de Moisés fue que ese dios señaló a los judíos como el pueblo elegido y los guardianes de la ley. Esa fue la esencia original del judaísmo a la que los saduceos se adhirieron estrictamente. Desconfiaban de algunas de las ideas que los judíos habían adoptado durante su cautividad en Babilonia, como la creencia en la resurrección de los muertos y la entrega de recompensas y castigos a los resucitados. Otra noción procedente de Babilonia, que se pensaba que habían rechazado, era la creencia en los ángeles. Se decía que los ángeles eran intermediarios entre dios y la raza humana; que eran «inteligencias incorpóreas» o mentes sin cuerpo, y dios los usaba para entregar mensajes a sus hijos en la tierra. Para los saduceos eran otra importación innecesaria. Dios no necesitaba mensajeros para difundir su palabra. Él ya estaba en todas partes y más cerca de todos que su propia respiración.

Los fariseos no estaban de acuerdo. Eran progresistas que se negaban a aceptar que dios había dejado de enseñar a sus hijos los misterios de su ser y sus intenciones para el mundo. ¿Por qué iban a creer que dios había agotado todo el conocimiento que deseaba transmitir a su pueblo hacía cientos de años? ¿No era él un dios vivo, capaz de llamar a nuevos profetas para enseñar nuevas verdades a su pueblo? ¿Acaso el profeta Daniel no les había dicho que dios había puesto al ángel Miguel a cargo de Israel y que, después de un tiempo de angustia como nunca habían conocido, serían liberados y los muertos surgirían de sus tumbas, algunos para ir a la vida eterna y otros a la vergüenza eterna? ¿El sufrimiento que experimentaban bajo el dominio romano no se ajustaba a la descripción de Daniel? ¿No estaban esperando el fin que prometió Daniel y la llegada del Mesías que sería quien haría que ocurriera?

Fue un tiempo de agitación religiosa y política en Israel. Jerusalén estaba llena de grupos que buscaban al que traería la era mesiánica. Pero cualquier pretendiente que fuera aclamado por el pueblo como el que debía llegar se enfrentaba a un triple peligro. Israel estaba dirigido por un grupo de impacientes oficiales romanos que estaban pendientes de la más mínima señal de rebelión. Según ellos, el Mesías era un nombre estrafalario para un

rebelde que estaba en contra del dominio romano. Y sabían muy bien cómo manejar a los rebeldes.

Los sacerdotes que dirigían el Templo también eran un peligro para los pretendientes mesiánicos. Para los romanos eran rebeldes políticos, pero para los sacerdotes eran blasfemos que desafiaban su autoridad exclusiva para definir la voluntad de dios. Y sabían muy bien cómo manejar a los blasfemos.

Los miembros de la familia real, los Herodes, a quienes los romanos habían puesto a cargo de los cuatro territorios en los que habían dividido a Israel, eran también un peligro para los pretendientes mesiánicos. A los ojos de estos reyes menores que se aferraban a los restos de su poder, los pretendientes mesiánicos eran una amenaza para su posición. Y sabían muy bien cómo manejar a cualquiera que amenazara su estilo de vida.

Durante una Pascua los romanos ejecutaron a un pretendiente mesiánico que se llamaba Jesús. Adujeron que era un rebelde con la aprobación del sumo sacerdote, que lo condenó por blasfemo, y con el apoyo de Herodes Antipas, gobernante de Galilea, para quien se había convertido en un estorbo. Pero el problema no desapareció con la crucifixión del hombre a quien llamaron Jesucristo o Jesús el Mesías. Ahí fue cuando Saulo entró en escena.

Los seguidores de Jesús no dejaron de hablar de él después de su muerte. Se hicieron más atrevidos. Afirmaban que tenían pruebas de que era el Mesías enviado por dios con la misión de preparar a Israel para la llegada del final. Después de su muerte, se les había aparecido en diferentes ocasiones y en diferentes lugares, y les había dicho que permanecieran juntos y esperaran a su regreso definitivo. Esto enfureció a los sacerdotes, que estaban convencidos de que se habían librado de esta peligrosa molestia de una vez por todas. Así que reclutaron a Saulo, el fariseo, para la rama especial de la policía del Templo y le ordenaron perseguir y capturar a estos llamados «cristianos» antes de que causaran más problemas. Saulo necesitaba desesperadamente tener trabajo y cuando se lo encargaron se puso a ello con entusiasmo.

Tenemos una descripción de su aspecto en esta época. Era pequeño, calvo y tenía las piernas arqueadas. Él mismo admitió que físicamente no imponía mucho. Pero tenía algo. Se le veía en los ojos. Tenía pasión, intensidad, tenía la mirada de un investigador. Ardía en él una energía inquieta. ¡Y tenía capacidad para debatir! Este era el hombre que ahora llevaba la insignia del cazador de cristianos. Pero no hay que olvidar que era un fariseo. Los saduceos no creían que fuera posible resurgir de entre los muertos, por lo que rechazaron las afirmaciones de los cristianos como una tontería. Su lógica era sencilla: ningún hombre puede resucitar después de muerto; Jesús era un hombre; por lo tanto, no resucitó.

Eso no es lo que argumentaban los fariseos. Creían que un día dios resucitaría a los muertos para llevarlos a un juicio final. Pero lo que no creían es que ya hubiera resucitado a Jesús. Saulo tampoco lo creía. Por eso iba tras la pista de los blasfemos que sí lo creían. Pero ¿le asaltaban las dudas de vez en cuando? ¿Por eso era tan vehemente, quizá? Al correr por todo el país persiguiendo cristianos, ¿en realidad estaba huyendo de sí mismo?

Y tanto que corrió. Oyó que ya había seguidores de Jesús en Damasco, a más de ciento sesenta kilómetros al norte de Jerusalén. ¿A dónde irían después? Obtuvo autorización del sumo sacerdote para darles caza. Mientras viajaba camino de Damasco, una gran luz lo cegó y cayó al suelo. Entonces oyó una voz.

–¿Por qué me persigues? –preguntó.

–¿Quién eres tú? –gritó Saulo.

–Yo soy Jesús, a quien tú persigues.

La voz le dijo entonces que se levantara y entrara en Damasco, donde le dirían qué hacer. Cuando Saulo se puso en pie, estaba ciego. No debemos descartar su ceguera como una mentira supersticiosa. Recordemos lo que la mente humana es capaz de hacer. Hay un dicho: no hay peor ciego que el que no quiere ver. La ceguera de Saulo era el síntoma de su larga negativa a reconocer lo que ahora sabía que era verdad. Sus ayudantes lo llevaron a Damasco y le encontraron una habitación. Ciego y confuso, estuvo allí tres días, incapaz de comer ni beber, esperando descubrir qué pasaría después.

Un discípulo local de Jesús llamado Ananías fue a ver a Saulo en su alojamiento, que estaba en la calle llamada Derecha, y cuidó de él. Recuperó la vista e inmediatamente hizo algo muy peligroso. Fue a la sinagoga local y anunció a los adoradores presentes que Jesús era el hijo de dios, el Mesías que todos buscaban. Les explicó que lo sabía porque Jesús se le había aparecido.

Imagina el efecto que tuvo esto sobre los discípulos de Jesús. Su perseguidor ahora afirmaba ser uno de ellos. ¿Era una artimaña? ¿Pretendía Saulo infiltrarse en su movimiento para identificar mejor a sus miembros y convencerlos? Estaban inquietos con este nuevo converso.

El propio Saulo no estaba seguro de lo que debía hacer a continuación. Lo que finalmente decidió era típico de él. En lugar de dirigirse a los líderes de la Iglesia para conocer sus creencias y pedir ser admitido, se fue solo a Arabia para pensar y orar por lo que le había sucedido. No necesitaba recibir instrucción de nadie en la fe cristiana, pensó. Jesús le había dado todo lo que necesitaba con su aparición en el camino de Damasco. La resurrección de Jesús era el mensaje. Si alguien tiene eso, tiene todo lo que importa.

Pasaron tres años más antes de que Saulo, que ahora se llamaba Pablo, llegara a Jerusalén para reunirse con los líderes del movimiento de Jesús. O, como él hubiera dicho, los otros líderes del movimiento. Porque ahora él también afirmaba ser un apóstol, es decir, un enviado de Jesús para proclamar su mensaje. Y era mejor que se fueran acostumbrando.

¿No es extraño –pensaban los otros apóstoles– que este advenedizo, que nunca conoció a Jesús y no sabe nada de su vida terrenal, esté aquí proclamando su resurrección? Nosotros sí le conocíamos, aunque nos desconcertaba. Nunca habíamos oído a nadie hablar como lo hacía él. ¿Es el Mesías?, nos preguntábamos. Le seguimos para averiguarlo. Pero las cosas no salieron como esperábamos.

Entonces, ¿quién era este hombre que se llamaba Jesús? ¿Y qué le pasó realmente?

CAPÍTULO 19



El Mesías

Lo primero que hay que saber acerca de Jesucristo es que Cristo no es un apellido. Es un título. *Christos* es la traducción griega de la palabra hebrea para el Mesías. Él era Jesús el Mesías. Pero en esto no estaban todos de acuerdo, así que incluso su nombre era una fuente de controversia, que le siguió hasta su muerte. Cuando los romanos lo crucificaron, siguieron con el juego. En la cruz, encima de su cabeza inscribieron una leyenda a modo de burla: ¡EL REY DE LOS JUDÍOS! Jesús no era más que una broma para ellos, otro judío loco tratando de cambiar el mundo.

Desde el principio, la gente discutía sobre él: de dónde era, quiénes eran sus padres, quién se creía que era y qué le sucedió después de morir. Todavía siguen discutiendo. Se han escrito miles de millones de palabras sobre él. Las primeras están en la Biblia cristiana o Nuevo Testamento, que se llama así para distinguirla de la Biblia judía o Antiguo Testamento. Esa distinción nos da una pista de cómo le veían sus primeros discípulos. Para ellos no vino para fundar una nueva religión. Vino para poner en marcha la antigua religión de los judíos. Dios había llamado a Abraham y a Moisés para establecer el primer pacto o testamento. Ahora había llamado a Jesús para establecer un nuevo pacto y llevarlo a término en la era mesiánica.

Para saber sobre su vida tenemos que acudir al Nuevo Testamento. Por desgracia, la forma en que está organizado es engañosa. Empieza con cuatro libros, que se llaman Los Evangelios, una palabra que significa «buena nueva». Este es el orden: la buena nueva según Mateo, Marcos, Lucas y luego Juan. Después viene un libro que se llama Los hechos de los Apóstoles, seguido de muchas cartas, la mayoría de ellas de Pablo el converso que conocimos en el capítulo anterior. Entonces, ¿por qué no comencé el capítulo anterior con Mateo, la primera escritura en la Biblia cristiana?

Porque no es la primera. La primera o más temprana de la que podemos estar seguros es una carta que Pablo escribió a sus conversos cristianos en la ciudad griega de Corinto hacia el año 55, veinticinco después de la muerte de Jesús. No muestra interés en la vida de Jesús, solo en lo que le sucedió después de su muerte. Su mensaje era que la muerte no había terminado con él. Le entregó a una nueva vida en dios desde la que pudo estar en contacto con aquellos que había dejado atrás en la Tierra. Pablo enumera a cientos de personas a quienes Jesús se apareció después morir, incluyendo su propia experiencia en el camino a Damasco.

Así que lo primero que nos dice el Nuevo Testamento acerca de Jesús es que su muerte no le borró de la historia. Sus apariciones demostraron que su muerte no era su fin. Fue el comienzo de la nueva era que había prometido dios, el pistoletazo de salida en la campaña de dios para establecer un nuevo orden mundial. La muerte tampoco sería el fin para los discípulos de Jesús. Si morían, también alcanzarían la vida después de la muerte. Pero quizá ni siquiera tendrían que morir. La resurrección de Jesús demostró que por fin dios estaba en marcha. El reino perfecto que Jesús había descrito estaba a punto de establecerse en la Tierra. Y todo cambiaría. ¡Incluso la muerte!

Esa carta de Pablo a los Corintios en el año 55 es la primera instantánea que nos llega de Jesús, y cubre solamente lo que sucedió después de su muerte. Para aprender sobre su vida tenemos que acercarnos a los Evangelios, que vinieron más tarde. Marcos llegó primero, a finales del año 60 o principios del 70. Mateo y Lucas siguieron entre el 80 y el 90. Juan apareció en la retaguardia, alrededor del año 100. Estas fechas son

importantes. Cuanto más nos alejamos en el tiempo de la vida de un profeta, más intricada y embellecida aparece su historia. Esto es lo que le pasó a Jesús. No quiero entrar en discusiones sobre cómo y dónde nació; ni cómo exactamente resurgió de entre los muertos. Tampoco entraré en cuántos ángeles había el día de su nacimiento en Belén o el de su resurrección en Jerusalén. Quiero atenerme a los hechos más aceptados sobre él. Son lo suficientemente fascinantes.

Marcos nos adentra directamente en una escena de teatro apocalíptico. Un hombre salvaje que vive de langostas y miel silvestre y lleva una vestidura de pelo de camello sale del desierto y comienza a predicar. Lo llaman Juan el Bautista porque sumerge a la gente en el río Jordán como señal de que están arrepentidos de sus pecados y quieren un nuevo comienzo. Ahogan sus viejas vidas y se alzan hacia una nueva. Juan no pretende ser el Mesías. Pero dice que ha venido a preparar el camino para el que sí lo es. Marcos nos dice entonces que un hombre de Nazaret en Galilea se metió en el Jordán para recibir el bautismo de Juan. Esta es nuestra primera imagen de Jesús en la historia. Tiene treinta años. Y lo que sucedió después marca el verdadero comienzo de su historia.

Cuando Juan lo sacó de nuevo a la superficie tras mantenerlo unos segundos bajo el agua, Jesús se vio deslumbrado por la luz y oyó a dios, llamándole su amado hijo. Aunque no podemos estar seguros de que ese fuera el momento en que Jesús supo que él era el Mesías, fue, sin duda, cuando comenzó su misión. Recordemos una vez más lo que hacen los profetas. Oyen la voz de dios y cuentan a los demás lo que han oído. Esto los coloca en una situación de enfrentamiento con quienes piensan que ya saben todo lo que hay que saber acerca de dios. Son los expertos religiosos. No van a recibir lecciones de un chico de Galilea. Hay tres puntos de fricción entre Jesús y los representantes oficiales del judaísmo que nos dicen todo lo que necesitamos saber sobre las fuerzas que lo llevaron a su muerte.

El primero está en Marcos. Él nos cuenta que después de su bautismo Jesús comenzó a atender a los pobres y a los que sufrían. La visión oficial del sufrimiento como castigo por el pecado le indignó y también el hecho

de sufrir en sí mismo. El sufrimiento no es una consecuencia de la manera en que dios había organizado el mundo. Está causado por la forma en que lo habían dirigido las autoridades religiosas y políticas. Dios odiaba lo que habían hecho con su mundo, y por eso envió a Jesús a mostrar cómo sería su reino cuando llegara a la Tierra. Sería uno bueno para los pobres. Liberaría a los hijos de dios de los yugos con los que los legalistas habían estrangulado sus vidas.

Su primer enfrentamiento público con las autoridades fue acerca del mandamiento de reservar el *Sabbath* o sábado como día de descanso. Jesús guiaba a algunos de sus discípulos por un campo de trigo. Arrancaron distraídamente una hebra de la cosecha para masticar mientras caminaban y los fariseos les acusaron de trabajar en sábado porque habían recogido el grano. La respuesta de Jesús fue revolucionaria. El sábado, dijo, se hizo pensando en la humanidad, no en el sábado. Necesitamos leyes y reglamentos en la sociedad, pero son nuestros servidores, no nuestros amos. Si los imponemos de forma estricta, terminan siendo más importantes que las personas a las que pretendían ayudar. El hecho de que los taoístas hubieran visto esto seiscientos años antes demuestra lo tenaz que es el legalismo. Ahora Jesús lo estaba desafiando de nuevo. La ley debe estar sujeta a la humanidad, no la humanidad a la ley. No es de extrañar que los legalistas le odiaran. Esa fue la primera demanda contra él. Quedó anotado en la hoja de faltas.

El segundo enfrentamiento, el Sermón de la Montaña, está contado en Mateo y fue más peligroso. Jesús desafió la forma en que los poderosos dirigían el mundo. La teoría era que los seres humanos eran una chusma caótica que necesitaba estar bajo control. Si se les tiende la mano, agarran el codo. Así que hay que golpearlos sin piedad y hacerlo a menudo. La fuerza bruta es el único idioma que entienden. Sin embargo, Mateo habla de Jesús en pie sobre una montaña, igual que Moisés con los Diez Mandamientos, describiendo cómo será cuando el reino de dios llegue a la Tierra.

Si alguien te da una bofetada en una mejilla, pondrás la otra para que pueda darte una más. Si alguien se lleva tu chaqueta, le ofrecerás tu abrigo también. Amarás a tus enemigos, no los odiarás. Harás el bien a los que te

hacen mal. Perdonarás y perdonarás y perdonarás y perdonarás… sin fin. Así es en el Cielo, y así es como debería ser en la Tierra. La clave para el reino que Jesús describe aquí está en la palabra que se le dijo en su bautismo: «Tú eres mi amado hijo». ¡Dios no era gobernante, ni jefe, ni director de la cárcel humana, ni esclavo, sino padre! La raza humana era una familia. ¡Era un discurso revolucionario! No es sorprendente que los gobernantes lo tuvieran vigilado. Esta fue la segunda demanda contra él. Anotado quedó en la hoja de faltas.

El tercer enfrentamiento se describe en Lucas. En sus charlas Jesús nunca decía a la gente lo que debía pensar. Del mismo modo que los profetas de Israel, contó historias que hacían pensar a la gente por sí misma. Un oyente amistoso le pidió que repitiera los mandamientos más importantes de la ley judía. Jesús respondió que debían amar a dios con todo su corazón, su alma y su fuerza. Ese era el primer mandamiento. El segundo era amar a tu prójimo como a ti mismo. Correcto, contestó el oyente, pero ¿quién es mi prójimo? La parábola del Buen Samaritano fue su respuesta.

Un hombre cayó entre unos ladrones que lo dejaron desnudo e inconsciente en un camino peligroso y desierto. Aparecieron un sacerdote y su asistente. Eran buenos hombres que querían ayudar, pero su religión se lo impedía. El hombre que estaba tirado a un lado del camino podría estar muerto. Según su religión, tocar un cadáver los contaminaría. Además, el herido podría pertenecer a una raza con la que los judíos tenían prohibido asociarse. Así que tocarle podría ensuciarles. Siguieron andando por el otro lado y lo dejaron allí tendido. Acto seguido pasó un samaritano, una de las razas con las que los judíos no podían relacionarse. Su religión tenía las mismas prohibiciones que las de ellos, pero su compasión ante la situación del hombre desautorizó a su religión. Acudió en ayuda del hombre y le salvó la vida. Según Jesús, un vecino no es alguien del mismo equipo religioso. Un vecino es alguien que necesita tu ayuda. Si dios es nuestro padre y nosotros somos sus hijos, entonces todo el mundo es mi prójimo, mi hermana y mi hermano.

Es fácil que se nos escape la cuestión central de esta parábola. En Marcos, cuando se habla del sábado, el tema es la ley. El asunto del Sermón de la Montaña, que se cuenta en Mateo, es el poder político. Y en la historia del Buen Samaritano es la religión. Jesús estaba diciendo que la institución que pretende representar a dios puede convertirse fácilmente en el mayor enemigo de dios, porque considera sus propias reglas más importantes que el amor de dios. No era raro que los sacerdotes le odiaran, y comenzaron a construir un caso contra él. Esta fue la tercera demanda contra él. Se anotó en la hoja de faltas y así el caso en su contra estaba completo. Solo era cuestión de tiempo que vinieran a por él.

Jesús había enseñado una oración a sus discípulos. Era corta, pero sus pocas líneas contenían todo lo que les había enseñado. «Padre nuestro que estás en los Cielos –comenzaba–, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad así en la Tierra como en el Cielo». Lleva con nosotros tanto tiempo que ha perdido fuerza, incluso para los cristianos que todavía la rezan. Pero imagina el impacto que tendría si tú fueras un sacerdote que pensaba que estaba sirviendo a dios en la Tierra; o si fueras un gobernante político que quería mantener una colonia rebelde bajo control. Eran palabras combativas. Suficientes para hacer matar a un hombre.

CAPÍTULO 20



Jesús va a Roma

Vinieron a por Jesús en mitad de la noche. Es cuando suele venir la policía secreta. Aprovechan para golpear cuando la ciudad está tranquila y la energía humana está en su punto más bajo. Le arrestaron en un jardín privado. Habían llegado hasta allí gracias a uno de los seguidores de Jesús.

Jesús había sido un maestro a la hora de hacer gestos simbólicos. Cuando comenzó su movimiento de liberación espiritual, se hizo eco de la entrada del pueblo judío en Canaán. La Biblia nos dice que los judíos que lucharon para salir de Egipto y dirigirse a la Tierra Prometida estaban divididos en doce clanes, conocidos como las Doce Tribus de Israel. De modo que Jesús escogió a doce hombres de entre sus discípulos para que le ayudaran a dirigir su original campaña. Los llamó «apóstoles», una palabra griega que significa mensajeros. Su mensaje era una buena noticia: el reino de paz de dios estaba cerca.

Pero no se puede decir que los apóstoles fueran un grupo digno de admiración. Los dos más famosos resultaron ser un fracaso, Pedro y Judas. Pedro era afectuoso pero débil. Abandonó a Jesús después de que le arrestaran, pero fue Judas quien llevó a la policía hasta el lugar donde se había escondido Jesús. No sabemos con certeza por qué lo hizo. Los

sacerdotes le pagaron treinta piezas de plata por su traición, pero parece poco probable que lo hiciera por el dinero. Tal vez estaba decepcionado porque Jesús no era el tipo de Mesías que esperaba. Jesús había logrado tener muchísimos seguidores entre los pobres y oprimidos en Israel, pero no se había levantado contra los romanos. ¿Un empujón lo provocaría para llamarlos a las armas y traer el reino prometido? ¿Fue ese el motivo de Judas? No lo sabemos. Quizá él tampoco lo sabía. Mateo nos dice que lo que le sucedió a Jesús tras su arresto en el Jardín de Getsemaní rompió el corazón a Judas y se ahorcó. Era demasiado tarde para deshacer lo que había hecho. Para entonces, Jesús estaba en manos de los soldados romanos.

Los soldados romanos también eran maestros de los gestos simbólicos. Después de que las autoridades hubieran condenado a Jesús a morir crucificado, le colocaron una corona de espinas en la cabeza y lo envolvieron en un viejo manto de púrpura imperial. «Salve, rey de los judíos», se burlaron de él, mientras lo llevaban al lugar de la ejecución. La crucifixión, una muerte lenta por empalamiento en una cruz, era el castigo más feroz de Roma. Sus víctimas podían estar colgadas durante días antes de morir. Cuando Espartaco encabezó una rebelión de esclavos contra Roma en el año 73 a.e.c., se neutralizó con una ferocidad terrible. Tras acabar con el levantamiento, el general romano Craso crucificó a seis mil rebeldes y los dejó colgados durante meses a lo largo de una de las grandes calzadas que iban a Roma. Fue más rápido para Jesús. Duró solo seis horas en la cruz, probablemente porque lo habían azotado tan severamente después de su arresto que estaba medio muerto cuando lo clavaron en la madera.

¿En qué pensaría mientras estaba allí? ¿Se había equivocado al interpretar lo que dios le había dicho? ¿O aceptó su muerte como parte del plan de dios? Se ha hablado de ambas sugerencias. Según una teoría, Jesús estaba convencido de que cuando alcanzara el momento de máximo peligro en su desafío a las autoridades, dios actuaría. No es muy distinta de la teoría que sugería que Judas había querido simplemente forzar la mano de Jesús. ¿Estaba Jesús intentando forzar la mano de dios? ¿Acaso creía que, al

proclamar un reino que no se parecía a nada que hubiera en la Tierra y estar preparado para morir por ella, dios irrumpiría en la historia y daría la vuelta a la tortilla para los gobernantes de este mundo? Si eso era lo que esperaba, no sucedió.

No hubo rescate por parte de los romanos. No hubo una aparición repentina de dios en la historia para acabar con su sufrimiento. Solo estaban la cruz y la certeza de que moriría en ella. ¿Qué había logrado? ¡Nada! Marcos nos dice que antes de su último aliento, Jesús gritó desesperado: «Dios mío, dios mío, ¿por qué me has abandonado?».

Los otros escritores del Evangelio dieron un giro diferente a la crucifixión de Jesús. Según ellos, Jesús siempre estaba en control. Su muerte estaba en el plan de dios desde el principio. Sabía que era parte del trato. Para cuando se escribió el evangelio de Juan, esta versión se había convertido en la historia oficial. En Juan, la última palabra de Jesús no es un grito de desesperación como en Marcos, sino un grito de triunfo: «¡Todo está cumplido!».

No parece que ninguno de sus seguidores hubiera esperado lo que sucedió después. Cuando la policía vino, por él, todos le abandonaron excepto un pequeño grupo de mujeres leales. Los que le dejaron temían ser los siguientes detenidos. Esperaban oír golpes en su puerta en las horas desesperanzadas antes del amanecer. Pero los golpes nunca llegaron. Lo que vino les asombró. Vino Jesús, aunque no hubieran podido decir exactamente cómo lo sabían. En su carta a los Corintios, Pablo describe la sorpresa de todo esto y da una lista de todas las personas a las que se apareció Jesús. Por último, dice, se me apareció a mí. Y así volvemos al incidente en el camino a Damasco. Esa fue la siguiente sorpresa para los apóstoles.

Las apariciones de Jesús habían envalentonado a Pedro y a los otros apóstoles. Se habían dispersado tras la detención, pero ahora estaban juntos de nuevo y Pedro estaba mostrando más arrestos. Aunque no estaban seguros de lo que pasaría en el futuro, comenzaron a contarles a sus hermanos judíos lo que había sucedido. Con creciente audacia reiteraron su creencia: Jesús era el Mesías prometido, a pesar de que había sufrido una

muerte que la Biblia describía como una maldición. Sus apariciones eran la prueba.

Pero, ¿cuál era el calendario para el nuevo reino que pensaban que estaba por llegar? Estaban convencidos de que no podía retrasarse mucho más. Todos vivirían para verlo. Ahora no habría ningún error. Cuando Jesús regresara no sería en secreto como en las apariciones tras su muerte. La próxima vez estaría en plena y majestuosa dignidad de su reino. Pablo encontró la mejor manera de expresarlo. Dijo que la resurrección de Jesús después de su muerte había sido el primer fruto de una cosecha que pronto se habría de recoger.

Los discípulos originales de Jesús todavía no sabían qué pensar de Pablo. Pasó de ser su gran perseguidor, Saulo, a su más irritante fastidio, que ahora se llamaba Pablo. Después de superar la conmoción de su conversión y darle permiso para llamarse apóstol porque había recibido la «llamada» de Jesús en el camino a Damasco, seguía siendo un hombre de trato difícil. Igual que Jesús, los discípulos eran todos judíos y querían que las cosas siguieran así. Cualquiera que fuera su retorno y en el momento que ocurriera, estaban seguros de que sería en Jerusalén, la ciudad santa de dios. Por eso querían quedarse allí y esperar. Continuarían difundiendo la noticia de que él era el Mesías y que regresaría pronto, pero solo entre los judíos, solo entre su propio pueblo.

¡No!, aulló Pablo. ¿No os dais cuenta de que dios ha roto ese viejo trato y existe uno nuevo? El antiguo había cumplido su propósito y había sido un propósito glorioso. Pero se había terminado. Era como tener que ir a la escuela de niño. Muy importante cuando uno es joven, pero termina cuando se hace mayor. Y había algo más. El nuevo acuerdo no era solo para los judíos. Era para todos. ¡Era para el mundo entero!

No debéis quedaros todos juntos en Jerusalén esperando pasivamente el regreso de Jesús, dijo Pablo. Deberíais estar ahí afuera diciéndole al mundo que no necesita ser judío para seguir el camino de Jesús. Nosotros, por supuesto, seguiremos siendo judíos fieles en nuestras prácticas. Ese es nuestro legado. Pero ¿no pretenderéis decir a los gentiles que si quieren seguir a Jesús tienen que hacerse la circuncisión porque es la forma en que

los chicos judíos han sido marcados como pertenecientes a dios durante siglos? Eso era entonces. Esto es ahora. Lo que se necesita ahora no es la circuncisión del prepucio sino del corazón. ¡Circuncisión espiritual! Los gentiles deben cortar por lo sano su viejo modo de vivir y empezar a vivir en el espíritu de Jesús. Y no tenemos mucho tiempo para hacer llegar el mensaje. Él volverá antes de lo que pensáis. Ya se están muriendo algunos que no han escuchado el mensaje. Tenemos que darnos prisa, no hay tiempo que perder.

Pablo insistía una y otra vez hasta que los agotó y se quedaron sin argumentos. Pero no cedieron del todo. Juntos llegaron a un compromiso. Los seguidores originales de Jesús permanecerían en Jerusalén. Ahí es donde esperaban su regreso. Se mantendrían fieles a todas sus costumbres y tradiciones judías; el paquete completo. Pero Pablo podía ir a hablar de Jesús a los gentiles. Si lograba convertir a alguien, este no tendría que seguir las tradiciones del judaísmo. Así lo hizo Pablo. Él también se agotó viajando por las provincias romanas del extremo oriental del Mediterráneo, donde convirtió a muchos gentiles a la religión de Jesús y estableció iglesias allá donde iba.

Por eso se ha dicho que no fue Jesús sino Pablo el verdadero fundador del cristianismo. Sin él, el movimiento de Jesús se habría desvanecido como otra secta mesiánica fracasada dentro del judaísmo. Fue Pablo quien lo introdujo en la historia. Cierto, pero llevó a Jesús consigo. Lo que predicaba era Jesús: el Jesús que había conocido en el camino de Damasco; el Jesús que había revelado las buenas nuevas del amor de dios por el mundo; el Jesús que volvería pronto, de modo que no había tiempo que perder.

Lo malo es que Jesús no regresó. Todavía no ha vuelto, aunque la expectativa de que regresará algún día nunca ha desaparecido. Es parte del credo oficial del cristianismo hasta el día de hoy y dice así: «Y de nuevo vendrá con gloria a juzgar a los vivos y a los muertos».

Pablo se había ganado el respeto de los otros apóstoles a regañadientes y le habían animado a desarrollar su misión entre los gentiles y a erigir sus iglesias. Pero otra cosa eran las autoridades oficiales del judaísmo. Habían perdido a su más eficaz perseguidor de cristianos. Le habían encargado que

dejara a su enemigo fuera de combate, pero él había cambiado de bando y se había unido a ellos. Ahora era el enemigo. Así que fueron tras él con la misma intensidad con la que él había iniciado el camino de Damasco. Le arrestaban y castigaban constantemente. Cinco veces recibió el castigo oficial de treinta y nueve latigazos. En tres ocasiones le golpearon con varas. En una ocasión le apedrearon. Hasta que se hartó y apeló a las autoridades romanas. Era un ciudadano romano, al fin y al cabo, y como tal exigió un juicio adecuado por su presunta ofensa al predicar las buenas nuevas de Jesús.

Las autoridades romanas finalmente reconocieron que como ciudadano su petición era legítima, así que lo llevaron a Roma para juzgarle. Le arrestaron en cuanto llegó allí. Pero eso no le impidió convertir a la gente a su fe en Jesús. Pablo era el tipo de hombre que no podía dejar de conseguir conversos para su causa, incluso en la cárcel. Ahora el cristianismo había llegado hasta Roma. Había ocurrido tranquilamente, fuera de los focos, cuando este pequeño hombre de piernas arqueadas y mirada intensa se instaló en la capital del Imperio romano.

Los eventos que vienen de puntillas a menudo cambian el mundo. Este era uno de ellos. Y cambiaría el curso de la historia.

CAPÍTULO 21



La Iglesia se hace cargo

Lo más probable es que hubiera cristianos en Roma antes de que Pablo se instalara allí. Los caminos y las vías marítimas del Imperio alentaron el tráfico de ideas y el movimiento de tropas, por lo que es posible que ya se hubieran establecido en la capital del mundo romano. Pero no parece que se les hubiera prestado mucha atención. Pablo dijo de los primeros cristianos que eran insignificantes y se les despreciaba, como los seguidores pobres y golpeados que había tenido Jesús en Israel. Y seguro que había esclavos entre ellos. Los esclavos eran propiedad de sus amos como lo eran los caballos o los establos en los que vivían. La esclavitud era universal y era una parte de la vida. Incluso la Biblia lo daba por sentado. Las cosas eran como eran, del mismo modo que existía la humedad del agua y la sequedad de la tierra. Uno de los que Pablo había convertido a su causa mientras estaba detenido en Roma era un esclavo fugitivo llamado Onésimo, que había robado en casa de su amo y después había huido a la ciudad. Pablo le quería, pero no intentó rescatarlo de la esclavitud. Se lo devolvió a su dueño, Filemón, como si fuera una cartera perdida, y le rogó que le tratara con amabilidad ahora que era cristiano.

¿Por qué no intentó Pablo desafiar a la esclavitud, que iba contra el mensaje cristiano del amor universal? ¿Por qué no convenció a Filemón de que liberara a su esclavo en lugar de pedirle que fuera amable con él ahora que lo había devuelto? Probablemente porque no esperaba que el mundo durara mucho más. Jesús volvería pronto para traer el reino de dios de justicia y amor, así que ¿por qué jugar con un sistema que estaba a punto de extinguirse? Si tú estuvieras a punto de demoler una casa, no perderías el tiempo arreglando las cañerías. Esto significa que los primeros cristianos no parecían estar del todo cómodos en el mundo, y su esperanza de que terminaría pronto hacía que los romanos los vieran con recelo. Pensaban que los cristianos odiaban a la humanidad. Pero las autoridades romanas no hicieron de los cristianos el blanco de su ira hasta que se dieron cuenta de algo más.

El incienso procede de la resina de los árboles mezclada con hierbas aromáticas, y cuando se quema libera un humo de olor dulce. En las antiguas religiones quemar incienso a un dios era una devoción popular. Probablemente una vez pensaron que cuando el humo ascendía del brasero su dulzura deleitaba al dios en los cielos y ganaban su aprobación. Los romanos exigían que sus súbditos dejaran caer una pizca de incienso en un brasero debajo de una imagen del emperador, igual que si estuvieran adorando a un dios. Se convirtió en una prueba de lealtad como saludar a la bandera o ponerse de pie para entonar el himno nacional. Es dudoso que creyeran realmente que el emperador era un dios, pero esta práctica daba a entender que lo era. Para los cristianos esto era ir demasiado lejos. Protestaron argumentando que eran súbditos leales del emperador, pero que no podían quemar incienso como si fuera un dios.

Esto era la gota que colmaba el vaso para las autoridades. El rumor de que los cristianos estaban conspirando para destruir el mundo, y su obstinada negación a quemar incienso en honor al emperador, llevó a una serie de persecuciones a lo largo de los siguientes siglos. La primera tuvo lugar en el año 64 cuando Nerón era el emperador. Se había desatado un terrible incendio en Roma y corrió el rumor de que el emperador lo había provocado para despejar la zona y hacer una extensión de su palacio. Se

decía que estaba en su balcón tocando el violín mientras la ciudad ardía a sus pies.

Alarmado por el peligro que corría después de este suceso, Nerón echó la culpa a los cristianos. Todo el mundo sabía que odiaban al emperador y que querían que el mundo llegara a su fin. Ellos eran los culpables. Se puso en marcha una violenta persecución. Se informó de que Nerón rociaba a los cristianos con aceite y les prendía fuego como si fueran velas en los jardines del palacio. No podemos estar seguros, pero es probable que decapitaran a Pablo en esta primera persecución oficial de la Iglesia. Y la tradición afirma que el apóstol Pedro estaba en Roma en ese momento y que también fue ejecutado. Según la leyenda Pedro pidió que le crucificaran boca abajo porque había abandonado a su maestro Jesús después de que le arrestaran.

Las persecuciones no tuvieron ningún éxito en frenar la expansión del cristianismo. Más bien al contrario, como ocurre a menudo cuando las autoridades quieren eliminar algo que no aprueban. Los cristianos perseguidos declaraban que la sangre de los mártires era la semilla de la Iglesia. Y durante los siguientes dos siglos y medio la Iglesia se fue extendiendo por todo el Imperio. Antes de seguir adelante, vale la pena explicar que la palabra «iglesia» tiene dos significados. Procede del griego y significa asamblea o grupo de personas. Así que Iglesia cristiana es la gente que sigue a Cristo e, inevitablemente, los edificios donde se reunían terminaron llamándose iglesias. La mejor manera de distinguirlos es poner i mayúscula cuando hablamos del pueblo o asamblea: Iglesia. Y minúscula al referirnos al edificio en el que se celebran encuentros: iglesia.

Cuando los primeros cristianos no estaban huyendo de sus perseguidores pasaban mucho tiempo examinando sus propias creencias. Ya hemos visto que la primera disputa de la Iglesia había sido si los gentiles que se convertían al cristianismo tenían que seguir el rito judío. Pablo había ganado esa batalla y había sentado las bases para la expansión de la Iglesia más allá del judaísmo. Era un anticipo de los enfrentamientos más complicados que estaban por llegar. El siguiente gran debate fue sobre quién era Jesús. Sabían que había sido un hombre; sabían que era de Nazaret; sabían que había muerto en Jerusalén; y sabían que dios había

dicho que era su hijo amado. Pero ¿cómo podía ser un hombre y el hijo de dios al mismo tiempo? Pablo zanjó el asunto afirmando que dios le había adoptado como su hijo. Entonces, ¿es que hubo un tiempo en que no era hijo de dios? A los cristianos no les gustaba expresarlo así. Preferían que fuera al contrario. Siempre había sido el hijo de dios, pero en algún momento, entorno al año 4 a.e.c., había llegado al mundo encubierto para rescatar a sus hijos. Había vivido una vida humana durante treinta y tres años antes de regresar a la divinidad. Así que era enteramente dios y enteramente hombre. Pero ¿cómo funcionaba todo eso? Se discutió este asunto durante siglos y se formaron bandos y fracciones rivales.

Obviamente, hacían más cosas además de deliberar sobre la divinidad de Jesús. Cuidaban de los pobres. Y se organizaron de una forma muy eficiente: copiaron el sistema administrativo del Imperio romano. Se dividieron en unidades geográficas llamadas diócesis para las que se nombraban supervisores u obispos. Bajo los obispos estaban los sacerdotes, que cuidaban de las congregaciones locales. Después había un tercer nivel de trabajadores del bienestar llamados diáconos, que cuidaban a los pobres y necesitados. Era un montaje eficaz, que funcionaba sin problemas. Los obispos de grandes ciudades como Roma no tardaron en convertirse en figuras importantes, incluso a los ojos de las autoridades del Imperio. Seguía habiendo persecuciones de vez en cuando, pero no hacían más que fortalecer a la Iglesia. Y la última persecución resultó ser el último intento de control en la noche antes de que llegara un nuevo y sorprendente amanecer.

Mientras la Iglesia cristiana iba forjándose como una organización magníficamente unificada, el Imperio romano iba en sentido contrario. Se había ido desgarrando. Sus ejércitos habían pasado más tiempo luchando entre ellos que protegiendo el Imperio contra los invasores que estaban golpeando sus puertas. De tanto en tanto surgían líderes poderosos que quisieron detener el declive del Imperio. Uno de los más destacados fue Diocleciano. Se convirtió en emperador en el año 284. En su afán por mantener unificado el Imperio desencadenó la persecución final y más feroz de la Iglesia, porque no la veía como un aliado sino como un rival de su

causa. El terror comenzó en el 303 y fue pavoroso mientras duró, pero no obtuvo mejores resultados que los intentos anteriores. Y diez años más tarde la situación se invirtió: Iglesia e Imperio eran uno.

Cuando Diocleciano cayó enfermo en el 305, renunció a ser emperador. Pronto los aspirantes a gobernar el Imperio empezaron a guerrear entre ellos. El más calculador y capaz de los rivales se llamaba Constantino. En el año 312, en la víspera de la batalla a las afueras de Roma que decidiría quién sería emperador, Constantino estaba durmiendo en su tienda de campaña cuando tuvo un sueño muy intenso. Vio brillar el símbolo cristiano de la cruz ante él y oyó una voz que le ordenaba: «¡Con esta señal vencerás!».

A la mañana siguiente mandó hacer sus estandartes con la señal de la cruz, marchó a la batalla enarbolándolos y derrotó a su rival. Al año siguiente revocó el decreto que perseguía a los cristianos y permitió la total libertad de religión en todo el Imperio. En el 315 abolió la crucifixión, que tanto detestaban los cristianos. Y en el 324 todavía se toleraban otras religiones, pero se estableció el cristianismo como la religión oficial del Imperio. Pasar de ser los perseguidos y marginados a ser la religión favorita del emperador en veinte años era una vuelta de tuerca asombrosa.

Sin embargo, sería ingenuo interpretar esta actuación de Constantino como una conversión espiritual a la fe en Jesús. Era un político calculador que había visto que el cristianismo podía ser el pegamento para mantener unido su Imperio: una Iglesia universal impuesta sobre un imperio universal. Pero le molestaba que la propia Iglesia estuviera dividida en facciones rivales que discutían sobre la mejor forma de definir la naturaleza de Jesucristo como dios y hombre. Los desencuentros habían llegado hasta una minucia tal que en realidad dependía de una sola letra: la *iota*, la letra griega para la i. Decidido a resolver el conflicto, en el año 325 Constantino convocó a los obispos y sus teólogos a un gran concilio en una ciudad llamada Nicea en lo que hoy es Turquía. Los encerró en una habitación y dijo que no les dejaría salir hasta que hubieran resuelto el asunto. ¿Dejaban la *iota* o no? Se decidió en contra de la iota, la sacaron de la palabra que estaba en el centro de la disputa y la doble naturaleza de Jesucristo como

completamente dios y completamente hombre se definió por fin. (*Homoousios* en griego quiere decir «sustancia» y *homoiousios* quiere decir «de similar sustancia»).

Constantino, entusiasmado con el resultado, invitó a los obispos a celebrar con él un banquete imperial. Ordenó a su guardia personal que se alineara con las espadas en alto fuera de la entrada de su palacio y los obispos entraron en solemne procesión en los apartamentos imperiales, donde cenaron al estilo de la época: en sofás dispuestos adecuadamente alrededor del salón de banquetes. Un obispo estaba tan encantado de ver semejante celebración que lo describió como una imagen del reino de Cristo que por fin había llegado a la Tierra. Pero no era un cuadro que Jesús hubiera reconocido. El mismo poder que le había crucificado ahora le contrataba para sus propios fines.

Los historiadores han visto este hecho como el triunfo final de la Iglesia sobre sus perseguidores y el comienzo de su largo dominio en la historia europea. Ahora se llamaba a sí misma Iglesia católica (o universal) porque se había extendido por todo el mundo romano. A medida que el poder del Imperio disminuía, aumentaba el de la Iglesia, hasta que llegó un momento en que era la institución más poderosa de la Tierra y los reyes se mostraban sumisos ante su autoridad. Su asociación con el poder político se conoció como cristiandad o reino de Cristo. Y en su apogeo la cristiandad era tan poderosa que era casi imposible ver, a través de las nubes de gloria que la cubrían, la silueta sangrante del campesino de Galilea que lo había iniciado todo. Casi, pero no imposible del todo. Porque, aunque ahora llevaba una corona de verdad sobre la cabeza y estaba envuelto en una auténtica capa de púrpura imperial, cuando los cristianos iban a la iglesia a rezar, seguían oyendo historias del otro Cristo, el del Nuevo Testamento. Nunca volvió como había prometido. Pero en la Iglesia siempre había quienes pensaban que eso era porque nunca se había ido.

La historia cristiana estaba lejos de acabar aquí. Sus años más grandiosos todavía estaban por llegar. Pero lo vamos a dejar durante unos capítulos para estudiar el ascenso de otra religión que veía a Abraham como su padre: el islam.

CAPÍTULO 22



El último profeta

Hay tres religiones que afirman que Abraham es su antepasado y dos maneras de entender esa afirmación. Puede interpretarse como una descendencia espiritual. Abraham transmitió su monoteísmo a los judíos y a través de ellos llegó a los cristianos. Después, en el siglo VII, el islam consideró que se había diluido en ambas religiones y lo recuperó. Pero también se puede entender que se desciende de Abraham en un sentido físico. Isaac, el hijo de Abraham, era el padre de Israel, a través del cual los judíos y los cristianos rastrean su paternidad. Pero Abraham tuvo otro hijo. Y de ahí sale otra historia.

Abraham tenía dos esposas, Sara y su sirvienta egipcia Agar. Sara tenía celos de Agar. Temía que Abraham nombrara heredero a Ismael, el hijo de Agar. Así que convenció a su esposo de que desterrara a los dos. Agar tomó a su hijo pequeño, se adentró con él en el desierto, no lejos del mar Rojo, y se sentó sobre una roca a llorar, porque se sentía triste e infeliz. Pero Ismael no estaba triste. Estaba enfadado, muy enfadado. En su ataque de ira, cuenta la tradición islámica que comenzó a dar patadas en la arena. Dio una tan fuerte que descubrió una fuente de agua como las que se encuentran en las zonas verdes del desierto, que se llaman oasis. Cuando Abraham oyó hablar

del oasis que Ismael había creado, visitó a la esposa y al hijo que había repudiado y construyó un templo cerca de la fuente que les había salvado la vida. En el templo instaló una piedra sagrada de color negro. Alrededor de la cual surge otra historia.

El Génesis, el libro que abre la Biblia judía, nos dice que el primer hombre se llamaba Adán y su esposa se llamaba Eva. Vivían en un maravilloso jardín llamado Edén, donde no les faltaba nada. De todos los árboles frutales que había en el jardín, solo uno les estaba vedado. Era el Árbol del Conocimiento o de la Ciencia del Bien y del Mal. Adán y Eva vivían una vida sin cambios e infinita, similar a la de los niños, con todas sus necesidades satisfechas por dios. Los padres a veces piensan que les gustaría mantener a sus hijos jóvenes para siempre. Pero los niños están impacientes por crecer y descubrir el conocimiento del bien y el mal por sí mismos. Ese fue el impulso que llevó a Adán y Eva a comer del fruto prohibido e, inmediatamente, se vieron inundados por el conocimiento de que la vida había dejado de ser sencilla.

Ahora que Adán y Eva habían perdido su inocencia, dios los envió al mundo para vivir la vida con toda su complejidad adulta. Pero, según la versión del islam, les permitió llevarse algo del jardín como recuerdo. Les serviría de recordatorio tanto de lo que habían dejado atrás para no volver, como de lo que siempre llevarían consigo. Habían perdido el Edén, pero no habían perdido a dios. Dios estaría allí cuando las puertas del Edén se cerraran tras ellos. Lo que llevaban era una piedra negra que se decía que procedía del Cielo. Abraham había heredado la piedra y esto es lo que ahora instaló en la Kaaba o templo en el oasis que Ismael había descubierto. Una ciudad creció alrededor de la Kaaba con su legendaria Piedra Negra. El nombre de la ciudad era La Meca.

La Meca (en lo que hoy es Arabia Saudita) estaba a medio camino de la costa oriental del mar Rojo en Arabia, una de las partes más misteriosas y fascinantes de nuestro planeta. Arabia es una enorme península de 1.900 kilómetros de largo y 2.090 kilómetros de ancho, delimitada al oeste por el mar Rojo, al sur por el mar Arábigo y al este por el golfo Pérsico. En los

vastos desiertos del interior vivían clanes de nómadas o beduinos que eran guerreros valientes y ferozmente independientes.

El Génesis dio en el clavo cuando describió a Ismael como «un asno salvaje: alzará su mano contra todos y todos la alzarán contra él». Aunque los clanes rivales de los beduinos luchaban y peleaban entre sí por la propiedad de pozos y oasis, todos veneraban la ciudad santa de La Meca e hicieron peregrinajes para besar la Piedra Negra que había heredado Adán y beber del pozo descubierto por Ismael. Su abuelo Abraham había sido un apasionado monoteísta, pero no se podía decir lo mismo de ellos. Aunque adoraban a Alá como su dios supremo, amaban a sus ídolos y tenían uno para cada día del año. También los amaban los mercaderes que vivían bien de los peregrinos que venían a besar la Piedra Negra, a beber de las aguas del pozo sagrado y a comprar ídolos en las tiendas que se habían multiplicado alrededor de la Kaaba.

Abraham –según cuenta el antiguo relato hebreo– sabía lo fácil que era hacer negocio con la religión. Había visto a su padre fabricar ídolos para vender en la tienda de la familia, ídolos que había denunciado como una estafa para despojar a los pobres de sus ahorros. Habría odiado lo que estaba pasando en La Meca, donde los mercaderes estaban explotando las necesidades de los peregrinos que venían en busca de consuelo espiritual. Esto siempre sucede en las ciudades santas, sin importar el siglo o la denominación. Siempre se puede hacer dinero rápido vendiendo consuelo espiritual a los necesitados. A Jesús no le gustó nada lo que vio en Jerusalén, donde las familias de los sacerdotes hacían fortuna a costa de los pobres. Por eso tiró las mesas de los cambistas en el Templo y les dijo que habían convertido la casa de dios en una guarida de ladrones. Un hombre que había nacido en La Meca en el año 570 se indignó tanto como Jesús al ver en lo que habían convertido el monoteísmo de Abraham los buhoneros y vendedores ambulantes de su ciudad natal. Su nombre era Mahoma.

Mahoma no había tenido una vida fácil. Su padre había muerto antes de que él naciera y su madre murió cuando él tenía seis años. Su abuelo cuidó de él hasta que lo adoptó su tío Abu Talib, un exitoso hombre de negocios, que puso al joven Mahoma a trabajar como conductor de camellos. Las

caravanas de camellos cargados de mercancías eran una característica de la economía de Arabia. Se dirigirían hacia el norte hasta Siria, al oeste hasta Egipto y Palestina, y al este hacia Persia, cargados de perfumes y especias, que intercambiaban por seda y lino antes de hacer el largo viaje de regreso. El profeta Isaías había descrito multitud de camellos de Sabá en el sur de Arabia, que traían oro e incienso a Jerusalén. Este era el trabajo que realizaba Mahoma cuando era aprendiz.

Aprendió rápido y su reputación de hombre competente y fiable llevó a una rica viuda, que se llamaba Jadiya, a ponerle a cargo de una de sus caravanas que iba a Siria. Mahoma y Jadiya se casaron en el 595, cuando él tenía veinticinco años y ella cuarenta. Tuvieron seis hijos: cuatro niñas, y dos niños que murieron en la infancia. Fátima sería su hija más famosa. Se casó con Alí y se convirtió en la madre de Hasan y Husayn, nietos de Mahoma. Mahoma era un comerciante de éxito, y su reputación de hombre honesto y de buen trato también hizo que se convirtiera en el tipo de líder al que la gente acudía cuando necesitaba ayuda para resolver disputas comerciales o familiares. Pero eso no era todo.

Pertenecía a ese tipo especial de personas que siempre están intentando profundizar, traspasar lo que se ve en este mundo para encontrar su significado y propósito. Les preocupa la fealdad y la injusticia que caracteriza a la sociedad humana. Respetan la forma que tiene la religión de poner a los esforzados humanos en contacto con realidades espirituales más allá de sí mismos. También saben lo fácil que es que los poderosos manipulen la religión para sus propios fines y contra el bien de esa gente a la que debería ayudar.

Disgustado con las trapacerías que había presenciado en la Kaaba de La Meca, cuando tenía unos cuarenta años, Mahoma comenzó a ir solo a rezar y meditar en una cueva a las afueras de La Meca. Allí tuvo su primera visión y escuchó una voz por primera vez, visiones y voces que continuaron el resto de su vida. Era consciente de que no procedían directamente de dios. Venían a través de la mediación del ángel Gabriel. Las primeras palabras que le dijo Gabriel fueron: «¡Predica en el nombre de tu Señor, el que te ha creado! Ha creado al hombre de un embrión». Mahoma no sabía

cómo interpretarlo. ¿Era la voz de un espíritu maligno que le estaba poniendo a prueba? ¿O se estaba volviendo loco? ¿No es eso lo que se dice de los que ven visiones y oyen voces? Mahoma estaba confuso e inquieto. Pero la voz le seguía hablando con palabras fascinantes y de gran belleza. Se convenció de que le estaba llamando para ser un profeta.

El propósito de los profetas es que no se guarden lo que oyen para sí mismos. Ellos son enviados que deben advertir al mundo y convencerlo de que debe escuchar lo que dios les ha dicho. Así que después de varios años de oír las revelaciones del ángel Gabriel –revelaciones que se había aprendido y podía recitar de memoria– y con el cálido apoyo y aliento de su esposa Jadiya, en el año 613 Mahoma comenzó a predicar entre los hombres y mujeres de La Meca. No había nada original en su mensaje y Mahoma nunca pretendió que lo fuera. Era un recordatorio de lo que habían olvidado. Era el mensaje del profeta Abraham: los ídolos son un engaño y no hay más dios que dios.

El mensaje de Mahoma era particularmente atractivo para los pobres, porque eran las víctimas de los timos de los comerciantes que dirigían el santuario y vendían los ídolos. Pronto tuvo numerosos seguidores en La Meca; «los que se habían entregado a Dios», que es el significado de la palabra musulmán. Todo fue bien mientras predicó el mensaje de que no había más dios que Alá y que Mahoma era su profeta. Hay religiones a millares y siempre hay sitio para una más en el mercado de la espiritualidad. La cosa cambia cuando el nuevo credo comienza a amenazar los beneficios y privilegios del poder establecido. Eso es lo que pasó en este caso. Mahoma denunció a los comerciantes que se hacían de oro con la compra y venta de ídolos cerca de la Kaaba y a los que cobraban a los peregrinos por beber del pozo sagrado. Entonces ocurrió lo inevitable. Se inició una persecución de musulmanes en La Meca.

Afortunadamente, una delegación de visitantes que había venido de la ciudad de Yatrib había oído predicar a Mahoma y le invitaron a ir allí con sus seguidores. Los hombres de Yatrib sabían que su ciudad necesitaba un líder y pensaron que él era el hombre perfecto. El viaje a Yatrib, a poco más de 300 kilómetros de La Meca, se hizo en secreto. Mahoma, su primo Alí y

su amigo Abu Bakr fueron los últimos en irse. Salieron de La Meca por la noche en septiembre del año 622 y esta fuga se conoció como la hégira (o migración). Es el momento en que comienza el primer año del calendario musulmán. La ciudad de Yatrib a la que escaparon se llamó más tarde Medina (que es como se conoce hoy), o ciudad del profeta.

Este traslado no solucionó las cosas, y durante los diez años siguientes hubo batallas entre La Meca y Medina. Finalmente, en el 630 Mahoma marchó con un gran ejército hacia su ciudad natal. Al darse cuenta de que el juego había terminado, los habitantes de La Meca se rindieron y el profeta tomó la ciudad. No hubo represalias, pero Mahoma sacó los ídolos de la Kaaba e instó a los ciudadanos a hacerse musulmanes. Luego regresó a Medina.

Pero su muerte estaba cerca. En el año 632 hizo una peregrinación a La Meca y predicó su Sermón de Despedida. Tras esta visita de Mahoma a la Kaaba de La Meca con su Piedra Negra y su pozo sagrado, se instituyó el *hajj* o peregrinación que ahora es uno de los cinco deberes –los Cinco Pilares del islam– que los musulmanes deben cumplir. El profeta no sobrevivió durante mucho tiempo tras el hajj. Cayó enfermo con fiebre y murió el 8 de junio de 632. Pero dejó atrás una fe que ahora es la segunda religión más importante del mundo y que sigue dejando su huella en la historia. En los siguientes capítulos exploraremos la riqueza de su teología y práctica.

CAPÍTULO 23



La sumisión

Antes de echar un vistazo a las creencias y prácticas del islam –una palabra árabe que es la raíz de la palabra «musulmán» y se traduce como «sumisión a la voluntad de dios»– debemos intentar comprender una diferencia entre éstas y las de sus parientes cercanos, el judaísmo y el cristianismo. El primer principio de la religión monoteísta es la realidad de dios. Podríamos incluso decir que para el monoteísmo la única realidad es dios.

Pensemos en el universo: millones de galaxias y tal vez millones de universos que no podemos ver. Hubo un tiempo en que no estaban. Lo único que había, según el monoteísmo, era dios. Todo lo que llegó a ser vino de dios, igual que los personajes de una novela empiezan a existir desde de la mente del autor. También comparé a los seres humanos con los personajes de una novela al hablar del hinduismo. Quiero volver a usar esa imagen aquí para analizar el monoteísmo, pero con un giro diferente. En el hinduismo la vuelta de tuerca fue que los personajes de la novela descubrieron que no existían en la realidad. Eran una ilusión. En las religiones abrahámicas los personajes existen, pero quieren saber más sobre el que los creó, el autor de su existencia.

No hay que olvidar que no es necesario creer o aceptar nada de esto, pero para llegar a entender la religión hay que intentar conseguir poner la mente en el mismo modo que su manera de pensar, aunque solo sea durante el tiempo que se tarda en leer este capítulo. La religión monoteísta es como si los personajes de un libro quisieran comunicarse con su autor. Uno se marea solo de pensarlo, ¿verdad? Algunos personajes del libro del universo dicen que es obvio que alguien nos creó y que es natural que queramos ponernos en contacto con quien lo hizo. Otros dicen: qué tontería, no hay un autor, solo existe el libro en sí, el universo o comoquiera que lo llame cada uno. Sucedió sin más. Se escribió solo. Así que hay que olvidarse de intentar conectar con ese autor imaginario.

Pero para los que insisten en contactar con el proceso es como cualquier otra actividad creativa. Los profetas o sabios esperan, escuchan y miran más allá. Se abren para que la fuente de su ser se les pueda revelar. Y su realidad se forma en sus mentes de la misma forma que un personaje se realiza en la mente de un autor. Excepto que, en este caso es al revés. Es un personaje que está realizando a su autor. Lentamente, emerge una imagen de dios como cuando se revela una foto en el cuarto oscuro. Los teólogos lo llaman revelación emergente y, por lo general, afirman que esa imagen de dios promovida por su fe es más nítida que cualquier versión anterior. El judaísmo es una imagen más certera que el politeísmo. El cristianismo está mejor definido que el judaísmo. Pero el islam afirma poseer el retrato perfecto, que supera todo lo anterior. Así que vamos a continuar nuestra exploración del islam y vamos a ver lo que más lo diferencia del judaísmo y el cristianismo: el Corán.

No se debe pensar en el Corán como la Biblia del islam. Hay tres grandes diferencias. La primera es que la Biblia la fueron componiendo lentamente a lo largo de los siglos numerosos escritores y editores diferentes. La segunda es que la Biblia es una biblioteca, no un solo libro. Por último, aunque contiene revelaciones de dios, la Biblia se sabe que es una creación humana, creada por manos humanas. El islam no acepta ninguna de estas tres características como descripciones del Corán. El Corán fue como un flujo continuo de revelaciones que llegaron a un hombre

a lo largo de su vida. Aunque el medio por el que se conoció fue a través de un hombre, no es una creación humana. Igual que un cable que trae electricidad a un edificio, Mahoma fue el conducto del Corán, pero su poder vino de dios. El Corán es la mente de dios en forma terrenal, la presencia de dios en la Tierra. De hecho, el Corán es para los musulmanes lo que Jesucristo es para los cristianos. Los cristianos llegaron a creer que Jesús era la encarnación de dios en la Tierra, dios puesto a disposición del mundo en forma humana. Eso es el Corán para los musulmanes. Es dios con ellos. La palabra Corán significa recitación. Lo recitó el ángel Gabriel al oído del profeta. Lo recitó el profeta a sus seguidores antes de que adquiriera su forma escrita después de su muerte. Hoy día, los musulmanes devotos todavía lo memorizan para poder recitar sus 114 capítulos o suras de principio a fin.

Mahoma creía que lo que había comenzado con los judíos y había evolucionado con los cristianos se había cumplido en su ministerio. El Corán le describió como «sello de los profetas». Ya no habría más profetas. La secuencia profética había terminado. Estaba sellada. El islam era la recapitulación perfecta. Mahoma estaba decepcionado por el hecho de que los judíos y los cristianos no vieran las cosas de esta manera, aunque su reacción no era extraña. Los guardianes de una vieja religión son siempre reacios a admitir que su día ha terminado y que deben dejar paso a lo nuevo. Mahoma esperaba convencer a los judíos y a los cristianos de Medina de que él no era su némesis, sino su realización, el final que habían estado esperando. Como dice en el Corán, «Él te reveló el Libro con la verdad, corroborante de los mensajes anteriores; y reveló antes también la Torá y el Evangelio». Por eso Mahoma había instruido primero a sus seguidores a volverse en la dirección de Jerusalén cuando oraron. No fue hasta después de que los judíos y los cristianos lo hubieran rechazado como profeta que ordenó a sus seguidores que se volvieran a La Meca.

Pero creía que su rechazo hacia él, aunque trágico, era consistente. Los judíos siempre habían rechazado a los profetas que dios les había enviado. La última vez había sido con el profeta Jesús. E incluso los cristianos habían rechazado a Jesús al convertirlo en un dios. Mahoma creía

apasionadamente en la unidad de dios y se indignó porque los cristianos no solo habían dado un hijo a dios, sino que habían fabricado otras dos deidades para sentarse junto a dios en el Cielo. Esto se debía a que los cristianos habían desarrollado una teoría de dios como una Trinidad, o un dios que se podía expresar de tres maneras diferentes: como padre en la Creación al principio del mundo; como el hijo en Jesucristo durante su vida en la Tierra; y como espíritu para guiar a la humanidad a través de la historia hasta el fin de los tiempos. El profeta bramó contra esta elaborada pieza de ingeniería teológica: *La ilaha illa Allah wa-Muhammad rasul Allah*.

Los seguidores del islam tienen que cumplir cinco deberes principales como parte de su fe, a veces llamados los Cinco Pilares del islam. El primer deber es la recitación sincera del *Shahada* o profesión de fe en árabe, que era el fin del párrafo anterior: «No hay más dios que Dios y Mahoma es el profeta de Alá». La recitación de esta expresión del monoteísmo es la forma que utilizan los musulmanes para afirmar su fe y los conversos al islam para confesarlo.

El segundo pilar es el requisito de rezar cinco veces al día al dios único, mirando en dirección a La Meca. Esta oración se llama *salat* y se reza al amanecer, al mediodía, a media tarde, al ponerse el sol y entre la puesta de sol y la medianoche. Uno de los sonidos más inquietantes del mundo es el muecín llamando a los creyentes a la oración desde lo alto del minarete de una mezquita. Mira a cada uno de los cuatro puntos cardinales de la brújula por turnos y grita: «Alá es el más grande. Declaro que no hay más dios que Alá. Declaro que Mahoma es el profeta de Alá. Venid a la oración. Venid a la salvación. Alá es el más grande». Hoy en día la llamada a la oración es probable que sea una mala grabación que se oye sobre el bullicio de una ciudad moderna. Pero el grito del muecín en el amanecer silencioso de un pueblo africano le atraviesa a uno como un anhelo.

El tercer pilar se llama *zakat* o limosna. Puesto que toda la riqueza proviene de la generosidad de dios, para los musulmanes devotos dar limosna es devolver a dios lo que ya es de dios. También es una manera de ayudar a los pobres y necesitados, y de contribuir a la misión del islam. El

islam es una religión misionera cuyo objetivo es la conversión del mundo a su visión de una única comunidad o *umma* en la que la fe y la vida se integran en un todo sin fisuras. En la umma no habrá ningún punto donde la religión termine y la sociedad comience o donde la sociedad termine y la religión comience. Será una sola cosa.

El cuarto pilar es el ayuno del Ramadán durante un mes, que es el noveno del calendario islámico. Se hace ayuno desde el amanecer hasta la caída del sol durante treinta días. No se ingiere comida ni bebida. Pero no es solo una cuestión de renunciar a comer y beber. Hacia el final del Ramadán se desarrollan programas especiales en la mezquita con el fin de ampliar el conocimiento y la espiritualidad de los fieles. En el vigésimo séptimo día del Ramadán hay una celebración especial llamada la Noche del Poder, que conmemora la primera noche en la que Mahoma recibió la revelación de dios en esa cueva a las afueras de La Meca. El Ramadán culmina en el *Eid ul-Fitr*, la fiesta que pone fin al ayuno. Eid es un tiempo de alegría, cuando se visita a la familia y se intercambian regalos.

El quinto deber es uno que ya hemos mencionado, la peregrinación o *hajj* a La Meca. Ir a La Meca es mucho más importante que orar cinco veces al día o ayunar durante el mes de Ramadán, por lo que solo se espera que los musulmanes hagan la peregrinación una vez en su vida. Los peregrinos visitan la Kaaba de Abraham, ahora un gran edificio en forma de cubo dentro de la Gran Mezquita de La Meca. Los peregrinos dan vueltas alrededor de la Kaaba siete veces, siempre en sentido contrario a las agujas del reloj. Luego van a dos pequeñas colinas llamadas Safa y Marweh. Los peregrinos corren o caminan rápidamente entre las dos para representar la angustia de Agar mientras buscaba agua para su hijo en el calor del desierto, el agua que Ismael descubrió al dar patadas llevado por la furia. Otro elemento dramático de la peregrinación es cuando los peregrinos lanzan piedras a tres pilares que representan todo el mal en el mundo. La experiencia del hajj es tan intensa y definitoria para los musulmanes que se les permite añadir su logro como un título a sus nombres, Hajji para los hombres y Hajjah para las mujeres.

La precisión de los cinco deberes hace que el islam sea una religión lucida y poco complicada de seguir. Pero su práctica tiene dos características poderosamente emotivas. La primera es una veneración por el profeta Mahoma que se aproxima, pero nunca alcanza del todo, la verdadera adoración. No hay más dios que dios, al fin y al cabo, pero Mahoma es el profeta de Alá. A Mahoma no se le debe adorar –él no es un dios–, pero se le venera de tal modo que cuando se utiliza su nombre es costumbre decir a continuación la frase «la paz sea con él». Por este motivo los musulmanes se asombran y enojan cuando los incrédulos se burlan de su profeta o le insultan.

Pero la devoción musulmana por Alá está en un nivel mucho más exaltado que su reverencia hacia el profeta de Alá. El monoteísmo islámico es feroz y apasionado, pero al mismo tiempo que enfatiza constantemente la unicidad de Alá, el Corán se vuelve lírico cuando celebra la belleza de Alá. Uno de los capítulos más emotivos del Corán es la sura 13, que proclama los Noventa y Nueve Más Bellos Nombres de Alá. Aquí hay algunos:

> Alá, el Nombre que está por encima de todos los nombres…
> El Misericordioso, el más misericordioso de todos los que son misericordiosos…
> El Compasivo, que es benévolo y lleno de compasión…
> El Vigilante, que salvaguarda su creación…
> El Indulgente, siempre preparado para perdonar y disculpar…

Hay belleza y consuelo en el Corán. Pero eso no es lo único que encontramos allí. Incluso en la sura 13 hay advertencias de que además de consuelos hay peligros en la relación del mundo con Alá. Aquí hay dos bellos nombres más:

> El Castigador, que manda penas, así como bendiciones…
> El Vengador, que impone su venganza a los pecadores…

El Corán canta la belleza de Alá. También lanza su ira contra los pecadores y los no creyentes. Así que ha llegado el momento de que veamos ese lado de Alá y las consecuencias que tiene para muchos.

CAPÍTULO 24



La lucha

Además de ser un profeta, Mahoma fue un guerrero que dirigió a sus seguidores en batallas contra los opositores del islam. No veía contradicción alguna en estos dos papeles. No combatía por la adrenalina de la batalla o la emoción del saqueo, aunque sin duda muchos de sus seguidores disfrutaban de las dos cosas. La guerra era un instrumento más para lograr su objetivo espiritual, y para comprenderle –o a cualquier otro líder religioso de la historia que usara la violencia para lograr sus fines– debemos intentar entrar en su mente.

Lo primero que hay que entender es que, para los visionarios como el profeta, la vida en la Tierra no es un fin en sí mismo, no es algo para disfrutar por sí mismo. Es tan fugaz y conmovedora como la llamada del muecín. Es un primer florecimiento, un preludio del acto central que nos espera más allá de la muerte, donde empieza el verdadero espectáculo. El propósito de nuestra estancia en la Tierra es determinar cómo pasaremos la vida sin fin que nos espera al otro lado.

Imagina que te aseguran que si superas una prueba dolorosa de unos minutos recibirás mil millones de dólares que ya están en tu cuenta bancaria a falta de tu consentimiento para activarlos. ¿Cómo responderías? ¿Podrías

soportar el breve dolor para ganar las riquezas que te esperan cuando terminara? Es muy probable que aceptaras el reto.

Ese es el razonamiento que hay detrás de la violencia que a menudo caracteriza a la religión. Es la crueldad del cirujano que nos abre en canal no para no hacernos daño, sino para salvar nuestra vida. Algunos creyentes dan sus vidas como mártires por la felicidad que les espera en el otro lado. Para otros, es su deber infligir dolor y muerte en los cuerpos de amigos y extraños para proteger la fe de sus asaltos. Nos guste o no, esa es la explicación de las guerras santas y purgas crueles que son una característica constante de la historia religiosa.

Había pocos tan expertos en la guerra santa como los musulmanes que lucharon primero para instituir el islam entre sus vecinos cercanos y después hacerlo llegar hasta los confines de la tierra. Cien años después de la muerte de Mahoma, el islam tenía el control de Siria en el norte y Egipto en el oeste. Desde Egipto se extendió a lo largo del norte de África. Con el tiempo tomó el control de Palestina y gran parte de Persia. Llegó hasta la India y China. Conquistó España, donde toleró, aunque de forma limitada, las prácticas de cristianos y judíos. Hubo un momento en que parecía que iba a arrollar la Europa católica entera antes de poder ponerle freno. Pero no me interesa tanto la historia de las batallas que libró y los territorios que ganó como las justificaciones teológicas que ofrecía para hacerlo. Una de esas justificaciones resuena bien alta por el mundo actual. Es la idea de la *yihad* o lucha.

Algunos musulmanes ven la yihad como el sexto pilar no oficial del islam. De hecho, el esfuerzo decidido por cumplir con los cinco deberes se entiende como una yihad. La palabra significa lucha o esfuerzo, ya sea por mantener la fe y construir una sociedad justa o por defender al islam de sus enemigos. A lo largo de los siglos, la yihad se ha practicado en ambos sentidos, y en su aspecto violento incluso la han utilizado los musulmanes para luchar entre ellos. El desacuerdo agresivo entre los seguidores de una misma religión es habitual en la historia. No hizo falta más que la muerte de Mahoma para que surgiera en la propia comunidad islámica. La forma que

tomó nos dice mucho acerca de cómo se organizan las religiones y el tipo de asuntos por los que se enfrentan.

El tema en cuestión era quién debía suceder al profeta y mediante qué reglamento debería hacerse el nombramiento. Lo que sucedió fue que salió elegido el amigo de Mahoma y su colega leal, Abu Bakr, como primer califa o sucesor. Los problemas comenzaron con la designación del cuarto califa, Alí, primo y yerno de Mahoma (esposo de su hija Fátima). No todo el mundo estaba a favor del nombramiento de Alí. Se produjo una división en el islam que continúa en nuestros días. Había una facción que quería que el cuarto califa fuera Muawiya, un primo del tercer califa, en lugar de Alí, el pariente del profeta. En la lucha que siguió, Alí fue asesinado y Muawiya tomó el mando. Entonces los seguidores de Alí presionaron para que el sucesor fuera su hijo Husayn, pero en el año 680 también le asesinaron.

El conflicto dio lugar a una división o «cisma», que es el término técnico que cualquier estudiante de historia de la religión debería incorporar a su vocabulario. Como muchos otros términos útiles, cisma proviene del griego y significa cortar. Un cisma ocurre cuando un grupo se separa del cuerpo principal y establece su propia secta o facción. Detrás de un divorcio como este suele haber un desacuerdo religioso. Uno de los desacuerdos más comunes es por la forma de designar a los líderes espirituales. En el cristianismo, las luchas en torno a quiénes eran los auténticos sucesores de los doce apóstoles condujeron a cismas en la Iglesia que continúan hasta nuestros días, igual que las divisiones en el islam.

El resultado de esta fractura en el islam fue la aparición de dos grupos: los suníes (o sunitas) y los chiíes (o chiitas). El de los suníes era el grupo más grande, los chiíes eran los cismáticos que se desgajaron y establecieron su propia facción. Suní designaba a aquellos que se aferraban al método original de elegir al sucesor o califa del profeta. Chía era el partido de Alí, que creía que el sucesor del profeta tenía que ser un imán o descendiente de Mahoma. El hecho de que haya ahora numerosos cismas dentro de cada una de estas divisiones originales nos recuerda lo frágiles que son las religiones, especialmente cuando se trata de disputas sobre quién está al mando.

Las luchas por el liderazgo en las comunidades religiosas pueden dejarse a un lado, como ejemplos de la debilidad humana por querer dominar a otros. Destacan el lado terrenal de la religión. Son tristes pero inevitables. La religión revelada, por otra parte, se supone que nos lleva directamente a la mente de dios y la vida en el Cielo. Por lo tanto, resulta inquietante descubrir que la misma compulsión de separarse y dividirse también está presente allí. Y la vida después de la muerte se parece mucho a la vida antes de la muerte. No olvidemos que el Corán afirma que nos muestra cómo es el otro lado una vez que se ha terminado nuestra vida terrenal. Dos de las perspectivas que se ofrecen deberían hacer que sintiéramos algo de aprensión.

Nos dice que el destino final de todos en el otro lado ya está organizado. Los billetes ya se han emitido. De hecho, se emitieron antes de que naciéramos. Esto se llama la doctrina de la «predestinación». Es una idea que se encuentra en otras tradiciones religiosas, incluyendo el cristianismo. Dondequiera que se encuentre, hay un debate por su aparente injusticia y crueldad. Pero veámoslo en sus propios términos. La mayoría de las religiones ven la vida en la Tierra como una preparación para lo que viene después de la muerte. La teoría es que si vivimos buenas vidas y seguimos los preceptos de nuestra fe –como los Cinco Pilares del islam–, dios nos recompensará y nos recibirá en el Paraíso. Pero según una forma de leer la doctrina de la predestinación, dios ha puesto notas a todos antes de que se hayan sentado a hacer el examen. Entonces, ¿para qué se molestó en enviar profetas para advertirnos de que debemos cambiar nuestros caminos y trabajar más? ¿Para qué luchar, para qué hacer los sacrificios de la yihad, si nuestro destino está fijado? Volvemos a la imagen de nuestro viejo amigo, el autor infalible que escribe caprichosamente el destino de sus personajes: algunos alcanzan la alegría y el éxito, y otros la miseria y el fracaso.

Así lo expresó la voz que habló a Mahoma en el Corán: «Les hemos puesto cadenas en el cuello que les llegan hasta el mentón… hemos colocado una barrera ante ellos y una barrera detrás de ellos… les da lo mismo que les adviertas o que no: no creerán». Para dejar bien claro que

todo el trato ha sido fijado de antemano, hay otros escritos sagrados en el islam que lo confirman.

Además del Corán, los musulmanes tienen un libro llamado *Suna* o manera. Si el Corán fue lo que Mahoma oyó decir al ángel Gabriel, la Suna es lo que los amigos cercanos de Mahoma y sus doce esposas le oyeron decir a él. Consiste en *hadizs* o informes de su enseñanza y conversación. En uno de los hadizs tenemos la descripción más explícita de la predestinación: «No hay ni uno de vosotros, ni alma que haya nacido, que no tenga su lugar en el Paraíso o en el Infierno ya designado o, en otras palabras, se le ha adjudicado su infeliz o su feliz destino». ¡Vaya! ¿Cómo casa esto con algunos de esos preciosos nombres de Alá, como el Misericordioso, el Más Compasivo, el Perdonador que siempre está dispuesto a disculpar?

No combina nada bien, razón por la cual esta enseñanza ha sido disputada por los estudiosos islámicos casi desde que fue escrita en el siglo VII. Si Alá es justo, declararon los eruditos, entonces esta doctrina de la predestinación contradice su naturaleza. La lógica de la lucha religiosa, como la observancia de los Cinco Pilares del islam, implica que los seres humanos poseen el libre albedrío. ¿Por qué les iba a enviar profetas Alá si no fueran libres para escuchar, arrepentirse y seguir el camino de la salvación? Así que los debates se sucedieron.

El desacuerdo nos recuerda que la interpretación del Corán es menos directa de lo que puede parecer a primera vista. Esto es otra complicación más para los estudiantes de religión. En todas las religiones hay un grupo conocido como «literalistas», que toman las Sagradas Escrituras tales como el Corán de forma literal; mientras que los eruditos religiosos, que suelen saber más sobre estos textos que los literalistas, son más sutiles en sus interpretaciones. Con frecuencia ven una metáfora donde los literalistas ven un hecho. La historia de las escrituras religiosas es la historia de la larga disputa entre estas escuelas rivales. A menudo no importa, porque el tema en disputa no afecta a nuestras vidas. A veces importa mucho porque puede ser la fuente de enorme temor y ansiedad en la vida de la gente. Si la idea

de la predestinación ya es algo preocupante, no es nada comparado con la doctrina relacionada con ella de la existencia del Cielo y el Infierno.

Hay muchas suras en el Corán en las que se mencionan el Cielo y el Infierno. Voy a dar la más famosa. En la sura 56, «En el Día del Juicio Final», se describe el Paraíso como un Jardín de las Delicias que parece que se ha diseñado para el disfrute exclusivo del macho de la especie humana. Hay manantiales de los que brota permanentemente un vino que ni embriaga ni causa resaca. Hay jóvenes hermosas y de ojos grandes disponibles para el disfrute de los recién llegados como recompensa por los sufrimientos que padecieron en la Tierra. Y lo que es más atractivo, en el Paraíso no hay charlas ociosas, solo el dicho «¡Paz, paz!». Eso es lo que aguarda a aquellos que el Corán llama «Compañeros de la Derecha». Es muy diferente lo que espera a los que llama «Compañeros de la Izquierda». Para ellos es el Infierno: «Vientos ardientes y aguas hirviendo y la sombra de una llama humeante…».

El Cielo y el Infierno se pueden interpretar como metáforas, como una manera de hablar de las recompensas de la virtud o las consecuencias del vicio. También pueden tomarse como un hecho literal. Si el Infierno existe, significa que dios envía a algunos de sus hijos a una eternidad de dolor insoportable. Ya hemos visto que el Infierno aparece en otras religiones, así que cerraremos el Corán aquí. En el próximo capítulo veremos la más sombría invención de la humanidad y visitaremos la región de las aguas hirviendo y el humo de las llamas: el Infierno.

CAPÍTULO 25



El Infierno

¿Qué es el Infierno? Es el lugar del tormento eterno al que se envía a los pecadores que no se han arrepentido tras la muerte. El Infierno que surgió en el cristianismo y el islam es un lugar del que no se puede escapar. Si uno termina allí, es para siempre. Ese es el punto clave.

Entonces, ¿dónde está? Se encuentra en la mente humana. O en esa parte de ella que crea los diferentes mundos de la religión. Para comprenderlo es importante recordar cómo funciona la imaginación religiosa. Hay dos niveles. Por un lado, está el departamento del pensamiento o de las preguntas. Los humanos no pueden evitar pensar en la vida y preguntarse qué significa. En los inicios de su existencia se preguntaron qué pasaba después de la muerte. Y supusieron que existía una vida futura. También se preguntaron sobre la terrible desigualdad que había entre las personas y decidieron que, como era difícil encontrar la solución en esta vida, si había justicia en el universo, tendría que resolverse en la otra vida. Por supuesto, no tenían datos reales sobre una vida después de la muerte cuando decidieron todo esto. Era una conjetura o quizás un deseo nada más. Pero naturalmente procedía de las reflexiones de la mente humana. Por eso los teólogos lo llamaban *religión natural*.

Entonces tomó el control el departamento receptor. Esta es la parte de la mente humana que veía visiones y oía voces. Afirmaba haber recibido información de primera mano sobre la vida después de la muerte. Por eso este departamento de la teología se llama *religión revelada.* La religión natural se preguntaba qué había más allá del velo de la muerte y la religión revelada aseguraba haberlo visto. Pero es curioso ver que, aunque las preguntas eran las mismas en todas partes, las respuestas variaban de una región a otra. La diferencia más grande fue entre la religión de la India y el cristianismo y el islam.

Para los sabios de la India el alma no pasaba a un estado permanente después de la muerte. Renacía a otra vida cuyo estatus dependía de si había logrado hacer crecer sus virtudes o si, por el contrario, habían disminuido a lo largo de la vida que acababa de dejar. Había infiernos y cielos en la tradición hindú, pero eran zonas de paso más que destinos finales. Uno podía tardar millones de vidas en escapar del sistema, pero siempre había la esperanza de que todos lo conseguirían al final. El objetivo era desaparecer en el nirvana.

Para aquellos que vivían más al oeste, su expectativa no era lograr salir de la rueda de la existencia, sino que tenían sus esperanzas puestas en diferentes versiones de la vida después de la muerte. Una aparición temprana de la palabra «infierno» nos da una pista sobre el posible significado de esto. En anglosajón, el viejo idioma de Inglaterra, es la palabra que describe el inframundo, la morada de los espíritus difuntos. En el Antiguo Testamento se llamaba *Sheol*. Pero no era un lugar que diera miedo. Era deprimente. Hoy la palabra se utiliza, por ejemplo, para decir que algo ha sido terrible: «El viaje ha sido un infierno». Igual que hay quien nunca se recupera completamente de una enfermedad terrible, en el inframundo los muertos vagaban como fantasmas esperando algo que nunca llegaba.

Pero las cosas nunca son estáticas en la historia de la religión y los cambios llegaron incluso a la otra vida. Durante el exilio de Israel en Babilonia, las ideas persas se introdujeron en el judaísmo. Una de ellas era que después de la muerte las almas no se convertían en residentes

permanentes de un triste hospital en el inframundo. O bien se ganaban la entrada a la felicidad del Paraíso o se veían condenadas al tormento del Infierno. Esta versión de la vida futura nunca encontró una aceptación total en el judaísmo, pero tuvo sus partidarios en el primer siglo de nuestra era. Jesús fue uno de ellos. Aunque él no dijo mucho sobre el asunto, parecía dar por hecho que existía el Infierno. Y la palabra que usó para describirlo le dio un giro nuevo y aterrador.

Jesús dijo que quienes despreciaran o hicieran daño a los niños serían arrojados al *Gehena,* «el fuego que nunca se podrá apagar». En los viejos escritos hebreos Gehena era el lugar donde se castigaba a los pecadores después del Juicio Final. Según una tradición posterior era el nombre del vertedero de Jerusalén donde la basura ardía sin fin porque se alimentaba continuamente. Es imposible saber lo que pretendía Jesús al utilizarlo como una metáfora de un castigo interminable, pero la imagen de un horno que nunca se apagaba se convirtió en una parte fundamental del Infierno. Cuando se escribió el Corán, seis siglos después, los que habían sido condenados al castigo eterno pudieron oír el siseo del fuego cuando se acercaron a él; y cuando los arrojaron a las llamas, su Guardián les preguntó: «¿No vino a vosotros un Mensajero?».

El Corán era mucho más detallado en su descripción del Infierno que las escrituras cristianas. Sabía muy bien lo que hacía cuando lo describía con tanto detalle. El mensaje era que si alguien ignoraba las advertencias del profeta, no solo sería arrastrado a las llamas del Infierno, sino que además se le echaría agua hirviendo sobre la cabeza. Para cuando llegó la época del profeta, los administradores del Infierno tenían claro su cometido y sabían manejar un sistema aterrador y muy eficiente. Atraer a la gente hacia la religión mediante el miedo siempre ha sido una táctica eficaz. El cristianismo tenía una desventaja en su rivalidad con el islam, y era que el Corán es mucho más pavoroso que el Nuevo Testamento. Así que el cristianismo decidió que tenía que subir su apuesta. Es probable que el libro sagrado de la Iglesia no pudiera vencer al Corán en lo que se refiere al temor, pero tenía un arma en su arsenal que no estaba disponible para los musulmanes.

A diferencia del islam, la Iglesia católica nunca se había preocupado demasiado por el Segundo Mandamiento que prohíbe las imágenes. Creía que podía utilizarse el arte en todas sus formas para glorificar a dios y transmitir el mensaje cristiano. Así que la Iglesia católica se convirtió en el mayor mecenas de artistas del mundo. Utilizó la música y la arquitectura para celebrar y proclamar la fe. Pero por encima de cualquier forma de arte, le apasionaban las imágenes. Eso significaba que mientras los musulmanes solo podían describir el Infierno con palabras, los cristianos podían pintarlo. Y todo el mundo sabe que una imagen vale más que mil palabras. Así que para asegurarse de que el mensaje del Infierno llegaba alto y claro, se pintó con todos los detalles escabrosos en los muros de las iglesias. He aquí un ejemplo.

Hay una iglesia del siglo XV en la ciudad inglesa de Salisbury que lleva el nombre de Thomas Becket. Becket era arzobispo de Canterbury y fue asesinado en su catedral el 29 de diciembre de 1170 por orden del rey Enrique II. La iglesia de Salisbury que lleva su nombre es un viejo y elegante edificio en el que entra la luz a borbotones. Pero al avanzar por el pasillo central, una pintura medieval del Día del Juicio Final nos observa desde el arco del coro. El Día del Juicio Final es el día en que los muertos serían llamados a salir de sus tumbas para escuchar el veredicto de dios sobre sus vidas. Estas pinturas estaban pensadas para asustar a la gente. Esta debió cumplir con su cometido muy eficazmente.

Se pintó en 1475 y muestra a Cristo en la sede del juicio. A su derecha, los virtuosos están siendo enviados al Cielo, donde los ángeles les dan la bienvenida. A su izquierda los pecadores se dirigen al Infierno, donde los demonios los arrastran a la boca del dragón del pozo en llamas. La gente que vio esta pintura por primera vez interpretaría las imágenes de forma literal. Su universo era como una tarta de tres pisos, con el Cielo en la parte superior, la Tierra en el medio y el Infierno abajo. Al morir, se podía subir al Cielo o descender al Infierno, que se creía que estaba en el centro mismo del mundo. Cuando los volcanes escupían lava ardiente se creía que era «el Infierno que había abierto la boca», para que los pecadores tuvieran una idea de lo que les esperaba abajo.

El cristianismo no solo pintaba el Infierno en las paredes de sus iglesias, sus predicadores utilizaban su imaginación para describir los terrores del lugar en sus sermones. En su novela autobiográfica, el escritor irlandés James Joyce reproduce un sermón que escuchó siendo niño en el que el predicador dijo a su audiencia adolescente que el azufre que ardía en el Infierno, igual que las llamas del Gehena, estaba hecho para durar eternamente. El fuego terrenal, gritó el predicador, destruía mientras ardía. Cuanto más intenso fuera el calor, menos duraría la llama. ¡Pero el fuego del Infierno preservaba a los que quemaba para que su dolor durara siempre!

La idea de la infinitud del dolor en el Infierno produce un nudo en la garganta, incluso a los no creyentes. ¡Ser capaz de pergeñar algo semejante! Los seres humanos se han hecho cosas terribles unos a otros a lo largo de los siglos. Pero hasta el más severo de los castigos terminaba en algún momento, incluso aunque fuera con la muerte de la víctima. La genialidad malvada del Infierno era que su dolor no se acababa nunca. Sus prisioneros pasaban la eternidad en un ahora, sin la esperanza de un futuro al que mirar hacia adelante. En la pintura de Salisbury, su autor había incluido un pergamino con una frase en latín: *Nulla in redemptio*, no hay redención. Un siglo antes de que el artista desconocido pintara esas palabras en las paredes de la iglesia de Santo Tomás en Salisbury, un poeta italiano llamado Dante había escrito un poema, que se haría famoso, sobre lo que él llamó el Infierno. Y en la puerta de su infierno inscribió la advertencia: «Oh, vosotros los que entráis, ¡abandonad toda esperanza!».

Es el mismo mensaje. El Infierno no tiene fin ni esperanza, es el futuro más negro al que se puede enfrentar un ser humano. Vale la pena mencionar que santo Tomás de Aquino, el mayor teólogo de la Iglesia católica –y un hombre amable–, dijo que uno de los atractivos del Cielo era que tenía un balcón muy apropiado para que sus ciudadanos pudieran ver los tormentos que sufrían los malditos de abajo: «Para que la dicha de los santos sea todavía más deliciosa… se les permite ver perfectamente el castigo de los condenados». Así que el Infierno era la agonía para los condenados y el gozo para los redimidos.

Hasta aquí, todo horripilante. Pero a la religión se le da bien reconocer y modificar sus enseñanzas más extremas. Vimos a eruditos musulmanes que sugerían que la doctrina de la predestinación del Corán era incompatible con la misericordia de Alá. Algo parecido ocurrió con el Infierno de la Iglesia católica. ¿Acaso no podría haber un término medio para quienes no eran lo suficientemente buenos para entrar en el Cielo ni lo suficientemente malos como para que los arrojaran al Infierno? ¿No sería estupendo que hubiera un centro de enseñanza en el que se preparara a fondo a los pecadores para pasar el examen de entrada al Cielo?

Se reconoció esta laguna y en el siglo XII se estableció oficialmente un lugar como este. Se llama Purgatorio. La diferencia entre el Infierno y el Purgatorio es que el Purgatorio tiene una salida. Santo Tomás de Aquino era la gran autoridad en el funcionamiento del Purgatorio. Explicó que, si las personas morían antes de pagar por sus pecados, tenían una segunda oportunidad en el Purgatorio. Lo bueno era que en el Purgatorio había esperanza. También era un lugar de dolor, sin duda, pero los que lo soportaban sabían que no duraría para siempre y que una vez que cumplieran con el tiempo necesario, las puertas del Cielo se abrirían para ellos.

El establecimiento del Purgatorio fue un acto de misericordia que redujo un poco el miedo a morir. Pero la Iglesia tenía un modo de corromper incluso sus propias bondades. Es lo que pasó aquí. La Iglesia convirtió el Purgatorio en una forma de estafar y hacer dinero, que fue tal escándalo que desgarró a la Iglesia católica. En el próximo capítulo comenzaremos a investigar cómo sucedió.

CAPÍTULO 26



Vicario de Cristo

En los mil años después de que Constantino, en el siglo IV, estableciera el cristianismo como la religión oficial del Imperio romano, la Iglesia pasó de ser una secta perseguida, que esperaba el regreso de Cristo, a convertirse en la institución más grande y poderosa del planeta. Detentaba no solo el poder espiritual, sino también el terrenal y aseguraba que representaba la unión entre el Cielo y la Tierra sin fisuras. Una institución magnífica, espléndida tanto en sus vicios como en sus virtudes, dominó el mundo, humilló monarcas y dirigió ejércitos. Aunque estaba a años luz del profeta crucificado al que aseguraba seguir, Jesús continuó siendo una presencia preocupante cuya influencia nunca se extinguió.

En el apogeo de su poder en los siglos XIII y XIV, la Iglesia católica aprendió la lección más importante que una religión debe aprender si quiere mantenerse a flote en los agitados mares de la historia. Como hemos visto, por su propia naturaleza las religiones se fragmentan fácilmente. No se necesita mucho para desgajarlas. La muerte de un hombre basta; o una discusión por una vocal en una palabra.

La Iglesia católica decidió que la mejor manera de evitar estas fracturas era concentrar su poder en un solo individuo y construir estructuras a su

alrededor que reafirmaran su autoridad.

Logró esto creando una orden de sacerdotes que estarían al mando en los niveles inferiores de su vasta organización. A estos sacerdotes no se les permitía casarse ni desarrollar el tipo de lealtades humanas que podrían competir con su cometido espiritual. La Iglesia sería su familia. A cambio del sacrificio personal que esto exigía, se les otorgó un enorme prestigio y un estatus especial y sagrado. Esto se hizo a través de un mecanismo espiritual llamado la «sucesión apostólica». Al igual que los imanes en la versión chiita del islam, el clero católico no recibió su autoridad de un ser humano sino de una fuente divina. A continuación vamos a ver cómo funcionaba.

Jesús había convocado a doce apóstoles para ayudarle en su misión. Los había ordenado mediante la imposición de manos. Los apóstoles trasladaron su autoridad a los que les siguieron con el mismo método. La Iglesia católica afirmaba que esta cadena de sucesión por imposición de manos nunca se había roto. Era como un gran oleoducto que atravesaba la historia sin interrupción. Si se rompía la línea de sucesión o se acudía a un proveedor diferente, se perdía la autoridad de Jesús. Los obispos católicos, los sacerdotes y los diáconos que se ordenaban se convertían así en una casta especial, separada de los seres humanos ordinarios. Herir o insultar a un sacerdote era un tipo especial de ofensa. Era un sacrilegio, un crimen contra dios. Y se castigaba en consecuencia.

La creación de esta casta de élite fue muy importante para la unidad de la Iglesia católica, pero el remate fue cómo se llegó a concentrar el poder absoluto en una sola figura, el obispo de Roma. Cuando el proceso se completó, el obispo de Roma era el hombre más poderoso del planeta. Sus palabras tenían autoridad no solo sobre la vida terrenal, sino sobre la vida venidera tras la muerte. Podía encerrar a un individuo en la Tierra o prohibirle la entrada en el Cielo con la misma facilidad. En su máximo apogeo, el poder del obispo de Roma era inmenso. Pero había tardado siglos en lograrlo. Para comprender cómo ocurrió, tenemos que volver al emperador Constantino en el siglo IV.

Es erróneo suponer que Roma fue siempre el centro operativo del Imperio romano. Lo fue hasta el año 330, cuando Constantino decidió establecer sus oficinas imperiales en el extremo oriental de su territorio. Construyó una ciudad fabulosa a la que llamó Constantinopla, en su propio honor. Hoy es Estambul, capital de Turquía. Su fundación tuvo como consecuencia un par de cambios. Constantinopla era ahora la ciudad más importante del Imperio y una gran parte de su grandeza iba unida al obispo local. Los obispos de ciudades como Roma y Constantinopla se convirtieron en figuras poderosas que asumieron la autoridad sobre los obispos de lugares menos importantes.

En las ciudades del Imperio oriental, los principales obispos comenzaron a llamarse «patriarcas», palabra que también viene del griego y significa padre. En Occidente se llamaban «papas», que en latín es padre. Pero además de las diferentes lenguas que usaban, se habían ido dando otros desacuerdos más profundos. En teoría seguían siendo una sola Iglesia, pero estaban empezando a separarse. Como tantos otros enfrentamientos en la historia, cuando llegó el divorcio, el motivo fue quién estaba al mando. Jesús había regañado a sus apóstoles por discutir cuál de ellos sería el más grande cuando se estableciera su reino en la Tierra. Una disputa similar estalló entre el obispo de Constantinopla y el obispo de Roma. ¿Quién era más poderoso, el patriarca oriental o el papa occidental? Para entonces ya no estaba Jesús para hacer de árbitro.

En realidad, el poder espiritual fluía hacia Roma. Al dejar de residir allí el emperador, se facilitó que el Papa se convirtiera en la autoridad sin rival en la antigua capital. Sin embargo, en Constantinopla el patriarca siempre tenía al emperador por encima, y vigilaba cada uno de sus movimientos. En 1054 la rivalidad latente entre los dos lados estalló en lo que se conoce como el Gran Cisma. De ahí surgieron dos versiones distintas del cristianismo: la Iglesia ortodoxa en Oriente y la Iglesia católica en Occidente, con su Papa en Roma. La división continúa hasta el presente, y cada lado tiene su propio estilo y cultura. El clero ortodoxo suele tener barba; el clero católico generalmente no. Los sacerdotes ortodoxos pueden casarse; los católicos no. Pero bajo estas diferencias superficiales había un

profundo desacuerdo sobre la procedencia de la autoridad suprema que había asumido el Papa de Roma.

A primera vista podía entenderse como una vulgar lucha por el poder. No cabe duda de que el poder es la droga más adictiva que se conoce y la gente hace enormes esfuerzos para conseguirlo y mantenerlo. Pero los contendientes en las luchas de poder religioso siempre se cuidan de esconder su ambición bajo prendas sagradas. Nunca se trata de la política de los hombres. Siempre se trata de la obediencia a dios. Lo hemos visto en la lucha entre chiitas y sunitas en el islam. La Chía encubrió su batalla por el poder con una teoría espiritual relacionada con la descendencia del profeta. El Papa de Roma se guardó una carta muy parecida en la manga. Su argumento para tener más derecho a detentar el poder no era solo que históricamente Roma era la ciudad más importante del Imperio. Iba mucho más allá. ¡El propio Cristo había planeado que fuera así! He aquí la explicación.

Cuando Jesús llamó a los doce apóstoles, otorgó un lugar preeminente a Pedro. Y para asegurarse de que los demás no tenían dudas sobre la posición de Pedro, le había dado un apodo. Su verdadero nombre, su nombre judío, era Simón. Pero Jesús le llamaba su roca, *Petros* en griego, *Petra* en latín. «Antes te llamaban Simón», dijo Jesús, «pero de ahora en adelante te llamarás Simón Pedro, Simón la Roca. Sobre ti construiré mi comunidad». Y ahí no acababa el asunto.

Recordemos dónde murió Pedro: en Roma, durante la primera persecución de los cristianos en el año 65 e.c. Puesto que estaba en Roma cuando se ordenó su ejecución, Pedro tuvo que haber sido el primer obispo de la ciudad. Puesto que él era el jefe de los apóstoles, se podría argumentar que los que le siguieron como obispos de Roma heredaron su estatus. Por lo tanto, el obispo de Roma, sucesor de Pedro, debe ser el jefe de todos los obispos, el vicario de Cristo –o su representante– en la Tierra. La Iglesia de Oriente no se dejó convencer. Era un poco exagerado decir que Pedro había sido el primer obispo de Roma. En su época, los cristianos no esperaban durar mucho. Se les había dicho que Jesucristo volvería pronto. ¿Para qué

se iban a molestar en crear una organización que pronto desaparecería como todo lo demás?

La Iglesia oriental tenía a la historia de su parte para elaborar su versión. En lo que se refiere a su organización, la Iglesia estaba más en deuda con Constantino que con Jesucristo. Así que se negaron a aceptar la autoridad del Papa sobre ellos y se retiraron. Eso dejó al Papa de Roma como el hombre más poderoso de la Iglesia Occidental. Pero todavía no había terminado de acumular poder. Para comprender lo que ocurrió a continuación tenemos que volver a aquellas almas que pasean penosamente por el Purgatorio.

No debemos olvidar que para la mente religiosa de entonces esta vida no era más que una preparación para la vida eterna que estaba por venir. La forma en que se desarrollaba ésta iba a depender de cómo se hubiera comportado cada uno en la Tierra. El pecado podía llevarnos directos al Infierno, o al Purgatorio si había un poco de suerte. Por eso era tan importante obtener el perdón antes de morir. Había quien intentaba alargar el juego y retrasaban el bautizo y el perdón por sus pecados hasta el momento antes de la muerte. Así podían divertirse aquí mientras se garantizaban un acomodo razonable en el más allá. Es lo que hizo el propio Constantino. Retrasó su bautismo hasta que estuvo cerca de la muerte. Fue por poco, pero llegó a tiempo.

No hace falta dar muchas vueltas para darse cuenta de que quien tiene la habilidad de perdonar a la gente sus pecados y garantizarles un lugar en el Cielo tiene un poder colosal sobre ellos. El Papa creía que tenía esa autoridad. Jesús se la había dado a Pedro y él era el sucesor de Pedro. En el siglo XII los papas comenzaron a usar este poder de una manera que finalmente haría que la roca católica se partiera. Y era culpa del islam.

En los capítulos sobre la historia del islam, hemos visto su inmensa expansión por el sur y el este del Imperio romano tras la muerte del profeta. Una de las áreas que había conquistado era Palestina. Así que la ciudad santa de Jerusalén, sagrada para judíos y cristianos, terminó estando en manos musulmanas. Por supuesto que los musulmanes también veneraban

Jerusalén. También era su ciudad santa. ¿No era el profeta el sucesor de Abraham, Moisés y Jesús elegido de forma divina?

El Papa no lo entendía así. Para él era una afrenta que los musulmanes se hubieran hecho con la ciudad santa del cristianismo. Así que decidió recuperarla. Se organizó una campaña para convencer a los guerreros cristianos de Europa de que fueran a Jerusalén a tomar la ciudad y devolvérsela a la Iglesia católica. Aquellos que respondieron al desafío y se lanzaron a la batalla se llamaron «cruzados», que significaba marcado con la cruz. Igual que Constantino, que había combatido contra su rival en el puente Milvio –cerca de Roma– tras un estandarte con la cruz, los cruzados utilizaron el símbolo del Jesús crucificado para guiarlos en la batalla contra los musulmanes que gobernaban Palestina.

El papa Urbano II envió la Primera Cruzada en 1095. Hubo siete más en los siguientes dos siglos. Aunque se reconquistó Jerusalén por un tiempo, las cruzadas causaron tanto daño a los cristianos de la Iglesia oriental como a los musulmanes. Dejaron una mancha indeleble en la historia del catolicismo. Pero el hecho fatídico y determinante fue el siguiente: como incentivo para que los hombres emprendieran una cruzada, el Papa les ofrecía el perdón de todos sus pecados. La palabra técnica para el trato era «indulgencia», que procede del latín y significa concesión. Había una lógica espiritual en la oferta. Después de todo, marchar a caballo a cientos de kilómetros de casa y enfrentarse a los peligros de la batalla podría considerarse como una compensación por el mal comportamiento, como las multas o los servicios comunitarios que imponen nuestros sistemas de justicia hoy día.

La Iglesia empezó a tener problemas cuando un papa decidió que las indulgencias podrían convertirse en una buena forma de conseguir dinero para un proyecto de construcción en el que tenía mucho interés. Lo veremos en los próximos capítulos.

CAPÍTULO 27



Protesta

Una mañana de primavera del año 1517 un predicador se puso de pie sobre una caja de jabón en la plaza de Jüterbog, en Alemania, y comenzó a vociferar a la audiencia que se había reunido para oírle. Lo que dijo fue la chispa que dinamitó la cristiandad.

¡Acérquense! ¡Acérquense! Es su día de gracia, amigos. Es el día que van a salir de la cárcel. Todo lo que necesitan es esta pequeña carta. Esta pequeña carta que tengo aquí solo cuesta un chelín, pero les ahorrará años de miseria en el Purgatorio.

Ustedes son todos fieles católicos. Saben que el pecado debe recibir un castigo. ¡Hay que pagar por pecar! Confiesen todo lo que quieran, no servirá para nada. ¡Deberá pagar por esos pecados en el Purgatorio! Siete años por cada pecado mortal.

¿Cuántos pecados mortales han cometido en un año? ¿Cuántos pecados mortales han cometido en su vida? Hagan cálculos. Antes de que se den cuenta, habrán acumulado cientos de años en el Purgatorio. ¡Piénsenlo!

Pero una de estas cartas puede liberarles. Metan un chelín en esta caja y se verán liberados de toda miseria. Escuchen esto. Esta carta reducirá su tiempo en el Purgatorio no solo por los pecados que ya han cometido, sino por los que aún no han tenido tiempo de cometer. ¡Es una ganga!

¿Qué hay en la carta? Es una indulgencia. Viene de nuestro Santo Padre, el Papa. Él me ha enviado aquí para decirles que, si compran una indulgencia ahora, cuando mueran, la puerta del Infierno estará cerrada a cal y canto, pero la puerta del Cielo se abrirá para ustedes.

La oferta no es solo para los vivos. ¡Es para los muertos también! Piensen en sus parientes y amigos atrapados en el Purgatorio. Piensen en los años que tienen por delante. Años y años. ¡Dolorosos años de castigos! Pero compren una de estas indulgencias y sus parientes se elevarán desde el Purgatorio y ¡en un abrir y cerrar de ojos estarán en el Cielo!

Y todavía hay más. Esta indulgencia no solo les hará un favor a usted y a sus seres queridos, sino que hará un favor a la santa Iglesia católica. La gran Iglesia en Roma, donde están enterrados los cuerpos de san Pedro y san Pablo, está en mal estado. Nuestro Santo Padre el papa León quiere construir una iglesia que asombre al mundo con su belleza y magnificencia. ¡Usted puede ayudar a construirla! Su chelín comprará una piedra, y piedra a piedra se levantará la nueva San Pedro para aturdir al mundo con su gloria.

¡Acérquense! ¡Acérquense! ¡Se venden indulgencias por un chelín!

El nombre del predicador era Johann Tetzel y pertenecía a una rama de las fuerzas especiales de la Iglesia llamada la Orden de Predicadores o dominicos. Tenía cincuenta y dos años, era un hombre duro, fuerte como un toro y, en su momento, había hecho trabajos finos para la Iglesia.

Dos siglos antes del sermón de Tetzel en la plaza de Jüterbog, el papa Gregorio IX había establecido una orden de agentes de seguridad llamada Inquisición. Sus agentes o inquisidores fueron comisionados para erradicar falsas enseñanzas en la Iglesia por cualquier medio, incluyendo la tortura. Su herramienta más efectiva era el potro, un marco de madera con dos cuerdas fijadas en la parte de abajo y otras dos atadas a un mango en la parte superior. Los brazos y las piernas del acusado estaban atados a las cuerdas y el torturador giraba el mango hasta que sus huesos se dislocaban haciendo un ruido horroroso. Si no obtenía la confesión que quería, seguía girando hasta que arrancaba los brazos a la víctima. No se parecía nada al mandamiento de amar a tus enemigos y bendecir a los que te maldicen; un ejemplo de cómo la preocupación de la religión por la vida después de la muerte la convertía a menudo en enemigo de la vida antes de la muerte.

Tetzel había sido miembro de la Inquisición. Era tan convincente en sus discursos que el arzobispo de Mainz lo convirtió en su director de ventas de indulgencias. El arzobispo tenía problemas. Su gran diócesis tenía muchas deudas. Además, el Papa le estaba persiguiendo para que hiciera una contribución importante a la campaña para la reconstrucción de San Pedro en Roma. Fue entonces cuando se le ocurrió una idea genial. ¿Por qué no

hacer un trato con Roma? Si el Papa daba autorización para que Tetzel, el elocuente, fuera su vendedor oficial de indulgencias, la mitad del dinero recaudado sería para Roma y la otra mitad para la archidiócesis de Mainz. Era un buen negocio para el arzobispo moroso y para el Papa que le estaba presionando. Llegaron a un acuerdo. Eso es lo que llevó Tetzel y su circo a Jüterbog esa mañana de abril de 1517. En poco tiempo el dinero empezó a entrar a raudales.

Pero meses después de las primeras ventas de Tetzel en Jüterbog, otro sacerdote alemán de constitución fuerte arruinó el invento. Se indignó tanto al ver que los cristianos podían comprar su estancia en el Cielo, que clavó en la puerta de la iglesia de la ciudad vecina de Wittenberg un documento en latín en el que denunciaba la venta de indulgencias argumentando que no era cristiano. En pocas semanas se había traducido al alemán y a otros idiomas europeos. A finales de noviembre de 1517 se convirtió en la comidilla de Europa. En Roma, el papa León le quitó importancia haciendo bromas al respecto. Dijo que no era más que otro alemán borracho. Cambiará de opinión cuando esté sobrio.

El «alemán borracho» era un monje devoto que se llamaba Martin Luther o Martín Lutero, como se le conoce en español. Nunca cambió de opinión. Fue el Papa quien tuvo que cambiar la suya. La diversión se convirtió en ira cuando le dijeron que las noticias del documento del monje habían hecho bajar las ventas de indulgencias y estaba entrando muy poco dinero. Su plan para reconstruir San Pedro estaba en peligro. Así que León emitió una orden, que se llama «bula papal», en la que retiraba a Martín Lutero del sacerdocio y prohibía todos sus escritos. Cuando Lutero recibió su ejemplar, lo quemó públicamente.

Pero ese día quemó algo más que una bula papal. Quemó los puentes que le unían a la Iglesia católica y comenzó una revuelta internacional que los historiadores llamarían la Reforma. Para cuando llegó a su conclusión, la Europa cristiana estaba hecha pedazos.

Martín había nacido en Eisleben el 10 de noviembre de 1483, hijo de Hans y Margarethe Luther. Aunque eran pobres y tenían siete hijos a los que alimentar, los padres de Martín tenían claro que debían dar una buena

formación a su inteligente hijo. Estudió en la Universidad de Érfurt y en 1505 se hizo monje de la famosa Orden de San Agustín. Se ordenó sacerdote dos años más tarde y en 1512 era profesor de la Universidad de Wittenberg. Pronto le seleccionaron para un ascenso, y en 1510 sus superiores le enviaron a Roma para llevar unos asuntos en nombre de la orden. Después del ritmo sombrío de la vida en Wittenberg, a Lutero le horrorizó la frivolidad y la corrupción que descubrió en la Ciudad Eterna. Pero cuando volvió a Wittenberg el estado de la gran Iglesia católica y romana no era su única preocupación. Estaba angustiado por su propia alma, por si la Iglesia era capaz de salvarla del Infierno. El asunto turbio de las indulgencias y otras corrupciones no habían ayudado. Pero la inquietud que sentía no era por la Iglesia. Era por el descubrimiento de la Biblia.

No es que no conociera la Biblia antes. En misa se leían partes del libro en latín todos los días. Pero, por entonces, la Iglesia católica utilizaba la Biblia sobre todo para respaldar su propia autoridad. Hablaba del Cristo que había vivido mucho tiempo en Tierra Santa –la misma Tierra Santa a la que habían sido enviados los cruzados para rescatarla de los musulmanes–, pero lo que importaba era que ahora el Papa era vicario de Cristo en la Tierra. Cualquier cosa importante que hubiera en la Biblia se había ligado al Papa. Era él quien tenía las llaves del Cielo o del Infierno, no unas palabras viejas en un libro que pocos podían leer porque estaba en latín. Además, tampoco eran muchos los sacerdotes que lo entendían, aunque lo leyeran en misa. Era una recitación como la recitación del Corán: poderosa incluso aunque no se comprendiera.

Pero en la época de Lutero había gente que sí era capaz de leer y entender la Biblia. No solo en el latín al que se había traducido mil años antes. Estudiosos como Lutero leían el Antiguo Testamento en el hebreo original y el Nuevo Testamento en el griego en el que se escribió; y el mensaje que daba comenzó a asustarlos. Se dieron cuenta de que se trataba de la palabra de dios, no eran las palabras que salían de la boca del Papa. La Biblia era algo positivo si lo entendías correctamente pero muy negativo si lo malinterpretabas. Lutero empezó a percatarse de que la Iglesia católica no había entendido absolutamente nada.

La Biblia era la historia de un pueblo elegido por dios. Era un matrimonio. Dios se había casado con Israel. Desgraciadamente, Israel había sido infiel. Para cuando apareció Jesús, dios se había divorciado de Israel, su novia infiel, y había elegido una nueva, la Iglesia cristiana. ¿Se repetía la historia? ¿La Iglesia católica había dejado de ser la novia más pura de Cristo? ¿O se había convertido en una esposa infiel que buscaba desesperada el éxito mundano y los placeres que conllevaba?

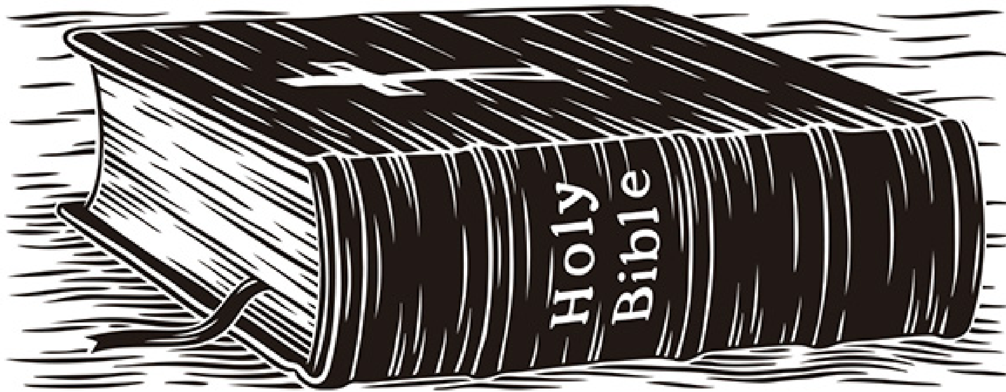
La historia del pacto roto entre Israel y dios es la clave que explica el significado de la Reforma. Para sentir su fuerza tenemos que recordar la afirmación trascendental que hizo la Iglesia cristiana de sí misma. Ofrecía a hombres y mujeres la buena nueva de la felicidad eterna o la mala del eterno sufrimiento. Si eran fieles a su pacto con dios, les esperaba un futuro glorioso en el Cielo. Pero si eran infieles, el precio que pagarían era como el tormento eterno representado gráficamente en esa pintura de la ruina en la iglesia de Santo Tomás en Salisbury.

Lo que obsesionaba a Martín Lutero era cómo alcanzar la salvación. Al leer las cartas de san Pablo, otro cristiano obsesivo, tuvo una revelación, un momento de comprensión absoluta de dios. No lograría salvarse gracias a unas interminables oraciones y peregrinaciones. Ni siquiera por unas indulgencias firmadas por el propio Papa. Esto convertiría su relación con dios en una transacción comercial, algo que se podía comprar. Sabía que era imposible comprar el amor de dios. Entonces lo supo. ¡No podía comprar el amor de dios, pero no necesitaba hacerlo porque dios lo daba libremente! Era el amor de dios lo que le salvaría. No una oscura negociación con la Iglesia. Debía confiar en ese amor, confiar en dios nada más, no en la Iglesia, el Papa ni cualquier otra institución humana.

Aunque era imposible que se diera cuenta del impacto que tendría en los siglos venideros, este acontecimiento en la mente de Lutero fue un punto de inflexión en la historia de la humanidad. Desató dos fuerzas que cambiarían la historia para siempre: la Biblia y los individuos libres de pie frente a su dios. Su efecto más inmediato fue la ruptura de la unidad de la Iglesia católica, que hasta entonces había sido impenetrable. La Reforma

protestante se había puesto en marcha. En los capítulos siguientes examinaremos las consecuencias.

CAPÍTULO 28



La gran división

La revelación que tuvo Martín Lutero al entender que no se salvaría por llevar a cabo tareas religiosas o por comprar indulgencias, sino únicamente por el amor que dios sentía por él, era una idea que el cristianismo no había adoptado del todo. El propio Lutero no terminó de entender lo revolucionaria que era, ni estuvo siempre a la altura de esa noción en su trato con los demás. Pero ese pensamiento había llegado hasta él y se estaba difundiendo.

El término técnico que los estudiosos dieron a la percepción de Lutero es también una revelación. Lo llamaban «justificación por la fe», y la clave está en la palabra «justificación». Olvidemos el sentido que tiene hoy día: alguien que intenta explicar algo de lo que se avergüenza o por lo que se le está cuestionando. Imaginemos a una persona sentada ante un juez por un acto criminal. Es culpable y lo sabe; y sabe que el juez lo sabe. Sin embargo, para su asombro el juez justifica a esa persona, la declara no culpable y la libera.

Lutero había vislumbrado una manera diferente de entender la relación de la humanidad con dios. La impresión que la religión había dado a la gente era que dios estaba ahí para castigarlos. Les estaban poniendo notas

en un examen cuyas preguntas no habían visto siquiera. Por eso las diferentes religiones eran tan competitivas. Eran las únicas que se sabían las preguntas. Solo ellas podían preparar a la gente para la prueba en la que se registraban al nacer, cuando no sabían nada de nada. Pero Lutero percibió que había otra manera de ver a dios. Era amor lo que veía, un amor que se ofrecía al mundo sin condiciones ni exigencias. Si era cierto, significaba que los seres humanos podían vivir libre y felizmente, sin mirar todo el rato hacia atrás a ver si los perseguía el dios vengador cuya misión era pillarlos.

Para comprender lo radical que fue la iluminación de Lutero, debemos recordar el modo en que habían operado las religiones tradicionalmente. Había diferencias entre ellas, pero lo que tenían en común podría resumirse en la palabra «obligatorio». Las religiones estaban allí para salvar a los hombres y las mujeres de un destino terrible. Pero para salvarse se les exigía que creyeran ciertas doctrinas y que realizaran ciertas tareas. La religión era lo que los romanos llamaban *quid pro quo* o una cosa a cambio de otra. Cree esto, haz eso y éste será el resultado. A veces el requisito obligatorio era negativo. ¡No creas esto! ¡No hagas aquello! Si se aceptaba la idea del dios exigente sobre el cual estaba fundada, tenía sentido. La religión era un intercambio, un trato, una póliza de seguro. En eso consistían las indulgencias. Compra una y tu futuro estará protegido. Así funcionaban muchas interacciones humanas, no solo la religión. Para conseguir algo había que dar algo. Era una transacción.

Jesús había interpretado así la relación del hombre con dios. Pero las cosas que había dicho eran tan desconcertantes que los que dirigían la Iglesia nunca intentaron seguirlas. Contó la historia de un propietario de un viñedo que al final del día daba el mismo sueldo a todos, sin importar el tiempo que hubiera trabajado cada uno. La relación de dios con la humanidad no estaba basada en la ley laboral, dijo. Era personal, hecha a medida, adaptada a las necesidades particulares de los individuos. En una parábola todavía más inquietante, un joven exigió la herencia de su padre y la malgastó entera en una vida desordenada. Más tarde su padre le volvió a acoger en su casa sin una palabra de censura. Dios es así, dijo Jesús. No

importa cómo nos comportamos, él no dejará de amarnos. ¡Intentad amar así vosotros!

¡Era una locura! Gobernar el mundo de esa manera traería el caos a sus sistemas e instituciones, incluyendo la religión. Sin embargo, lo que Lutero había vislumbrado esa noche en su estudio en Wittenberg era la posibilidad de una Iglesia movida por el amor. En palabras de su héroe Pablo, el amor todo lo espera, todo lo soporta. Nada podría derrotar el amor de dios por sus hijos, incluyendo sus propios actos sin ley. Por más culpables que fueran, dios seguía amándolos. Era el amor lo que los salvaba, no el miedo ni los negocios que generaba.

Pero la Iglesia había permitido que una religión de bondad divina se transformara en una religión de crueldad humana. Eso es lo que había hecho Constantino al matar a sus enemigos bajo la bandera de la cruz de Jesús. Es lo que habían hecho los cruzados cuando fueron a matar musulmanes en Tierra Santa. Es lo que había hecho la Inquisición cuando rompía los brazos de los herejes en el potro de tortura. Les parecía bien obligar a la gente a someterse a su versión de dios. Y eso era porque su versión de dios no era más que una versión de sí mismos.

Lutero había tardado un instante en ver que era un tremendo error y le dio coraje para oponerse al poder y a la codicia de la Iglesia católica y hacer un llamamiento para empezar algo nuevo. Así nació la religión protestante y, como su nombre indica, se definió más por las cuestiones a las que se oponía que por las que amparaba. Pero su oposición a la crueldad del poder proporcionó algo precioso a la historia europea. Se convirtió en una fuerza que con el tiempo desafiaría tanto a la tiranía religiosa como a la política.

Debido a cómo se organizaba la sociedad en esa época, el protestantismo no podía llegar muy lejos sin la aprobación y el apoyo de los gobernantes locales. Europa no era una democracia. Así que, para establecerse, las iglesias reformadas necesitaban el respaldo de los reyes y duques gobernantes. Se formaron alianzas con ellos y surgieron nuevas iglesias. Pero no todo el mundo veía las cosas de la misma manera o creía en las mismas cosas. Así que la gran división de Roma fue seguida por divisiones más pequeñas entre los protestantes, que no se ponían de acuerdo

para decidir lo que la nueva Iglesia purificada debía ser. La genialidad del protestantismo fue también su mayor debilidad: su incapacidad para llegar a acuerdos sobre cualquier cuestión que desaprobara.

La genialidad de la Iglesia romana había sido su resistencia a la división. Su perseverancia era el pegamento que había hermanado diferentes pueblos de diferentes lugares en una sola fe. Incluso el uso del latín en misa había sido unificador. Solo lo entendían quienes habían recibido una formación y no eran demasiados, incluso entre el clero. De modo que todos los que iban a misa en Europa estaban unidos en su ignorancia de lo que se decía en el altar. También eran uno en la participación de un misterio sagrado que era el mismo en todas partes. Con la Reforma esa unidad se perdió para siempre, excepto en la propia Iglesia católica.

Después de las convulsiones de la Reforma, la Iglesia católica respondió con su propio movimiento reformista, conocido como la Contrarreforma. El papa Pablo III convocó un concilio en Trento, Italia, entre 1545 y 1563. Como era de esperar, denunció los escritos de Martín Lutero, pero también criticó los abusos en la Iglesia que los había impulsado. La Iglesia a la que le gustaba llamarse la barca de Pedro, por el apóstol al que llamaba el primer papa, había sobrevivido a la tormenta que había amenazado con hundirlo. Siguió navegando por la historia, golpeada por vientos ocasionales, pero ya no volvió a estar seriamente amenazada.

No podía decirse lo mismo de las iglesias protestantes. Si seguimos con la metáfora náutica, el protestantismo pasó de tener unos cuantos buques grandes navegando bajo las banderas nacionales a redoblar el número de naves competidores, algunas no mucho más grandes que una canoa. Dos factores contribuyeron a este efecto multiplicador, y el principal era la Biblia. Una vez que se libera un libro del control de una única autoridad, queda a merced de muchas interpretaciones, especialmente si se cree que ha sido inspirado por dios. Lutero había encontrado la justificación por la fe en la Biblia. Pero había mucho más por descubrir, en gran parte contradictorio. A fin de cuentas, la Biblia era una biblioteca de libros escritos y reescritos a lo largo de los siglos por muchos autores desconocidos. Había algo para

todos, según las necesidades y los temores que los impulsaran. Algunas de las nuevas iglesias protestantes se inspiraron más en el Antiguo Testamento que en el Nuevo. Veremos el efecto que tuvo sobre el modo en que la Reforma funcionó en diferentes naciones. También veremos cómo el antiguo anhelo de una autoridad absoluta en la religión pasó de un Papa infalible a una Biblia infalible.

El otro factor que causó la división entre los protestantes fue el modo en que la Reforma había liberado al individuo. La religión tradicional no había dado mucha libertad de elección a los creyentes. Tenían que hacer lo que dijeran los sacerdotes y los obispos que dirigían la Iglesia. Al aceptar la conciencia de los individuos y su derecho a una relación personal con dios, la Reforma destruyó este tipo de autoritarismo. Rechazó la idea de que los individuos tenían que acercarse a dios a través de autoridades oficiales. Creía en el sacerdocio de todos los creyentes, no solo de aquellos que habían entrado a formar parte del sacerdocio apostólico. Por este motivo era difícil organizar el protestantismo en una sola institución. Siempre hubo rebeldes que se enfrentaban a quienes se habían puesto al mando. Y si no se los escuchaba, ponían en marcha su propia Iglesia.

Pero el mayor fracaso de las Iglesias de la Reforma fue que nunca desafiaron la manera en que Constantino había llevado el cristianismo a la corrupción de utilizar la violencia contra sus oponentes. Lutero había tenido su momento de conciencia absoluta del camino del amor, pero los cielos habían cerrado sus puertas de nuevo y al tratar con sus oponentes Lutero fue tan despiadado como el peor. Nunca tuvo reparos en utilizar la fuerza cuando veía peligrar su autoridad.

Es exactamente lo que hizo cuando los campesinos de Alemania, animados por el desafío de la Reforma al poder de la Iglesia, se preguntaron por qué no podían liberarse del dominio que los terratenientes ejercían sobre sus vidas. No eran esclavos, pero su vida era muy parecida a la esclavitud. Eran siervos, trabajadores agrícolas sin derechos ni posibilidad alguna de salir de la pobreza. Estaban allí para morir por los nobles que vivían en grandes mansiones y palacios. La Iglesia había bendecido el arreglo como algo que había ordenado dios. Un himno popular diría así

años más tarde: «El hombre rico en su castillo, el pobre a su puerta, dios los hizo nobles o humildes, y ordenó su hacienda» (*The rich man in his castle, the poor man at his gate, God made them high or lowly, and ordered their estate*). Los campesinos no estaban de acuerdo. La Reforma les había dado una esperanza.

Si la Iglesia era capaz de cambiar, ¿por qué no iba a ser capaz la sociedad? Si Martín Lutero podía derrumbar el poder de la Iglesia romana, ¿por qué no podían derrocar el poder de los terratenientes?

Su rebelión, que se ha llamado la guerra de los campesinos alemanes, duró un año, de 1524 a 1525. Con el apoyo furioso y entusiasta de Lutero, las autoridades suprimieron brutalmente el levantamiento y murieron 100.000 personas durante el conflicto. Cuando terminó, se instauraron bandas de vigilantes que se dedicaban a recorrer las zonas agrícolas golpeando a los campesinos que habían sobrevivido y quemando sus chozas. Era otro ejemplo de cómo la obsesión de la religión por llevar a la gente al Cielo hacía que no se interesara por encontrar maneras de ayudarlos a llevarse mejor en la Tierra. Se podría decir que la participación de Lutero en el aplastamiento de la rebelión de los campesinos fue la primera Cruzada protestante. Habría otras, por lo general de protestantes contra los protestantes. Todo había cambiado. Sin embargo, todo permanecía igual.

A finales del siglo XVI, con la excepción de Irlanda, el norte de Europa era casi toda protestante. Las nuevas iglesias tomaron diferentes formas y con frecuencia estaban en violento desacuerdo entre sí. Pero Europa no fue el único continente en el que había una crisis religiosa. India también estaba en crisis. Así que antes de cruzar el canal de la Mancha para ver qué pasó cuando la Reforma llegó a Inglaterra y Escocia, vamos a desviarnos para ver lo que estaba pasando en la India.

CAPÍTULO 29



La reforma de Nanak

A Martín Lutero no le habría caído bien Gurú Nanak y el sentimiento habría sido mutuo, pero tenía mucho en común con el fundador de la religión sij. Vivieron durante la misma era turbulenta. Nanak nació en 1469, Lutero en 1483. Nanak murió en 1539, Lutero siete años más tarde, en 1546. Nunca oirían hablar el uno del otro; vivieron a más de ocho mil kilómetros de distancia, Nanak en la India, Lutero en Alemania. Pero ambos fueron reformadores de la religión en la que habían nacido. Aunque a años luz en la forma de vivir y en sus creencias, los dos nos recuerdan cómo las religiones tienden a dividirse en su búsqueda de la verdad y la pureza.

Un sij es un discípulo o seguidor del Gurú Nanak y los nueve gurús que le sucedieron. Aunque Nanak fue el fundador del sijismo, la fe que él concibió no alcanzó su forma final hasta 1708 con la muerte del décimo y último gurú. Un gurú es un maestro que hace que el significado de dios sea claro y su presencia real. Antes de morir, Gurú Nanak nombró a Gurú Angad para que lo siguiera, y él antes de morir en 1552 nombró a Gurú Amar Das su sucesor. Así se fue organizando la sucesión apostólica de los gurús del sijismo hasta que llegó a su décimo Gurú, Gobind Singh, en 1676.

Entonces sucedió algo interesante. El Gurú Gobind Singh decidió no nombrar sucesor. Declaró que en adelante el gurú que representaba a dios en la comunidad sij existiría de dos formas diferentes pero relacionadas. En primer lugar, el libro sagrado sij sería el gurú. Se llamaría Gurú Grant Sajib y sería el lugar central en un templo sij o *gurdwara* (que significa puerta de entrada al gurú), como el símbolo de la presencia de dios entre ellos.

El segundo modo del gurú sería la comunidad de creyentes que se habían iniciado en la religión sij, llamada Gurú Khalsa Panth o gurú del camino puro. Al igual que algunas de las iglesias que surgieron en el cristianismo durante la Reforma, los sijs no creían en la necesidad de un sindicato de sacerdotes para supervisar su fe. Los fieles no tenían necesidad de intermediarios entre ellos y dios. Todos los creyentes eran iguales a los ojos de dios. Así que quizá ayude ver a los sijs como los protestantes de la religión india y al gurú del camino puro como el sacerdocio de todos los creyentes amados de los reformadores del cristianismo. Hay otros aspectos de esta religión que se pueden leer como una forma de protestantismo indio, pero volvamos ahora a Nanak, el primer gurú del sijismo, para ver cómo empezó todo.

Nanak nació en el Punjab, al noroeste de la India, de padres hindúes de la casta de los comerciantes. Había pasado mucho tiempo desde que el hinduismo había sido la religión dominante en la India. Ahora lo era el islam. Los comerciantes musulmanes habían llegado por primera vez a la India en el siglo VIII y habían llevado su fe con ellos. Como siempre, la India era hospitalaria con la religión en cualquiera de sus formas y el islam arraigó en el subcontinente junto a todos los demás sistemas. Más adelante, en el siglo X, los musulmanes del vecino Afganistán empezaron a hacer incursiones en el Punjab. En aquella época parecían más interesados en hacerse con un botín que en imponer su fe, pero debían de estar horrorizados por el politeísmo que encontraron.

Las invasiones musulmanas continuaron y para cuando nació Nanak en el siglo XV, el gran Imperio mogol había comenzado a tomar el control de la India. Los mogoles eran originarios de Mongolia, en Asia Central, y cuando llegaron a la India se habían convertido al islam. Cuando Nanak era un

niño, el emperador de la India era musulmán. Pero un toque de universalismo hindú había calado en los nuevos gobernantes y el Imperio mogol era tolerante con las diferentes creencias. Así que Nanak, que estaba intensamente comprometido con la búsqueda espiritual, tenía que elegir. ¿Hinduismo o islam?

Decidió hacer una peregrinación a los lugares sagrados de ambas religiones en busca de inspiración. Se dice que llegó hasta La Meca en Arabia. Para cuando regresó al Punjab al final de sus viajes, había decidido que el camino que buscaba no estaba ni en el hinduismo ni en el islam. Después de un encuentro místico con dios, proclamó un modo diferente de ver las cosas. Pero cuando estudiamos lo que se le reveló, podemos ver que, aunque tenía su propio carácter, contenía elementos de las dos religiones a las que reemplazó. Igual que Mahoma y los líderes de la Reforma protestante, Nanak odiaba que la religión hiciera alardes. Era un monoteísta con un profundo desprecio por los mercaderes de la idolatría. Había visto lo fácil que era para la religión convertirse en un fraude con estafadores espirituales haciendo de comerciales de dios. Nanak sabía que dios ya estaba en los corazones de las mujeres y los hombres corrientes. Dios no necesitaba trabajar con agentes. Por eso a Nanak le disgustaba el tipo de servicio que requería un sacerdote profesional.

En este sentido era más islámico que hindú. Pero era hindú en su simpatía por el anhelo del alma de ser rescatada de su vagabundeo migratorio por la vida después de la vida en la Tierra. La creencia en el karma y la reencarnación son lo más distintivo de las doctrinas hindúes, y Nanak las aceptaba. Dios le había dicho que él mismo había sido liberado del ciclo del regreso sin fin. Había sido enviado como un gurú a su pueblo para mostrarle cómo podían salvarse de los eternos renacimientos. En una de las historias que describen su experiencia espiritual, la misión de Nanak se cuenta así. El todopoderoso le dijo:

> Te libero del ciclo de nacimiento, muerte y renacimiento; el que ponga sus ojos en ti con fe se salvará. El que oiga tus palabras con convicción se salvará… Yo te concedo la salvación. Nanak, vuelve al mundo del mal y enseña a los hombres y a las mujeres a orar, a ofrecer caridad y a vivir puramente. Haz el bien para el mundo y redímelo en la era del pecado.

Hasta este momento se podría decir que lo único que había hecho Nanak era tomar fragmentos del hinduismo y el islam y empaquetarlos de una forma diferente. Pero lo que hizo a continuación fue radical y distintivo; y lo sigue siendo. Consiguió que la gente comiera unida. Puede parecer poco novedoso o importante, pero en la historia de la religión supuso una revolución. En las comunidades religiosas los creyentes tenían que aprender con qué personas se les permitía comer y con quién tenían prohibido hacerlo. Incluso había un nombre técnico para esto: «comensalidad», es decir, los grupos con los que uno podía sentarse a la mesa. Pero la mayor parte de la energía se dedicaba a explicar con quién no se podía comer. Eso es porque la idea de pureza está profundamente arraigada en la psique religiosa, la idea de que hay alimentos sucios y personas impuras. Si los tocas, te vuelves repugnante para dios y necesitas purificación. Es más fuerte en los países en los que existe la separación de castas o razas. Existía en el sistema de castas hindú, donde incluso si la sombra de un intocable caía sobre la comida de un Brahmin, la hacía impura y había que tirarla.

El hinduismo no era la única religión que practicaba este tipo de discriminación. Existía en el judaísmo también. Había razas sucias y alimentos sucios. Una de las cosas de las que se acusaba a Jesús era de ignorar estos tabúes. ¡No solo hablaba con los pecadores, sino que se sentaba a comer con ellos! La Iglesia que afirmaba seguir sus pasos no tardó en encontrar razones para no continuar con su ejemplo. El tabú de la comida sigue presente en el cristianismo. Uno de los principales ritos del culto cristiano es una comida que se llama la Cena del Señor, o la Sagrada Comunión o Misa. Se basa en la última comida que hizo Jesús con sus discípulos la noche anterior a su muerte, cuando les dijo que siguieran celebrándola para recordarle. Los cristianos la han celebrado desde entonces. Pero no comen con cualquiera. Los católicos romanos no se sientan con los protestantes. Hay protestantes que no comen con otros protestantes o con alguien que no esté en la pureza de su propio círculo. Muchos cristianos creen que si alguien ha pecado no se le debe permitir

comer en absoluto. Es como cuando le mandan a uno a la cama sin cenar, como un castigo por portarse mal.

Nanak odiaba estos tabúes. Vio cómo levantaban muros de separación entre las personas en el nombre del dios que los amaba a todos por igual. Su respuesta fue de una simplicidad brillante. Introdujo la costumbre del *langar* o la comida comunal en la comunidad sij. Estaba abierto a todas las castas y estaba libre de esos adornos rituales que los sacerdotes adoran incluir en las actividades humanas. ¡Era una comida, sin más! Comían todos juntos como una familia. En un gurdwara sij, la cocina es tan santa como cualquier otra parte del edificio. Se cocina y se comparte la comida para celebrar la igualdad de todos, sin importar la casta, credo, raza o género. Por eso el gurdwara tiene cuatro puertas en los puntos cardinales de la brújula, para simbolizar que está abierto a todos los concurrentes. Todos los gurús que siguieron a Nanak enfatizaron la importancia del langar en la fe sij. El tercer gurú, Amar Das, incluso insistió en que cualquiera que quisiera conocerlo, desde el campesino más humilde hasta el propio emperador de la India, tenía que comer primero con él en el langar.

Cada uno de los nueve gurús que siguieron a Nanak confirmó y adaptó su visión a las necesidades de su época, pero fue el décimo gurú quien dio al sijismo la identidad dramática que lo ha caracterizado hasta nuestros días. La India mogol era relativamente tolerante, pero estaba lejos de ser una sociedad abierta y los sijs tuvieron que protegerse de la desaprobación islámica. El sexto gurú, Hargobind (1595-1644), estableció un ejército sij para proteger a su comunidad. Pero fue el décimo gurú, Gobind Singh (1666-1708), el que dio al sijismo su fortaleza. Animó a su gente a que fundara una ciudad fortificada y que tuviera entrenamiento militar; un recordatorio de cómo las nuevas religiones suelen tener que protegerse de la persecución del grupo que han abandonado. Los sijs se convirtieron en soldados legendarios y adoptaron un estilo marcial que todavía les marca hoy.

El sijismo tiene cinco rasgos principales, que se conocen como las cinco K. *Kesh* significa pelo sin cortar. Los sijs se dejan crecer el pelo como muestra de su fe y los hombres llevan turbantes para mantenerlo bajo

control. Las mujeres pueden llevar turbante o una bufanda. *Khanga* es el peine que simboliza la pureza y se pone en el pelo largo del sij. *Kara* es un brazalete de acero usado en la muñeca como un símbolo de la infinitud de dios. El *kirpán* es una espada en la cintura que se sujeta al hombro con una correa. Esto recuerda a los sijs no solo su historia militar, sino también su deber de luchar por la justicia. *Kacha* son calzoncillos de soldado que sirven de recordatorio de la necesidad de autodisciplina.

A diferencia del cristianismo y el islam, el sijismo no es una religión proselitista. Es como el judaísmo, es una identidad racial y una fe. Aunque recibe con entusiasmo a cualquier converso que quiera unirse a él, no cruza océanos en busca de nuevos seguidores. Esto se debe a que, a diferencia de las religiones que se ven a sí mismas como la única vía autorizada para la salvación, los sijs creen que hay muchos caminos que llevan a dios. En esto muestran la generosidad que caracteriza la espiritualidad india, en contraste con la intolerancia que suele marcar el cristianismo en Occidente. Y esta es la señal para marcharnos de la India y dirigirnos a Gran Bretaña a ver las batallas de la Reforma en pleno auge, cuando avanzaba el siglo XVI.

CAPÍTULO 30



El camino medio

Cuando era estudiante, uno de mis profesores de historia de la religión era un hombre de Aberdeen que hablaba de una forma pintoresca. Cuando nos explicó la Reforma, utilizó una metáfora que todavía recuerdo. Así es como nos hacía reflexionar sobre el estilo que tenían las diferentes iglesias que surgieron de los enfrentamientos del siglo XVI.

Tienes un hijo pequeño –dijo–, y ha estado en la calle jugando con sus amigos. Cuando llega a casa a la hora de dormir, tiene la cara sucia, llena de barro de los campos por los que ha estado danzando todo el día. Cuando ves el aspecto que tiene, ¿qué haces? Tienes tres opciones. Puedes mandarle a la cama tal como está y que ponga su cabecita sucia sobre la almohada limpia. Puedes cortarle la cabeza. Así te librarías del barro, desde luego, pero le matarías y te quedarías sin hijo. O puedes darle un baño y lavarle antes de meterle en la cama.

¿Qué quería decir con esto? Estaba explorando la idea de continuidad con el pasado en las iglesias que quedaron en pie tras la Reforma. Había tres modelos para elegir, decía. La continuidad sin ningún cambio; el cambio sin continuidad; o la continuidad con algún cambio.

En la Iglesia católica hubo una continuidad con el cristianismo que se remontaba hasta el tiempo de los apóstoles. Hacia el siglo XVI se le había ido ensuciando la cara como al pequeño, pero bajo la mugre seguía siendo lo que había sido desde el principio. Era cristianismo, sin reformas.

Sin embargo, para los reformistas radicales, el catolicismo ya no era cristiano. El Papa no solo tenía la cara sucia, era el Anticristo, alguien que decía ser discípulo de Cristo pero que, en realidad, era su enemigo. Era como si un agente extranjero se hubiera convertido en presidente de un país para destruirlo desde dentro. El catolicismo había pasado al lado oscuro. Así que había que cortarle la malvada cabeza.

En el centro estaban los reformadores que afirmaban que lo único que estaban haciendo era lavar la cara a la Iglesia. No se estaban deshaciendo de la Iglesia, sino de la suciedad que la estaba desfigurando. De todas las iglesias que surgieron en tiempos de la Reforma, la que más apreciaba el camino medio y lo reivindicaba como propio era la Iglesia en Inglaterra. Decía que su enfrentamiento no era con la Iglesia católica en absoluto. Era con uno de sus obispos, el obispo de Roma. ¿Qué derecho tenía un obispo italiano a intervenir en los asuntos de otra nación? Su pretensión de tener autoridad sobre el mundo entero no formaba parte de la identidad original de la Iglesia. Su ansia de poder ya había causado el Gran Cisma entre la Iglesia ortodoxa del Este y la Iglesia católica de Occidente. Estaba haciendo viejos trucos de los suyos y, si no era cuidadosa, habría otro Gran Cisma.

Pero había otra versión de la historia y tenía más que ver con las dificultades maritales del rey de Inglaterra que con las ambiciones del obispo de Roma. El rey era Enrique VIII, famoso por haber tenido seis esposas, y para comprender todo el embrollo tenemos que ir atrás en el tiempo, a unos cuarenta años antes de su nacimiento.

Enrique nació el 28 de junio de 1491, cuatro años después de que acabaran una serie de guerras que habían desgarrado Inglaterra durante treinta y siete años. Las guerras habían empezado en 1455 y continuaron encarnizadamente hasta que Enrique Tudor ganó la batalla de Bosworth en 1485 y puso fin al conflicto. Entonces fue coronado como el rey Enrique VII. ¡Por fin había paz! Pero los reyes medievales nunca podían dar por

sentado que la paz duraría. «Inquieta está la cabeza que porta la corona», escribió William Shakespeare, el gran dramaturgo inglés y estudioso de la monarquía.

El futuro rey Enrique VIII se criaría oyendo historias de las luchas que habían llevado a su padre al trono de Inglaterra. Habría aprendido lo atento que debía estar un rey a la más mínima amenaza a su trono. Pero felizmente, esto no le concernía a él. Tenía un hermano mayor, Arturo, que se convertiría en rey cuando muriera Enrique VII. Del joven Enrique, inteligente y atlético, se esperaba que estudiara mucho y jugara mucho. Pero cuando tenía diez años todo cambió. Su hermano Arturo murió, dejando viuda a Catalina de Aragón, que era una princesa española. Enrique pasaba así a ser el heredero al trono por el que su padre había luchado con el fin de no perderlo. De modo que cuando Enrique VII murió en 1509, su hijo de diecisiete años le sucedió como Enrique VIII y reinó durante los siguientes treinta y ocho años.

Nuestra parte de la historia comienza cuando, al llegar al trono de Inglaterra, Enrique decide casarse con Catalina de Aragón, la viuda de su hermano Arturo, cinco años mayor que él. Era algo poco habitual, porque la Biblia parecía prohibirlo. El libro del Levítico del Antiguo Testamento prohibía expresamente que un hombre se casara con la viuda de su hermano: «Si un hombre se casa con la mujer de su hermano, lo que hace es una indecencia, porque es como si tuviera relaciones con su hermano»; y aquí viene lo peor: «Los que lo hagan no tendrán hijos». Con el fin de seguir adelante con el matrimonio Enrique tuvo que obtener una dispensa especial del Papa. Lo consiguió y se casó con Catalina. Esto demuestra que en ese momento Enrique no tenía ningún problema en aceptar la autoridad del Papa sobre el reino de Inglaterra.

Los problemas comenzaron cuando Catalina no produjo un varón para que fuera el heredero del trono. Esto era una verdadera preocupación para Enrique, como lo habría sido para cualquier rey medieval. En aquella época lo único que se esperaba realmente de una reina era que garantizara un heredero varón. Catalina no había cumplido con su cometido. Le dio una hija, María, pero no un hijo, y eran los hijos los que contaban. Enrique se

conocía la Biblia. De hecho, casi se podía decir que era teólogo. Leía en latín y en griego; y era un católico convencido. Odiaba las noticias de la Reforma que llegaban de Europa. Escribió un panfleto en el que atacaba la teología de Lutero y el papa León X le había otorgado el título especial de Defensor de la Fe, un título que el monarca del Reino Unido ha mantenido hasta hoy. En las monedas de libra se pueden ver las letras «FD» tras el nombre de la reina, que quieren decir *Fidei Defensor*, Defensor de la Fe en latín.

Así que, fuera lo que fuese, Enrique VIII no era protestante. No quería una nueva Iglesia en Inglaterra. Quería una esposa que le diera un hijo. La solución era simple. El Papa le había dado una dispensa para casarse con Catalina a pesar de lo que decía la Biblia. El hecho de que no pudiera darle un hijo demostraba que el Papa nunca debería haber dado su consentimiento, para empezar. ¿Qué decía ese pasaje del Levítico? No tendrán hijos. Como las hijas no contaban, Enrique pensaba que, efectivamente, no tenía hijos. El Papa debía anular el matrimonio, es decir, declarar que nunca había sido válido.

Fue un duro trance para el Papa. Si decía que sí a la anulación, ofendería al pariente de Catalina, el emperador de España. Si decía que no, indignaría al rey de Inglaterra. Así que no hizo nada, con la esperanza de que surgiría algo que le sacaría del atolladero.

Lo que surgió fue otra mujer en la vida de Enrique, Ana Bolena, una de las damas de la corte de la reina Catalina. Enrique se enamoró de Ana y, como estaba convencido de que había sido maldecido por casarse con la esposa de su difunto hermano, se casó con ella en secreto en 1533. En 1534, pidió a sus asesores que encontraran un ejemplo de una situación similar en la historia y se declaró Jefe Supremo de la Iglesia de Inglaterra. Para lo primero que utilizó su nueva autoridad sobre la Iglesia fue para anular su matrimonio con Catalina. La escisión de Roma estaba completa.

Lo que hay que destacar es que la división no fue causada por protestantes que clamaban por una nueva iglesia, sino por el rey de Inglaterra que clamaba por una nueva esposa. Por supuesto que había protestantes en Inglaterra. Uno de ellos era el muñidor del rey, Thomas

Cromwell, aunque es improbable que Enrique supiera de sus inclinaciones. De esta maraña de circunstancias surgió una Iglesia de Inglaterra que afirmaba ser católica y reformada, la misma, pero diferente. Conservó el antiguo orden de obispos, sacerdotes y diáconos, y afirmaba que seguía estando en la sucesión apostólica. Mantuvo la mayor parte del viejo calendario de fiestas y ayunos en un nuevo Libro de Oración Común que permitía a los ingleses rendir culto en una hermosa versión en su propio idioma. No era una Iglesia nueva, ni siquiera una Iglesia diferente. Era la vieja Iglesia católica con la cara limpia y reluciente.

Así era como le gustaba describirse a sí misma. Pero sus orígenes estaban muy lejos de la limpieza reluciente. Fue la política de la realeza y no la teología reformada lo que separó Inglaterra de la vieja Iglesia católica. Pero la Reforma inglesa ilustra un aspecto de la religión sobre el que nos debemos detener un momento: la forma en que se ve irremediablemente enredada con la política humana. La política, que procede de la palabra griega que quiere decir «ciudad», es la definición rápida de la forma en que los seres humanos organizan su vida pública, con todas sus tensiones y desacuerdos. La política lo invade todo, desde las peleas en el patio del colegio hasta los debates en las Naciones Unidas.

Y desde el principio la religión ha sido parte de la mezcla política. Se podría decir, incluso, que la relación entre dios y la humanidad es en sí misma una especie de política, ya que se trata de averiguar cómo interactúa uno con el otro. La religión ha sido parte de la política terrenal desde el principio. Obviamente, hay política en la religión; un ejemplo son los desacuerdos que existen sobre quién debe estar al mando y cómo se elige.

El peligro está en que la religión se convierta en un arma en las disputas entre los poderes políticos rivales que dicen que dios está de su lado en lo que sea que se está discutiendo. Por eso tenemos que ver la Reforma como un movimiento en el que es imposible separar la religión de la política de la época, particularmente en Inglaterra. Por la seguridad de su reino, Enrique necesitaba un divorcio; y si el Papa no quería o no podía dárselo entonces tendría que encontrar quien lo hiciera. Así que se separó de Roma y nació la Iglesia de Inglaterra. Y a pesar de sus orígenes algo dudosos, se consideraba

a sí misma como un camino medio entre los extremos. Todavía era la Iglesia católica, pero con la cara más limpia.

Enrique consiguió el divorcio, pero no le hizo feliz. Ana Bolena tampoco le dio un hijo, pero sí una hija. Así que la maldición seguía en marcha. Enrique hizo ejecutar a Ana por una falsa acusación de adulterio. Luego se casó con Jane Seymour, quien le dio el hijo que quería, al que llamaron Eduardo. Cuando Enrique murió en 1547, le sucedió Eduardo, que entonces tenía nueve años.

Durante el corto reinado de Eduardo se consolidaron las reformas de la Iglesia de Inglaterra. Pero cuando murió en 1553 le sucedió María, la hija de Catalina de Aragón, y la política religiosa de Inglaterra osciló en dirección contraria. Se reinstauró la Iglesia católica y María se vengó de todos los que habían hecho sufrir a su madre. Persiguió con entusiasmo a los protestantes y a muchos los quemó en la hoguera por sus herejías, ganándose el apodo de Bloody Mary, María la Sanguinaria.

María murió en 1558 y el péndulo volvió a cambiar de dirección. La sucesora fue Isabel, la hija de Ana Bolena, que reinó hasta 1601 y trajo paz y estabilidad al reino. La ironía es que la hija que Enrique VIII no había querido resultó ser una de las monarcas más sabias que Inglaterra había conocido jamás. Estabilizó el Estado y completó la reforma de la Iglesia. Pero podía ser tan despiadada como su padre. En 1587 hizo decapitar a su prima María, reina de Escocia, por conspiración. Se necesitaron tres golpes del hacha para cortarle la cabeza, un final sombrío de una vida infeliz. Para entender por qué sucedió, debemos ir hacia el norte, hasta Escocia, donde la Reforma había tomado un rumbo muy diferente.

CAPÍTULO 31



Decapitar a la bestia

Ser reina en la Europa medieval era peligroso. Había que forjar alianzas entre naciones y tener hijos con hombres que probablemente no estaban enamorados. Así había sido para Catalina de Aragón, la primera esposa de Enrique VIII. Pero ella al menos murió en la cama. La sobrina nieta de Enrique, María, reina de Escocia, murió decapitada, víctima de los conflictos religiosos de su tiempo. Había nacido en Escocia en 1542 hija del rey Jacobo V y su esposa francesa María de Guisa. Sus pérdidas comenzaron temprano. Su padre murió semanas después de que ella naciera y así se convirtió, de hecho, en la reina de Escocia. A los cinco años, la enviaron a vivir a Francia, y allí, cuando tenía quince, se casó con Francisco, el heredero al trono, que entonces tenía catorce.

Su suegro, el rey Enrique II de Francia, se convirtió en el padre que nunca tuvo. Era buena estudiante, le encantaban los animales, especialmente los perros, y llevaba una vida cómoda y protegida. Pero pronto empezarían las desgracias. Su suegro murió en 1559, su marido se convirtió en el rey Francisco II y ella en la reina consorte. Un año después, su madre, la reina regente de Escocia, también murió, y seis meses más tarde lo haría su marido, Francisco. A los dieciocho años María era huérfana

y viuda. La fe católica que le habían inculcado de niña la ayudó a soportar el dolor y se llevó consigo su fe cuando se la reclamó en Escocia para que fuera reina. Pero en los años que ella había estado ausente, Escocia se había vuelto protestante. ¿Cómo reaccionaría el país ante una reina católica?

Llegó a su tierra natal el 19 de agosto de 1561. Cuando se estaba preparando para su primera noche en el palacio de la Milla Real (Royal Mile) de Edimburgo, oyó que cantaban en la calle, bajo su ventana. No era una serenata de viejas canciones escocesas para darle la bienvenida. Era un grupo de opositores que quería hacerle una advertencia con algunos de los nuevos salmos de Escocia. El mensaje era: cuidado con lo que haces. Francia, el viejo aliado de Escocia, puede seguir siendo católico, pero ahora Escocia es protestante. Así que, ¡ten cuidado, reina papista! Era un mal presagio. Era evidente que la joven reina no lo tendría fácil. El jefe de los cantores era un hombre bajo con una larga barba. Se llamaba John Knox.

La Reforma había llegado tarde a Escocia. Comenzó cuando el joven Patrick Hamilton trajo consigo ideas protestantes de Europa, donde había sido estudiante. Todavía se puede ver el lugar en St Andrews donde, en 1528, la Iglesia católica lo quemó en la hoguera por sus creencias. Tardó seis horas en morir en una ejecución chapucera. Pero sería la muerte del siguiente mártir de St Andrews, George Wishart, lo que encendería la mecha que finalmente consumiría la Iglesia católica en Escocia. Wishart era un hombre amable que había ofrecido sus sábanas a los pobres de Cambridge cuando él era un estudiante. Su bondad no impidió que la Iglesia lo arrestara por ser protestante. En 1546 también fue condenado a morir en la hoguera. El cardenal Beaton, jefe de la Iglesia en Escocia, vio la ejecución desde su ventana en el castillo de St Andrews. Tal vez quería comprobar si se llevaba a cabo de forma eficaz. Esta vez se aseguraron de que funcionara. Llenaron los bolsillos de Wishart con pólvora para que ardiera más rápido.

Unos meses después de la muerte de Wishart, un grupo de protestantes irrumpió en el castillo y apuñaló al cardenal Beaton en venganza. Se unieron algunos más y se encerraron en el castillo. Uno de ellos era John Knox, el hombre que encontramos cantando bajo la ventana de la reina

María en Edimburgo. Antes había sido un sacerdote católico muy influido por el protestantismo de George Wishart.

Knox había tardado en descubrir la Biblia. Dos libros captaron su atención como los titulares de un periódico de hoy: Daniel, del Antiguo Testamento, y las Revelaciones o el Apocalipsis de san Juan, el último libro del Nuevo Testamento. Daniel se escribió durante la persecución de Israel por el rey Antíoco alrededor del 167 a.e.c.; el libro de las Revelaciones, durante la persecución de la joven Iglesia cristiana por el emperador Domiciano a finales del siglo I e.c. Ambos libros estaban escritos en un código que solo los perseguidos podían entender, les daba coraje para mantenerse firmes contra el enemigo. Las cosas están mal, pero es la oscuridad antes del amanecer, la última batalla de una guerra que van a ganar. Dios viene para librar al mundo de la bestia que había querido devorar a sus hijos. Knox sintió un escalofrío. Estos libros no eran sobre el pasado. ¡Describían lo que estaba pasando en Escocia ahora! ¡La Iglesia católica era el rey Antíoco! ¡Era el emperador Domiciano! La tarea no era reformar la Iglesia católica, sino destruirla y reemplazarla por algo completamente diferente.

En un sermón que dio en St Andrews citó el lenguaje cifrado de Daniel:

> Los diez cuernos son diez reyes que se levantarán de aquel reino, y tras ellos se levantará otro… Y hablará palabras contra el Altísimo, y quebrantará a los santos del Altísimo… y serán entregados en su mano hasta el tiempo, y tiempos, y medio tiempo.

¿No era lo que le estaba pasando a él? Entonces continuó con la bestia en el Apocalipsis:

> Vi a la bestia y a los reyes de la tierra, y sus ejércitos… Y la bestia fue apresada, y con ella el falso profeta que obró milagros ante él… Ambos serán lanzados vivos a un lago de fuego que arde con azufre...

Para Knox, esto no hablaba del pasado muerto en Israel. Esto se refería al presente en St Andrews. Iba a llegar el momento del juicio final a Escocia. La gente tenía que tomar partido. No había un término medio. O

estaban con dios o con la bestia católica que estaba contra él. No había medio camino, «*na middis*», como decía Knox en lengua escocesa. Es la primera vez que oímos la voz de Knox. Pero podría haber sido la última.

En 1547, cuando estaba pasando todo esto, Escocia seguía siendo un país católico. Gobernaba la reina regente, María de Guisa, madre de María, la reina de los escoceses. La regente veía que los reformadores protestantes iban a ser una amenaza para el acceso de su hija al trono. Así que pidió ayuda a los franceses en su momento de necesidad. Llegaron en barco y pusieron fin al asedio de St Andrews. Arrestaron a Knox y le condenaron a dos años en las galeras francesas, que eran de unos 45 metros de largo y 9 de ancho. Eran barcos de vela, pero cuando no había viento trabajaban los remeros, seis hombres a cada lado encadenados a un remo donde comían, dormían y hacían sus necesidades. Después de casi dos años en las galeras dejaron a Knox en libertad. Pero ahora con nuevas fuerzas logradas gracias a los franceses, decidió no volver a Escocia. Pasó los siguientes años trabajando para la causa protestante en Inglaterra. Y cuando las cosas se pusieron feas en el reinado de María la Sanguinaria, escapó a Ginebra, donde mandaban los protestantes.

Regresó a Escocia en mayo de 1559, cuando la causa protestante estaba a punto de alcanzar el éxito. Una vez más fue un sermón de Knox lo que sentó las bases para la etapa final de la lucha. La reina regente todavía luchaba por una Escocia católica para su hija María. Cuando quiso vetar a los predicadores protestantes, Knox fue a Perth a dar un discurso. Para Knox, las imágenes y estatuas de las iglesias católicas no eran arte inocente. Eran una blasfemia, un insulto a dios, una prueba más de que el catolicismo se había entregado a la bestia. Knox estaba tan obsesionado con los ídolos como el profeta Mahoma, y por la misma razón. Daba celos al único dios verdadero, que los había denunciado en el Segundo Mandamiento.

Su sermón provocó un motín. Despojaron a la iglesia de sus imágenes, derribaron sus altares y destrozaron sus esculturas. Fue el comienzo de una orgía de destrucción que dejó Escocia sin casi nada del arte que se había creado durante su larga historia católica. La iglesia protestante (a la que los escoceses llaman informalmente Kirk) celebraría sus ritos en edificios

blancos, sencillos, sin imágenes que pudieran distraer de escuchar la palabra de dios de la Biblia, la única fuente de emoción en la que confiaba.

Parecía que la lucha entre católicos y protestantes iba a continuar en Escocia. Pero de repente, todo había terminado. Murió la reina regente y los nobles escoceses hicieron un trato. Escocia se convertiría en un país protestante en la forma estricta que proponía Knox. Pero permitiría que María, la hija de la reina regente, regresara como reina y mantuviera su fe católica. Podía oír misa en privado, pero en público debía gobernar Escocia como una nación protestante. Era un compromiso político y, como hemos visto, a Knox no le gustaba el compromiso. Ahora Knox era pastor de la iglesia de St Giles, a menos de un kilómetro de la colina del Palacio de Holyrood, y no le pareció bien que la católica María regresara como reina de Escocia. Por eso estaba bajo su ventana la noche que volvió, entonando salmos contra ella.

Pero se había terminado para los dos. Knox siguió predicando contra el acuerdo al que los nobles escoceses habían llegado con la reina María. Tenía miedo de que ella encontrara una manera de introducir a la bestia papal en el templo puro del protestantismo escocés. Era una mujer joven, consolada por la práctica de su fe católica y desconcertada por el odio que provocaba en aquel hombre que se burlaba de ella con tanta frecuencia. Los encuentros entre John Knox y María muestran cómo la religión puede provocar conflictos entre personas buenas y amables. En realidad, Knox no era un hombre malo. Él también había sufrido por su religión. Pero para él todo era blanco o negro. No había ningún tono gris. Ningún camino medio. *Na middis!*

Y el hecho accidental de ser de sangre real había llevado a María –que había sufrido enormes pérdidas y lo único que quería era amor– a enfrentarse con una religión que la abrasó, pero nunca consiguió ganar su corazón. Su necesidad de cariño la llevó a tomar algunas decisiones poco adecuadas. En 1565, cuando tenía veintidós años, se casó con su primo católico lord Darnley, un borracho malhumorado e impopular. Knox se mostró en contra del matrimonio en sus arengas. En 1566 dio a luz al hijo de Darnley, James, quien, como James VI de Escocia y James I de

Inglaterra, algún día uniría a las dos monarquías. A Darnley le asesinaron en 1567. Su siguiente esposo, lord Bothwell, era otro pícaro que primero la secuestró y luego la abandonó. Los desastres matrimoniales, uno detrás de otro, fueron demasiado para los nobles escoceses. La reina era una amenaza para la estabilidad de la nación. La arrestaron y la obligaron a abdicar en favor de su hijo James.

Así comenzaba el último acto de su tragedia. Escapó y se marchó a Inglaterra, confiando en que su prima, la reina Isabel, la ayudaría. Pero también en esto se equivocó. Para Isabel, la presencia de María suponía una amenaza. Isabel había logrado la estabilidad religiosa en Inglaterra. Había manejado con sumo cuidado el enfrentamiento político de la Reforma. No persiguió a los católicos como había hecho su hermana María la Sanguinaria con los protestantes. Pero el equilibrio era precario y María, la reina de los escoceses, podría hacerlo tambalear. Para los católicos podía convertirse en la persona donde verter su ambición y descontento. ¿Por qué no poner a María en el trono de una Inglaterra que regresa al catolicismo? Ella era una reina de verdad. Isabel era la hija de Ana Bolena, y había muchos que no creían que el matrimonio de Enrique VIII con Ana fuera válido. Se podría empezar un proceso contra Isabel y a favor de María como la legítima reina de Inglaterra.

Así que Isabel mantuvo a María bajo vigilancia en varias casas de campo en Inglaterra durante los siguientes diecinueve años. Pero cuando oyó que María podría estar conspirando para reemplazarla en el trono, decidió pasar a la acción. María fue decapitada en 1587. Para su ejecución, insistió en vestir de rojo, el color de los mártires católicos. Hicieron falta varios golpes para cortarle la cabeza. Y cuando el verdugo fue a levantarla en el gesto habitual que hacían para probar su muerte, se quedó con una peluca en la mano, mientras la cabeza de María estaba todavía en la cesta.

Durante siglos continuaron las guerras religiosas en Europa, católicos contra protestantes, protestantes contra otros protestantes. Pero de vez en cuando, a través de la neblina de la guerra, surgía un grupo que trascendía el odio y el conflicto político que la Reforma había generado. Uno de ellos

recibiría un apodo que se haría muy conocido, los cuáqueros. Los veremos a continuación y nos llevará al otro lado del Atlántico, a América.

CAPÍTULO 32



Amigos

Es incorrecto asumir que cuando la voz de dios habla en una mente humana, el resultado tiene que estar en la escala de una película épica de Hollywood como el éxodo de Egipto de los israelitas o la huida de Mahoma de La Meca o el ataque de Martín Lutero contra las indulgencias en Wittenberg. A veces la voz ordena algo tan personal que lo raro es que alguien lo recuerde. Sin embargo, puede cambiar la historia.

Así fue para George Fox, una de las figuras más atractivas de la historia de la religión. Hubo una época en la Inglaterra del siglo XVII en la que los poderosos de la Iglesia y de la sociedad se creían superiores al resto de los mortales. Estaban entusiasmados con los títulos y las vestiduras que venían con ellos. Insistían en que los que eran inferiores se arrodillaran y se quitaran el sombrero en señal de respeto. Los títulos que se otorgaban a sí mismos aumentaban la distancia entre ellos y el rebaño. Su Santidad, Su Excelencia, Su Gracia, Su Majestad eran las formas en las que había que dirigirse a ellos y les situaban por encima de las personas corrientes que corrían como hormigas a sus pies. Entre los cristianos, esta actitud era sorprendente por un lado, y no tanto por otro. Era sorprendente porque iba en contra de la enseñanza clara de Jesús, que les había dicho que la

importancia propia no tenía lugar entre sus discípulos. Pero no era sorprendente porque era lo habitual en el mundo, y la religión, por lo general, sigue los cauces habituales, sin importar bajo cuántas túnicas sagradas se esconda.

Al principio, la Reforma que azotó Europa en los siglos XV y XVI parecía que iba a rechazar este autobombo y, en cierta medida, lo logró. Pero las iglesias que rechazaron el autoritarismo de Roma pronto encontraron otras formas de afirmar su superioridad. Había sectas que se ganaron el apodo de puritanas por esa misma razón. Creían que los puros eran los verdaderos cristianos. De todas las formas de superioridad que ha creado la vanidad humana, la religiosa es la más insufrible.

Sin embargo, estas afirmaciones de superioridad espiritual o social no impresionaron a George Fox. La voz de dios le dijo que no se quitara el sombrero ante nadie, fuera alto o bajo, y que no se dirigiera a ellos con fórmulas especiales. Debía llamar de tú a todos, sin importar si eran ricos o pobres, importantes o sencillos. Como no se inclinaba ni se arrastraba por el suelo al verlos, le encarcelaban una y otra vez aquellos que se ponían furiosos ante su negativa a reconocer su superioridad. En una ocasión que le habían llevado ante la corte por su insolencia, anunció que la única autoridad que le hacía temblar era dios. Así que el juez lo descartó sarcásticamente como un *quaker* (*quake* en inglés significa temblar o alguien que tiembla). En español se llaman cuáqueros. Los seguidores de Fox se llamaban Sociedad de Amigos, pero el insulto del juez quedó y se los conoce con ese nombre desde entonces.

George Fox había nacido en Leicestershire, en Inglaterra, en 1624. Su padre era un tejedor y él había sido aprendiz de zapatero. Como muchos profetas antes de él, cuando era joven se marchó de casa en busca de la iluminación. Era una época de confusión religiosa. El mercado espiritual era ruidoso, los comerciantes religiosos vendían a gritos la singularidad de su marca de fe. Aunque todos estaban enfrentados con todos, tenían una cosa en común. Cada uno afirmaba que su versión del cristianismo era la que garantizaba el acceso a dios. Pero para encontrar a dios se necesitaba un intermediario, un amigo en la corte que pudiera presentarte.

Cuando tenía veinticuatro años, Fox recibió una revelación que le hizo comprender que había estado perdiendo el tiempo buscando a alguien que le ayudara cruzar la puerta hacia dios. Había estado mirando fuera de su persona, cuando la respuesta estaba en sí mismo. No necesitaba pasar por ninguno de los operadores que se habían instalado como porteros oficiales de dios. No necesitaba un sacerdote viejo ni un predicador nuevo para llegar a la presencia de dios. La puerta estaba abierta. Todo lo que tenía que hacer era pasar por ella.

No había necesidad de una iglesia, o una «casa campanario», como la llamaba Fox. Y la parafernalia de la religión era una distracción, ya fueran los vestidos negros de los pastores, las vestiduras coloristas de los sacerdotes, las elaboradas ceremonias del catolicismo o las severas simplicidades del protestantismo. La gente tampoco necesita un sistema de credos o una lista de cosas en las que creer. ¡Lo que desde luego no necesitaban era la fuerza de una policía religiosa para imponer las creencias! Todo lo que tenían que hacer era sentarse en silencio unos con otros y esperar a que el Espíritu Santo hablara en sus corazones. La luz de dios ya ardía dentro de cada uno de ellos.

Todo esto era bastante revolucionario. Si arraigaba, borraría la religión organizada del mapa. Pero había más. ¡Hizo la escandalosa afirmación de que todos los seres humanos eran iguales, hombres, mujeres, esclavos o personas libres! Ni la Iglesia ni el Estado estaban dispuestos a aceptar las revelaciones de George Fox, pero sus amigos cuáqueros comenzaron a ponerlas en práctica en sus propias vidas, y les costó caro. Miles fueron encarcelados por sus creencias y muchos murieron en prisión. Esto no los detuvo, siguieron luchando para mejorar la vida de los pobres. En una época en que la vida era muy dura, hicieron campaña para conseguir un mejor tratamiento para los presos y para los enfermos mentales. Pero fue su oposición a la esclavitud lo que tuvo el impacto más profundo en la historia. Y comenzó en América.

A principios del siglo XVII, América del Norte se había convertido en un refugio para los grupos religiosos que huían de la persecución en Europa y buscaban otra tierra prometida. La gran invasión europea del Nuevo Mundo

había comenzado, y los cuáqueros ingleses estaban entre los primeros en llegar. Entre ellos destacaba William Penn, que en 1682 estableció una colonia en lo que más adelante se llamaría Pennsylvania (Pensilvania en español).

Pero los colonos europeos trajeron algo más que el cristianismo a América del Norte. Trajeron consigo uno de los mayores males humanos, la esclavitud. Era una crueldad antigua y universal, pero la colonización europea de las Américas le dio un nuevo ímpetu. Para cultivar la dura tierra que habían adquirido, los colonos necesitaban trabajadores a los que poder explotar como bestias hasta que cayeran rendidos. Los esclavos eran la solución y había un montón de ellos disponibles.

Las naves que recorrían el denominado Paso Medio llevaron a millones de esclavos de la costa occidental de África a trabajar en los campos azucareros de las Indias Occidentales y en las plantaciones de los estados del sur de América. Esposados unos a otros y encerrados en bodegas de carga sin aire para respirar, millares de cautivos africanos murieron durante su travesía atlántica. Si el tiempo se ponía demasiado peligroso, el capitán podía aligerar su carga arrojando a los esclavos maniatados por la borda. Mejor ahogar a los esclavos que ver amenazada la seguridad de la nave. Era el último recurso, por supuesto, porque los esclavos eran una mercancía valiosa. Si llegaban hasta el Caribe o las Carolinas, se podían cambiar por otros productos como el azúcar y el algodón. En el siglo XVIII Gran Bretaña dominaba el comercio. Hizo colosales fortunas para los negreros cristianos de Escocia e Inglaterra. Y cuando por fin volvían a casa para vivir retirados, se construían grandes palacios en los que pasar sus últimos años; muchos de ellos todavía adornan el campo británico. ¿Cómo justificaban estos cristianos formar parte de un negocio tan cruel?

Como ya hemos visto, la esclavitud se daba por sentada en la Biblia. Así eran las cosas. No era coherente con el mensaje de Jesús, pero los primeros cristianos tenían una excusa válida para no hacer nada al respecto. No esperaban que el mundo y la forma en que estaba organizado durara mucho más. Jesús volvería pronto para inaugurar el reino de dios cuando las cosas se hicieran en la Tierra igual que en el Cielo. Mientras tanto, los cristianos

debían llevar vidas puras, estar preparados para el fin y dejar el mundo como estaba. Ya hemos visto que Pablo envió al esclavo Onésimo de vuelta a casa de su dueño, Filemón. Sé amable con él, le suplicó. Ahora es un seguidor de Jesús. Pero nunca hubo ni la más mínima sugerencia de que lo pusiera en libertad. ¿Qué sentido tendría si todo estaba llegando a su fin?

Para 1688 los cristianos ya debían haberse dado cuenta de que Jesús no había regresado y no parecía que fuera a volver en un futuro cercano. Sin duda, había llegado el momento de enfrentarse a los males del mundo en lugar de esperar a que dios los arreglara en el tiempo del fin. Pero donde había esclavitud, había un problema. La Biblia recogía lo que la voz de dios le había dicho a Moisés sobre este asunto:

> Si compras un esclavo hebreo, seis años servirá; y en el séptimo saldrá libre, por nada. Si llegó solo, saldrá solo: si estaba casado, su mujer saldrá con él. Si su amo le ha dado una mujer, y ella le ha dado hijos o hijas, la mujer y los hijos serán de su señor.

Pablo, en su carta a la Iglesia de Éfeso, había aconsejado a los esclavos cristianos que obedecieran a sus amos en la Tierra «como al propio Cristo».

Estaba bastante claro. ¿Quiénes eran ellos para oponerse? En 1688 los cuáqueros de Pensilvania se opusieron. Y la forma en que lo hicieron tuvo un efecto revolucionario sobre cómo los cristianos interpretarían la Biblia a partir de entonces. Los cuáqueros creían en la autoridad de la luz interior, o en lo que podríamos llamar conciencia. Sabían por la luz que los guiaba que la esclavitud era errónea, sin más. Si todas las personas eran iguales, era incorrecto considerar a algunas menos que humanas, tratarlas como propiedad y no como hijos de dios. Si la Biblia decía lo contrario, era porque ¡la Biblia estaba equivocada!

Los cuáqueros no solo protestaron contra la justificación bíblica de la esclavitud. Hicieron todo lo que pudieron para acabar con ella. La abolieron en Pensilvania y ayudaron a organizar el ferrocarril subterráneo que ayudó a los esclavos fugitivos del sur a huir hacia su libertad en el norte o en Canadá. El mundo tardó mucho tiempo en ponerse al día con la indignación de los cuáqueros ante la existencia de la esclavitud en una sociedad que se

decía cristiana. En el Imperio británico no se abolió hasta 1833. Tardó treinta años más en prohibirse en Estados Unidos, después de la guerra civil en 1865.

Pero los cuáqueros habían hecho algo más que poner fin a la esclavitud. Habían terminado con una manera infantil de leer la Biblia. Al alegar problemas de conciencia contra ella, hicieron posible estudiarla como cualquier otro libro y no como un ídolo intocable. Ellos entendían la diferencia entre lo que era correcto y lo que la Biblia decía que era correcto. Y puesto que ellos creían que era dios quien los había alertado de la diferencia, ¡era de suponer que dios también tenía sus dudas sobre la Biblia! Si la Biblia estaba equivocada en cuanto a la esclavitud, ¿no sería también incorrecta la idea de la Creación en seis días? Tal vez se había estado leyendo la Biblia de forma errónea durante siglos. Tal vez haya que leerla e interpretarla con más inteligencia. Tal vez no deberíamos temer utilizar la conciencia contra algunos de sus juicios.

De esta manera, los cuáqueros dieron un empujón a lo que ahora se conoce como el estudio histórico crítico de las Escrituras. No necesariamente descarta la influencia de dios en la Biblia, pero trata de separar los elementos humanos de los divinos. La esclavitud era una invención humana. Amar a tu prójimo como a ti mismo era un mandamiento divino. ¡Mira por dónde!

La Sociedad de Amigos puede ser una de las denominaciones más pequeñas del mundo, pero su influencia es enorme. Sigue siendo la conciencia del mundo cristiano. Trajo una nueva y desafiante versión del cristianismo a América. Pero América tenía su propia espiritualidad antes de que llegara el cristianismo. Ha llegado el momento de echarle un vistazo.

CAPÍTULO 33



Made in America

Cristóbal Colón «descubrió» América en 1492. Eso implica que nadie sabía que estaba allí hasta que él la encontró. Es verdad que los europeos no lo sabían. Colón quería encontrar otra forma de llegar a la India cuando hizo su viaje histórico. Sabía que la India estaba al este de Europa después de un largo viaje por el extremo sur de África. Y esperaba que, si navegaba lo suficiente hacia el oeste, se pudiera llegar más fácilmente desde otra dirección. Cuando pisó tierra en el Nuevo Mundo pensó que había llegado a la India. Así que llamó indios a los habitantes que se encontró allí, que se quedaron con ese nombre.

Para los nativos americanos –los «indios» que ya vivían allí– fue catastrófico que los descubrieran. Durante los cuatro siglos siguientes, los colonos blancos se apoderaron de su país y llevaron el cristianismo en sus múltiples formas, siempre en competencia unas con otras. La religión sirve a muchos propósitos, algunos benignos, otros crueles. El más cruel es justificar que se suplante a otras razas y que se las expulse de sus territorios. Al igual que los israelitas que conquistaron la Tierra Prometida de Palestina, los pioneros que cruzaron América del Norte en busca de una vida mejor en el oeste creyeron que ese era el destino que les había

preparado dios. El protestantismo que llevaron consigo era una religión inquieta que imprimió su carácter en Estados Unidos. Creó una cultura impulsada por el deseo, siempre insatisfecho y constantemente en marcha. Siempre había nuevas fronteras por conquistar.

Pero la tierra que tomaron los invasores no era un vacío religioso. Sus nativos tenían sus propias tradiciones espirituales, y eran el polo opuesto a las del protestantismo dinámico que los atacaba. Los nativos americanos vivían en armonía con la naturaleza, no contra ella. Tenían una conexión sagrada con la tierra que les proporcionaba sustento. Creían que estaba animada por el Gran Espíritu, su término para definir a dios; especialmente las tribus que montaban a caballo y que vivían en una extensión enorme de tierra, en el centro del continente, conocida como las Grandes Llanuras. Con casi 5.000 kilómetros de largo y más de 1.000 de ancho, cubría un área de más de un millón y medio de kilómetros cuadrados, que se extiende desde Canadá hasta México. Allí pastaban las manadas de búfalos, que abastecían casi todas las necesidades de los pueblos que compartían el extenso espacio con ellos. Eran nómadas que veían su relación con el búfalo como una especie de comunión. Vivían sin grandes ataduras sobre la faz de la tierra. No tenían una gran necesidad de definir o controlar al Gran Espíritu, pero les gustaba abrirse a su misterio y experimentar el éxtasis que provocaba. Tenían profetas que salían en busca de visiones y usaban drogas y rituales de automutilación para exponerse a su poder. Al volver a su pueblo repetían mediante la danza y el cántico lo que habían encontrado en su comunión con el Gran Espíritu.

Sin embargo, sería erróneo ver esto como una «religión», como algo separado del resto de sus vidas en un compartimento estanco etiquetado «fe». No tenían una religión en ese sentido. Sentían que estaban encerrados en un misterio vivo que incluía la tierra, el búfalo y el viento que agitaba las hierbas de las altas llanuras. Y era tan frágil como escurridizo. No podría sobrevivir a la invasión de los colonos y su sistemática matanza del búfalo, que había sido una estrategia pensada para hacerles pasar hambre y que se rindieran. No eran como los puritanos, que habían sido perseguidos por su fe en Inglaterra y la llevaron consigo cuando cruzaron el Atlántico. Cuando

los indios de las llanuras fueron expulsados de sus tierras y vieron cómo se cazaban búfalos hasta que se extinguieron, lo perdieron todo.

Su tragedia provocó un brote de fervor apocalíptico que es doloroso recordar. Los movimientos apocalípticos siempre calan hondo entre los oprimidos que no puede creer que dios seguirá ignorando su sufrimiento mucho más tiempo. Así que tienen sueños sobre la renovación que está por llegar. En 1889 estalló un movimiento entre los indios desposeídos de las llanuras que se llamó Danza de los Espíritus. El profeta que lo anunció dijo que, si bailaban mucho tiempo y con determinación, todos los blancos serían enterrados para siempre bajo una profunda capa de tierra nueva. ¡Todos fuera! ¡Ya no hay más invasores! Regresarían a las llanuras las manadas de caballos salvajes y de búfalos para vagar de nuevo por los verdes pastos. Y todos los indios que habían vivido alguna vez volverían a la vida y vivirían con ellos en el Paraíso.

Es importante entender qué era el Paraíso. No era un Cielo en lo alto donde disfrutarían de placeres inimaginables. Era la vida que habían tenido antes de que viniera el hombre blanco a destruirla. Así que bailaron. Pero el Paraíso no llegó. Bailaron más y más. Algunos de ellos bailaron hasta la muerte. Pero la tierra no cayó sobre los blancos ni los enterró junto a sus costumbres crueles. Los caballos salvajes no galoparon sobre la cima de una colina amada, con sus crines al sol. Los búfalos no vinieron en estampida desde el norte llamándolos para disfrutar de la emoción y la comunión de la caza. Lo irónico es que, como resultado de las recientes políticas de conservación, vuelve a haber búfalos en las Grandes Llanuras, pero los indios se han ido para siempre.

Los movimientos apocalípticos como la Danza de los Espíritus son gritos de anhelo por poner fin al sufrimiento. El hecho de que el fin nunca llegue no mata el anhelo. Lo encontramos en la religión de la otra raza crucificada de Estados Unidos, los afroamericanos. Fueron arrancados de sus hogares y recorrieron miles de kilómetros en una travesía por el océano Atlántico para servir las necesidades de sus amos cristianos. Una de las vueltas de tuerca de la historia religiosa es que la fe cristiana que los

esclavos tomaron de sus amos era más fiel a la original que cualquier cosa que sus dueños pudieran entender.

El judaísmo había comenzado como una religión de esclavos. La voz que habló a Moisés desde la zarza en llamas le dijo que liberara a sus hijos de Egipto y los llevara a la Tierra Prometida. Un esclavista no respondería con entusiasmo a esto. Pero imagina que tú eres un esclavo y estás escuchando la historia por primera vez. ¡Estás escuchando tu propia historia! ¡Habla de ti! Tú lo entiendes de una manera que el negrero que azota tu espalda con un látigo nunca podrá comprender, por muchos himnos que cante en su iglesia de blancos el domingo. El judaísmo era la fe de un pueblo que anhelaba la liberación de la esclavitud. También la anhelaban los esclavos afroamericanos. La hicieron suya. Y cantaban canciones que trataban de eso.

> *Go down, Moses,*
> *Way down in Egypt land,*
> *Tell old Pharaoh,*
> *To let my people go.*
>
> [Ve al sur, Moisés,
> Muy al sur a tierra egipcia,
> Dile al viejo faraón,
> Que deje marchar a mi gente.]

El cristianismo también comenzó como un movimiento de liberación. Jesús fue el agente de dios para traer a la Tierra un reino diferente a cualquier cosa que se hubiera visto en la historia. Quitaría a los poderosos de sus tronos y ensalzaría a los humildes y dóciles. Sustituiría la opresión por la justicia. Sanaría a los enfermos y liberaría a los prisioneros. Y todo lo conseguiría un Mesías del que se burlarían y al que azotarían cuando llevara su cruz al Calvario.

Era lógico que, al oír estas palabras, los esclavos las interpretaran como una descripción de su propia situación. Sus amos podían poseer el libro de donde salían las palabras, pero eran ellos los que poseían su significado. ¡El

cristianismo era una religión para los esclavos! ¿Cómo podrían los dueños de los esclavos comprenderlo, y mucho menos vivirlo? Lo negaban todos los días de sus vidas privilegiadas. ¡Los esclavos lo vivían cada día! Ellos sabían que era suyo. Tal vez no pudieran leer la Biblia, pero sabían cómo ser la Biblia. El anhelo de alcanzar la liberación del que hablaba era su anhelo.

Entonces comenzó a suceder algo más en la forma en que utilizaban el libro sagrado. La Biblia clamaba su anhelo de ser libres, desde luego. Hacía resonar su deseo de algo que aún no tenían y que quizá nunca podrían tener. Pero comenzaron a usarlo en sus rituales de una manera que les daba libertad dentro del sistema que los encarceló. Sus predicadores no solo hablaban de las historias de la Biblia. Las hacían presentes, las hacían reales de una manera que permitía a sus oyentes participar y sentirlas. Al hacerlo inventaron la forma de arte más grande de América, una forma de hacer música sobre el sufrimiento que eclipsaba el propio sufrimiento del que hablaba, aunque solo fuera durante una o dos horas un domingo por la noche en una choza en una plantación del sur. Escapaban del látigo y de la provocación en un éxtasis que los transportaba a otro lugar.

> ¡Marcha, marcha, marcha hacia Jesús!
> Marcha, marcha a casa,
> No me queda mucho tiempo aquí.

Estaban representando otro de los propósitos de la religión, su habilidad para consolar y endulzar la suerte de aquellos que soportan un sufrimiento insoportable. El filósofo del siglo XIX Karl Marx, uno de los mayores detractores de la religión, aprobó esta faceta. Él quería librar al mundo de las injusticias que causaban el dolor que la religión calmaba. Dijo que la religión era «el opio del pueblo». Le parecía que era un anestésico. Pero hay momentos en que necesitamos un anestésico. Si tenemos que someternos a una operación le damos la bienvenida al médico que nos pone a dormir antes de que el cirujano nos abra. La religión puede ser una droga que calma el dolor de la existencia. Solo una mente poco generosa no es capaz

de simpatizar con quienes alivian su miseria de esta manera. Solo un corazón de piedra quedaría impasible ante la visión de una congregación de esclavos que encontraban consuelo en la promesa de que Jesús iba a llevarlos a casa.

Pero ese no era el único uso que los afroamericanos hacían del judeocristianismo y sus historias. Hicieron algo más político con él. Utilizaron su mensaje para hacer campaña contra el racismo y la injusticia de la América del siglo XX. Para ellos América seguía siendo Egipto y todavía estaban esclavizados. Su nuevo Moisés fue el predicador Martin Luther King, quien apeló al viejo faraón una vez más para que dejara marchar a su pueblo.

King nació en 1929 en Atlanta, Georgia, el corazón de los estados sureños segregados de Estados Unidos. En 1954 se convirtió en pastor de una iglesia bautista en Montgomery, Alabama, y fue aquí donde comenzó el movimiento para luchar por los derechos civiles de los afroamericanos. En la víspera de su asesinato en 1968, Martin Luther King se comparó con el Moisés que había visto la Tierra Prometida a lo lejos, pero había muerto antes de que pudiera llegar a ella. Para King, los afroamericanos habían escapado de Egipto cuando la esclavitud fue abolida en 1865, pero cien años después estaban aún lejos de la Tierra Prometida de la plena igualdad. Más de medio siglo después de su muerte todavía no lo han conseguido.

Como hemos visto tantas veces en este libro, la religión puede comenzar con experiencias místicas, pero siempre lleva a la política. Empieza con la voz que oyen los profetas, que son la herramienta elegida. Lo que escuchan siempre lleva a acciones que afectan a la manera en que vive la gente: a la política. A veces la política es mala. Se persigue a la gente por practicar la fe equivocada o por escuchar la voz equivocada. O se obliga a abrazar el mensaje anunciado por el último profeta de moda. Así, la historia de la religión se convierte en un estudio sobre las diferentes formas de opresión.

Pero a veces la política es buena. Se trata de liberación, no de opresión. Vimos buena política en el enfrentamiento que mantuvieron los cuáqueros de Pensilvania contra la esclavitud en 1688. Hoy día, en la Iglesia

afroamericana la política del cristianismo todavía trata sobre la liberación. La táctica de Moisés y las promesas de Jesús se usan para hacer del mundo un lugar mejor. La religión ya no se utiliza como un opiáceo para sofocar el dolor de la injusticia y la desigualdad, sino como un estimulante para superarlo. Eso es lo que mantiene a muchas personas en el juego de la religión.

Y es un juego que encanta a los estadounidenses. En los siglos XIX y XX surgieron nuevas religiones en EE.UU. Vamos a ver algunas en los próximos capítulos.

CAPÍTULO 34



Born in the USA

Vivo en Edimburgo y me gusta caminar. Lo que más me gusta es ir a las colinas que hay a las afueras de la ciudad, pero cuando no tengo tiempo, me doy un paseo por mi barrio. Varias veces al mes se me acercan unos hombres jóvenes. Van siempre de dos en dos. Llevan un elegante traje de chaqueta, camisa y corbata. Siempre son muy educados. Tienen acento americano y siempre hacen las mismas preguntas: ¿Le gustaría conocer a Jesucristo? ¿Le gustaría saber más sobre de la Biblia? Les digo suavemente que no y sigo mi camino. Pero sé que se me van a acercar una y otra vez en mis caminatas por la zona. No me enojo. Sé que han venido a Escocia como misioneros. Sé que quieren salvarme.

No saben nada de mí, pero yo sé un poco sobre ellos. Sé que son mormones de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Sé que su base está en Salt Lake City, en Utah, un estado occidental de Estados Unidos. Sé que todos los miembros varones de la Iglesia tienen que pasar dos años trabajando como misioneros en su país o en el extranjero. Por eso soy educado con estos chicos que intentan convertirme. Están lejos de casa, trabajando en un clima frío, en un país que conocen poco, tratando de convencerme de que Jesús está a punto de volver. Lo he oído antes, por

supuesto, pero no cómo lo cuentan ellos. Me informan de que cuando regrese, Jesús no irá a Jerusalén, sino a América; y no será su primera visita, porque ya ha estado allí.

¿Cómo lo saben? ¿De dónde han cogido esa información? De la misma manera que llegan todas las ideas religiosas al mundo. De un profeta que tuvo visiones, oyó voces y anotó lo que se le había revelado. Y convenció a otros de que lo creyeran. Era estadounidense. Se llamaba Joseph Smith. Nació en 1805 en Sharon, Vermont, en una familia de pequeños agricultores que más tarde se mudó al norte del estado de Nueva York. Cuando era niño, estaba preocupado por las divisiones y rivalidades entre las iglesias protestantes de su pueblo. ¿Cómo iba a ser capaz de elegir una?

Igual que los profetas anteriores a él, se retiró para poder rezar y pensar en este problema, y al orar tuvo una visión. Un ángel le dijo que se mantuviera alejado de las iglesias locales. Se habían separado de la visión de Jesús. El cristianismo había dejado entrar ideas corruptas en su seno tras la muerte de los primeros apóstoles y había perdido el camino. Pero la restauración estaba por llegar y él sería su instrumento. Debía estar preparado. Cuando llegara el momento adecuado, restauraría la Iglesia a su pureza original y la volvería a poner en el buen camino.

Así que esperó, y cuando tenía veinticinco años le llegó la revelación. Un ángel le contó que había una colección de escritos de los profetas de la antigua América. En algún momento del siglo IV un hombre, que se llamaba Mormón, había cincelado un libro sobre placas doradas y las había enterrado en una colina en Palmyra, en el estado de Nueva York. El contenido se remontaba a varios siglos antes de Cristo. Narraba la historia de los nefitas y otras tribus de Oriente Medio que habían escapado a América en la antigüedad. El ángel que ofreció este conocimiento a Joseph Smith se llamaba Moroni. Como descubriría Smith más tarde, Moroni aparece en el libro del que le había hablado. Después de morir luchando, Moroni había resucitado y alcanzado un estatus angelical. En ese estado angelical hizo saber a Smith de la existencia de las placas de oro del Libro de Mormón.

Se cuenta que Smith desenterró las placas cuatro años después y decidió traducirlas al inglés. Después de tres meses había producido más de quinientas páginas de lo que se conocería como el Libro de Mormón. Su versión de este libro, que se supone que se había compilado entre el año 311 y el 385, se lee como otra famosa traducción de mil doscientos años más tarde, la Biblia del rey Jacobo de 1611, que entusiasma a las iglesias protestantes y que Smith conocería, sin duda. Estos versículos del Libro de Mormón ilustran bien el estilo:

> Porque sucederá, dice el Padre, que en aquel día talaré de entre mi pueblo a cualquiera que no se arrepienta y venga a mi Hijo Amado, oh casa de Israel. Y ejecutaré venganza y furor sobre ellos, así como sobre los paganos, tal como nunca ha llegado a sus oídos.

El Libro de Mormón es uno más de los numerosos textos apocalípticos que anuncian el regreso de Jesucristo y la reunión de todo bajo su gobierno; la diferencia es que esta vez la nueva Sion se establecerá en América. Cuando leemos en el Libro que dios había trasladado el plan que tenía en Oriente Medio al Oeste americano no nos sorprende. Para confirmar el estatus de América como la nueva Tierra Santa el propio Jesús había visitado personalmente el continente en el año 34, unos meses después de su resurrección. El Libro nos dice que: «Jesucristo se manifestó a los del pueblo de Nefi, mientras se hallaba reunida la multitud en la tierra de Abundancia, y les ministró...». Esto era potente. El mundo tenía que conocer la noticia. Así que Joseph Smith lanzó su evangelio en Fayette, en el estado de Nueva York, el 6 de abril de 1830. Entendía su movimiento no como una nueva Iglesia sino como una purificación de la antigua. Los primeros cristianos se llamaban a sí mismos santos. Sus seguidores también eran santos, los santos de hoy. Así nació la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. El Libro de Mormón era su Biblia.

Como hemos visto a lo largo de estas páginas, el lanzamiento de un nuevo movimiento religioso es malo para la salud. A la gente no le gusta que le digan que su religión no es la adecuada. El propio Jesús había dicho que a los profetas se los honraba excepto entre su propio pueblo. Es difícil

creer que alguien que conoces de toda la vida sea el elegido de dios para ser profeta. Smith no era una excepción. ¿Quién se creía que era? Los líderes de las otras iglesias se indignaron al oír sus afirmaciones. Él y sus seguidores dieron con sus huesos en la cárcel y cuando salieron se los persiguió por todos los pueblos. Pero las revelaciones seguían llegando. Se agregaron más libros a la estantería de las escrituras mormonas. Fue el sexo lo que acabó con él a los ojos de otros cristianos. Una cosa es afirmar que un ángel te ha revelado una nueva Biblia y otra muy diferente es que te diga que tomes las esposas de otros hombres.

El ángel le dijo a Smith que la Iglesia de los Santos de los Últimos Días era la recomposición de la verdadera fe del antiguo Israel. Como Abraham y los otros patriarcas habían tenido muchas esposas, él debía seguir su ejemplo y restaurar la práctica bíblica de la poligamia, que permitía que un hombre tuviera más de una esposa. Smith obedeció y tuvo hasta cuarenta esposas, algunas de ellas mujeres casadas con otros hombres por la Iglesia.

Para sus detractores esto fue la gota que colmó el vaso. Para escapar de la persecución, Smith trasladó su rebaño hacia el oeste, a Illinois y Ohio, donde en 1836 se construyó el primer templo mormón. Era difícil poner distancia con los que le querían dar caza, de modo que tenía que seguir avanzando. Finalmente, en 1844, en Carthage, Illinois, fue asesinado junto a su hermano Hyrum durante una de sus frecuentes estancias en prisión. Pero esto no haría desaparecer la Iglesia que había fundado. La sangre de los mártires es siempre la semilla de la Iglesia. En 1847 los mormones eligieron a Brigham Young como su nuevo líder. Smith fue el profeta del mormonismo y Young sería su consolidador, el hombre que construyó los sistemas que le proporcionarían una vida duradera.

Young nació en Vermont en 1801, el noveno de once hermanos. Era uno de esos hombres brillantes y prácticos que se entregan para llevar a cabo cualquier cosa. Cuando fue bautizado en la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días en 1832, puso sus formidables talentos a disposición del nuevo movimiento. En su labor de renovación de la Iglesia, Smith había nombrado un grupo gobernante de doce apóstoles. Young se había ordenado como tal en 1835. Smith enseguida reconoció las

habilidades de Young y le puso a cargo de las operaciones comerciales de la Iglesia. Una de las cosas curiosas del mormonismo es que desde el principio manejó sus asuntos terrenales desde el punto de vista práctico con el que lo haría un hombre de negocios.

De lo primero que tuvo que encargarse Young, tras el asesinato de Smith fue de garantizar la seguridad de la Iglesia. La solución que encontró fue llevársela aún más al oeste: a Utah, entonces bajo el control de México. Este estado podría ser la Tierra Prometida de los mormones, pero ya estaba ocupada por los indios ute. En principio, esto no era una molestia. El Libro de Mormón había informado a Smith de que los indios eran los descendientes de los israelitas que habían venido a América cientos de años antes de Cristo. Así que los utes eran los sucesores de la gente a la que Jesucristo había invocado después de su resurrección. Esto significaba que, a diferencia de los otros colonos que invadieron el oeste americano, los mormones no eran hostiles a los indios que encontraron. Formaban parte de su historia religiosa. El plan era convertirlos y completar la misión que Jesús había iniciado dieciocho siglos antes.

Así que Brigham Young dirigió su éxodo, una caravana de carros con miles de mormones, hacia su nueva Sion, ansioso por encontrarse con esos antiguos israelitas. No tardaron en darse cuenta de que lo que ellos querían para los utes y lo que los utes querían para sí mismos no se parecía en nada. Se convirtió en otro encuentro de resultados catastróficos para los nativos americanos. Young reconoció que lo que él llamaba «costumbres de la civilización» no eran compatibles con el modo de vida de los utes. Debían prevalecer las costumbres de la civilización. Encerraron a los utes en reservas y Utah se convirtió en la Tierra Santa Mormona.

Cuando Utah se incorporó a Estados Unidos tras la guerra con México, Young se convirtió en el primer gobernador del estado. Por fin, la Iglesia de los Santos de los Últimos Días había asegurado su patria. Pero tenía un precio. Young era polígamo, como lo había sido Smith. Había tenido veinte esposas y había engendrado cuarenta y siete hijos. Si quería que los mormones de Utah pudieran practicar su fe en paz, iba a tener que comprometerse con el Gobierno federal a que no sería permisivo con la

poligamia. Renunciaron, aunque el atractivo de la idea nunca se desvaneció por completo. En la historia del mormonismo siempre ha habido quienes han tratado de reinstaurarla como parte de la visión original de Joseph Smith. Por lo general han fracasado, pero hay un premio de consolación. La poligamia todavía se practica en el Cielo. Si la esposa de un hombre muere en la Tierra y éste se vuelve a casar, consigue tener a ambas en la otra vida.

La Iglesia de los Santos de los Últimos Días tuvo un comienzo colorido, pero hoy en día es una organización muy sobria. Los mormones no fuman tabaco ni consumen ningún otro tipo de droga. No beben alcohol, ni té ni café. No les está permitido hacerse tatuajes o piercings. No juegan a juegos de azar. No tienen relaciones sexuales antes del matrimonio. Valoran la vida familiar y tienen muchos hijos cuando se casan. Trabajan duro y muchos de ellos se han hecho muy ricos. Los jóvenes entregan dos años de su vida al trabajo misionero en Estados Unidos o en otros países. Uno puede encontrárselos en cualquier lado.

CAPÍTULO 35



El Gran Chasco

Joseph Smith no era el único profeta que había en el estado de Nueva York en el siglo XIX. La Iglesia de los Santos de los Últimos Días tampoco era la única nueva religión que había surgido allí en esa época. Había mucha ilusión en torno a esta Iglesia, pero sus entusiastas no siempre estaban de acuerdo en todo. Smith había desenterrado una nueva versión del pasado. Pero había quienes miraban hacia adelante, no hacia atrás. No estaban interesados en el pasado. Se querían concentrar en el futuro. ¡Porque todas esas promesas que hacía la Biblia sobre el regreso de Cristo estaban a punto de cumplirse! ¡Iba a volver muy pronto!

El hombre que estaba más convencido de esto era William Miller de Low Hampton. Era un lector compulsivo de la Biblia. Estaba fascinado por el hilo conductor entre el Antiguo y el Nuevo Testamento que predecía el regreso de Cristo para juzgar a los vivos y a los muertos. Estaba convencido de que la Biblia contenía un código oculto que le daría la fecha exacta del segundo advenimiento, pero no sabía interpretarlo correctamente. Ya hemos visto que el de Daniel es el libro que hay que leer si uno quiere jugar a este juego. Y fue ahí donde Miller encontró la pista que andaba buscando.

En el octavo capítulo de Daniel el profeta había escrito: «Hasta dos mil y trescientos días de tarde y mañana; y el santuario será purificado». Miller estaba seguro de que era el código que estaba buscando. ¡Significaba 2.300 años! Contando hacia adelante llegó al 21 de marzo de 1844 para fijar el regreso de Cristo. Se preparó para que ocurriera. Pero no ocurrió. Decidió que su cálculo debía de tener algún pequeño error, por lo que volvió a hacerlo. Esta vez le salía el 22 de octubre del mismo año. El día llegó y se fue, sin que sucediera nada. Para Miller y sus seguidores este fracaso se conocía como el Gran Chasco (The Great Disappointment). Con bastante sentido común, Miller se retiró del juego de la predicción.

Pero otros siguieron intentándolo y en 1860 formaron un nuevo movimiento con su propio profeta. Se llamaban adventistas del séptimo día. Adventistas porque seguían creyendo que Jesús volvería pronto, aunque no podían estar seguros de la fecha. Y el séptimo día porque observaban el sábado, no el domingo, como el día de descanso. Echaron la culpa a la Iglesia católica por cambiar el sábado del último al primer día de la semana. Pero cambiar de día de reposo fue el menor de los cargos contra la Iglesia de Roma. Estaban de acuerdo con el reformista escocés John Knox en que Roma era el Anticristo.

El profeta de los adventistas era Ellen White. Nació en 1827, murió en 1915 y los escritos que dejó tienen autoridad bíblica entre los adventistas del séptimo día. Como muchas sectas, seguían un estricto código moral que incluía el vegetarianismo, así como prohibiciones contra el tabaco, la bebida, el baile y la mayoría de las formas de entretenimiento. Creían en la Trinidad y en la divinidad de Cristo. Y esperaban la nueva venida de Cristo con poder y gran gloria. Pero no eran ortodoxos en sus creencias sobre lo que ocurría después de la muerte.

La doctrina cristiana oficial era que en el Día del Juicio Final los humanos se separarían en dos grupos. Un grupo pasaría la eternidad en el Infierno a causa de su maldad, mientras que el grupo de los virtuosos disfrutaría de la felicidad eterna en el Cielo. Ellen White rechazó esa doctrina. Escribió lo que sigue:

> Cuán repugnante a toda emoción de amor y misericordia, e incluso a nuestro sentido de la justicia, es la doctrina de que los muertos impíos son atormentados con fuego y azufre en un infierno que arde eternamente, que por los pecados de una breve vida terrenal están sufriendo la tortura en tanto Dios viva.

En lugar de enviar a los pecadores al tormento eterno, dijo White, dios los enviaba al olvido eterno. La aniquilación y no la agonía eterna era el destino del pecador: «Entonces no habrá almas perdidas para blasfemar contra Dios mientras se retuercen en un tormento interminable; ningún ser miserable en el Infierno mezclará sus gritos con los cánticos de los que se han salvado». Santo Tomás de Aquino no habría dado su aprobación.

Charles Taze Russell, otro estadounidense del siglo XIX que buscaba el fin del mundo, recogió esta idea de White de la abolición del Infierno. Era un comerciante de Pittsburgh muy influido por las predicciones de William Miller. A diferencia de éste, no se sintió derrotado ni decepcionado cuando no tuvo lugar el segundo advenimiento. Lo resolvió asegurando que Cristo había regresado, pero había ocultado su presencia tras un manto de invisibilidad. Así que estos eran, efectivamente, los «últimos días», y «el tiempo del fin» ya había comenzado. La culminación llegaría en 1914 durante la última batalla en Armagedón.

Igual que el reformista escocés John Knox, Russell mezcló la historia del profeta Daniel, del Antiguo Testamento, con la del profeta Juan, del Nuevo Testamento, autor del Libro del Apocalipsis. Durante la persecución de la Iglesia por el emperador romano Domiciano, a Juan le habían enviado al exilio en la isla de Patmos. Así es como abre su libro: «La revelación de Jesucristo, que Dios le dio, para manifestar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto…». Juan nos dice que estaba en trance el día del Señor y oyó una voz que decía: «He aquí, yo vengo como un ladrón. Bienaventurado el que vela…». La voz anunció que la última batalla se libraría en un «lugar que en hebreo se llama Armagedón». Armagedón era un campo al norte de Jerusalén que ya había sido escenario de varias batallas en la historia de Israel.

Russell no necesitaba más. En 1879 comenzó un movimiento llamado la Torre del Vigía de Sion (Zion's Watch Tower) para quienes estaban a la espera del segundo advenimiento y del Armagedón que tendría lugar a continuación. Debían advertir a tanta gente como pudieran acerca de lo que estaba por venir, aunque solo se salvarían 144.000. Todos los demás, como había profetizado Ellen White, estaban destinados a ser aniquilados. Russell tomó muchos elementos de los adventistas, pero fue selectivo. Estaba encantado de librarse del Infierno, pero quería librarse de mucho más. La Trinidad tenía que desaparecer. Dios –o Jehová, como él prefería llamarlo– era todo lo que necesitaba.

Sin duda ocurrió una especie de Armagedón en Europa en 1914, al comienzo de la Primera Guerra Mundial. Pero no era lo que Russell esperaba, y cuando murió en 1916, todavía estaba esperando que tuviera lugar la verdadera batalla. El que le sucedió como líder de la Torre del Vigía fue un tenaz hombre de negocios que se llamaba Joseph R. Rutherford. Pronto consiguió que los seguidores de Russell se organizaran para una larga campaña. En 1931 cambió el nombre del movimiento por el de testigos de Jehová. Impuso una disciplina estricta que los mantenía separados de la sociedad en la que vivían. Los apartó del mundo y de sí mismos.

Se necesita coraje para dar la espalda a la sociedad moderna y rechazar todos sus valores, incluyendo la forma en que se practica la medicina. Los testigos de Jehová no aceptan transfusiones de sangre. La sangre es la vida para ellos y solo dios puede darla. Así que a veces se les persigue por negar las transfusiones a sus hijos. Vivir contra el mundo de esta manera puede dar a un grupo un fuerte sentido de identidad. La persecución puede reforzar el compromiso. También hace que sea difícil romper con la comunidad si uno cambia de opinión acerca de sus creencias.

Rutherford murió en 1942. El Armagedón todavía no había golpeado el mundo, aunque la Segunda Guerra Mundial, que estaba en pleno furor y odio en ese momento, se parecía bastante. Una vez más, los testigos de Jehová resistieron la decepción. Los nuevos líderes aconsejaban bucear en el fondo de la historia. Cristo volverá. Así que seguid estando atentos. Al

igual que los mormones, a los testigos les entusiasma la actividad misionera puerta a puerta. Y continúan convirtiendo a gente para su causa. Sus lugares de culto no se llaman iglesias sino Salones del Reino. Su revista, *La Atalaya,* se sigue vendiendo en todo el mundo. Sus seguidores se mantienen alerta, escudriñando el horizonte para ver a Aquel que vendrá como un ladrón en la noche.

Las sectas como los adventistas del séptimo día y los testigos de Jehová nos recuerdan una de las más incómodas vergüenzas de la Biblia: el hecho de que, después de dos mil años de espera y observación, Cristo sigue sin regresar. Los cristianos liberales manejan el problema con un poco de delicadeza. No es que no crean en el segundo advenimiento. ¿Cómo iban a justificar eso? Está claramente contado en su Biblia. Se ensaya en sus credos. Y el mes antes de Navidad –Adviento– se dedica a meditar sobre su significado.

Lo que hacen es sugerir que el reino venidero de dios en realidad ya está aquí. Lo que los cristianos tienen que hacer es buscar las pruebas de su presencia. Se encuentra allí donde se ayuda a los pobres y se desafía a la injusticia. Se encuentra allí donde las buenas personas trabajan para hacer del mundo un lugar mejor, un lugar más parecido al reino del que habla Jesús. Hay palabras de Jesús que apoyan esta forma de ver las cosas. Están recogidas en un libro que no llegó al Nuevo Testamento, aunque contiene frases genuinas de Jesús. Es el Evangelio de Tomás. En él los discípulos le preguntan a Jesús: «¿Cuándo vendrá el reino?». Jesús responde: «No va a venir por velar por él. No se dirá: “Mira, aquí está” o “Mira allí”. Más bien, el reino del Padre se extiende sobre la Tierra, y los hombres no lo ven».

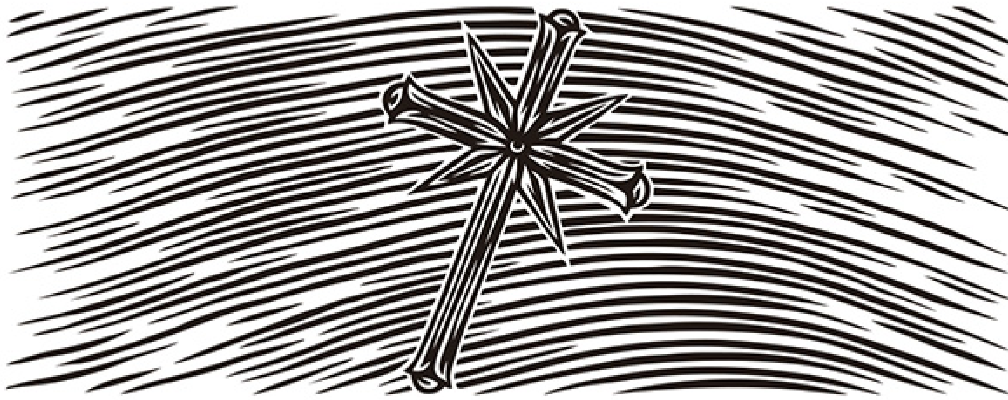
Los que creen de verdad en el segundo advenimiento encuentran que este enfoque es débil. Quieren algo más completo. Quieren el Armagedón. El cristianismo americano ha hecho un buen trabajo a la hora de ofrecerlo. Tal vez porque los estadounidenses se ven a sí mismos como un pueblo elegido, una gente excepcional con un destino dirigido por dios. Busquemos la explicación que busquemos, la historia del cristianismo en América está llena de sectas que esperan el fin del mundo y el regreso de Cristo. Todavía están en ello. Aparecen nuevos profetas muy a menudo, y proclaman que el

fin está cerca. Encuentran maneras nuevas y diferentes de transmitir su mensaje. Uno de los más exitosos ha utilizado la ficción para difundir su palabra en una serie de novelas que la gente puede comprar en el supermercado del barrio.

Se dice que el predicador evangélico americano Tim LaHaye es el cristiano americano más influyente de los últimos cuarenta años. Lo que ha hecho es dar una nueva carga emocional al segundo advenimiento. Hay dieciséis novelas en su serie *Dejados atrás*. Consigue enganchar al lector porque lo sitúa en el presente. La acción no tiene lugar en el antiguo Israel. Todo pasa ahora, en el mundo turbulento y violento de hoy. En sus libros, lo que se conoce como el rapto, o arrebatamiento, ya ha ocurrido. El Fin ha comenzado. A los verdaderos creyentes los han llevado al Cielo, los han arrancado de lo que estaban haciendo en la Tierra. Si iban conduciendo por la autopista o pilotando un avión, los sacaron de sus asientos para transportarlos inmediatamente a la vida eterna, dejando que sus vehículos se estrellaran en accidentes espectaculares. El mundo que se ha «dejado atrás» se sume en el caos y la gente comienza a clamar por un líder que los rescate de sus horrores. Y aparece uno. Le nombran secretario general de Naciones Unidas porque parece que es el hombre que va a traer orden al planeta. Lo que el mundo no sabe es que es el Anticristo del que habla la Biblia, el gran tramposo que no quiere otra cosa que engañar al mundo. ¡Es la Bestia! En tiempos de la Reforma le habrían hecho Papa. Pero el objeto de odio de los americanos evangélicos hoy día ya no es el Papa. Son las Naciones Unidas. En las novelas, un piloto y sus amigos pronto se dan cuenta de lo que está sucediendo. Comienzan a luchar contra el Anticristo para salvar a los perdidos y prepararlos para la Gran Tribulación, que es el preludio de los Últimos Días.

Las novelas han vendido más de sesenta y cinco millones de copias. En América todavía hay mucho recorrido para la religión de los últimos tiempos. Pero no es el único tipo de religión que surgió allí en el siglo pasado.

CAPÍTULO 36



Místicos y estrellas de cine

Los estudiantes de religión hacen una distinción entre iglesia y secta. Una iglesia es más complicada que una secta. Tiene una amplia gama de creencias y trata de mantenerlas en equilibrio. Una secta se aferra a un aspecto de la religión y lo convierte en su principal preocupación. En el capítulo anterior vimos que los adventistas del séptimo día y los testigos de Jehová se concentraron en los fragmentos de la Biblia que predecían el regreso de Cristo para juzgar al mundo y traer el tiempo del fin. Es por eso que los estudiosos los clasifican como sectas y no como iglesias. La Iglesia de Cristo Científico, que se fundó en Boston, Estados Unidos, en 1879, también se considera una secta. Eligió un aspecto de la obra de Jesucristo y lo adoptó como su tema principal.

La ciencia cristiana eligió la faceta sanadora de Jesús como su misión. La profeta que fundó el movimiento se llamaba Mary Baker y nació en 1821 en New Hampshire. María era una niña enfermiza y siguió teniendo problemas de salud hasta la edad adulta. Como la mujer en el Evangelio de Marcos, que había sufrido mucho a manos de los médicos, Mary pasó mucho tiempo buscando una cura para sus males. Además de la medicina convencional, probó el hipnotismo y otras alternativas. Pero pasaban los

años y nada daba resultado. En 1866 se resbaló sobre una placa de hielo en la calle y se dañó la columna vertebral. Esta vez intentó algo diferente. No acudió al médico sino al Nuevo Testamento. Mientras meditaba sobre un pasaje del Evangelio de Mateo, en el que Jesús ordena a un paralítico que se levante y camine, ella misma experimentó la curación. No solo se había curado la columna, sino que creía haber descubierto la ciencia que estaba detrás de la obra sanadora de Jesús.

La revelación que tuvo fue que la enfermedad se basaba en una ilusión. La ilusión era que la materia tenía una existencia independiente. No era así. La había creado la mente de dios. La mente era la causa. La materia era el efecto. Así que la manera de encontrar la curación era por la mente sobre la materia. Así lo expresó en su libro *Ciencia y Salud*: «El conocimiento humano las llama fuerzas de la materia; pero la Ciencia divina declara que pertenecen por entero a la Mente divina. Y son inherentes a esta Mente». Aplicar el principio de la mente sobre la materia al sufrimiento humano era reconocer que los males que nos afligían no eran reales. Eran engaños, ilusiones, juegos que jugaba la materia sobre la mente. El camino para la curación no era por medio de médicos que jugaban al mismo juego, el juego material. El camino era abrirse al poder amoroso de dios, que eliminaría la ilusión de la enfermedad y nos restauraría a la salud y a la realidad. La ciencia cristiana no sanaba nuestras enfermedades. ¡Nos curaba de la ilusión de estar enfermos!

Las iglesias dominantes de Nueva Inglaterra no estaban preparadas para aceptar esta doctrina. No creían que el sufrimiento pudiera obviarse tan fácilmente. Era real, no era una ilusión. Sospechaban que Mary Baker no creía en la existencia del pecado, el juicio final, el Cielo ni el Infierno. Y era verdad, no creía en nada de eso. En su libro todo el mundo se podía salvar. No había problema que no tuviera solución una vez que se había comprendido el principio de la mente sobre la materia. Frustrada por la oposición que encontraba a sus revelaciones, Mary –que se había casado con su tercer esposo, Asa Gilbert Eddy, en 1877– fundó la Iglesia de Cristo Científico en Boston en 1879. En 1908 fundó un periódico, el *Christian Science Monitor*, todavía en funcionamiento y con un enorme prestigio.

También es famosa la Sede de la Iglesia de la Ciencia Cristiana, que se encuentra en un terreno de más de cinco hectáreas en el barrio Back Bay, de Boston.

Las misas de la ciencia cristiana consisten en lecturas de la Biblia y de las propias obras de Mary Baker Eddy, especialmente *Ciencia y Salud*. Hay himnos y silencios, pero la única forma de oración que se practica es la Oración del Señor. La ciencia cristiana nunca se convirtió en un movimiento de masas, pero se ha extendido por todo el mundo. En muchas ciudades se pueden ver salas de lectura con los escritos de Mary Baker Eddy en exposición, y allí uno puede descubrir cómo aplicar el principio de la mente sobre la materia a los males que le afligen. Mary murió en su hogar a las afueras de Boston en 1910.

Cuarenta años más tarde, en 1952, surgió otra religión estadounidense que despreciaba más aún la medicina moderna. Se llama la Iglesia de la Cienciología *(Scientology)* y su profeta era un escritor de ciencia ficción que se llamaba Lafayette Ronald Hubbard, que había nacido en Nebraska en 1911. Tiene bastantes seguidores entre las estrellas de cine de Hollywood de hoy. Tom Cruise y John Travolta atribuyen su éxito a los principios y prácticas de esta religión. La cienciología utiliza tecnología moderna y técnicas de exploración mental, pero su filosofía subyacente es la antigua doctrina hindú de la reencarnación o samsara. Cree en la existencia de almas inmortales o espíritus que se llaman thetán y emigran de un cuerpo a otro durante billones de años. En la cienciología es difícil conocer a fondo todos los detalles, pero parece ser que los thetán no han sido creados. Ellos mismos son los creadores del universo. Y para operar dentro de él, fabrican vehículos para sí mismos, siendo el cuerpo humano una de las muchas formas que adoptan.

Aquí es donde las cosas empiezan a complicarse. Todas las religiones pretenden explicar y suministrar un remedio para los males y el sufrimiento en el mundo. La Biblia lo achaca a un acto de desobediencia, una caída en desgracia que expulsó a Adán y Eva del Jardín del Edén. La historia humana se convirtió en una búsqueda de redención y restauración en el Paraíso. En la teología hindú, es el karma o la Ley de la Escritura la que

impulsa a los hombres a través de millones de vidas hasta que purgan sus pecados y finalmente entran en el nirvana. La cienciología utiliza elementos de ambos en sus enseñanzas.

En su deambular por millones de vidas, las experiencias por las que pasan los thetán los deja emocional y psicológicamente exhaustos. Los deja dañados, del mismo modo que una infancia brutal puede afectar a la vida de un adulto. Algunas de estas experiencias perjudiciales ocurren por accidente. Hubbard las llamó engramas. Eran solo los moretones, el desgaste normal que el tiempo marcaba en los thetán mientras viajaban por sus millones de vidas. A veces el daño era intencionado, infligido por los thetán que habían pasado al lado oscuro y querían poder sobre otros espíritus.

Hubbard llamó «implantes» a estas lesiones deliberadas a la psique humana. Eran la fuente principal no solo de los problemas físicos y psicológicos, sino de las malas ideas deliberadamente implantadas para llevar a los thetán por el mal camino. Decía lo siguiente: «Los implantes tienen como consecuencia toda clase de enfermedades, apatía, degradación, neurosis y locura, y son la causa principal de que el hombre sufra todo esto». Decía también que la idea cristiana del Cielo se había incrustado hace cuarenta y tres billones de años. Fue el resultado de dos implantes cuidadosamente diseñados para engañar a los thetán a creer que tendrían solo una vida en lugar de la serie infinita que los esperaba.

Los engramas y los implantes son la versión de la cienciología de lo que los cristianos llaman «la caída». Representan la miseria humana. La cura de la cienciología para lo que nos aflige es igual de específica. Los engramas se encierran en el subconsciente humano, o la «mente reactiva», como lo llamaba Hubbard, provocando angustia en nuestras vidas. La salvación se consigue al purgarlos o «limpiarlos» por un proceso que se llama «auditoría». Eso suena como un terapeuta que escucha a sus clientes mientras estos lentamente descubren acontecimientos en el pasado que les causan desasosiego en la actualidad. No es así como funciona en la cienciología. Los auditores escuchan, pero usan la tecnología para hacerlo. Tienen una herramienta que llama electropsicómetro, o e-metro, que

funciona como un detector de mentiras. El e-metro ayuda al auditor a encontrar la pregunta que conseguirá que el evento enterrado salga a la superficie. El objetivo de cada sesión es tener un «triunfo» o un momento de revelación. El triunfo trae la experiencia culpable a la superficie, donde se borra de la existencia. No es que el incidente se recuerde para luego sanar, es que se elimina de la memoria. El pasado no se confiesa y redime. Se borra.

Hay otras técnicas redentoras en la cienciología que muestran su versión de la salvación. Pero es la salvación en un sentido especializado. Se limita a esta vida, la que el creyente está viviendo en este momento. No hay salvación ni condena final. No hay Cielo. No hay Infierno. La vida no es una oportunidad única. Solo existe el eterno retorno de la vida después de la vida. Es samsara sin nirvana. Lo que hace la cienciología es ayudar a las personas a mejorar la vida en la que están gracias a la purga de sus engramas y el reconocimiento de sus implantes.

Pero no es barato. Hay que pagar en efectivo por estas técnicas de salvación. Y son caras. Cuanto más y más profundamente se entra en los misterios de la cienciología, más dinero hay que pagar por adelantado. Por eso los críticos dicen que es un negocio, no una religión. A lo que los cienciólogos responden que las demás religiones tienen maneras de obtener dinero de las personas para mantenerse; así que, ¿por qué no van a hacerlo ellos? Lafayette Ron Hubbard murió en 1986. Es imposible saber si volvió como cienciólogo o como otra cosa. Así que no sabemos si todavía es parte del programa.

Siguen apareciendo religiones como la cienciología, pero es difícil encontrar mensajes nuevos en lo que predican. Tal vez eso es porque, como dice el libro del Eclesiastés del Antiguo Testamento, no hay nada nuevo que decir sobre nada: «Lo que fue será, y lo que se hizo se hará; no hay nada nuevo bajo el sol». Eso, desde luego, parece ser cierto respecto a la última religión a la que quiero echar un vistazo en este capítulo: la Iglesia de la Unificación o la Asociación del Espíritu Santo para la Unificación del Cristianismo Mundial. Se les ha apodado los *moonies* por su fundador y profeta, Sun Myung Moon. Moon nació en Corea en 1920. Cuando tenía

dieciséis años, se le apareció Jesús y le dijo que había sido designado para completar su misión. A Moon le interesaba mucho el sexo. Creía que Eva había arruinado el sexo para la humanidad al separarlo del amor. Además de fornicar con Adán, lo había hecho con Satanás. Y la mancha se había pasado a las siguientes generaciones.

Así que dios eligió a Jesús para redimir la situación. El plan era que él se casara y tuviera hijos sin pecado. De esta manera –y aquí vamos a tomar prestado un término de la cienciología– se borraría el «implante» de pecado que había introducido Eva en la experiencia humana del sexo, y Jesús y su esposa engendrarían hijos libres de pecado. Por desgracia, a Jesús le crucificaron antes de que pudiera encontrar la compañera perfecta y redimir a la humanidad. El plan de dios se había frustrado una vez más. Pero ahora estaba en marcha de nuevo. Había elegido a Sun Myung Moon como Mesías para completar la obra de Jesús. Para lograrlo debía formar la familia ideal, cuya pureza de amor finalmente anularía el pecado de Eva.

Hasta la esposa número cuatro Moon no consiguió encontrar la pareja idónea para comenzar su campaña de salvación a través del matrimonio. Entonces llamó a sus discípulos a seguir su ejemplo. Los animó a hacerlo en unas ceremonias masivas, donde, por una cuota, miles de parejas se casan al mismo tiempo, muchos de ellos sin haber elegido siquiera con quién. Debe haber sido muy rentable. Cuando murió Sun Myung Moon en 2012, con 92 años, se dice que tenían una fortuna de 900 millones de dólares.

La Iglesia de la Unificación se trasladó a Occidente en la década de 1970 y atrajo a muchos jóvenes. Este bosquejo de su enseñanza muestra cómo en la religión los temas de la caída y la redención son recurrentes y se van renovando. El descontento humano está en la búsqueda permanente de una respuesta a sus problemas. Y siempre hay alguien a la espera, ansioso por darle otra religión más. Por eso en el próximo capítulo será un alivio hablar de un movimiento cuya intención no es multiplicar las religiones, sino unirlas.

CAPÍTULO 37



Abrir puertas

Una palabra útil para añadir a nuestro vocabulario religioso es «ecuménico». Viene del griego *oikos*, que quiere decir casa, extendida a la idea de *oikoumene* o la humanidad entera. La diferencia es que pasa de ser una sola familia tras una puerta cerrada a ser toda la raza humana en el mundo. Ser ecuménico es llegar a otros y celebrar lo que tenemos en común con ellos. Es salir de detrás de la puerta y unir las manos con nuestros vecinos. Ese tipo de apertura fue la gran historia de la religión en el siglo XX. Sucedió en varios lugares, pero comenzaremos con el cristianismo.

La Reforma del siglo XVI había dividido a los cristianos en grupos de guerreros. Y cuando dejaron de matarse, pasaron los siguientes siglos ignorándose. Cada confesión se preocupaba de sí misma y hacía su vida. Luego, poco a poco, comenzaron a abrirse las pesadas puertas y los cristianos salieron y empezaron a hablar unos con otros por encima de sus altas vallas. La conversación comenzó en una conferencia en Edimburgo en 1910, donde varias sociedades misioneras protestantes se reunieron para compartir preocupaciones.

Más adelante, en 1938, los líderes de cien iglesias votaron para formar un Consejo Mundial de Iglesias inspirado en las Naciones Unidas. El

estallido de la Segunda Guerra Mundial en 1939 dejó la iniciativa en suspenso. Pero en 1948 el Consejo Mundial de Iglesias celebró su primera asamblea, en la que estaban representadas 147 iglesias. Hoy hay 345 diferentes confesiones que son miembros del Consejo, un número que nos recuerda lo fragmentado que sigue estando el cristianismo.

En sus primeros años, el movimiento ecuménico tenía la esperanza de conseguir la unión de los numerosos grupos cristianos en uno solo, una sola Iglesia. No es una analogía perfecta, pero se podría ver como un intento de combinar un número de empresas competidoras en un gran negocio. Era un modelo de ingeniería. Hay que quitar un poco de aquí, añadir un poco allí, atornillarlos juntos y listo, ¡una Iglesia Unida! Algunas iglesias protestantes tuvieron éxito en asociarse con otras, como la Iglesia Unida de Cristo que surgió en 1957 a partir de dos confesiones, y la Iglesia Unida en Australia, en 1977, que es el resultado de la unión de tres. Aparte de algunos éxitos locales, la búsqueda de este tipo de unidad fracasó. Pero por lo menos cambió el ambiente entre las iglesias.

Tras la búsqueda de unidad se relajaron un poco las costumbres y las iglesias decidieron que, aunque no quisieran casarse entre ellas, no veían por qué no podían ser amigas. Era más fácil cuando ya tenían cosas en común y estaban dispuestas a ignorar las diferencias. Según la jerga del movimiento ecuménico, entonces «entraron en comunión unas con otras». Así que las iglesias anglicanas de las islas británicas se unieron en comunión con las luteranas del norte de Europa en 1992. No se fusionaron para convertirse en una nueva. Se quedaron en sus propias casas. Pero abrieron las puertas a los demás y se convirtieron en una gran familia.

Es demasiado pronto para saber adónde llevará toda esta actividad ecuménica al cristianismo. Una posibilidad bastante lógica es que la búsqueda de una unidad conseguida a base de ingeniería ya no dé más de sí. Ahora prevalece una forma más flexible de ver las cosas y se considera que las diferencias entre las iglesias son algo positivo. Al fin y al cabo, cada familia tiene su propio estilo y su forma de hacer las cosas, pero todas pertenecen a la misma comunidad humana mundial. Se celebra la variedad. No se considera factible la posibilidad de unir miles de confesiones

cristianas en una sola. Pero se está empezando a ver la virtud y la belleza en la multiplicidad. Como un jardín en el que florecen cien flores, dios se puede entender y adorar de muchas maneras diferentes.

Si esto suena más oriental que occidental, más hindú que cristiano, es porque lo es. El movimiento ecuménico dio su primer paso desde el cristianismo, en 1910, pero el impulso que lo mueve existían mucho más antes. Ya lo hemos visto en el sijismo, con su actitud abierta hacia otras tradiciones. En esto reflejaba la metáfora hindú de muchos arroyos siguiendo su camino hacia el mar. No es una idea que hubiera gustado al profeta Mahoma, que no veía el islam como una fe entre otras, sino como la realización y cumplimiento de todas.

Por lo tanto, es curioso que la religión más ecuménica del mundo actualmente tenga sus orígenes en el islam y no en el hinduismo. Es la fe bahá'í. Surge en 1844 en Persia, el Irán actual. Igual que el cristianismo y el islam, la bahá'í es una religión profética clásica. La esencia de la profecía es que la mente de dios se revela a los elegidos –generalmente son hombres– que dicen lo que han visto y oído. Y se forma una comunidad para llevar la nueva enseñanza al mundo. El islam celebra esta tradición profética, desde Abraham hasta Mahoma, pasando por Jesús. Pero cree que Mahoma fue el último profeta, la culminación o perfección de la corriente de la revelación, el sello de los profetas. El río finalmente había encontrado su lago. La profecía había cesado.

La fe bahá'í no lo ve así. Para ellos no hay lago ni presa que limite la revelación de dios. El río sigue su curso. La profecía sigue fluyendo. Fluirá hasta el final de la historia. Y de tanto en tanto salen a la superficie revelaciones para un nuevo profeta. Los bahá'í creen que salió a la superficie a mediados del siglo XIX en Irán cuando dios envió a su último profeta a la Tierra. Recuerda que los Evangelios nos dicen que Jesucristo tuvo un precursor que se llamaba Juan el Bautista. La gente preguntaba a Juan si él era el Mesías. Él respondía que no, pero había venido a preparar el camino para el que iba a venir.

Lo mismo ocurrió en Irán en 1844. Un joven que se llamaba el Báb (que significa puerta) anunció que era un heraldo de dios enviado para preparar

el camino para la venida del siguiente profeta. Él no era profeta, pero sufrió el destino habitual de los profetas. Su pretensión de ser la puerta por la que entraría el nuevo profeta era una herejía para los musulmanes ortodoxos. Para ellos Mahoma era el último de los profetas. No podía haber otro. Así que en 1850 arrestaron al Báb y fue ejecutado.

Un par de años más tarde, Mirza Husayn Ali Nuri, al que encarcelaron por seguir al Báb, esperaba ansiosamente al profeta que él mismo había predicho que vendría. Pero tuvo la revelación de que él mismo era el profeta que estaba buscando. Tomó el nombre de Bahá'u'lláh, que significa «Gloria de Dios», y nació la fe bahá'í. A Bahá'u'lláh le fue mejor que al Báb. Las autoridades iraníes no le ejecutaron, pero pasó los siguientes cuarenta años entre la prisión y el exilio. En 1892 murió en Acre, en Palestina, la ciudadela que entonces se utilizaba como prisión. Fue otro ejemplo de cómo comenzar una nueva religión puede ser peligroso para la salud.

Su hijo Abdu'l-Bahá, que había estado encarcelado con él, le sucedió como líder. Cuando salió de prisión en 1908, viajó mucho por Egipto, Europa y América, difundiendo la nueva revelación y reuniendo seguidores. A su muerte en 1921 le sucedió su nieto, Shoghi Effendi. La fe bahá'í continuó creciendo en todo el mundo. Cuando Shoghi Effendi murió en Londres en 1957, la dirección del movimiento pasó de estar en manos de un individuo de la sucesión profética a un grupo de creyentes conocido como la Casa Universal de Justicia.

La belleza de los bahá'í es que su fe no es nada complicada. Su idea esencial es la de la revelación progresiva. Dios sigue enviando profetas, y simplemente resulta que Bahá'u'lláh es el último. Eso no significa que Bahá'u'lláh sea la revelación final. Significa que es la única a la que la humanidad debe prestar atención por el momento, porque es la última revelación de la que aprender. Es una lección sencilla, que simboliza el espíritu ecuménico de la época. Hay un dios, cuyo ser está más allá de la comprensión humana.

Lo que los profetas ven es un atisbo de la mente de dios. Desgraciadamente, las religiones que se forman en torno a estos vislumbres

siempre interpretan mal una cosa. Siempre es el mismo error. Piensan que ellos tienen la última palabra sobre dios.

Los bahá'í creen que todas las religiones del mundo han entendido algo del misterio de dios, así que todos merecen respeto. Esos breves atisbos son válidos. Pero ninguno ve el cuadro completo. Ni siquiera el bahá'í. El bahá'í solo es la versión más reciente. Y tiene la belleza de la simplicidad. Ha reconocido que hay muchas religiones, pero todas miran al mismo dios. En ese sentido ya son una sola. Lo que están viendo es lo que los une, no el ángulo desde el que lo miran. Las religiones se olvidan de eso. Confunden lo que se ve con el que lo está viendo. Es la parábola de los ciegos y el elefante una vez más, pero visto de otra forma. El elefante puede ser uno, pero cada hombre tiene un punto de vista diferente sobre él.

Entonces, ¿cuál es el punto de vista bahá'í? No es nada nuevo decir que hay un solo dios. Lo que los bahá'í quieren destacar es que la humanidad también es una. La unidad de la raza humana es una lección a aprender tan importante como la unidad de dios. Y tiene unas implicaciones sólidas y prácticas. La tragedia de las religiones que piensan que son la última palabra es que dividen a la humanidad en bloques que se enfrentan en guerra. La religión se convierte entonces en el mayor enemigo de la humanidad. Pero una vez que se da cuenta de que, aunque las religiones vean a dios desde diferentes ángulos, todas ven el mismo, la religión puede convertirse en una fuerza para la unidad en lugar de una fuente de división.

Es por eso que los bahá'í fueron prominentes en el movimiento para reunir a las religiones del mundo en un nuevo tipo de ecumenismo mundial llamado Parlamento Mundial de Religiones. Se reunió por primera vez en Chicago en 1893 y un siglo más tarde en 1993. Su reunión más reciente fue en Salt Lake City en octubre de 2015. El Parlamento es una señal de que en nuestra época algunas religiones se están alejando de años de división y suspicacias para abrir una nueva era de amistad y conversación.

Además de su testimonio global de la unidad de dios y la unidad de la humanidad, los seguidores de los bahá'í tienen su propio estilo simple y distintivo de práctica espiritual. No tienen un sacerdocio formal. Tampoco imponen uniformidad doctrinal a sus miembros. La suya es una fe

doméstica, los ritos se llevan a cabo, sobre todo, en el salón de casa. Pero reflejan sus orígenes procedentes del islam. Después de lavarse de forma ritual, los bahá'í siguen la práctica de la oración en una dirección particular. No hacia La Meca, sino hacia la tumba de su profeta Bahá'u'lláh en Israel. Su oración es sencilla. «Soy testigo, oh mi Dios, de que Tú me has creado para conocerte y adorarte… No hay otro Dios más que Tú, el que Ayuda en el Peligro…».

La fe Bahá'í ilustra una tendencia dentro de la religión de nuestro tiempo y lejos de las divisiones del pasado, que va hacia un tipo diferente de unidad. No una que viene de unir sistemas a martillazos, sino por el descubrimiento de una unidad que ya existe: la unidad de nuestra humanidad común. Para descubrirla hay que escuchar más y hablar menos. Se expresa más en silencio que con ruido.

Pero está lejos de ser una tendencia universal. Está equilibrado por la tendencia opuesta, por los fundamentalistas enojados que se ven a sí mismos como los únicos poseedores de la verdad de dios. Y son responsables de algunos de los conflictos más espeluznantes del mundo de hoy. Vamos a echar un vistazo a su historia en el próximo capítulo.

CAPÍTULO 38



La religión enfadada

La etiqueta de fundamentalista se adjudica a varios grupos religiosos de hoy, pero se utilizó por primera vez a principios del siglo XX para describir una marca específica de protestantismo estadounidense. La ciencia moderna estaba haciendo la vida cada vez más difícil a aquellos cristianos que interpretaban la Biblia de forma literal. La Biblia les había dicho que dios tardó seis días en crear el universo antes de descansar el séptimo, y que en un momento preciso del sexto día creó seres humanos completamente formados. Hasta el siglo XIX muchos pensaban que había sido exactamente así. Entonces los científicos entraron en el juego y comenzaron a ponerlo en cuestión. Uno de ellos dio a los creyentes un dolor de cabeza.

Se llamaba Charles Darwin. En sus investigaciones Darwin había llegado a la conclusión de que todas las especies de nuestro planeta habían evolucionado durante un período muy largo de tiempo en un proceso de pequeñas adaptaciones a su entorno. Se acabó la creación en seis días. Esto ya era bastante difícil de aceptar. Pero peor fue la afirmación de que los seres humanos no surgieron como una creación especial en un día hace 6.000 años. También ellos habían evolucionado lentamente durante millones de años. ¡Y sus antepasados más recientes eran los simios! Cuando

en 1859 se publicó el libro de Darwin, *El origen de las especies*, provocó una crisis a todos los que leían la Biblia como una descripción precisa de cómo dios había creado el mundo, en lugar de leerlo como un poema que celebra la creación del universo. Los cristianos respondieron de diferentes maneras al libro de Darwin.

Muchos lo leyeron y se convencieron de que Darwin tenía razón. ¡Así que la Biblia debe estar equivocada! Y la estructura de la fe se les deshizo en pedazos. Perder su religión les hizo sentirse tristes, como los niños cuando dejan de creer en Santa Claus. Pero otros creyentes se quedaron con una parte del libro de Darwin y adaptaron su religión a la nueva ciencia. Hicieron esto aprendiendo a leer la Biblia de otra manera. Era arte y no ciencia. Estaba diseñada para hacer pensar sobre los significados de la vida, no para dar información sobre cómo funciona. Su religión sobrevivió, pero perdió su vieja certidumbre. Esto significaba que ¡se convertía en fe por primera vez! La certeza no es fe. Es lo opuesto de la fe. Si estamos seguros de algo no necesitamos creerlo. Lo sabemos. No creo en 2 + 2 = 4. Lo sé. Estoy seguro de ello. Puedo hacerlo con los dedos. Pero no puedo estar seguro de que la vida tenga un significado superior ni de que el mundo tenga un creador que lo ama. O que pasaré a otra vida después de la muerte. Nada de esto se puede saber con certeza. O lo creemos o no lo creemos. Tenemos fe o no tenemos fe. La ciencia moderna hizo un favor a la religión ayudándola a comprenderse mejor y a cambiar la forma en que hablaba de sí misma.

Pero algunos cristianos se negaron a aceptar la ciencia moderna. No pensaban entregarle su fe ni encontrar un camino hacia una interpretación diferente de la fe gracias a ella. En lugar de eso, decidieron enfrentarse a la ciencia. La ciencia no les ponía tristes. Tampoco les hizo pensar. ¡Les ponía furiosos! Y la ira se convirtió en el principal ingrediente del fundamentalismo. Para entenderlo hay que sentir la furia y la frustración que lo impulsó.

¿Alguna vez has perdido la paciencia con una herramienta defectuosa y has querido arrojarla a la otra punta de la habitación? ¿Alguna vez has visto a un jugador de tenis golpear la raqueta contra la cancha como si fuera la

culpable del punto que acababa de perder? La vida nos expone constantemente cambios que nos sacan de nuestra zona de confort. Y hay personas a las que se les da mejor manejarlos que a otras. Algunas se adaptan fácilmente a los nuevos desafíos. Decimos que son los primeros en adoptar el nuevo sistema o una moda. Están deseando tener en las manos el último teléfono o iPad. Otros se adaptan a regañadientes. Algunos se niegan a adaptarse. Odian los cambios y luchan con ira contra ellos. ¡Sobre todo cuando desafían sus preciadas creencias! La ciencia era el agente más grande del cambio en la era moderna, así que se convirtió en el blanco de creyentes furiosos que se sintieron ofendidos por sus afirmaciones. La furia se desató en Estados Unidos entre 1910 y 1925. Lo que inició la guerra fue la teoría de la evolución de Darwin.

El primer ataque fue una serie de panfletos publicados por un grupo que se llamaba Asociación Mundial de los Fundamentos Cristianos. Los fundamentos son bases sólidas. Si uno se construye la casa sobre ellos, las inundaciones del tiempo no se la llevarán por delante. Para los autores de los folletos, el fundamento sobre el cual se construyó el cristianismo fue la verdad infalible de la Biblia. Dios había dictado cada palabra y dios no cometía errores. Todo en la Biblia era verdad, era la palabra de dios. Cualquier palabra humana que la contradijera estaba equivocada. Darwin lo había contradicho. ¡Por lo tanto, Darwin estaba equivocado!

Los fundamentalistas no intentaron refutar la ciencia. No utilizaron argumentos para refutarla. ¡Simplemente estaban en contra! Era igual que un padre cuando pone fin a una discusión con un niño gritando: «Porque yo lo digo». Eso es lo que hace la religión fundamentalista. No refuta con pruebas, sino con la autoridad. ¿Por qué se equivoca Darwin? ¡Porque lo dice la Biblia! Pero no solo se dedicaron a pontificar. Intentaron prohibir la ciencia en sí. Entonces la ciencia se defendió.

Animado por las enojadas protestas de los pastores cristianos, en 1925 el estado de Tennessee prohibió que se enseñara la teoría de la evolución en los colegios. Se convirtió en un delito punible enseñar «cualquier teoría que niegue la historia de la creación divina del hombre como la explica la Biblia y enseñar en cambio que el hombre ha descendido de un orden inferior de

animales». Un joven profesor de ciencias llamado John Thomas Scopes decidió desafiar la nueva ley. Le detuvieron por dar clases sobre la evolución. Su plan era utilizar su caso para demostrar lo absurdo que era intentar refutar la evolución citando el Génesis. Con el respaldo de la Unión Americana de Libertades Civiles y la defensa de Clarence Darrow, el abogado más famoso de Estados Unidos, el caso Scopes se conoció como «Monkey Trial» (el juicio del mono) por la afirmación de Darwin de que los humanos descienden de los monos. Scopes se declaró culpable de enseñar la evolución y tuvo que pagar una multa de 100 dólares. Darrow utilizó la defensa para mostrar las contradicciones que había en la postura fundamentalista y demostrar que su portavoz principal no sabía de lo que estaba hablando. Scopes perdió el caso, pero Darrow ganó el argumento. Sin embargo, hasta 1968 el Tribunal Supremo de Estados Unidos no revocó la ley que prohibía la enseñanza de la evolución en las escuelas.

El juicio de Scopes demostró que los nuevos conocimientos generaban la furia fundamentalista. A los fundamentalistas, en general, no les gusta la historia ni los cambios que trae. Prefieren romper sus raquetas en la cancha que responder a lo que trae consigo el futuro. El pasado es lo único que quieren. «¿Por qué sigues hablando del futuro?», gritan. El fundamentalismo es una rabieta. Es un griterío, un rechazo a aceptar nuevas realidades.

Pero si el cambio científico y los nuevos conocimientos que aporta son difíciles de aceptar para una mente fundamentalista, es todavía más difícil cambiar la forma en que dirigimos la sociedad. En nuestra época, el fundamentalismo religioso se hizo más intenso por el cambio social que por las presiones de la ciencia. En algunas de sus formas no solo era un enfado, se volvió violento.

El cambio más revolucionario que agitó el mundo en los siglos XX y XXI fue la liberación de la mujer. La Biblia y el Corán provienen de sociedades controladas por hombres. Eso no es una sorpresa. Así es como se dirigía el mundo en todas partes hasta hace poco. Merece la pena llamar la atención sobre una cosa antes de profundizar en el tema. En la historia vemos que los hombres que mandan nunca se ofrecen voluntarios para renunciar a sus

privilegios. No se levantan un día y dicen: «Me he dado cuenta de que la forma en que controlo y domino a los demás es errónea. Debo cambiar la forma de hacer las cosas. Así que compartiré mi poder con ellos. ¡Les dejaré votar!». No funciona así. La historia demuestra que hay que arrebatar el poder a los que lo tienen. Las sufragistas que lucharon por el derecho de las mujeres a votar aprendieron esa lección. Los hombres no se ofrecieron a dárselo. Las mujeres tuvieron que luchar contra ellos para conseguirlo.

Hay otra cosa que destacar sobre el poder, y ahí es donde entra la religión. Los poderosos adoran el poder por sí mismo, pero esconden su deseo con teorías para justificarlo. La que utilizaron para impedir que las mujeres votaran era que el cerebro femenino no podía comprender la complejidad de la política. La política era cosa de hombres. Criar niños era cosa de mujeres. El mejor proveedor de razones para mantener a la gente a raya siempre ha sido la religión. Lo vimos en el debate sobre la esclavitud. La Biblia y el Corán aceptaban la esclavitud como algo innato. También aceptaban como hecho irrefutable la subordinación de las mujeres. Así que nos topamos con el hecho incómodo de que los textos sagrados se pueden utilizar para proporcionar munición a aquellos que quieren tener a las personas bajo control.

Todavía pueden usarse de esa manera hoy. Para los cristianos fundamentalistas la emancipación de las mujeres del control masculino es un problema colosal, porque la Biblia dice que las mujeres deben estar sometidas a los hombres y nunca tener autoridad sobre ellos. Hasta hoy, la mayor parte del cristianismo todavía se niega a permitir que las mujeres tomen parte en el ministerio oficial de la Iglesia. El tema ni siquiera se plantea en la Iglesia católica, la organización más grande del planeta, con más de mil millones de miembros. Incluso las versiones más liberales del cristianismo han tenido problemas con esto durante siglos. La Iglesia de Inglaterra no permitió que las mujeres fueran obispos hasta 2015. Así como aprendieron a adaptarse a Darwin, las religiones liberales están aprendiendo a adaptarse, aunque sea dolorosamente, a la liberación de las mujeres. Pero el tiempo no se detiene y ahora tienen que lidiar, aún más dolorosamente, con la emancipación de los gays.

Todo esto es duro para el cristianismo. Por varias razones es aún más duro para el islam. En este caso la lucha por aceptar el cambio se ha vuelto violenta. Los musulmanes fundamentalistas no solo están enfadados; en su forma más extrema se han vuelto brutalmente homicidas. Hay muchos factores que contribuyen a esta crisis en el islam, muchos de ellos fuera del alcance de este libro. Pero comparten un problema común con los fundamentalistas religiosos en todas partes, incluso en Israel. Hay judíos fundamentalistas en Israel que rechazan cualquier intento de compartir Tierra Santa con los palestinos. Argumentan que dios les dio Palestina hace miles de años y lo que hacen es recuperar lo que les robaron. Si tratas de señalar los peligros de esa posición, repiten lo que los fundamentalistas cristianos dijeron a Darwin. Tenemos razón y usted está equivocado porque la Biblia lo dice.

Ya que la Biblia o el Corán se utilizan de esta manera, parece que son el problema, la razón de que estallen estos conflictos. O, mejor dicho: la dificultad surge cuando se cree que estos textos son revelaciones de dios. Por ejemplo, yo puedo tener una discusión con alguien sobre la situación de las mujeres o los gays, y podemos estar de acuerdo o no. Pero si me responde que su punto de vista acerca de estos temas no es suyo sino de dios, entonces la discusión se vuelve imposible. Se convierte en una repetición del Monkey Trial.

Los fundamentalistas no debaten. No cotejan las pruebas. Dictan sentencia. Y ésta siempre es «culpable» porque su libro sagrado ya ha tomado la decisión. Esto significa que la crisis del fundamentalismo en nuestro tiempo, incluyendo sus versiones violentas, plantea una pregunta que va al corazón de las religiones que aseguran estar basadas en una revelación directa de dios. Seguramente, si se utiliza para justificar no solo el amor a la ignorancia sino también el amor a la violencia, hay algo fundamentalmente erróneo en ello –tomando prestado su propio lenguaje–. Entonces, ¿cómo puede la religión salir de este bucle particular? Esa es la pregunta que consideraremos en el próximo capítulo, cuando examinemos más de cerca la historia violenta de la religión.

CAPÍTULO 39



Guerras santas

¿Es la religión el principal motivo de violencia en la historia de la humanidad, como se ha sugerido muy a menudo? Desde luego, la religión no es ajena a la violencia. La ha utilizado en el pasado y la utiliza hoy. ¿Pero es la causa? Hay mucha gente sensata que piensa que sí y que sugiere que la manera de librar al mundo de la violencia es liberarla de la religión. Algunos van más allá y afirman que puesto que fue dios quien ordenó la violencia que ha sido la maldición para la humanidad, la mejor manera de salvar a la humanidad de esa maldición es deshacerse de dios. Es una declaración poderosa que no podemos ignorar.

Si limitamos el debate a las tres religiones abrahámicas, el judaísmo, el cristianismo y el islam, la alegación parece que se mantiene. Hay mucha violencia en la historia temprana del judaísmo. La liberación de los judíos de la esclavitud en Egipto no podría haberse logrado sin ella; por eso debemos detenernos aquí para preguntarnos si la violencia era necesaria. Pocas personas han afirmado que la violencia contra otros nunca está justificada. Siempre es un mal, pero a veces es el mal menor. La esclavitud era un mal. No trataba a los hombres y las mujeres como seres humanos sino como animales que podían ser desechados por el capricho de sus amos.

La mayoría de la gente de hoy apoyaría el derecho de los esclavos a rebelarse contra sus dueños y luchar por su libertad. Eso es lo que hicieron los judíos. Se enfrentaron a sus amos y escaparon al desierto. Cuando se empieza a complicar el asunto es al explicar lo que sucedió después.

Alrededor del año 1300 a.e.c., los israelitas hicieron con las tribus que vivían en Canaán (ahora Palestina) –gentes que ellos consideraban pecadores contra dios– lo que los colonizadores cristianos hicieron con los nativos americanos en el siglo XIX. La palabra moderna que usamos para describir el desarraigo y la destrucción de todo un pueblo es el genocidio. Se ajusta a lo que estamos contando aquí. Y hay que culpar a la Biblia. Los historiadores pueden discutir sobre cuánto duró el asentamiento de los judíos en tierras palestinas y lo violento que fue en realidad. Lo que está claro en la Biblia es la matanza que tuvo lugar. Además, dice que fue por orden de dios. El libro que lo describe se llama Josué. Es un texto lleno de frases como «los destruirás totalmente» y «los destruyeron» y «no quedó ni uno solo con vida». Josué nos dice que las tribus de Israel se instalaron en la Tierra Prometida gracias a los actos de violencia que había ordenado dios.

Cuando llegamos al cristianismo, la historia muestra que también tuvo un comienzo violento. Pero era el objeto de la violencia, no el sujeto. En sus primeros años no esperaba estar por aquí el tiempo suficiente para involucrarse en la política mundana. Aunque eso no evitó que sufriera persecuciones. Adoraba a un dios crucificado y abrazaba su propio sufrimiento. Esto se acabó cuando el emperador Constantino adoptó el cristianismo y lo puso a trabajar en su nombre. Después de eso la Iglesia desarrolló el gusto por la violencia y aprendió a usarla como un instrumento de control. Durante siglos la utilizó contra los judíos, llamándolos «asesinos de Dios» a causa de la crucifixión de Jesús, olvidando todo lo que había dicho en el Sermón de la Montaña. Durante las cruzadas utilizó la violencia contra los musulmanes. Durante la Inquisición utilizó la violencia contra los cristianos heréticos. En las guerras religiosas que estallaron tras la Reforma, grupos cristianos rivales lucharon unos contra otros hasta que la sociedad se cansó de su violencia e intervino para detenerla.

El islam también tuvo un nacimiento violento. Aunque la idea de la yihad se puede entender de manera no violenta, también se ha utilizado para justificar la violencia contra infieles o incrédulos. Al igual que los cristianos, los musulmanes han matado a otros creyentes que seguían una versión diferente de la fe. Los chiitas y los sunitas se han matado unos a otros tan ansiosamente como hicieron los protestantes y los católicos en el cristianismo. El odio entre ellos es una de las principales causas del conflicto en Oriente Medio hoy en día.

Así que la pregunta no es si la religión ha sido la causa de gran parte de la violencia en la historia, sino ¿por qué debería molestarnos? Al hablar de la historia de la esclavitud, observamos que hay situaciones en las que la violencia es una opción moral válida. Este es un principio que guía a la mayoría de las naciones tanto en su política interna como en su política exterior. Estadísticamente, Estados Unidos es el país más cristiano del mundo. También es uno de los más violentos. Permite la pena de muerte. Cree en el derecho de los ciudadanos a poseer armas de fuego y utilizarlas en legítima defensa. Miles de sus ciudadanos mueren cada año como consecuencia de esa ley. También ha usado la violencia, como todas las naciones del mundo, no solo para defenderse de sus enemigos, sino para intervenir en los asuntos de otros países. Si podemos justificar la violencia en estas circunstancias, ¿por qué nos enfadamos tanto cuando las religiones la usan para lograr sus propósitos? Somos una especie violenta. Entonces, ¿por qué la violencia religiosa nos hace tan sensibles?

Hay dos razones. La primera es que cuando la religión entra en una disputa, agrega un ingrediente tóxico a la mezcla que no siempre está presente en otros conflictos. Los seres humanos son propensos a la violencia de todos modos, pero si pueden convencerse a sí mismos de que lo están haciendo por obedecer a dios, se elimina cualquier posibilidad de misericordia y moderación del conflicto. Durante un período de guerra religiosa en Escocia en el siglo XVII, conocido como The Killing Times (los tiempos de la matanza), el grito de guerra de un lado era «Dios y sin cuartel», que quería decir que no había que mostrar piedad ni tomar prisioneros. Cuando esta noche en la tele veamos a las facciones

musulmanas rivales bombardearse unas a otras en Oriente Medio, es probable que los oigamos gritar alabanzas a Alá mientras lanzan sus misiles.

Si uno actúa en obediencia al juez moral del universo, no hay error posible. «¡Dios y sin cuartel!». Por eso los conflictos entre fanáticos religiosos pueden alargarse durante siglos sin que ninguno de los dos lados busque la reconciliación. Cuando una vieja rivalidad recibe una nueva oleada de energía, a veces se describe como «política de identidad». Un grupo que no sea muy popular puede lograr un sentido de propósito e identidad al manejar una fe que lo define contra los demás. Puede aliviar los sentimientos de un extranjero de no pertenecer al país en el que vive. Puede llenarle de ira. Puede darle una razón para inmolarse en el metro lleno de gente en Londres en 2005.

Si la primera razón por la que nos asalta la violencia religiosa es la intensidad irracional que trae al conflicto humano, la segunda es que hay una terrible contradicción en su corazón. Es una contradicción que los incrédulos a menudo ven más claramente que los creyentes. El nombre de la contradicción es dios. La mayoría de las religiones se basan en la afirmación de que dios es la realidad suprema. Él es el autor de su código moral. Pueden tener maneras diferentes de expresarlo, pero todas ven a dios como el padre universal. Los humanos son hijos de dios. Como dice el Nuevo Testamento, en dios «vivimos, nos movemos y existimos».

Pero si todos somos hijos de dios, ¿por qué dios pasa tanto tiempo en la historia dando órdenes a una rama de su familia universal para que destruya a otra rama? ¿Por qué su amor por sus hijos judíos tiene que ser expresado en el exterminio de sus hijos palestinos? ¿Por qué más tarde abandonó a sus hijos judíos en favor de sus hijos cristianos y animó a sus nuevos favoritos a atormentar a sus hermanos mayores? ¿Por qué ordenó a sus hijos musulmanes, que le adoran como Uno, que persiguieran a sus hijos paganos que le adoran como Muchos? ¿Por qué hay tanta violencia en la historia religiosa, toda llevada a cabo por grupos que dicen que dios está de su lado?

A no ser que estemos preparados para creer que dios realmente tiene sus favoritos como una especie de tirano demente, solo hay dos maneras de

entender este dilema. Lo obvio es decidir que no hay dios. Lo que se llama dios es una invención humana utilizada, entre otras cosas, para justificar el amor de la humanidad por la violencia y el odio hacia los extraños. Deshacerse de dios no resolverá el problema de la violencia humana, pero eliminará uno de sus pretextos.

Pero si no queremos abandonar a dios, entonces hay que pensar mucho. Hay que preguntarse qué es más probable: ¿que dios sea el homicida loco que a veces nos presenta la religión, o que la religión no ha entendido a dios y confunde su propia crueldad con su voluntad? Si decidimos que es más probable que la religión haya entendido mal a dios y no que éste sea el monstruo que sus predicadores a veces describen, entonces tenemos un problema.

Resulta que la religión puede ser un enemigo mayor de dios que el ateísmo. El ateísmo dice que dios no existe. Si dios existe, lo más seguro es que le divierta la impudicia del ateo, no que le indigne. ¡El ateo ya aprenderá! Pero si dios no es un monstruo, entonces es poco probable que le diviertan los maestros religiosos que le hacen parecerlo. Así que llegamos a la conclusión de que, aunque la religión pretende revelar la verdadera naturaleza de dios al mundo, muchas veces lo que hace realmente es esconder a dios tras la espesa niebla de su propia crueldad.

Se atisba de tanto en tanto en las Escrituras la idea de que la religión es el oponente más feroz de dios. Lo encontramos en las palabras de Jesús, que percibió lo fácil que era usar la religión no solo como una razón para hacer cosas malas, sino como excusa para no hacer nada bueno. ¡Fue una mala religión la que llevó al sacerdote y su ayudante a pasar de largo porque el hombre que había caído entre los ladrones no era de los suyos!

De modo que sí, la religión ha causado y sigue causando parte de la peor violencia de la historia. Y sí, ha usado a dios para justificarse. De modo que si al hablar de dios nos referimos al amoroso creador del universo, entonces o bien él no existe o la religión no ha entendido nada. De cualquier manera, debemos ser cautelosos con la religión. Eso no significa necesariamente que debamos abandonarla por completo. Podemos decidir

seguir con ella, pero hacerlo con humildad, admitiendo el mal que ha hecho, así como el bien. Está en nuestras manos.

Algunos se quedaron tan horrorizado por el historial sediento de sangre que tiene la religión que decidieron domarla y ponerla en su lugar. En nuestro último capítulo veremos cómo lo hicieron.

CAPÍTULO 40



¿El final de la religión?

Mi perra odia la primera semana de noviembre. Es un momento en el que, en los jardines y parques donde vivo, los vecinos lanzan fuegos artificiales hasta la noche. El ruido hace que Daisy se estremezca de miedo. Para ocultarse del enemigo que la persigue, intenta cavar un agujero en la alfombra de mi estudio. No corre ningún peligro, pero no puedo hacer que lo entienda. Tiene lo que se conoce como un dispositivo hipersensitivo de detección de agente o HADD, por sus siglas en inglés (*hypersensitive agent-detection device*). Detecta una amenaza que no existe. Esto nos puede suceder a todos. Cruje el suelo del ático y nos imaginamos un intruso. Entonces nuestra parte racional entra en acción y nos damos cuenta de que una repentina ráfaga de viento ha hecho que temblara el suelo viejo. Daisy no puede razonar así, por lo que a principios de noviembre la temporada de fuegos artificiales es una pesadilla para ella. Está programada para huir como respuesta a los ruidos fuertes, y ninguna explicación le hará comprender que nadie la va a cazar.

Daisy no es la única criatura en la historia que ha desarrollado HADD. Influyó en la mayor parte de la humanidad durante siglos. La religión aseguraba que el mundo no estaba controlado por leyes naturales sino por

fuerzas sobrenaturales. La palabra para esto es «superstición», la creencia de que las cosas pueden pasar por medio de la magia sin ninguna causa natural. Esta forma de pensar comenzó a cambiar en el siglo XVII durante la etapa que se conoce como la Ilustración, cuando la ciencia sustituyó a la superstición para explicar lo que pasaba en el mundo. Todo tenía una causa natural. Había una razón para todo lo que ocurría. El lema de la Ilustración fue «Atrévete a saber». No cedas a la superstición. Atrévete a conocer el origen verdadero de las cosas. Una de las consecuencias de la Ilustración fue que se relajó el dominio absoluto que las explicaciones sobrenaturales tenían sobre la mente humana. Las luces se encendieron en la cabeza de las personas y empezaron a pensar por sí mismas.

Atreverse a saber cómo funcionaba la naturaleza era uno de los impulsos de la Ilustración, y otro era la repugnancia que les producían los siglos de violencia religiosa. La superstición ya era algo tremendamente negativo. Pero las guerras eran mucho peor. Los pensadores de la Ilustración se percataron de que las religiones siempre estaban enfrentadas. Cada una creía que poseía la verdad revelada por dios y que las demás estaban equivocadas. Cuando una conseguía el control de un país, trataba de hacer que todos marcharan a su ritmo. Esto era bastante nefasto, pero era peor todavía cuando en un país había dos religiones compitiendo entre sí. Estaban en un enfrentamiento permanente, como había ocurrido en Europa desde los tiempos de la Reforma. ¡Sin embargo, si había treinta religiones parecía que era posible que todas convivieran en paz!

La Ilustración llegó a dos conclusiones. La primera era que cuantas más religiones hubiera en una sociedad, más seguro sería para todos. Así que la mejor garantía de paz era prohibir la discriminación y tolerar la práctica. La segunda conclusión fue que, si bien la religión debe ser tolerada dentro de la sociedad, nunca debe permitirse que la religión tenga el control sobre la sociedad. La autoridad de los líderes religiosos debe limitarse a sus propias comunidades.

Este principio solo se aplicó estrictamente en Estados Unidos. Los padres de la Constitución Americana estaban influidos por el pensamiento de la Ilustración en lo relativo a la religión. Recordaban que los primeros

colonos de Estados Unidos habían llegado allí huyendo de la persecución religiosa en Europa. Así que estaban decididos a evitarlo en su nueva tierra prometida. Por eso Thomas Jefferson, uno de los autores de la Declaración de Independencia y el tercer presidente de la joven república, aconsejó al pueblo estadounidense que «no redactara ninguna ley sobre el establecimiento de la religión ni prohibiera su libre ejercicio». Debe haber un muro de separación entre Iglesia y Estado. Eso se convirtió en uno de los principios fundacionales de Estados Unidos.

Las cosas eran más complicadas en Europa, donde Iglesia y Estado habían estado interconectados durante siglos. Pero las ideas que trajo consigo la Ilustración comenzaron a socavar la autoridad de la religión en los asuntos estatales. Con el tiempo se logró una ruptura más radical entre Iglesia y Estado en Europa que en Estados Unidos, donde la religión, aunque no tiene una posición oficial, todavía tiene una considerable influencia social y política.

Lo que sucedió en Europa fue que apareció lo que ahora se llama el Estado secular. La palabra secular proviene del latín *saeculum*, que significa período de tiempo. Llegó a significar tiempo contra la eternidad, el mundo en contraste con la Iglesia, el pensamiento humano en oposición a la revelación religiosa. El Estado secular optó por no interferir con los que vivían sus vidas en función de los principios derivados de la religión, y decidió basar sus propias decisiones solo en principios derivados de este mundo. Aquí van un par de ejemplos de cómo funciona esto hoy.

Como hemos visto, muchas religiones discriminan a las mujeres. Sus libros sagrados dicen que dios hizo que el destino de las mujeres fuera ser ayudantes de los hombres y nunca tener autoridad sobre ellos. En las sociedades seculares discriminar a las mujeres se considera moralmente incorrecto, y en algunos casos se ha convertido en un crimen que puede terminar en los tribunales. Sin embargo, dado el principio secular que permite a la religión hacer su vida dentro de su propia comunidad, el Estado a menudo hace la vista gorda con algunas prácticas de comunidades religiosas que serían un crimen en la sociedad.

El otro ejemplo se refiere a la homosexualidad. Una vez más, los libros sagrados de la religión la desaprueban. El sexo gay es siempre un pecado y uno por el cual alguien puede ser ejecutado. En algunas partes del mundo, de hecho, sigue ocurriendo. Pero en la mayoría de las sociedades seculares modernas la persecución de los homosexuales es en sí misma un crimen. Los homosexuales tienen los mismos derechos que los heterosexuales, incluyendo el derecho a casarse en muchos países. Sin embargo, el Estado laico hace la vista gorda con la discriminación contra gays que se practica en muchas religiones.

El Estado laico puede mirar hacia otro lado ante el sexismo y la homofobia de algunas comunidades religiosas, pero muchos de sus ciudadanos están muy atentos a estas cuestiones y no les gusta lo que ven. Porque la Ilustración tuvo como consecuencia la aparición del Estado secular y la mentalidad secular, una manera de pensar sobre la vida que no hace referencia a dios ni a su visión de cómo debe organizarse el mundo. La mentalidad secular no solo rechaza la aplicación de los principios religiosos a su propia vida, sino que se siente consternada por el efecto que la religión puede tener en la vida de otros. Se opone a los que discriminan a las mujeres y a los homosexuales sobre la base de escrituras sagradas de la Edad del Bronce. El surgimiento de la mentalidad secular ha dado lugar a la erosión gradual de la autoridad religiosa en Occidente. Como resultado, el cristianismo, la fe que dominó Europa durante siglos, ha entrado en un declive que no parece que pueda frenarse.

Esto entristece a muchas personas, incluso a algunos que han dejado de practicar la religión. Saben que la Iglesia ha tenido muchos vicios en su largo viaje a través de la historia, pero también reconocen que tenía sus virtudes. Ha sido un amigo, pero también un enemigo de la humanidad, un sanador y un tormento. Sin embargo, la naturaleza humana odia el vacío. Así que el agujero que deja la decadencia del cristianismo en Occidente ha impulsado la formación de un movimiento que se llama humanismo secular. No se puede definir como una religión, pero como ha tomado prestadas algunas de las mejores ideas de la religión, vamos a echar una ojeada rápida, que será una buena manera de terminar esta historia.

Como sugiere su nombre, los humanistas seculares tratan de ayudar a los hombres y mujeres a vivir una vida buena, no sobre los principios impuestos por la religión, sino sobre los principios que los humanos han elaborado por sí mismos. Creen que la humanidad ha madurado y ahora debe hacerse responsable de sí misma. En su infancia era la religión o dios quien decía qué había que hacer y qué no. A veces las instrucciones eran impactantes. La esclavitud, la opresión de las mujeres, la lapidación de los homosexuales, la conversión forzada y el castigo por creer las cosas equivocadas. ¡Los humanos lo pueden hacer mucho mejor! Como tales, están en la mejor posición para saber lo que es bueno para la humanidad. La tolerancia es buena. La persecución es mala. La amabilidad es buena. La crueldad es mala. No hay que creer en dios para entender esto. No necesitamos una religión para comprender que amar a nuestros vecinos y tratarlos como nos gustaría que nos trataran a nosotros tiene sentido.

Los humanistas seculares estaban felices de trabajar con cualquier grupo que quisiera hacer del mundo un lugar mejor, incluyendo grupos religiosos. Estaban incluso dispuestos a robar algo de ropa a la religión. Los humanistas eran conscientes de que se estaban perdiendo numerosas cosas positivas con el declive de la religión, e hicieron todo lo posible para recuperar algunas y utilizarlas de manera humanista. La religión era buena para ayudar a la gente a marcar los grandes puntos de inflexión en sus vidas. Nacer. Casarse. Morir. La religión tenía ceremonias para estas ocasiones. El problema era que intervenía el mundo celestial en el que no creían los humanistas seculares. A los bebés había que librarles del pecado. A las parejas se les decía que el matrimonio era para toda la vida, les gustara o no. Los muertos pasaban a otra vida. Los humanistas no creían nada de eso.

Así que empezaron a redactar sus propias ceremonias. Y el Estado secular moderno les dio licencia para practicar. En Escocia los humanistas llevan a cabo tantas bodas como los sacerdotes cristianos. Dirigen funerales. Llevan a cabo ceremonias para poner el nombre a los bebés. Son muy buenos adaptando estas ceremonias a las necesidades particulares de las personas que las solicitan. Un humanista que celebra rituales puede

ayudarles a incluir sus propios valores y preferencias en el evento. Y al hacerlo, les da un significado personal. Pueden dar un tipo diferente de espiritualidad a los momentos de la vida que una vez fueron monopolio de la religión tradicional. La espiritualidad secular encuentra significado y belleza en esta vida. Es la única vida que tendremos, por lo que deberíamos estar agradecidos y usarla bien.

Esto no es lo único que los humanistas seculares toman de la religión. Admiran la forma en que la gente de fe se reúne para rendir culto y para estar juntos. Conocen y ofrecen su apoyo a personas que de otra manera nunca conocerían siquiera. La asistencia semanal a la misa es una oportunidad para reflexionar, examinar la vida que uno está llevando y, tal vez, hacer algunos cambios. Los humanistas seculares ven el valor que hay en esto. Así que han creado asambleas dominicales. A veces lo llaman «ir a misa para ateos». Se reúnen para pensar y celebrar. Escuchan sermones y charlas seculares. Cantan canciones. Hay momentos de silencio y reflexión. Es la religión sin el elemento sobrenatural: es la religión humana.

Es demasiado pronto para predecir si este humanismo sobrevivirá y crecerá, o se desvanecerá y morirá. Los intentos de religión secular se han probado antes y han desaparecido al poco tiempo. Los críticos dicen que es como beber cerveza sin alcohol o café descafeinado. ¿Qué sentido tiene?

Lo que prueba todo esto es el atractivo y la dificultad que tiene la religión para los hombres y mujeres seculares. Admiran muchas de las cosas que ha logrado la religión, pero ya no pueden aceptar las creencias sobrenaturales en las que se basa. No les convence la autoridad que dice estar por encima de la corrección humana. Les parece que la religión es lenta a la hora de adaptarse a los buenos cambios en el comportamiento humano, así como para aceptar nuevos conocimientos. Lejos de atreverse a saber cosas nuevas, la religión por lo general prefiere aferrarse a lo viejo.

Como ya hemos observado, la religión es un yunque que ha destrozado muchos martillos. Es posible que sobreviva al humanismo secular. Aunque está en decadencia en muchos lugares hoy en día, sigue siendo el espectáculo más grande del mundo, y está activa en un lugar de culto cerca de ti. Pero eres tú quien decide si compras o no una entrada.

Índice